



**EL ARTE
DE CALLAR
ROBERTO
BRODSKY**



Índice

Cubierta

El Diario de Bobe. Santiago, 1990

El arte de callar. Santiago, 1993

La quinta crónica. París, 1996

Informe del Fantasma. Carrizal, 1998

Palabras al cierre. (Epílogo)

Créditos

a Paula, mi leal

a la memoria de B. D. (1961-1996), que sigue aquí

Somos la última generación de cadáveres.

JOSÉ EMILIO PACHECO, *Morirás lejos*

EL DIARIO DE BOBE

Santiago, 1990

Necesito volver al trabajo. Pero todavía no puedo. Nocaout.

Hoy viernes, primer aterrizaje seguro después de tres noches espantosas. Ya no soportaba seguir durmiendo en el Chevette, dando vueltas de barrio en barrio hasta que amaneciera. De la primera noche ni me acuerdo. Fui de un lado a otro dejando la confusión en cada esquina como un prófugo. Nadie me perseguía, sólo sentía vergüenza de que me vieran aturdido por el dolor. Si descubría a alguien husmeando hacia el interior de la cabina, arrancaba el motor y volvía a salir con la esperanza de un semáforo en rojo para amortiguar el golpe. Luego estacionaba en el siguiente parquímetro vacío y vuelta a empezar. Por la mañana fui a visitar a mi madre y se alegró sin preguntar de dónde venía. Apenas reparó en mi aspecto crapuloso. Sólo estaba contenta de que desayunáramos juntos otra vez. La segunda noche me dio por espiar la casa. Esperé con las luces apagadas del Chevette a que alguien saliera o llegara, pero no pasó nada. Bajé y estuve paseándome fuera sin decidirme a llamar. Si me hubieran preguntado qué hacía allí agazapado como un loco entre las sombras de los plátanos, no habría sabido qué responder. Tampoco ahora tengo palabras, aunque me sirva de ellas. Pero al menos estoy tranquilo, después de la pelea y de llorar como un idiota al lado de Lara, que me consoló y me ofreció esta pieza donde quedarme. Antes de acostarse, me ayudó a bajar la maleta del auto y dijo: bueno, en esta guerra supongo que ya elegí de qué lado estoy.

Sangre

Lara me había estado llamando a la redacción, pero allí le dijeron que yo estaba enfermo. Antes habló con María Julia y ella le confirmó el rumor de que me había ido. Después nos encontramos por casualidad en el local del español ubicado frente a la plaza. ¿Dónde te habías metido?, me

dijo Lara. Yo había pasado a comprar cigarrillos y ella estaba sentada con unos tipos que se reían todo el tiempo. Eran cuatro o cinco, amigos de ella y de María Julia, y uno de los grandulones me reconoció. El cornudo, dijo. Yo también lo reconocí. Era el hermano del que se estaba fornicando a mi mujer. Tomé el cigarrillo que fumaba Lara y lo dejé caer en su vaso de cerveza. A ella le pedí que nos fuéramos y los cuatro o cinco tipos se levantaron también como si la invitación los incluyera. El nuevo cuñado de María Julia se despidió diciendo sabís qué más, me cago en ti y en tu hijo, y yo le reventé la mano abierta en la cara, cogí una botella y antes de que pudiera metérsela en la boca me empujaron, Lara se puso a gritar y el cuñado y sus amigos comenzaron a golpear encima mientras el local se agitaba como un remolino sobre mi cabeza, hasta que los mozos intervinieron apartando a los tipos. Me dolía todo. Afuera, afuera, rugía el español. Lara me levantó del piso y me ayudó a salir mientras los mozos sujetaban a los otros como si estuvieran cebados. Me gritaron algo desde el interior, los insulté de vuelta y Lara se enervó, empujándome hacia el estacionamiento, donde encontramos el Chevette y subimos, ella al volante y yo al lado. Recién entonces me di cuenta de que sangraba en la frente. ¿Quieres que te maten?, me dijo. No respondí, pero sabía que estaba en lo correcto. No hay otra forma de enterrar la miseria sentimental. Lara echó marcha atrás y vio la maleta en el asiento con unas ropas tiradas en el piso, pero no hizo comentarios. Me toqué la frente y los dedos quedaron impregnados y pastosos. Parecía pintura de rouge. Huele, le dije. Lara se mantuvo firme, sin correr la cara. Le mojé los labios: ¿qué mierda te pasa?, protestó. Yo quería morirme, lavarme la sangre del cuerpo. Sácame de aquí, le dije. Ella condujo en silencio. Fuimos a su casa. Acababa de arrendar un departamento no muy lejos de allí, en una callecita oscura y silenciosa cerca del ex Pedagógico. Cuando llegamos me eché en el living y ella fue a la cocina y trajo una botella. Me quebré antes del primer trago y lloré sin asco. Soñé toda la noche pero no recordé nada después.

El miércoles volví a la revista. Todos me miraban como si llevara un plátano en la cara. Conversación con Rocha en la sala de dirección. Le expliqué los motivos de mi ausencia, sin abundar en detalles. Me recomendó que pensara en otra cosa y estuve de acuerdo. Mándame a la calle, le dije, ahí me voy a distraer. Muy bien, dijo. Llamó al Gringo Suárez que editaba *Magazine* y cuando entró a la oficina le pidió que pensara en mí para el reporteo. El Gringo se asustó: ah, vamos a subirnos las mangas. ¿Y las páginas de libros? ¿Y la sección de cultura? Me importan un carajo, le dije: quiero salir y hablar con gente de la que nadie se acuerde al otro día. Los nuevos héroes. Entre Rocha y el Gringo hubo un intercambio de miradas no sé si burlonas o convencidas, pero quedó establecido que no volvería a ocuparme de asuntos de escritorio. ¿Quieres un

fotógrafo?, preguntó el Gringo. No, prefiero arreglármelas solo, le dije. Me levanté contento de la reunión y salí. Cuídate ese chichón, me dijo Rocha.



La guerra

Revisé los anuncios con la idea de encontrar un departamento para arrendar y mudarme cerca de Iván, pero fue patético: terminé rondando la casa como un presidiario que pide clemencia para volver a entrar. No hay peor consejero inmobiliario que la nostalgia. Tengo que desistir de ella, cortar el suministro. El problema es Iván, que en el fondo soy yo. Si lo dejo, me mato; prueba de que la paternidad es una garantía de la especie. La ruptura me lo recordó, abriendo una corriente de sufrimientos y culpas que sangran por el viejo afán de conservar la biografía. Es lo que me impide desaparecer y salvarme con la excusa de haber sido engañado. Al contrario, necesito mantener abierta la llave en el punto exacto para que el agua corra sin dar motivo para nuevas peleas. Cuidar de Iván. Rescatarlo como a una hoja del torrente. Es lo único que podría aliviar mi falta que, con el tiempo y sin él merecerlo, también será la suya. María Julia no debe siquiera adivinarlo: ante ella es urgente fingir calma, incluso desinterés, tener paciencia y evitar una colisión que sólo le daría motivos para tirar del mantel, con mayor sufrimiento como único resultado. Ella conoce la herida que causó, ahí está el inconveniente. Me di cuenta ayer cuando decidimos juntarnos en un lugar neutral a tomar un café y a ponernos de acuerdo en las condiciones de mi salida. Se veía segura de lo que había hecho, incluso dichosa de haberlo logrado. Las mujeres no tienen alma, dice Mahoma en los diarios de Kafka. Por eso pueden llegar a ser auténticas maldiciones vestidas de monja: hay una edad en que sólo piensan tener hijos, pero luego enloquecen de tedio y buscan un amante. Quizá las rutinas del matrimonio funcionaban mejor antes: te engañaban con vigor hasta saberse vengadas, pero hoy es distinto, no hay resarcimiento que valga y la misión es liquidar al macho aburrido en el sofá. El amor después del amor como una lucha a campo traviesa que luego se continúa con batallas irregulares, colina a colina, con tiros que van y vienen en medio de la noche para recordarte que perdiste la posición. María Julia se resiste a admitirlo: de pronto comenzó a gritar en la mesa mientras yo le explicaba todas estas cosas como si apelara en el mejor de los tonos a una leyenda familiar. No tenía fuerzas para sujetar el rencor y ella se escandalizó. Eres un cavernícola, me dijo: no te acerques a mi casa y menos a Iván, entiendes; yo soy su madre, y haya hecho lo que haya hecho te prohíbo que te acerques a él hasta que no cambies de actitud. Y se levantó irritada, que era justo lo que había que evitar en esa primera negociación, mientras la realidad se doblaba hacia un lado donde inevitablemente mi desamor iba tras ella como un drama sin cuerpo sobre el cual descansar. Fui un idiota; el orgullo me traicionó. María Julia aprovechó el descuido con un perfecto paso al

costado, renovando la desesperación que causaba. La vi salir caminando rápido del café, como ofendida, y yo volví a la casa de Lara y me puse a revisar los avisos de arriendo todavía con la discusión ardiendo en las orejas. Sólo ahí me di cuenta de lo que estaba haciendo: quería castigarla con una declaración de desprecio total. Propósito mentiroso. Abandoné la idea de la mudanza por el momento.

Encontré este recorte entre las páginas de uno de los pocos libros que saqué de la casa: «Beso sus labios como si curvara un vidrio. Así debería ser siempre, con los ventanales del hotel abiertos para que se cuele la presencia del mar, la luz y el aire de la bahía. Leer, recorrer su cuerpo, anotar que nada me obliga». Está fechado en enero del 90. Han pasado sólo unos cuantos meses desde entonces, pero es como si hubiera registrado acontecimientos de una vida que viví hace siglos.

Taller Literario I

Leo lo anterior y me enfurezco. No quiero escribir más cartas de amor que nunca enviaré. Ella es la madre de Iván. Punto y aparte. Voy a tomar ese acuerdo interior y dejar que el tiempo purifique mi odio. Tampoco me interesa hacer literatura. Basta con lo que se publica. La literatura se está escribiendo sobre el cadáver de lo que fuimos. Puede que siempre sea así, pero nadie todavía explica qué mancha o culpa ajena nos mandó a quemar los sueños en la pira de una memoria que ni siquiera era la nuestra. Todo eso fue tiempo perdido y escribir para salvarse no tiene mucho sentido. Mejor aprender a morir, porque hoy sólo vale el presente, los hechos que el presente devuelve como una ola turbia llena de huiros y cáscaras y envases de comida. Dije esto mismo o algo parecido en una sesión del taller de Donoso donde me invitaron a leer por iniciativa de Garrafita, que asistía desde hacía meses y me presentó ante el grupo. Tuve la impresión de estar ante una comisión fiscalizadora. Cuando terminé mi auto de fe narrativa hubo carraspeos, torceduras de cuello. Alguien destacó un párrafo lleno de cacofonías, Garrafita habló de pulir la enumeración caótica y casi todos estuvieron de acuerdo en que tenía que seguir trabajando el estilo. El Maestro no dijo nada. Semanas después me lo encontré solo, caminando por Pedro de Valdivia con su impermeable blanco debajo de la lluvia, cerca de su casa donde se hacían las sesiones de taller. Yo iba en sentido contrario y fue él quien me detuvo. Nos saludamos. La lluvia comenzó a caer fuerte y nos protegimos bajo el alerón de un almacén. Eran las siete de la tarde y

empezaba a oscurecer. Vamos a tomar un café, me dijo, y nos metimos a la fuente de soda que está en Bilbao. Yo estaba sorprendido pero no intimidado por su confianza. Nunca más fuiste, me dijo, sonriendo con esa ironía efervescente que le subía hasta los ojos y torcía sus gafas. Me excusé pero no me creyó. Hablamos de un libro que transcurría en los sueños del narrador, con personajes sin nombres propios que se buscaban disimulados entre el polvo y la redención. Era una casualidad que coincidiéramos en la misma novela, aunque también era predecible porque había ganado un premio o el elogio de sus colegas. Mientras conversábamos noté su expresión fatigada, distante entre las solapas del impermeable subidas sobre las orejas, como si fuera un jefe de detectives. Luego nos dimos cuenta de que la lluvia amainaba, nos pusimos de pie y eso fue todo. En la puerta le dije que no pensaba volver al taller y él se rió y me dijo que tampoco me pensaba invitar.



Taller Literario II

Convocatoria de La Banda de los Cuatro en Bellavista. Planean un homenaje a Lihn para julio, a dos años de su muerte. Hablan todos a la vez. La voz de mando la lleva Marco, seguido por Elías, seguido por el Chico Cifuentes. Me quedo callado. La idea es hacer pintadas en los muros y una especie de intervención a las puertas de la Biblioteca Nacional. Hay otra gente dispuesta a sumarse. ¿Qué te parece, Bobe?, pregunta Marco. Todos se vuelven a mirar, pero yo digo que no estoy para homenajes, lo siento, y me levanto dejando una cuota para la pintura y los materiales. Un silencio fúnebre me acompaña hasta la puerta del restaurante sin que nadie me reproche la retirada. No puedo evitar el sentimiento de inutilidad, de que todo se desarma alrededor y de que, incluso, es necesario que así ocurra. También La Banda de los Cuatro debiera disolverse, dejar atrás la historia y el mesianismo de realización colectiva, pero no me atrevo a plantearlo. Veníamos reuniéndonos desde los primeros años de fogatas, echando mano a pequeñas conspiraciones anárquicas, meramente distractivas, hasta que algo comenzó a quebrarse entre los confabulados, como si al llegar a este otro lado del puente no fuera posible seguir secuestrados por una misma idea y cada uno tuviera que zafar por su lado. Ahora yo sólo pensaba en la necesidad de romper la continuidad. No era sólo un asunto de fracaso personal con María Julia. Mi único programa consistía en huir del espíritu de normalización como de la misma peste. Despegarse. Finalmente, si aún quedaba algo por compartir, eso era el cansancio que todos resentíamos. Habíamos marchado juntos por defecto, para salvar el pellejo, y la precariedad nos igualó. El castigo se hacía menos humillante si repasábamos la lección en grupo. El propio Lihn comprendió este imperativo de las circunstancias, gastando generosamente sus últimos cartuchos con la pólvora de mi generación, así que de homenajes nada. Más bien un tibio escalofrío por

haber compartido en un mismo rincón la dificultad del momento, el imposible soliloquio del individuo. Me acuerdo de que lo visité en el velatorio y allí estaba, con su rostro hinchado y ceroso, con la boca torcida como una burla infinita, desconfiando de los muertos tal como antes había desconfiado de los vivos. Un monstruo que no cabía en la horma de su propia inteligencia.

Me volví caminando hacia la Plaza Italia en medio de la noche y el gentío que ocupaba el barrio como si fuera carnaval. Debo ser el único en Chile que no tiene nada que celebrar.

Taller Literario III

Discutimos con Lara sobre el tema del homenaje. Ella no está de acuerdo, piensa que La Banda sobredimensiona las cosas. Puede que lo diga por el tiempo que pasó fuera. Propuso ir a los textos, y nos lanzamos en una especie de maratón donde ella leía a Teillier, a Cid y a Rojas, recitando casi de memoria qué se ama cuando se ama. Me sorprendió lo bien que conocía a cada uno de sus poetas, como los llama familiarmente. Pero a quién le importan los textos. Luego me invitó a una fiesta en la casa del Toro Salinas. No es un tipo que me agrada, pero Lara insistió. Al parecer tiene algo con él y terminamos yendo en el Chevette hasta La Reina. El Toro Salinas quiere hacer cine y en la fiesta había mucha gente que deseaba lo mismo, así que todos hablaban de sus proyectos de películas, del guión que estaban por escribir, de los contactos con no sé qué productor para financiar el filme. Penoso. La música era estridente y se respiraba un ambiente egótico, espumoso y vacío. Le dije a Lara que me iba y sin pedírselo ella me siguió al auto. Volvimos a la casa en silencio, escuchando la radio donde había un especial de Elvis. Cuando estacioné, ninguno de los dos se movió. Yo quería seguir oyendo la voz que cantaba «Suspicious Minds» y apagué las luces del Chevette. Estábamos en paz, Lara con la cabeza apoyada en el respaldo y yo sin querer moverme y fumando. Esto está mucho mejor que la fiesta del Toro Salinas, le dije. Ella asintió. Me pareció que no era el momento de hacer preguntas. Mentes sospechosas, eso es lo que éramos allí estacionados en la oscuridad de la callecita trasera, y el perfil de Lara se dibujó contra la ventanilla como el de una niña que aguarda que la vengan a buscar, implorando en sordina porque se hace tarde y la vida escapa mientras alguien que no es nadie demora en llegar, porque ese alguien que no está debe saber mirar y oler y tocar hasta estremecerse delante de su espera. Separó los labios buscando seguir la canción u otra cosa, pero no oí nada, era sólo un gesto como una hermosa bienvenida recostada en el asiento, y pensé:

es todo lo que quiero hacer, pero en vez de hacerlo apagué la radio, Lara abrió la puerta y bajamos fuera. Una vez que entramos a la casa, cada uno se encerró en su pieza.

Cumpleaños de Lara. Mucha gente que apenas cabe en la casa: La Banda de los Cuatro, el Toro Salinas acompañado de toda la incipiente industria del cine nacional, un grupo de mujeres extraordinariamente enjoyadas, empresarios cincuentones y poetas adolescentes. En un momento, Lara se plantó delante mío con un tipo cogido del brazo: era bajito, perfumado y muy blanco de cara, con la piel gomosa como si viviera de noche y no alcanzara a ver la luz del sol. Él te va a ayudar, me dijo haciendo las presentaciones. El otro sonrió, obsecuente: cuando y como usted lo pida, mi reina. Luego ella nos dejó solos y Diéguez escuchó complacido mi petición. Extraño personaje. Parecía un frasco de colonia dispuesto a encantar con sus aires de cortesano revenido. Prometió introducirme en el mundo de los apostadores profesionales cuando viajara a Viña para escribir sobre el asunto. En cualquier otra situación su presencia habría desentonado, pero nunca allí, como si Lara pusiera a prueba su capacidad para reunir mundos opuestos y descolocarlos. Todos la celebran y tienen una palabra para ella, la anfitriona de las naves que han atracado en el muelle de sus treinta años, aunque a veces da la impresión de que nadie quiere verla. Además, enredarse con Lara sería un problema, entonces también ella prefiere mantener el tipo como una actriz eficiente y jugar el rol de mujer pirata. María Julia se marginó de venir. Sé que está sola desde hace un par de semanas. Era lo obvio, pero ya me mató y ahora la mato yo también. El desamor vivido como una ligazón más violenta y cruel que cualquier otra pasión: Alfa y Beta están unidos por una recta imaginaria, pero entre ellos existe Epsilon, un tercero que sucede o se inventa, el ojo de un búho insidioso al que no se le escapa lo que ocurrió. A partir de allí el vínculo carga con la sospecha de una segunda intención y la rueda del infortunio se echa a andar: cuando tú vienes yo voy. Acercarse a uno es ir demasiado lejos con el otro, que a la vez se hace fuerte en la distancia mientras el primero se debilita en la cercanía. Nadie puede estarse quieto. Lo importante es estar siempre a destiempo, llevar un cálculo milimétrico de los movimientos de aproximación y rechazo para no equivocarse con la expectativa de un reposo perdedor. La ecuación es interminable para los tres términos del problema, que en rigor es uno solo: renovar el deseo y hacerlo arder aun entre cenizas, de modo que ninguna solución amistosa relaje el prestigio de la pasión. Si esto llegara a ocurrir, se abriría un océano alrededor, y Alfa, Beta y Epsilon terminarían extraviados y solos en manos de lo nuevo y lo distinto como María Julia y como yo.

El mundo al instante

El Gringo Suárez quiere que vaya a Rancagua la semana que viene. Un asunto de piernas en una discoteca donde van a elegir a la reina de las cabareteras. Era lo que yo quería, ¿no?, se burló. Según él, sólo se trata de ir la noche final del concurso y traer una nota de costumbres con impresiones propias. Pero empiezo a cansarme de tanto movimiento. Acabo de entregar el artículo sobre los jugadores de ruleta y tuve que censurar la mejor parte, cuando nos emborrachamos con Diéguez y bajamos a apostar al casino. Habíamos acordado reunirnos directamente en el interior del local y cuando llegué él me recibió con una ansiedad que no lograba disimular. Estábamos en el bar, algo achispados ya después de mucho hablar sobre los usos y abusos del juego, cuando el tipo sacó un papel y me enseñó su fórmula para derrotar a la banca. Vi una ensalada de números y gráficos sin entender nada, pero Diéguez insistió. Pensé que quería sacarme plata o que se la prestara, lo típico de los jugadores, y desvié el tema mientras en el escenario tocaba una orquesta de fantasía. Seguimos tomando como si nada, pero luego Diéguez volvió a la carga y me confesó su secreto: había un cuadro de Roberto Matta que le pertenecía y que había dejado en manos de la administración del casino, una especie de consignación para el momento en que se decidiera a apostar. Los cajeros estaban al corriente y él nada más tenía que acercarse a una de las ventanillas para canjear el valor del cuadro por su equivalente en fichas de juego. Quiso que me fijara en la cifra anotada al reverso del papel donde había escrito su fórmula. Obedecí y solté el whisky que tenía en la boca. Ocho millones de pesos en números bien dibujados, con una firma autorizada encima. ¿Quieres verlo?, me dijo. Yo estaba un poco mareado y no reaccioné. Le pregunté a qué se refería. El cuadro, hombre: ¡mi Matta!, se exaltó. Recién entonces entendí que la tela debía estar colgada en uno de los muros del edificio, como una tentación que el consignatario había ordenado colocar para atormentar a su dueño. Fuimos a mirar. Estaba en la pared contigua a las escaleras que bajaban del segundo piso hacia el salón de juego. Me invitó a apreciarlo. El Matta de Diéguez era una constelación de figuras extraterrestres surgidas de un estallido de tonos rojizos. El mundo al instante, dije comentando el título, y Diéguez se me quedó mirando con franca devoción, como si yo acabara de abrir una puerta en el cuadro y lo invitara a pasar. Ven, acompáñame, tú eres quién, me dijo atropelladamente y comenzó a agitarse mientras me empujaba en dirección a las cajas. Yo no sospechaba nada hasta que me pidió que copiara la fórmula en la libreta que cargaba para mis notas periodísticas. Obedecí. Estábamos junto a la ventanilla y cuando terminé, Diéguez me arrancó el pequeño papel de las manos y se lo tendió al cajero. Quedé atónito. El empleado llamó por interfono a un superior y enseguida un segundo hombre apareció detrás del marco ovalado, saludó con un movimiento de cabeza y se puso a escudriñar el vale vista con la firma. Cogió a su vez el interfono e hizo una tercera consulta, dijo ahá, conforme, colgó y levantó las cejas antes de extraer del fondo del recinto numerosas cajas de colores que fue apilando ante la

risita nerviosa de Diéguez que comenzaba a frotarse las manos. Luego me palmeó el hombro. Confío en ti, dijo, invitándome con el gesto a recoger los lingotes que el cajero iba deslizado a través de la ventanilla. Yo los tomé bajo el brazo y caminé con ellos como si llevara un cofre de diamantes hacia el salón de juegos. Diéguez caminaba a mi lado, sudando y con los ojos empañados de emoción. Llevaba meses cavilando sobre la ocasión propicia y ahora estaba decidido a ensayar su fórmula, finalmente, espoleado por algo que yo había dicho al pasar. Si buscaba saber cómo funcionaba la cabeza de un jugador, ahí tenía un ejemplar de primera selección. Mi crónica de la suerte ya estaba escrita. A la entrada un guardia me detuvo. No se puede, me dijo. ¡Cómo que no se puede!, saltó Diéguez por detrás mío. Lo siento, aseguró el otro, las normas internas prohíben la entrada al salón para los caballeros que no llevan corbata. Con Diéguez nos miramos con estupor. Era cierto: yo andaba sin corbata. No lo puedo creer; vamos a apostar varios millones de pesos y usted no nos quiere dejar entrar porque nos falta una corbata, acusó Diéguez en tono de reproche. El tipo asintió con la cabeza, imperturbable en su traje de pingüino. Consígame una entonces, se alteró él, pero el mayordomo se mantuvo firme: no podía alejarse del puesto, quizá si preguntaba en la guardarropía, tal vez si se la compraba a alguien, pero yo no iba a ingresar al salón hasta que me anudara una corbata al cuello. Miré a Diéguez. Estaba lívido. Su color de piel cambiaba del rosa a un blanco pálido, quebrantado por todos los malos augurios que habían comenzado a invadirlo con la negativa del portero. Entra tú, me dijo con expresión de pánico, yo te paso mi corbata y juegas siguiendo el plan de apuestas que anotaste en tu libreta. Entendí que Diéguez no pretendía ingresar solo, necesitaba mi presencia para volcar la suerte a su favor, y lo detuve antes de que alcanzara a aflojarse el nudo. Es una locura, nunca he apostado ni un boleto de micro, vamos a comprar una al centro, propuse. No puede ser tan difícil conseguir una corbata en Viña. Diéguez miró su reloj. Faltaban veinte minutos para las dos. El casino cerraba a las tres en temporada baja, pero el ingreso sólo estaba permitido hasta una hora antes para evitar que el horario de juego se extendiera mucho más. Nos quedaban veinte minutos. Acordamos ir al centro y si no encontrábamos lo que buscábamos, yo tomaría un taxi y volaría de vuelta al salón mientras él me esperaría en un café que permanecía abierto hasta la madrugada. Salimos apurados. Devolvimos las cajas y nos guardamos las fichas de colores en los bolsillos de las chaquetas y los pantalones. La noche estaba fresca, con restos de verano. No encontramos ningún vehículo libre y atravesamos el puente casi a la carrera. El viento nos cortaba la cara y me dio un ataque de risa viendo a Diéguez caminar a pasitos cortos y de prisa con la chaqueta cerrada ajustando su talle. Los cincuenta años que le suponía aparecieron de pronto con tonos desesperados bajo las luminarias de la calle, esmirriado como era de porte y avanzando encogido, exhibiendo a pesar suyo un aspecto de vagabundo aristocrático que lo ridiculizaba o enaltecía, no sé exactamente por qué. Cuando llegamos al otro lado del estero, fuimos directo al café del centro y Diéguez se puso a preguntar mesa por mesa si alguien estaba dispuesto a vender su corbata. Los clientes lo rechazaban como si estuviera loco. Reconocí en una de las mesas a uno de los

talleristas de Donoso que había venido para la feria de libros que se celebraba en la ciudad. Esto no va a resultar, le dije a Diéguez. Él miró angustiado. La caminata le había revuelto los pelos en torno a la calvicie que asomaba como una piedra blanca en la cresta de un cerro. Recién entonces reparé en que su indumentaria no era la más apropiada para pasearse a esas horas por el bulevar, enfundado en un brillante terno celeste y con la corbata de lunares negros volando sobre la camisa color fresa. Parecía arrancado de una orgía. No es posible, me dijo, llevo meses esperando este momento. Puede ser un aviso, advertí. Puede ser que alguien te esté avisando para que no pongas todo en una sola noche. Entonces se paró delante y me agarró de los hombros con ambas manos: es que *ésta* es la única manera, me dijo. Así es como apuesta un jugador, no hay otra forma de ir al frente si quieres ganar. De cerca olía a lavanda barata. Noté sus lagrimales aguados por la conmoción. La suerte le ofrecía una oportunidad inusual de probarse, pero la mala suerte estaba a punto de arruinársela. No podía permitirlo. Desprendí la corbata que colgaba de su camisa. Espérame aquí, le dije, y salí en dirección al casino llevándome los millones del cuadro de Matta dentro de los bolsillos. El portero vestido de pingüino me hizo una venia cuando ingresé al salón. Revisé la libreta de apuntes donde había copiado el gráfico de Diéguez y lo memoricé paseándome entre las mesas de Black Jack y Veintiuno. Luego fui y ordené montones de fichas al pie de la ruleta. Aposté con rabia, casi con dolor, primero a la fila de rojos sabiendo que perdería tres vueltas consecutivas. Luego insistí, reforzando la vertical con medios plenos desde el tres al dieciocho incluido, y cruzando en diagonal con plenos en el veinte, veintidós, veintiséis y treinta. Dejé libre la última horizontal de acuerdo a la instrucción de Diéguez. Luego invertí por completo el procedimiento y comencé a ganar. Al poco rato el croupier dio aviso para que lo sustituyeran. Vino un gordo de corbatín morado, notoriamente más aplomado que el anterior. Empezamos a batallar sin descanso: yo apostaba, él recogía. Diéguez me lo había advertido: te van a perseguir, creerán que eres un novato, un aventurero con un poco de fortuna y tratarán de echarte fuera de la mesa, amedrentarte, pero tú no te vayas, persiste, no retrocedas ni les tengas miedo, vas a liquidarlos. Alguna gente vino a mirar cómo me cazaban y se acopló alrededor del paño, expectante. Mi derrota atrajo un pequeño coro de risas sádicas junto a la mesa. Perdí todo lo que había ganado y un poco más, hasta que cambié la apuesta hacia los laterales y noté que el gordo miraba malhumorado, sin entender. Yo ni sabía lo que estaba haciendo, sólo seguía el instructivo de Diéguez y trataba de no apartarme del plan. Volví a la carga con un pleno en el 17, sobre el centro del paño, y cuando apoyé una torre de cinco fichas cuadradas de a quinientos, todas en las negras, el tipo ya no pudo controlarme. Resignado, pidió un reemplazo pero fue inútil: yo había tomado la iniciativa y recuperaba juego a manos llenas. Quedaban quince minutos para el cierre, y apenas logré divertirme aplicando el resto del gráfico. Estaba agotado, exhausto. Todo había sido obra de Diéguez, yo era sólo el monaguillo que alumbraba los cirios, pero el trabajo estaba bien hecho: él podría descolgar su cuadro de Matta y llegar sin sobresaltos hasta la reapertura de la próxima temporada, en primavera. Recogí todo y pedí un resguardo en la caja a

nombre suyo para que lo pudiera cobrar al día siguiente. Insistí en que nadie más tendría derecho a retirarlo salvo él. Para asegurarse, el cajero me pidió una clave que yo le transmitiría a su vez. El mundo al instante, le dije, y el tipo anotó. Cuando terminé, salí a la calle y volví al café del otro lado del estero, pero no logré encontrar a Diéguez. Pregunté a los mozos, di vueltas por la plaza a oscuras y volví al café. Llamé al número de Viña donde me dijo que solía hospedarse, pero tampoco allí respondió nadie. Pedí un trago fuerte y esperé sentado a que amaneciera para dirigirme al rodoviario y volver a Santiago. En el trayecto cabeceé con el sol encima mientras soñaba que Diéguez se reía a gritos de mi hazaña. Me olvidé hasta la noche siguiente, cuando sonó el teléfono y Lara fue a contestar. Desde la pieza oí que decía no te puedo creer, ¿estás segura? Luego vinieron largos silencios rotos por pequeñas interjecciones de incredulidad, hasta que ella se despidió y colgó. Salí de la pieza a preguntar si pasaba algo. Lara se despejó el pelo de la cara y me miró con ojos de conejo, asustada y sorprendida por el foco de una luz que no lograba escabullir. Diéguez se había suicidado esa madrugada que lo dejé sin corbata esperando en el Samoiedo.



Con Lara repasamos las hipótesis posibles: angustiado por mi demora, Diéguez se había creído estafado. O bien pensó que yo había fracasado y su bendita fórmula no era más que una impostura para perderlo todo en una sola noche. En cualquier caso, la larga espera arruinó su paciencia y con los nervios de punta terminó regresando hacia el casino. Sobre el puente la desesperación lo emboscó; se vio a sí mismo cubierto de deudas, solo en el mundo. Un soplo de viento costero hubiese bastado para inclinarlo al vacío. Puede ser, dijo Lara todavía aturdida. En la revista escribí una crónica desabrida sobre las noches de suerte en el casino de Viña y no le conté a nadie lo ocurrido. Luego hablé con Parraguez, que hace notas policiales y parece tener amigos en todas partes. Quería averiguar más sobre su muerte, pero él me tiró por el desvío. Estaba muy ocupado con un periodista inglés que habían encontrado colgado en su habitación del Hotel Carrera. Parecía suicidio. También lo de Diéguez era suicidio. Nunca matan a nadie en Chile, todos se suicidan, le dije. Me miró severo. La única información que podía darme era que el domingo un reconocido apostador y homosexual viñamarino había amanecido aplastado bajo el puente del estero. El cuerpo no exhibía indicios de una acción de terceros, indicó. De todas formas me puso en contacto con el comisario Rodríguez-Bueno, de Homicidios, por si deseaba indagar más sobre el tema. Hoy me aseguré de recopiar la fórmula de Diéguez en otro cuaderno, con los números del gráfico y su orden de disposición tal como él me los había traspasado en el casino. La corbata la colgué en el clóset como si fuera un amuleto.

Reunión de periodistas y editores: Rocha explica que si seguimos así no llegaremos a fin de año. La publicidad contratada es insuficiente y además los pagos están retrasados, por lo que es imprescindible que colaboremos ajustando los despachos a la hora convenida. No más atrasos ni minutos agregados al cierre. De otra forma las multas que aplica la imprenta por cada hora trabajada fuera de horario terminarán comiéndose los pocos recursos de la empresa. Ovando, de Nacional, y el Turco Saavedra, de Política, eran los más castigados por la medida. El resto podía adecuarse. Algunos alegaron que las restricciones afectaban la calidad que los lectores esperaban de estas secciones. En una publicación el puzzle es lo más importante, dijo Rocha para acallar los reclamos. Con esto quiero decir que todos valemos por igual, agregó, y vamos a acomodarnos con lo que tenemos. Garrafito, que lleva las reseñas y no pierde ocasión de sumar puntos a sus habituales tareas de corrector y secretario, dejó que pasara la tormenta sin hacer preguntas. Luego me contó que en verdad el directorio no esperaba mejorar la calidad de la revista, sino que un grupo de judíos se interesara por comprar las deudas y así comenzar a desembarcar.

La guerra

Quiero hablar con Lara. Es ridículo que se aleje de María Julia y se obligue a tomar partido. Con lo hecho ya es suficiente. Además, a estas alturas quién podría reprocharle algo a alguien. Tampoco María Julia es la viuda negra que me describo a mí mismo para denostarla y otorgarme de paso una falsa santidad. No hay culpables cuando fracasa un acto de irresponsabilidad tan notorio como el matrimonio. Quizá por eso la gente necesita respaldar su elección con un artificio legal: así disuade sus disputas con la amenaza de un conflicto a gran escala. Salir es más difícil que entrar. Lo inexplicable en mi caso es haberlo previsto sin oponer resistencia, como si dejara crecer la humedad en los muros para no distraer la entrega sorda del comienzo. Con María Julia la ligereza moldeó el encanto. El deseo nos juntó de un modo casual y la casualidad nos fue empujando sin otra causa que estar juntos, hasta que un buen día quise ser serio, razonable. Eso la enloqueció. No resistía verme ocupado en el trabajo, lleno de frases sobre la cultura verdadera y lo que hay que saber, borracho de importancia profesional. Finalmente la revista se había fundado con ese objetivo: señalar el rumbo, el camino correcto. Todos los diarios y revistas del mundo nacen para corregir a los otros, y ésta era también mi vocación. Pero María Julia no tenía camino, su cuerpo era el único libro de historia y geografía que yo debía leer. Ahora sé que no lo soporté. Comencé a irme con la cobardía propia del que no

está seguro de llegar a algún lado. Ella lo notó, me seguía con el rabillo del ojo y se ocupaba de Iván con la dedicación de quien sujeta el último eslabón. Hasta que no pudo más y se adelantó. Reaccioné tarde, pero reaccioné. No entiendo por qué. Hay en el aire corrientes de deseo como hormigas que van y vienen buscando todas el mismo pastel, y de pronto el polo se gasta o se seca y en una fracción de segundo el revés toma su lugar. Cuando María Julia me pidió la baja, yo volví. Había sido enviado a cubrir una reunión en Guadalajara durante cinco días y regresé al tercero, dispuesto a arrodillarme a sus pies, movido por la simple iluminación de su paciencia. La noche aquella entré adivinando mi retraso. No sé; luces apagadas, demasiada quietud, atmósfera de casa expropiada. En el living había unos zapatos tirados que no eran los míos. Y el murmullo del agua que corría en el segundo piso. Subí las escaleras todavía con el llavero en las manos. No vi señas de Iván y entré a la habitación principal deseando seguir por el pasillo para no toparme con la cama en desorden. Encontré unas ropas tiradas, irreconocibles, y avancé hasta la puerta entreabierta del baño que dejaba pasar una nube de vapor caliente. ¿Julia?, llamó alguien desde la ducha, la voz de un tipo que se confundía con el sonido del agua. Fue curiosísimo, porque en algún momento pensé que era yo quien pronunciaba su nombre y ella quien levantaba la cabeza al oír los pasos del otro lado. Descorrí la cortina y de los dos fue él quien se sorprendió más, sin duda. Tenía la cabeza envuelta en champú, con rulos blancos como cachos. Pero el cornudo era yo. Parecía uno de esos chistes gráficos de la *Playboy*: el dueño de casa con la cortina de la ducha recogida en una mano y el llavero en la otra, mientras el amante desnudo permanece expectante bajo el chorro de agua que estila sobre su cuerpo cubierto de jabón. Lo único que se me ocurrió fue preguntar por Iván. El tipo fue sincero: se encogió de hombros como pidiendo perdón por ignorarlo y balbuceó, circunspecto: María Julia fue a comprar algo de comer, ahora vuelve. Solté la cortina y regresé a la pieza sin hacerme ninguna idea de lo que estaba pasando, casi en estado de shock sentimental, y me puse a hacer la maleta. Ahora que repaso todo, me doy cuenta de que en ningún momento el sujeto intervino ni se asomó desde el baño mientras yo recogía mi ropa del armario. Tomé del velador unas cuantas cosas que iba a necesitar o a echar de menos y bajé las escaleras. Luego me quedé un instante escuchando el zumbido de la casa vacía con el desconocido que comenzaba a moverse a pasos cortos y rápidos en la pieza de arriba, como una rata lista a saltar sobre el terreno despejado. Miré los zapatos tirados en el living, tomé la maleta y salí. Estaba cargando el auto cuando María Julia apareció con unas bolsas del supermercado. Es notable que en circunstancias culpables la gente adopte una posición ofendida para tapar las evidencias de su crimen. Sin que yo protestara siquiera, María Julia me enfrentó con decisión, alteradísima, y comenzó a reprocharme lo que yo estaba a punto de hacer, calificando mi conducta de evasiva mientras yo la escuchaba impávido, medio aturdido todavía por las sorpresas de la bienvenida. Volví a preguntar por Iván. Está con mi madre, dijo ella. Se fue a pasar el fin de semana allá. Ya veo, dije, subí al Chevette y partí. Es tonto pretender que salí ileso. Nadie escapa de su propia creatura. Pensar que el adulterio sólo existe de tu casa para afuera en el siglo del

sexo es una muestra de ignorancia, cuando no una falta de sensibilidad. Y sin embargo no hay vuelta atrás. No se puede desoír una evidencia. Sería como transformar la pérdida en un movimiento de conciencia, es decir, de resistencia al dolor. Y sólo el dolor me mantenía en pie. Fue lo que pensé y decidí durante esos tres días con sus noches en que anduve manejando por la ciudad. No tenía ánimo de responder preguntas y el asiento trasero del Chevette me sirvió de cama. Ésa era la realidad. Era fácil reconocerla, porque la realidad siempre castiga. Si hubiese durado sólo unas horas, tal vez habría olvidado. Pero me obstiné. Setenta y dos horas en total, almorzando y comiendo en un local de la plaza Cuarto Centenario, bajo la imagen publicitaria de un cartel del Kentucky Fried Chicken que reproducía los rasgos de un señor parecido a Trotski y ofrecía pollo y papas fritas a bajo precio, pidiendo el baño en las mañanas, curando las heridas frente a los potreros de Macul donde los amateurs jugaban al fútbol. No, María Julia no tenía ninguna responsabilidad en esa travesía lo más lejos posible de la orilla conocida: fui yo quien se esforzó para que las cosas jamás volvieran a ser.

Me quedé hasta tarde en la redacción. A la salida me encontré con Pacull, que a esa hora cerraba las páginas de Cultura. Me preguntó si estaba cómodo con el Gringo Suárez. No sé si lo dijo con cierta burla o desdén por mi nueva sección. Después nos fuimos a comer algo a La Unión Chica. Tomamos unos vinos y me contó su historia. Ahora pienso que su cháchara sólo buscaba convencerme de que regresara a trabajar con él. Me habló con tono de parábola. Años atrás había partido a España, cansado de ver las mismas caras abúlicas y satisfechas del buen pasar en la provincia, hinchadas por la complacencia que arruinaba el carácter y lo moldeaba a la mediocridad. Él no quería resignarse. Sin ser ningún loco, ansiaba convertirse en poeta. Incluso había escrito y publicado un libro al egresar de la universidad. Había tenido buena acogida y desde entonces se recriminaba por dejar sus mejores años trabajando para los demás. Un día se decidió y partió en viaje exploratorio con la idea de evaluar en terreno una mudanza definitiva. Estuvo dos meses. Unos amigos lo convidaron a compartir el piso donde vivían en Madrid, cerca del centro. Al mes ya no le quedaba dinero y, lo peor, tampoco reconocía las motivaciones para estar allí. Se había perdido. Fue, me dijo, como si los límites de una realidad soñada cedieran a la angustia que le provocaba ese esfuerzo por escapar del terruño familiar. Se entregó entonces a caminatas sin rumbo fijo durante semanas enteras. En algún momento creyó que se había convertido en lo que anhelaba, pero el miedo a que fuera cierto y él no supiera cómo enfrentarlo, venció su determinación inicial. Ser poeta era mucho más difícil de lo que pensaba. Por último, sus amigos lo encontraron semidesnudo una noche en el departamento, solo y sumergido en una tina de vómitos expelidos en medio de una violenta crisis de pánico. Decidieron meterlo en un

avión de vuelta a Chile. Llegó en estado calamitoso, pero luego se había restablecido. Ahora vivía tranquilo. Ingería disciplinadamente sus dosis de litio cuando le pataleaba un poco el cerebro y no conservaba de aquella experiencia más que una imagen vaga, incluso indescifrable, donde se veía encerrado una noche en un hotel sin poder reconocer dónde estaba, asomado a una ventana desde la cual se adivinaba el mar y veía, un poco apartadas hacia el este, las luces sembradas de un aeropuerto. Ahí quedaba su intento de saltar la montaña, cambiar de vida, perforar la costumbre, porque la imagen del hotel volvía a aparecersele cada tanto y él no podía asegurar si estaba haciendo escala y esperaba la mañana para volver a tomar el avión, o era que simplemente no existía ninguna situación de tránsito y él estaba allí como depositado y soñando que lo iban a recoger en cualquier momento para llevarlo a la ciudad. ¿Había una ciudad cerca?, pregunté. Sí, me dijo, o es la idea que yo tengo. La nostalgia de un sitio, agregó. Un sitio como cualquier otro. Se rió y comentó que por eso le gustaba quedarse hasta tarde en la redacción. Desde entonces el trabajo cumplía para él la función del último cigarrillo en el paquete. Lo más asombroso es que con el tiempo Pacull había descubierto que su experiencia era un calco del destino chileno, un lugar común del paisaje humano que lo rodeaba. Nunca se lo habría imaginado. Por eso también estábamos ahora en La Unión Chica, como lo estuvieron nuestros padres y lo estarán nuestros hijos, afirmó, aunque mañana el bar lleve otro nombre que todavía ni tú ni yo conocemos. Salú Pacull, fue el único consuelo que se me ocurrió.

Encontrado en Arthur Schnitzler, a propósito de lo que me contó Pacull: «Si uno pudiera imaginarse la muerte, la vida sería imposible. Y lo mismo sucede con el fin, la separación, el sufrimiento. Lo que normalmente se denomina imaginación es recuerdo, y no recuerdo de hechos sino memoria de palabras y de imágenes. El que todo lo que existe se haga ya recuerdo al momento siguiente es lo que hace posible su existencia». En el fondo, la renuncia radical de Pacull obedece a un sufrimiento demasiado intenso. Ya que se sabe muerto en vida mientras persista esa imagen suya que lo aplasta, transforma el daño sufrido en una fantasía para seguir existiendo. Siguiendo este razonamiento, Schnitzler formula una conclusión a favor del arte, que incluye el horror de Pacull a expresarlo a través de una vía distinta a la borrachera en el bar: «Muchas cosas que nosotros tildamos de locura no son más que una capacidad, provocada por la intensidad innata o adquirida del afecto, para captar el momento sin dejarlo pasar inmediatamente al recuerdo. Y fantasía en su máxima expresión no significa otra cosa más que la fijación de un gran momento; en otras palabras: sentir lo pasado, y en muchos casos lo futuro, como presente». El problema de la locura sería de esta forma la soberanía absoluta de la fantasía. Considerar la separación amorosa bajo esta óptica. Forzarla a ir más allá de la ruptura.

Reliquias

El Toro Salinas pasó a recoger a Lara. Otra fiesta de cineastas. Ella quería sumarme y que los acompañara. Insistió pero me negué. Estaba hastiado de tocarle el violín. Al fin salieron y Lara se despidió con un beso demorado en la mejilla, bajo la oreja, curioso, como si borrara la costumbre de vernos todos los días en su departamento y yo empezara a merecer una atención particular. Ya era hora. Nos habíamos conocido a comienzos de los años ochenta, poco antes de que ella ingresara a la universidad, durante una de esas tantas peregrinaciones que se hacían a Isla Negra con la esperanza de renovar los votos de la poesía militante entre las jóvenes promesas de la literatura nacional. Recuerdo que se distinguió de inmediato: subida arriba de una roca para ver y que la vieran mejor, sin esperar a que la llamaran al ruedo de los que apurábamos cielos en voz baja, Lara se encaramó en nuestras retinas como una adolescente furiosa sobre la raleada manifestación que se agrupaba en la playa a escuchar canciones de invierno para el aniversario del poeta. Entonces ya parecía llevar marcada a fuego la impaciencia de una herida que no cerraba. Luego me di cuenta de que eso la enemistaba con su talento. No soportaba mucho rato quieta, como una joven lagarta perseguida por el sol. En las reuniones exageraba sus posibilidades, moldeando su cabeza al reglamento de la causa política con la misma facilidad con que se ceñía las faldas cortas y las blusas estrechas a su cuerpo de colegiala. En honor a su voluntariosa iniciación, las miradas se obligaban a recorrerla cuando pasaba, y hasta el Roto García interrumpía sus recitaciones proféticas en los patios del Pedagógico para seguirla al casino o a la biblioteca pretextando alguna excusa. Yo aguantaba la respiración. Luego el encanto se retrajo, cuando nos sorprendieron tirando panfletos y ella se culpó en parte de lo sucedido. Pero Lara seguía siendo una niña todavía; ante nosotros sólo cometió esa imprudencia. Formábamos un pequeño núcleo de suicidas potenciales, cortos de años y largos de ideas, y ella se nos unió sin que fuera necesario instruirla. Sabía de sobra lo que había que hacer y lo demostró la misma tarde que llegó a la cita previa en la casa de Marfán, vistiendo un gastado jumper que resultaba ideal para levantar barreras y desviar las miradas de los guardias que custodiaban la entrada del campus. Nos convenció a todos, y de inmediato hizo uso de una crudeza de palabra que no calzaba con el delicado promontorio de su boca, una boca que al hablar se separaba del resto de la cara como atraída por el aire y la pesadez carnosa de los labios cortados por pequeñas estrías donde la imaginación naufragaba. Era difícil no distraerse. Todos llevábamos chapas según nuestras iniciales (Marfán era Pablo Mármol; el Roto García, Gibraltar, y a mí me calzaba Brigitte Bardot), pero Lara quiso ser Lara, la heroína de Pasternak. Durante la reunión, su mirada iba y venía con la fijeza de una pequeña fiera recostada junto a la estufa. O quizá no era tan así. En esa época todavía leíamos a Cortázar y recitábamos de memoria la parrafada inicial del capítulo siete

donde Oliveira se extasiaba con la lengua de la Maga. Mi idea de invitarla a participar no era descabellada: sólo tenía que silbar desde la ventana del último piso de Filosofía para alertarnos y despejar a tiempo el patio donde le cortaríamos la cabeza al dictador con nuestras proclamas. Ella haría de luminaria acompañada de uno de nosotros para fingir una escena amorosa y evitar las sospechas. Me acuerdo que Marfán ganó el quién vive y se propuso primero. Con el Roto cruzamos miradas y dijimos sí, bueno; pero era mentira. En verdad hubiésemos querido tomar su lugar. Hicimos sendas simulaciones preparatorias y para el día acordado Marfán ya estaba completamente enamorado. Fue incapaz de contenerse. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, éramos todos unos irresponsables vocacionales. La actividad de resistencia, como la llamábamos para levantarnos el ánimo, se realizó con impecable destreza de parte de todos los involucrados, incluidos Marfán y Lara que interpretaron la escena con tanto celo que olvidaron el motivo central del libreto. Lamentable por nosotros, por el Roto y por mí, pero esa boca no estaba hecha para servir de alarma ni de campana de alerta, y parecía más bien destinada a otros usos, ávida como estaba de besar y desparramarse sobre todos los miedos que apretaba contra sí, palpitando detrás de ese velo que Marfán había tomado por asalto y descornado apenas tibiamente para su felicidad y posterior desgracia. La boca de Lara, la increíble boca de Lara que a través de ese beso teatralizado en el último piso de Filosofía había cambiado nuestras vidas para siempre. Nos echaron a todos, claro; pero incluso así me resulta difícil atribuirle responsabilidad causal a los hechos que alguna vez creímos protagonizar, porque luego la existencia de cada uno penetró en su propio banco de niebla. Era cosa de hacer balance: después de unas cuantas semanas de hospital, Marfán viajó a la casa de unos parientes en México donde algo se curó y olvidó, mientras Lara cumplía su condena relegada en el norte. Meses después ella lo siguió al DF, aceptando una invitación a la felicidad que Marfán le hizo llegar. En México se casaron y algunos —muchos en verdad— quisieron ver en esa pareja recobrada un orgullo colectivo, la idealidad realizada que salvaba el sueño de todos. En los patios y cafés se hablaba de Marfán y Lara como de la vigencia de una causa, que era la causa de la belleza antes que nada y seguía siendo bella porque ellos lo eran, a pesar de la adversidad que a unos los encerraba patéticamente en la historia y a otros los dispersaba en la sobrevivencia y la confusión. Pero al cabo tampoco México prosperó y, pasado el primer momento de idilio, que se extendió hasta el cierre definitivo del campus, también Marfán y Lara se separaron, dejaron la ciudad y durante un tiempo ella vivió entre un lugar y otro sin que nadie pudiera seguirle la pista de manera clara. En cuanto al resto del equipo, fue todo más simple y directo: el Roto arrancó hacia su propia angustia y allí enloqueció, mientras yo concluía mi temporada en el infierno con una confesión de responsabilidad limitada. Al salir fui reincorporado en forma condicional a otra Facultad antes de ponerme a trabajar. Todos íbamos a ser reinas, y Lara la primera, pero en los ochenta un buen día nos convertimos en reliquias sin apenas un intermedio de gloria.

La guerra

¿Qué pretende?, dije queriendo mofarme, pero soné herido, humillado por las noticias que Lara traía de la calle. Fue vaciando la botella con el tercio que quedaba y me ofreció su vaso. Un clavo saca otro clavo, advirtió sin mirarme, como si disculpara a María Julia y a la vez ofreciera un método de resarcimiento. Estábamos sentados en la cocina y después de comer ella me fue contando lo que sabía. Quizá María Julia se lo había pedido expresamente: avísale que ahora estoy con Marco, a ver si mantiene arriba la bandera del orgullo. La muy perra sabía dónde golpear. No contenta con la primera deslealtad, buscaba excitar mis celos demostrando que era libre de elegir un segundo y hasta un tercer y cuarto marido como y cuando se le antojara. Así quedaba demostrada la insignificancia del vínculo que yo creía representar. Mi ascendencia en el tiempo y la historia no valían nada. Yo tendría que trabajar duro y seducirla a igualdad de condiciones que el resto de los gavilanes si acaso deseaba recuperarla. Más incluso, porque mi debilidad por Iván podía interpretarse como el fondo último de la cuestión, y ella no iba aceptar una reconquista de inconfesables motivaciones familiares. Yo debía sudar la gota por ella hasta que saliera todo el pus de la herida infligida. Era lo que buscaba con ese nuevo lance que me dedicaba: sostenerme en la órbita de sus pasiones, renovar mediante nuevas traiciones el contrato original del deseo, roto por las rutinas que ella detestaba. Calculaba bien que sólo manteniéndome en la condición de hombre engañado evitaría que me alejara. Por eso me había expulsado. La desesperación que mostré de golpe corroboró ante sus ojos el escaso entusiasmo sexual que despertaba en mí durante el último tiempo que estuvimos juntos. Estaba en su carácter exigirme el pago, y mi gran error había sido quedar atado al recuento de las ocasiones perdidas. Desde ese mismo instante decidió que yo rendiría mejor tributo a la devoción que le debía manteniéndome fuera de su cama antes que distraído con un libro de noche mientras dormía. Mi deseo debía someterse a un examen especial para calificar. Era la rebelión total, y por supuesto el desequilibrado era yo por el simple hecho de seguir prendado, y esto a pesar de que me abandonara al papel de autoridad sin mando, pronto a merecer la guillotina por los actos del pasado. Ahora no me daría respiro. Lo peor era que yo mismo empezaba a considerar su comportamiento bajo una cierta lógica, perversa pero lógica al fin. A rey muerto, rey puesto. Era lo que acababa de decir Lara con un simple consejo de hermana. Pero, ¿importaba acaso que Marco fuera el nuevo inquilino del trono? En absoluto; por más que se esforzara, ningún actor sería capaz de cambiar el argumento ni salvar su propia suerte colocada de antemano al servicio de un premio mayor, y que no era otro que mi derrota incondicional: soy todo tuyo, haz lo que quieras conmigo, seré tu esclavo y cantaré kri-kri-kri como un gallo en la madrugada, mi bella, mi demonio, mi Ángel Azul. Estaba en mí permitirlo o no, y sólo ignoraba el precio de una u otra elección. De

modo que lo que quiere es más sangre, dije al cabo del largo devaneo mientras vaciaba el tinto en la garganta, encendía un cigarrillo y esperaba que María Julia apareciera a golpear la puerta. Y agregué, sin que Lara cambiara su actitud de atenta mensajera: por ese camino se va a quedar sola como una ciega. No hables así, me reconvino ella. Entonces explícame tanta provocación, protesté, barruntando en silencio: no va a poder volver, esa ruta donde se exhibe arrolladora tiene la dificultad de extraviar para siempre los senderos interiores que le permitirían sincerarse o serenar los entusiasmos y disfraces que la alejan. Y cuando quiera descansar, será demasiado tarde y sólo tendrá la duda para apoyarse como consuelo, después de haber tentado la suerte con desgraciada contumacia. La rebelión terminará sin saber cómo se inició ni por qué motivos, pero con la certeza de los campos arrasados a uno y otro lado de la frontera. Entonces, y sólo entonces, quizá nos tranquilicemos todos, y yo pueda volver a mirarla sin el dolor que hoy me sofoca mientras contengo las ganas de correr tras ella. Miré a Lara que me observaba en silencio. ¿De veras crees que está viviendo una segunda primavera?, insistí, y ella se levantó y fue a buscar otra botella a la despensa. El estado en que te encuentras es la mejor prueba, dijo sin voltearse, con los brazos levantados y dejando a la vista su cintura abreviada por una palidez arenosa. Luego agregó, como si quisiera sumar evidencias: si quieres que te sea sincera, mejor desconfía de la vanidad que cargas encima. ¿De dónde sacas, si no, que todo lo que hace María Julia es para llamar tu atención? Me estaba fusilando con la mirada, y continuó, implacable: puede que al principio haya sido así, pero ya no, al menos no después de conocer tu egoísmo. Eso te lo aseguro. Si te vio escapar aterrorizado, me parece a mí que ahora está empezando a abandonarte en serio: por Marco, por otro, por ella misma en último término. Yo que tú la dejaba ir, y ándate tú también, Bobe, aunque estés pensando que las paralelas se junten algún día. Carpe Diem, concluyó. Qué asco de película, alegué, recordando al irritante geniecillo que fungía de profesor poeta en un colegio para gerentes generales. Semanas atrás habíamos ido juntos al cine y a la salida no logramos ponernos de acuerdo: ella quedó encantada y yo molesto. Carpe Diem, remedé hostigado, mientras Lara se afanaba sosteniendo el corcho de la botella junto a mí, de pie a un lado de la mesa. El marfil de sus manos me hizo pensar por un momento que se trataba de una enfermera que me tenía a su cuidado bajo un régimen de privilegios especiales. La idea me agradó. Lo que trato de decirte, insistió ella, es que aproveches la oportunidad. Yo creo en la rendición, Bobe, pero si no eres capaz de hacerlo, si entre las alternativas posibles no contemplas bajar a besarle los pies a tu dueña, entonces despídete, ni siquiera te acerques, porque te vas a ensartar. Comienzo a sospechar que eso es lo que me está ocurriendo, dije sin creerlo, sólo para que Lara lo retuviera. Conserva el orgullo o entrégalo todo, ése es mi lema, advirtió ella, sin soltar la presa: si alguien te chupa el músculo del alma, ahora dale tu alma para que muera contigo. Es un tema de disposición, observó displicente. El predicamento me dejó mudo. Ella vertió un poco de vino en los vasos, tomó el suyo y lo hizo chocar suavemente con el que había quedado en la mesa. Suena razonable, admití al fin. Claro que sí, dijo ella yendo hacia la sala y

excusándose: me voy a la cama, no puedo más. También yo me levanté: así de sencilla es la cosa. Se había metido en su pieza y la seguí hasta el vano de la puerta. ¿Qué dices?, volteó a mirar. Tenía las manos sujetas sobre la hechura del pantalón que había quedado a medio camino, con la correa del cinturón suelta y el bluyín todavía abrochado alrededor de la cintura, a punto de resbalar entre los muslos. Me demoré un segundo más de lo aconsejable. Digo: ¿eso es lo que te tiene así de escurridiza? ¿Por eso tampoco hay chance de subir la apuesta contigo? La vi sonreír con los labios húmedos. Yo ya tengo mi muerto a los pies, dijo. Lo que quiero es sacudírmelo, pero se me pega. ¿Y por eso tienes que bajar la cortina?, reaccioné, sin adivinar a lo que se refería. No puedo creerlo: tan temprano y cerrando el negocio, Lara. Se te ocurre algo mejor, observó ella. Tomé aire como un cobarde. Bueno, acompáñame el viernes a Rancagua, van a premiar a la reina de las noches y podrías ayudarme a elegir. ¿Es para la revista?, preguntó haciéndose a la idea. No, es para mí, bromeé. A ver si ese clavo saca a este otro, dije. Por qué no, dijo ella, una pizca desafiante. Di un golpecito en la puerta dando por cerrado el trato y me di la vuelta yo también para dejarla ir.



Me quedé largo rato en la pieza a oscuras. Mi mente oscilaba, ocupada por unas ansias vergonzosas. Lara tenía razón; era yo el que zigzagueaba detrás de María Julia intentando aferrarla. Sólo deseaba tenerla quieta un instante a mi lado y luego ligar mi suerte a lo que ella decidiera. Pero me pregunto si María Julia todavía es recuperable y hasta dónde llegar en el intento. Me pregunto dónde estoy con respecto a su inconstancia, y si hay algo más que coquetería detrás de la puerta entornada de mi vecina. Estoy para un manual. Es peligroso: Lara y María Julia han vuelto a ser amigas luego del breve cortocircuito que provoqué al refugiarme aquí. Este lugar me expone demasiado ante ellas. Quizá por eso estoy atento. Confundirse podría acarrear una catástrofe. ¿Puedo avanzar un centímetro más sin riesgo de alterar los géneros de acercamiento? ¿Golpear un clavo para que asome otro? ¿Qué consecuencias equívocas podrían derivarse de esto? Lo que se busca nunca coincide con aquello que se encuentra. ¡Ah, Príncipe! La de cosas que ha de hacer el fantasma de tu padre para llegar hasta ti. ¡Oh, Hamlet, mi querido Iván!, ésa es la única cuestión.



Angosturas

Está decidido, tengo que mudarme. Las cosas sucedieron así: llegamos hacia las once y media a

Rancagua. La disco estaba casi sobre la autopista, a la entrada de la ciudad. Estacioné y Lara me ofreció un trago antes de bajar. Había cargado su petaca de aluminio y no dejó de probar durante todo el viaje de ida. Acepté. Traía unos pantalones oscuros apretados a la piel, con relieves de flores y pétalos que brillaban al peinar las pequeñas incrustaciones de raso. No pude evitar el halago. Esos dibujos en tus piernas me marean, querida, le dije sin despegarle los ojos cuando bajamos. Ella me empujó cariñosamente hacia la entrada del local y no protestó cuando la abracé de la cintura y nos paramos a mirar. Presenté la invitación junto con la credencial y nos hicieron pasar a un recinto vasto como un anfiteatro, donde un mozo nos recibió y escoltó hacia una especie de puente en baja altura que rodeaba el escenario central. Tomamos asiento junto a unos vasos de plástico que alguien dispuso de inmediato mientras nos acomodaban. El local estaba atiborrado y hediondo, con gente que fumaba y aplaudía sentada en las mesas distribuidas a todo lo largo y ancho de la platea. Al frente nuestro una de las concursantes realizaba una rutina de saltos, acompañada de diez o doce tipos que hacían mímicas africanas al ritmo de una música de tambores. Pedí algunos datos. Luego vino el turno de una recreación tropical. Las presentaciones continuaron. Cada rutina demoraba entre cinco y diez minutos, hasta que un locutor flaco y jorobado anunció que el jurado se reunía a deliberar. Lara comenzó a apostar. La tahitiana, dos puntos; la tecno, cuatro. Así. En un momento me pareció que se divertía bautizando a las candidatas según sus arreglos. El jurado proclamó a las ganadoras empezando por Divina Day, una chica de pelo rubio y revuelto, no completamente teñido, que subió al escenario a recibir el tercer premio y dio inicio a un número erótico bastante banal, pero gracioso: bailaba ella sola un play back de Madonna y con las luces bajas el cuerpo dibujaba estelas como pequeñas llamas de fuego que salían de las extremidades. Había sido una de las primeras en subir al escenario, antes de que llegásemos. Por eso no la recordaba. Decidí acercarme y la encontré a la salida de los camarines, ya vestida, después de que agradeciera al jurado y cuando ya todo había acabado, mientras el público, las demás concursantes y los organizadores abandonaban la etiqueta de pacotilla y se arremolinaban en la pista de baile. Expliqué que estaba haciendo un reportaje y ella aceptó ir a sentarse con nosotros unos minutos. Le sobraban argumentos para llevarse el primer premio, pero igual estaba contenta. Aquí el desnudo fuerte no se usa mucho, me dijo, pero tomé el riesgo porque es lo que me gusta hacer. Lo mío es mostrar. Lara escuchaba en silencio. Cada tanto robaba una pitada del cigarrillo que la mujer, en verdad casi una chiquilla, sostenía entre sus dedos. Le pedí una cita para entrevistarla. Trabajaba en el Emmanuelle. Saqué la libreta y anoté sus datos junto al nombre de Divina Day y un par de jeroglíficos que me ayudaran a describir el asunto cuando volviera a la redacción. Quedamos de vernos en la semana. Lara la siguió con los ojos cuando ella se alejó. La mini dibujaba pequeñas ondulaciones sobre las curvas del trasero, como una laguna temblorosa bajo la sombra de la melena que caía a sus espaldas. El talle era fino y la polera sin mangas, pegada al cuerpo, se traslucía con el sudor de la piel. ¿Qué miras tanto?, le dije. Ella se sonrió. La Chica Material, diez puntos, sentenció. Nos sumamos a la fiesta y en un

momento nos confundimos apretando los cuerpos al ritmo nervioso de la noche. Eran más de las cuatro cuando salimos. En la autopista una neblina densa y tenaz cayó sobre nosotros. Lara se estiró en el asiento y extrajo la petaca con lo que quedaba de licor. Anda despacio, pidió. Tranquila, le dije, evitando distraerme. Reduje la velocidad al mínimo, avanzando a la vuelta de la rueda y con la vista fija sobre la línea discontinua que dividía en dos la ruta, hasta que también las franjas del pavimento quedaron envueltas en una nube sin fondo. De pronto sólo distinguía oleadas de algodón que atacaban de frente y nos sumergían en un universo blanco y amenazador. Bajé un poco la ventanilla. Lara sintonizó la radio y tuvo la suerte de encontrar un especial de Cohen en un programa de madrugada. El locutor presentaba los temas salpicando trozos de biografía con un exagerado dominio del inglés al pronunciar los títulos. Era extraña esa conjunción de la voz aguardentosa y el camino ciego. Sabemos dónde estamos, me dijo ella. Yendo por la carretera equivocada, repuse. Pero vamos a llegar igual. «So long, Marianne», agregué siguiendo la cadencia del coro. Lara subió el volumen. Al interior de la cabina el tributo a Cohen era lo único que volaba a un centímetro del piso. Estábamos en una isla, y eso ayudó a que ocurriera. Dejé caer al desliz una mano sobre su rodilla y le dije cuéntame algo o me voy a quedar dormido, pero antes de retirarla ella aflojó levemente la cintura y recostó la pierna en ademán encubridor. Ni siquiera nos miramos. Enseguida el muslo subió y bajó envuelto en la funda del pantalón. Puedes seguir así hasta Santiago, me dijo. Voy a tratar, respondí. Ella se sonrió. Echó la cabeza a un lado y cubrió el dorso de mi mano con la suya. Sentí el raso con el relieve de los pétalos pegados a la piel. Bonitas flores, observé. ¿Te gustan?, giró un poco sobre el asiento para mostrarme el dibujo completo. Siempre han sido tuyas, Bobe, acusó. No te hagas el tonto. A ver, dije y deslicé torpemente una caricia hacia el costado. Recogí el cierre y lo arrastré lentamente hacia abajo, hasta el extremo inferior de la costura. Un resplandor de carne saltó bajo el ángulo abierto del pantalón. Era como descubrir a una criatura hambrienta que sólo esperaba a que le dieran de comer. Me escabullí dentro de la piel tibia, y Lara no me escondió la cara ni el regodeo de sus labios cuando deslicé una caricia por la comba del vientre hacia el calzón. Tuve necesidad de decir algo, cualquier cosa con tal de no soltar el volante. Estamos llegando al punto más estrecho del territorio, informé. De veras, preguntó. Sí, en esta zona el mar y la montaña se juntan sobre una muy delgada franja de tierra, haciendo que el país se hunda como un valle. Aah, suspiró ella, y yo insistí, entre risas ahogadas: en serio, imagínate la montaña por un lado y el océano por el otro: entre esos dos límites estamos nosotros, como una rama sujeta a las profundidades por los misterios de la geología. Aquí Chile no tiene salida; por eso lo llaman El Paso de Angostura, concluí. La excitación me hacía improvisar, como si el hecho de hablarle distraídamente aumentara la deliciosa temperatura del contacto. Y la niebla, ¿tiene algo que ver?, jugueteó Lara. Supongo que la zona se presta para los microclimas, dije, pero no estoy seguro. ¿Y el lugar más abierto?, preguntó. Antofagasta, dije, o quizá Parinacota, en el norte de todas maneras, y ella tiró del pantalón hacia abajo para poder entrar con una mano tomada sobre la mía, mientras sus

piernas desfallecían en cámara lenta sobre el asiento. Nuestras caricias se juntaron sobre el borde de un quejido. Ella balbuceó una súplica y su mano se retrajo contra el vientre para dejarme incursionar con descaro. No me había equivocado: era como alimentar a un cachorro hambriento. Sus labios me chupaban en un éxtasis remolón. Empezó a morder y a gemir, uy conchetumadre, qué bueno, y yo aceleré como si su fruición activara la velocidad del deseo y nos impulsara a un cielo de tormenta, cortado por bocanadas de aire caliente. Lara tensó la postura del cuerpo y oí que reclamaba entre dientes: cuidado, huevón, nos vamos a sacar la mierda. Mejor así, le dije, y ella respiró fuerte, oscilando con las caderas tenuemente levantadas. Un remolino ahogó la poca vergüenza que nos quedaba. De pronto Lara se arqueó, jubilosa en el asiento, como partida por un rayo que desataba y rompía su cuerpo en partes desiguales. Eso me enloqueció. Renuncié a recoger la humedad de su lengua que huía inalcanzable y traté de aflojarme el cinturón sin soltar el volante, mientras ella sustituía mis caricias con sus dos manos tomadas en un vaivén apenas cubierto por la superficie del calzón, sobre la arenosa iluminación de sus piernas. Liberé el sexo por completo y ella lo miró con ojos hambrientos, golosos, fijos sobre la carne tiesa en la empuñadura, y dijo, imploró casi: acelera, acelera, mientras yo obedecía con el pie hundido en el pedal y la muerte, queriendo atravesar el estrechísimo paso que impedía que nos tocáramos porque esa excitación no poseía medios para lograrlo, parecía formada por una materia distinta y refractaria a los orificios de rutina. La carrocería del Chevette comenzó a temblar, estremecida como una galleta a punto de romperse por el esfuerzo, y sentí que ella se iba con la vibración, lamiendo la acidez del aire cuando capturé de refilón el radiador del camión que pasaba en dirección contraria, haciendo sonar el trombón de la bocina encima nuestro. El marcador de velocidad pestañeaba en ciento diez, sobre el margen rojo, a la derecha del tablero. ¡Vamos a chocar!, chilló ella con una risotada nerviosa, y no pude más: estaba incomodísimo y solté el pedal justo cuando el acoplado pasaba bufando por el costado, a centímetros del caparazón del Chevette. Un tufo de advertencia, sibilino y envolvente como un escalofrío en la niebla, trepó sobre la carrocería y nos encogió al interior de la cabina. Lara exhaló, apoyada contra el vidrio del copiloto y yo relajé los brazos, dejando que el vuelo nos impulsara hasta un lugar donde estacionar. Me arreglé los pantalones como pude y encendí los intermitentes. Ella se abrochó, cogió un cigarrillo y abrió su ventanilla. Necesito aire, dijo, y los dos bajamos al frío de la madrugada. Estiré las piernas. La neblina comenzaba a disiparse alrededor. Pero habíamos pasado una línea. O peor: estábamos sobre la línea, arriba de un cable que nos hormigueaba en la planta de los pies. Volvimos al auto y al costado del camino comenzaron a surgir anuncios de posadas y moteles, señal de que nos acercábamos a Santiago. ¿Quieres que paremos? No, mejor vamos a la casa, dijo ella. Después nos metimos cada uno en su pieza sin molestarnos, rígidos por la temible expectativa de amanecer mezclados.

En la mañana desayunamos fingiendo ignorancia, como dos animales intimidados por una neva. Pensé que había sido un error invitarla a Rancagua. Pero el lunes volvimos a salir. Creo que ya sabíamos para qué. Apenas nos emborrachamos un poco partimos abrazados al auto. No sé qué pasa que ando tan caliente, me dijo riendo sobre mi oreja al salir del bar. Yo te voy a ayudar, le contesté. Tomamos Bilbao y luego por Seminario hacia Plaza Italia. En Bellavista enfrentamos una punta de diamante y casi estrellamos el Chevette contra una micro estacionada bajo los árboles.

Tengo que poner distancia o después se volverá demasiado dulce para evitarla. También Lara espera que me vaya antes de que comencemos a odiarnos. El sábado aterrizamos en un hotel de mala muerte. Nos contamos historias cochinas durante toda la noche, buscando extáticos la comparecencia del otro mientras nos empapábamos. El sexo socrático, con el placer dilatado hasta desfallecer. De vuelta, pasamos tres semáforos en rojo sin que sucediera nada.

Nunca digas mi nombre

Fui al club a entrevistar a Divina Day. Me hicieron esperar un rato en la barra y luego ella apareció vestida de calle, con pantalones blancos y un chaquetín de gamuza cortado en la cintura, estilo rubia del viejo oeste. El local olía a taberna de vaqueros, además, con un deje de perfume rancio pegado a las alfombras y los sillones. Me invitó a que nos sentáramos en un extremo del largo mesón, donde podríamos conversar tranquilos. Algunas parejas bailaban en el centro a la espera del show de trasnoche. Otra gente entraba y salía por unas puertas de vaivén instaladas al fondo, donde el humo se volvía más denso y untuoso bajo el calor de los focos. Le advertí que usaría un grabador y ella no se opuso. Yo quería poner a prueba su vanidad desde el comienzo, tratarla como a una estrella, pero respondió con una complacencia serena, informada. Adelante, dijo: conozco a los periodistas, y sonrió sin zalamería, poniendo distancia, porque preguntó cuándo y en qué sección saldría publicada la conversación. Eso me asombró. Es una crónica de ambiente, aclaré; con distintos testimonios de las niñas que bailan. Y guardé el grabador de modo ostensible. ¿No lo vas a usar?, preguntó, usando un tuteo agradable al oído. Negué con la cabeza. Cambié de idea; mejor memorizo lo que sea cierto, dije. Ella soltó una risa y su cuello se aclaró al torcerse hacia atrás. Luego empujó la silla para acercar el cuerpo a la mesa y se acomodó. Sus ojos despedían breves destellos color tabaco, no del todo claros. Entendí que me sondeaba y retrocedía, poniendo a prueba la temperatura interior. Antes de que me percatara, ya estábamos

mar adentro, solos en una burbuja entibiada por el sol. Hablamos de su carrera. Me contó que llevaba un par de años en el oficio. Adoraba lo que hacía. Bailar era como un test para ella, un modo de conocer a los hombres y saber hasta dónde podía ir con ellos. Los probaba sin tocarlos, dijo sonriendo con picardía. ¿Como ahora?, pregunté. Tú estás trabajando, me atajó. Asentí y volvimos a ser serios. Ella no se contaba cuentos con la noche, afirmó. Deseaba estar lejos, en otra vida, cuando le llegara la hora del retiro, aunque ese día aún no asomaba en su horizonte, o eso creía, porque el cuerpo estaba firme y daba para rato. Mientras, confiaba en reunir dinero suficiente y partir a España con su hija pequeña que vivía en el norte con los abuelos. De momento no tenía prisa. Incluso un cliente europeo le había pedido matrimonio, pero ella no estaba para compromisos. Menos con un extranjero. Sabía que su show había sido tildado de provocador en el ambiente, y lo consideraba un mérito. Los celos y las venganzas formaban parte del negocio. Su religión era que no existía nada gratis y menos una mujer, cobrara lo que cobrara, y esto en un sentido absoluto. Todas las demás ya habían obtenido lo que buscaban o se habían convertido en madres, incluida ella misma que tenía a Tamara y esperaba poder educarla fuera. Pensé en el vivo retrato de una amazona. En un momento dejé la libreta a un lado y le pregunté si se iba a la cama con todos los reporteros que la buscaban para hacerle una nota. Ella se me quedó mirando, soberana desde las hebras esfumadas de los ojos, por sobre la música disco que llenaba el audio del local. Tú qué crees, dijo sin ofenderse por la impertinencia. Me alcé de hombros. Sonreía, pero había un matiz de burla que la diferenciaba, como si no fuera posible tratarla sin riesgo de descubrir el pasaje a un mundo distinto del que ofrecía. Los contactos privados se hacen por afuera, me advirtió. Acá funcionamos así. Interesante, dije: qué requisitos se deben cumplir. Uno solo, repuso: nunca digas mi nombre. Giró hacia el barman y pidió algo con un guiño rápido y los dedos en el aire. El tipo rebuscó junto a la caja registradora y extrajo una tarjeta de visita que me alcanzó discretamente. La tomé y me la guardé en el bolsillo sin leerla. Mi falta de curiosidad la desarmó un instante. Llama y pide una cita, dijo. Hice chocar mi vaso en la copita de licor que ella sostenía. Podemos bailar, pregunté. Podemos, repuso, y abrió los brazos con cierta delicadeza infantil para que yo la guiara. Sentí las miradas de las demás chicas que pasaban por el lado. Divina Day se apretó contra mí. Aspiré intensamente la menta del pelo que envolvía sus hombros. No te preocupes, dijo muy cerca con la boca pegada al oído. Aquí cada una mata a su toro.



Escribí la crónica de Rancagua y me guardé la mejor parte, como siempre. El Gringo quedó contento con el resultado. Se burló de que quisiera publicarla con una dedicatoria. Así que incursionando en el periodismo de autor, me lanzó de refilón. No hice caso y apuré las

correcciones. Es inútil tratar de justificar la inclusión de Lara, sólo yo sé lo que nombro al invocarla. Sin ella la crónica hubiese sido otra.

Finalmente encontré donde mudarme. La covacha queda cerca de Irarrázaval. Es limpia, cómoda y apartada de amigos y parientes. Inaccesible al pasado.

Tercera oreja

Última noche con Lara. Comimos y tomamos con la abundancia que merecía la despedida. Terminamos tarde. Después ninguno de los dos lograba dormirse. Hablamos un rato de una pieza a otra como en una alocución radial grabada para una tercera persona que no estaba. Esa persona ausente era nuestra perversión particular, la mascota del hogar por así decirlo; la habíamos criado como un oyente atento a las noches locas con que cruzábamos los semáforos de la ciudad, y ahora se removía ansiosa en el estrecho corredor donde la dejábamos quieta y amarrada al entrar, quizá porque no nos convenía invitarla a pasar más allá. De haberlo permitido, se habría interpretado como una desmesura, en el límite de lo acordado. Era el viejo problema con Lara: cada uno representaba un primer plano de realidad para el otro, estábamos demasiado cerca para soñarnos. Eso nos llevaba recto a la pornografía. Saturados por la proximidad física, evitábamos la posesión al mismo tiempo que nos dábamos todas las licencias para enviciarnos. Enamorarse en esas circunstancias resultaba demasiado incómodo, además, y cada vez más acobardados por el compromiso, habíamos dejado escapar la oportunidad de agotar en nosotros mismos y a puertas cerradas el deseo que llamaba. Huíamos todo el tiempo, como ahora que habíamos quedado en silencio y yo la oía removerse inquieta entre las sábanas, encender un cigarrillo en la oscuridad y exhalar largamente cada bocanada de fatiga. Todavía te quedan ganas de fumar, le dije, sólo para que supiera que aún seguía despierto. Se aclaró la garganta como respuesta y siguió callada. Pensé que deseaba dar la noche por cerrada. Me gustó tu crónica, dijo al fin, y la imaginé apoyada contra el respaldo de la cama, con las piernas recogidas y los brazos tomados sobre las rodillas. No estaba mal, aunque tuve que censurarme el festín de la carretera, repuse. Y ella, me dijo Lara: ¿valía la pena? Todavía no sé, dije: recién empiezo a olfatearla. ¿Te da miedo que sea puta?, preguntó. No más que las santas, le dije. Tienes que atreverte, me incitó. Yo si fuera hombre no me lo pensaría dos veces. ¿De veras?, dije. ¿Y si fueras mujer? También, por qué no —sonó segura, alegre—: con ese culito me la llevaría a la cama sin preguntarle siquiera, le bajaría los calzones y

la pondría boca abajo hasta hacerla chillar de placer. ¿Incluso pagando?, le dije. Sobre todo pagando, dijo ella. La temperatura había subido de golpe y oí que respiraba un punto más agitada. Ella también lo advirtió. Las cosas que tengo que escuchar, dije: por favor sigue. ¿Quieres saber cómo lo hago? Me encantaría, acepté. Oí que su cuerpo se acomodaba como si inflara el aire alrededor. No debía llevar más que una blusa para dormir, sin nada debajo, y fijé su imagen en la oscuridad sin entender qué me impedía hacerlo a lo largo de la cama con la luz de los cuerpos encima. ¿Qué haces?, pregunté. Imagínate, me desafió ella. Un aleteo de sábanas y sombras enturbiaban la audición. Esto es como la tercera oreja, dije: ¿escuchaste alguna vez el programa? Nunca, dijo ella. Era increíble: uno podía seguir la escena como en un teatro. ¿Y?, preguntó. No eran más que voces y efectos, pero te quemaba las pilas, expliqué. Había un narrador y las historias eran siempre entre ingenuas y calentonas, no mucho: lo suficiente como para que uno se imaginara lo que estaba pasando. Incluso me acuerdo de un capítulo con dos burguesitas en la playa que se encerraban en una pieza y comenzaban a disfrazarse y a probarse ropas mientras los maridos no estaban, pero entre sacarse y ponerse era claro que se estaban manoseando. Y todo ocurría en la tercera oreja, dijo ella. Sí, porque nadie más lo sabía, dije. Era un secreto. Te lo contaban al oído mientras sonaba una juguera de efectos especiales en el estudio. Mentira, la tercera oreja nunca fue así. Ya sé, pero igual te gusta oír porquerías. Sí, dijo. Cuando estoy en la cama. Así son los secretos, dije. Y ellas qué hacían, preguntó. Se toqueteaban y atracaban como quien no quiere la cosa. ¿Nada más? Adivina, dije yo. Suena como tu mina, vaciló ella. Como Divina Day, insistió. ¿Te gusta ese nombre? Me gusta, se relamió ella, y fue como si la viera: Qué delicia, Bobe; ¿te has tirado a un hombre alguna vez? No, le dije; pero cuando chico tuve un amigo al que le gustaba mirarme mientras yo me la meneaba. Estaba loco de ganas de que lo masturbara. ¿Y?, su voz era un hilo que se tensaba en la oscuridad. Una tarde se hincó frente a la cama donde yo estaba echado y me la chupó. Después se envició, pero no me gustaba su olor así que lo corté. Dicen que los maricas huelen a vinagre, ¿será cierto? Qué buen amigo el tuyo; por qué no me lo presentas para que venga y me chupe un poquito aquí también. Estoy tan caliente. Su voz llegaba desde lejos, como si estuviese sumergida bajo el agua, en medio del vértigo. ¿Eso te gusta?, le dije. ¿Te gusta correr con ese olor? Sí, quiero hacer de puta, me provocó. Disfrázate conmigo una noche y nos vamos a putear juntos, Bobe. Me puse de pie, ciego, con el pepino ardiendo como si me quemara en el estuche de las manos. Mi sombra abultó el piso y quedó inmóvil a la entrada de su pieza. Era la despedida, de modo que tenía al menos un justificativo para cruzar el umbral. Quédate ahí, dijo, ahí no más, y yo obedecí, erguido al costado de la cama donde ella se extendía y enroscaba como una serpiente de ojos amarillos clavada en la sombra. Estaba hambrienta, y me pareció que se deslizaba sobre las sábanas para hacerme hueco, pero se detuvo y quedó en un ángulo propicio para tomarme el sexo sin desclavar sus muslos. Adelantó el brazo y con una mano comenzó a bombear de lado como si se tratara de juntar en un espejo dos imágenes desiguales. Así te acuerdas de mí, Brigitte, dijo. Hacía siglos que nadie me llamaba así, desde los tiempos de

universidad, la verdad, cuando era necesario un apodo para recordarte lo que había que hacer. La alusión me intimidó y permanecí quieto, con los brazos caídos a los lados mientras ella manipulaba un remolino de calor que subía entre mis piernas. En un momento me soltó y giró para quedar enfrentada y abierta sobre la cama, dejando a la vista el precioso acantilado de su vientre. Pensé que había llegado el instante supremo, pero me equivocaba: con Lara no había instante supremo, sólo aromas y paisajes súbitos de un paraíso que escurría entre los dedos, únicamente los dedos y las bocas para derramar lo que ella no concebía recoger. ¿Qué pasa?, dije cayendo de costado al ver que me atajaba. Nada, tranquilo, me dijo, y empujó acomodando el cuerpo sobre el mío, pero de tal manera que quedé boca arriba, pegado al rosa profundo de su entrepierna. El bocado sabía a algas frescas y miel. Hice silencio, agradecido. Estaba flanqueado y medio aturdido, preso en un acuario de colores tibios, nublado por el sudor. El Paso de Angostura, Lara; qué paisaje increíble tienes aquí, dije medio en broma para relajar la tensión que sentía caer encima. Ella respiró firme, sin oír. La sujeté de los muslos queriendo atraerla un poco más y la cerradura de su cuerpo vaciló, presionado por la amarra que la sostenía. Solté los brazos y levanté los bordes de la blusa hasta descubrir su cintura. Estaba en lo cierto: fuera de la polera no llevaba más que unos calzones para dormir. Los bajé rápido y su magnífico y lechoso culo apareció entre mis manos. Amasé los glúteos, eufórico, y ella enderezó el torso, avanzó sobre mí con las rodillas separadas y quedó hincada y abierta, conmigo tumbado debajo. Un manantial áspero saciaba mi sed. Oí que se afiebraba y maldecía, presa de la excitación mientras mi aliento saltaba a raspar su orificio oscuro con ambas manos sujetas de sus caderas. Era una brasa en la boca. Yo había llegado, por más que aún me negara la entrada. Quise que también ella lo entendiera. Mi lengua recorrió los labios húmedos y se detuvo en un remolino sin centro, inalcanzable, sujetando las paredes crudas del sexo con parsimonia y complacencia, rendido ante la dichosa servidumbre que Lara me ofrecía. Hubo elogios y ruegos, frases que ardían y se multiplicaban en las bocas mientras caíamos sobre el fondo de un cielo aplastado por el sofoco. Nos fuimos despegando en silencio, por partes. Después nos juramentamos con los cuerpos semidesnudos. Que ésta sea la despedida, propuso ella, y yo dije sí: que sea como la luna de todas las noches que pasamos juntos, y sin esperar respuesta salí hacia el cuarto seco como si me retirara a vivir con su fantasma a cuestas.

Anoto para olvidarme. Salgo de la covacha y mi ciudad se llama Libertina. Entonces un auto corre por el frente, oigo una risa a mis espaldas, alguien deja caer una carta al basurero, y en cada ocasión vuelvo a creer que soy el destinatario de la prisa con que ella me derrumba. Hasta el

próximo incidente que vendrá para decirme que aún no estoy completamente curado del amor por María Julia.



ZM

La revista no parece ir a ningún lado. Rocha se la pasa reunido con políticos de tercera, historiadores de segunda y farsantes de primera. Todo para atraer dinero fresco a cambio de regalar unas cuantas columnas de opinión. Está convencido de que su filosofía editorial puede interesar a algún empresario. Trabajo perdido. De acuerdo a la versión de Garrafita, los judíos se van a tomar el semanario. Es muy probable. Tú deberías saberlo, observó, mal que mal son tus parientes. Después salimos y me comentó el artículo del concurso en Rancagua, con la semblanza de Divina Day cuyo show yo había querido disfrazar de pasatiempo banal. Según Garrafita, era importante indagar más por ese lado porque había un enorme negocio de prostitución cinco estrellas que estaba prosperando a la sombra de la política y la policía. Sólo te falta la poesía, me burlé. Ni tanto, me dijo: ¿sabes cuáles son las iniciales del amor? Yo no tenía idea y él cogió una hoja, anotó ZM y me la extendió con teatral seriedad. Después contó una historia increíble que él mismo decía haber indagado cuando trabajó como redactor publicitario en una agencia de Buenos Aires, tras escucharla mil veces de boca de su jefe, un escritor con el que solía sentarse a charlar en una confitería de Plaza de Mayo. El asunto se remontaba a los años treinta, cuando fue descubierta y desmantelada una red de prostitutas traídas desde Europa para alimentar el comercio sexual de la ciudad. El negocio era llevado principalmente por macrós franceses venidos de Marsella y judíos que operaban como traficantes hacia las capitales del Cono Sur y Nueva York, los grandes mercados emergentes para la trata de blancas en aquellos tiempos. Los acusados eran grupos de inmigrantes mirados con desconfianza por la población local, anatemizados como anarquistas por las autoridades y discriminados económicamente por los grupos de poder, así que no era raro que en el caso de los judíos vivieran en un mundo aparte, con sus sinagogas y cementerios propios para diferenciarse de la comunidad azkenazi a la que pertenecían, y que los rechazaba por sus inclinaciones prostibularias. Al cabo, y después de ser procesados por la justicia, los acusados lograron reciclarse en las industrias textil y del caucho, proveyendo de uniformes al ejército y de profilácticos a la tropa en general. De ahí habían pasado al millonario negocio de las armas tras la fundación del Estado de Israel. Estás delirando, lo corté, pero Garrafita advirtió muy serio que podíamos estar en presencia de una nueva operación de trata de blancas, aunque esta vez orientada en dirección inversa, es decir, dedicada a la exportación de mujeres nativas para alimentar la prostitución de lujo en la vieja Europa. Bien mirado, explicó sin ahorrar malicia, era un recurso similar al del mercado no tradicional, con

frutos y productos naturales como las manzanas o el vino. Había que estar alerta y con los radares encendidos, sobre todo ahora que el grupo Lévy olfateaba la posibilidad de adquirir un porcentaje mayoritario de la revista.

Desperté de madrugada con las siglas del amor pegadas al cerebro, apretándome las sienes. Había guardado el papel donde Garrafito anotó las iniciales ZM y me puse a leer los archivos que recogí de la biblioteca. Efectivamente se trataba de una sociedad de judíos que habían operado como traficantes en Buenos Aires: la Zwi Migdal, fundada por Luis Migdal y entonces conocida en toda la capital argentina por el proceso que había desbaratado a la banda. Revisé los apellidos: Esther Kohn, la millonaria y primera financista de la red; los rufianes Máximo Grosman e Isaac Bedimol, una chica llamada Amalia Lichtenfeld, un tal Salley Brin que llevaba las cuentas, etcétera. Un policía de apellido Fuentes iba tras ellos como un perro agorero del desastre que los barrería de toda Europa. Pero en el Emmanuelle no había judíos —su giro era Los Glaciares Australes S.A.— y Divina Day no sabía de rufianes que la obligaran a marginar porcentajes ni quisieran llevarla engañada a ningún lado. Se bastaba ella sola para escalar hacia otra vida, dueña de sus circunstancias. Me lo demostraba en cada cita. Charlábamos, se dejaba invitar, y luego llegaba la hora de partir a trabajar. Hace unas noches nos quedamos juntos por primera vez y hubo un momento de vacilación y bochorno. No supe si debía comportarme como un cliente más, pero ella me atajó en seco: a ti no te voy a cobrar, me dijo, y agregó riendo: así te cuesta más.

Un mes, casi dos, encerrado con su cuerpo, sólo su cuerpo sin amagues ni rechazos, liviano y transparente, lustroso, agobiante de humedad y dulce furia. Y luego apenas unos minutos de distracción para ver la luz inmóvil, la ciudad, el caserón de la revista, lo que siempre está allí. Hasta que vuelvo a la calle Merced y todo comienza a arder como en un burdel. Ringo, el perro pekinés, ladra por todo el departamento cada vez que me ve. Parece no acostumbrarse, enloquecido por los celos.

Clientes

Hacía semanas que no anotaba nada, pero el lunes volví a quedarme en su departamento y el timbre de la portería sonó cuando ya eran pasadas las once. Por el citófono dijeron que eran detectives. Ella los hizo pasar y yo me encerré en el dormitorio con la puerta entreabierta para escuchar lo que decían. Tenían una orden judicial que entregarle y como durante el día nadie salía a abrir, decidieron venir a esas horas. Oí repetir varias veces el apellido Moyle, y me sonó conocido. Cuando los detectives se retiraron, me paré y fui a la sala. Ella se había quedado pensativa, fumando un cigarrillo tras otro. Le pregunté si estaba en problemas. Levantó los hombros, como una niña que no sabe aún si cometió una falta cuando dos adultos se pelean delante de ella. ¿Puedo ayudar?, pregunté. No sé, dijo, y luego me contó la historia de principio a fin, con el hallazgo del periodista inglés suicidado en una habitación del Hotel Carrera. Me acordé de Diéguez. Le recomendé que fuera donde ese juez y declarara la verdad, sin guardarse nada. Después vas a empezar a recordar otros detalles, le dije. Pero esos me los cuentas a mí nada más. Logré que se relajara. Hablamos un rato de las cosas que había sabido sobre el caso. A la mañana siguiente reproduje toda la historia en un cuaderno de notas guardado entre los libros de la covacha. Marqué el número ocho encima para llevar la cuenta.

La noche del viernes un abogado español, de apellido Almarza, visitó el club. Esperó hasta que terminara el show y luego se presentó ante Divina Day. Se fueron juntos y después estuvieron hablando de la declaración. El hombre venía a entrevistarse con el juez para aclarar la rogatoria recibida en Madrid, a raíz de la comparecencia de dos compatriotas suyos por el mismo caso que había motivado la visita de los detectives la otra noche. Al parecer, ella los había tenido como clientes en más de una ocasión. Almarza dejó el número del hotel y se despidió con una propina generosa. El lunes lo llamé. Le dije que era periodista y estaba enterado de su presencia en Chile para recabar antecedentes a propósito de una investigación judicial. No sé de qué me habla, contestó. Del crimen de Jonathan Moyle, le dije. Me convocó para mañana a mediodía.

Atmósfera enrarecida en la redacción. Debe haber un secreto que guardar. El rumor generalizado es que Rocha cedió al acuerdo de no informar sobre el secuestro de Edwards a cambio de hacer efectiva una promesa de compra. Sería lo lógico: ni Lévy ni cualquier otro grupo está disponible para levantar una empresa enemistada con el medio. Si es cierto, quiere decir entonces que Rocha al fin consiguió visar sus deudas. Hay algunos indignados, pero por ahora no hay peligro de motín

ni de desobediencia activa. Adónde van a ir si los dueños de la prensa están por todos lados. Según Garrafito, el acuerdo está en el horno, aunque la expresión no sea la más feliz en este caso. Me dijo que había estado averiguando sobre la sociedad Migdal desde la última vez que hablamos. Se trataba de una de las compañías más poderosas de Israel, dedicada al rubro de los seguros financieros y personales, con ramificaciones y alianzas en toda Europa. Era pionera en la organización de fondos de pensiones privadas, pero lo más interesante era su fecha de fundación: 1934, es decir, poco después de los acontecimientos de Buenos Aires. Hoy era conocido como el Grupo Migdal, y según Garrafito hacía honor al poeta oficial de Israel, Chaim Bialik, quien dejó dicho: «Yo también, como Hitler, creo en el poder de la idea de la sangre».

Hay un solo motivo verdadero por el cual un hombre lleva un Diario: quiere marcar que sigue estando vivo en medio de una situación intolerable o del simple paso del tiempo que lo mantiene en un limbo vacío de acontecimientos. En este caso puede que incluso no tenga con quién irse a la cama. También se trata de la primera señal de vida de la literatura, cuando ésta aún no se malea con el estilo ni adquiere conciencia de sí misma. El Diario visto como un acto de narración salvaje, el primer fuego del naufrago en la playa. Luego viene la forma, el exceso, la gula. Lo verifico antes de embarcarme en la nota que le prometí al Gringo Suárez, donde pretendo reconstituir las últimas horas del periodista inglés.

Madrugada del 31

El episodio no debió durar más de unas cuantas horas, durante la madrugada del 31, luego de que durante la noche Moyle se reuniera con los españoles Antonio Tierol y Juan Trías, invitados a la Feria Internacional de Armas que se realizaba en el parque Cerrillos y quienes también se hospedaban en el Hotel Carrera. Los tres habían quedado de cenar juntos en el restaurante. Se reunieron en el lobby cerca de las nueve. Seguramente Moyle comentó la discusión que había tenido el día anterior con uno de los expositores chilenos de la feria y de paso narró su visita a Punta Arenas, donde había estado durante toda esa larga jornada. Por la mañana partiría a Bolivia en un breve viaje inspectivo. Tierol y Trías pidieron pasta, Moyle se inclinó por un estofado. Los tres celebraron el vino chileno y luego salieron a distraerse un rato. Ya habían estado antes en el club, esa misma semana, y al llegar encontraron libres a Ángela y Nicole. Se encerraron en un privado con las dos niñas —una pelirroja, la otra morena— pero aquello no fue suficiente: los

españoles volvían a Madrid al día siguiente y querían festejar a lo grande y en pantuflas, así que las invitaron al hotel, hacia donde regresaron todos en un solo grupo pasadas las tres. Subieron primero a la habitación de Tierol, la 911. Allí retiraron unas botellas y luego se dirigieron a la de Trías, la 1409, cinco pisos más arriba y vecina a la de Moyle, que ocupaba la 1406, es decir, tres puertas más hacia el fondo del pasillo. Las chicas y los españoles se metieron en la 1409, mientras Moyle se retiraba a su cuarto y aprovechaba la diferencia horaria para llamar por teléfono a Inglaterra. Habló con su padre y luego con su novia. Se quejó de la comida del hotel y decidió descansar unas horas antes de subir al avión que lo llevaría a Bolivia. Eran pasadas las seis cuando Ángela y Nicole salieron de la habitación 1409 con instrucciones de caminar hacia el ascensor de servicio y bajar hasta la cocina, donde debían esfumarse hacia la calle. Por esa misma vía, pero en sentido contrario, subió el verdugo como un carro de hielo hasta la habitación de Moyle. Nadie reportó su ingreso al hotel, pero una vez que vio salir a las niñas, tomó el ascensor, ganó el pasillo y caminó los pocos pasos que lo separaban del sitio señalado. Ni siquiera tuvo necesidad de golpear la puerta: pasó por delante de la habitación de Trías, se detuvo ante el cuarto de Moyle, giró la manilla y empujó con suavidad. Aquejado por fuertes dolores de estómago, el periodista inglés había olvidado pasar la cadenita de rigor y yacía tendido en el dormitorio, intentando conciliar el sueño. Cuando el intruso ingresó, Moyle pensó en Tierol o Trías, e incluso en una de las muchachas que venía a darle un beso de despedida. La pesadez le impedía moverse como hubiera deseado. Lo veo levantar la cabeza antes de preguntar en inglés quién es usted, qué hace aquí. Trece días después, el chef del hotel, un tal Villalobos, moría asesinado también.

Marfán estuvo de visita. Desde hace años está instalado en París. Dice que no es ninguna fiesta, pero lo aguanta bien. Nos cuidamos de entrar en infidencias. Me preguntó si acaso me veía con Lara. Sólo cuando pasan la serie de Pablo Mármol en televisión, dije, y él aceptó el chiste, viejo como los años de amistad, cuando su apellido quedó reducido a una voz de caricatura. Me contó que con ella se habían encontrado a tomar algo una noche y luego se habían ido juntos por ahí. Como en los buenos tiempos, dije. ¿Todo bien? Sí, extraño rendez-vous, pero bien, dijo soñador, mezclando idiomas con un énfasis que no era chileno ni francés, una lengua neutra que enaltecía su desarraigo. Según él, Lara estaba menos cambiada de lo que pensaba, pero preferí eludir el tema. Imposible decirle la verdad; por otra parte, no lo entendería. Con ella pasamos semanas sin vernos ni hablarnos, y luego de pronto nos llamamos con el ansia inquieta sangrando en la voz. Es señal suficiente para que organicemos un reencuentro. Paso a recogerla en el Chevette y nos vamos a los bares hasta que llega el momento de salir a rodar por las calles. Hace unas semanas

subimos a una chica en la rotonda de Grecia para que nos acompañara. Se llamaba Nancy, y recorrimos el barrio Brasil y luego Recoleta hasta el cerro Blanco, turnándonos en el manejo. El auto se estrujaba en cada giro. Nancy se asustó tanto que en un momento comenzó a insultarnos y a chillar: huevones imbéciles, tarados, enfermos de la cabeza. Para calmarla, decidimos invitarla a tomar algo en el departamento. Tenía unas piernas largas y asombrosas que se enredaban en los velos que Lara dispuso previamente sobre la cama, antes de desnudarse y tirársela de frente.



Gatos y ratones

La publicación sobre el falso suicidio de Moyle con las resoluciones adoptadas por el juez Solís tuvieron efecto inmediato: Rocha quiere que siga con el tema y me pase a Nacional si es necesario. Las especulaciones se multiplican: quién mandó a matarlo, por qué y con qué fin quisieron darle una apariencia de suicidio. Ratones persiguiendo gatos, me dijo Almarza en tono enigmático a la semana de publicado el artículo. Llamó y quedamos en un café del centro. Lo esperé media hora y cuando ya salía me atajó en la puerta. Había estado husmeando desde lejos para cerciorarse de que andaba solo. Volvía a comportarse de un modo irritante como la primera vez, cuando fui a buscarlo al hotel. Caminamos hacia el Mercado por una calle llena de vendedores de chucherías donde era fácil perderse. Curiosamente, estaba satisfecho. Todo lo que usted escribió es correcto, dijo, pero debe saber qué terreno pisa para no quedar de cabeza. ¿Cuál terreno es ése?, le dije. Nos paramos ante un puesto de frutas. Agucé el oído. La fiscalía de Almarza trabajaba desde hacía años tras la pista de un tráfico de armas que operaba desde España a través de agentes o brokers internacionales. El negocio funcionaba comprando armamento a los fabricantes de Chile y Argentina, para luego vender la mercadería a los clientes que nunca faltaban. Europa estaba repleto de ellos, y operaban indirectamente. Es el mercado más seguro y millonario de este mundo, aclaró. Las guerras no faltan, siempre habrá algún pleito necesitado de nuevas municiones, son como las putas que equilibran y hacen posible la familia. Usted me entiende, ¿no? Dije que sí, pero él insistió en el tema: ¿sabe usted cuál es la segunda profesión más vieja del mundo? Me alcé de hombros. Espía, me dijo. Juntos, un espía y una puta son imposibles, jamás se entenderían, ya sabe a lo que me refiero. La conversación empezaba a enervarme. Nos metimos en la sombra de los puestos de mariscos y caminamos entre truchas abiertas y salmones desventrados hasta que Almarza se paró delante de una pescadería con un lote de periódicos arrumbados junto a la balanza del local. Mire eso, me dijo. Hice amago de revisar los precios escritos en la pizarra. No, me corrigió él: fijese en los diarios. Yo no entendía. Usted que es periodista, insistió, ¿sabe para qué sirve un periódico? Para envolver pescado, le dije. Correcto, me dijo Almarza: lo mismo piensan los servicios de espionaje del país y del signo que

sean: los periódicos sirven para envolver pescado. ¿Me comprende ahora? Cuando algo o alguien ya no les sirve, tenga usted por seguro que lo pondrán a circular en los diarios. Es la última parada de un fusible agotado. Almarza giró hacia el interior y adelantó unos pasos en dirección a la zona de los restaurantes, donde los mozos se agitaban voceando el menú. Esperó a que yo lo alcanzara para seguir el recorrido. Es un hermoso galpón, comentó al desgaire mientras paseaba la mirada por la bóveda del cielo. La información sobre el asesinato de Moyle no es un fusible gastado, le dije yo. En el suelo de la recova había manchas de tripas y cartílagos arrancados. Para los gatos sí que lo es, replicó él devolviendo la vista hacia los puestos, donde las mangueras chorreaban espantando el mosquerío. Ellos entregaron un esqueleto, espero que sepa darse cuenta, advirtió. Dije que sí e insistí en preguntarle quién podía estar detrás. ¿Los que compran o los que venden? ¿Los agentes internacionales o los fabricantes locales? Mientras no se sepa quién lo hizo, dije, alguien seguirá escondiéndose. Almarza se alzó de hombros: hay que esperar, dijo, ya nos vamos a enterar. Cuando un crimen se conoce por su nombre nunca llega solo, agregó. Salimos del Mercado hacia la parada de taxis y en un momento él se paró a considerar el asunto como si estuviera a solas y fantaseara frente al espejo del baño. ¿Quién puede ser?, repitió. Luego olvidó responderse. Me dijo que se quedaría todavía unas semanas más y nos despedimos con un apretón de manos. Bienvenido a la sospecha universal, sentenció.



La guerra

Iván estuvo conmigo en la covacha. Creo que se llevó una impresión de mí mismo y del lugar mejor de la que soy capaz de mostrar. En algún momento tuve deseos de sentarlo en las rodillas y contarle una historia idiota, en clave de fábula, con un padre tortuga que lleva su casa en las espaldas mientras los animales del bosque discuten si debe presentarse de inmediato en el hogar o esperar una temporada más. El padre tortuga había sido desterrado por dormilón y mal educado, así que no había que preocuparse si se demoraba unos cuantos meses o incluso algunos años en volver. Por fortuna llegó la hora de regresarlo antes de soltar la ocurrencia. María Julia no estaba y Marco salió a recibirnos. Iván se despidió en la calle, entró a la casa y con Marco nos quedamos clavados un rato en medio de un intenso intercambio de noticias y novedades que eludían cualquier asomo de intimidad. Las sombras del atardecer bajaban entre los plátanos. Marco ofreció cigarrillos y yo acepté. No había prisa, saber que María Julia no estaba alimentaba una repentina distensión. No nos medíamos desde la frustrada invitación a homenajear a Lihn, y ahora él estaba enganchado queriendo hacer cine. Horrible, le dije yo. Sí, pero apasionante, replicó, y comenzó a enumerar las dificultades de todo tipo que encontraba en su nueva vocación, con las disputas por el financiamiento, las ideas que tenía, los proyectos de coproducción, en fin,

esto es la industria, explicó sin que yo interviniera para nada en su relato, oyéndolo contar mientras seguía con la mente puesta en lo que estaría haciendo Iván dentro de la casa, hasta que fue oscureciendo alrededor. Viendo que María Julia no llegaba, Marco me espetó: cómo lo ves tú, Bobe, a ti ya te pasó, así que por eso pregunto, ¿tengo que aguantar o virarme? Aspiró con ansiedad el cigarrillo y miró de refilón por sobre mi hombro, sin duda esperando que ella apareciera. No te hagas el leso; tú la conoces mejor que yo, dijo enseguida. Me volteé desconcertado, como si le hablara a otro ubicado justo detrás de mí, y como no encontrara a nadie comencé a explicarme, a consolarlo casi: tranquilo, tenle un poco de paciencia, se va a arreglar, a todas las parejas les pasa. No, me cortó él: quiere botarme, estoy seguro, la estoy oliendo ya, dime cómo fue que te libraste. Es lo que tendría que hacer, ¿no es cierto? Enfrentarla antes de que ella decida por mí. Yo miraba las luces de la casa donde cada cierto rato Iván atravesaba por la ventana sin echar de menos a nadie, austero en su potestad. Me tengo que ir, Marco, lo siento, comencé a disculparme. ¿No quieres entrar?, dijo él. Ven, tomémonos un trago: acompáñame. No, perdona, otro día quizás, ahora estoy atrasado, saludos a María Julia y despreocúpate, seguro que no es para tanto, le dije. Un trago, insistió, uno solo. Tu hijo está increíble, ¿te lo habían dicho? Ya lo sé, Marco: claro que sí, disculpa pero no puedo acompañarte, para otra vez será.



Versos

Aunque se vuelvan locos serán cuerdos, aunque se hundan en el mar de nuevo surgirán, aunque se pierdan los amantes no se perderá el amor, y la muerte no tendrá dominio. Me lo sabía de memoria, y se lo regalé sin esfuerzo. Habíamos estado dando vueltas y más vueltas con Lara, hablando todo el tiempo de esto y lo otro, hambrientos como cazadores al acecho. En un momento tuve la impresión de que nos habíamos quedado fuera y deambulábamos por los exteriores de una ciudad amurallada, revisando las puertas cerradas a cal y canto, sin hallar un solo sitio donde descansar. ¿Qué pasaría si un día de estos tú y yo nos largáramos a otro lado? ¿Crees que alguien nos echaría de menos?, le dije mientras conducía el Chevette. Ya estábamos borrachos o queriendo parecerlo. Tomamos Irarázaval y Lara me miró desde el asiento del lado con expresión taciturna. Con seguridad tu hijo lo haría, quizá mis padres, contestó. La avenida se extendía hacia el poniente, solitaria en medio de una sordidez agobiadora, recortada por un campo de luces y sombras como si las farolas marcaran barrios distintos en cada cuadra. También las esquinas tenían ese aspecto de perros cansados. Quiere decir entonces que estamos condenados, que allí adonde vayamos nos seguirá la culpa de nuestro poema favorito, insistí. ¿Cuál es nuestro poema favorito?, preguntó, y yo recité la estrofa de Kavafis que mejor recordaba: *no encontrarás nuevos países, no descubrirás nuevos mares. Esta ciudad y esta vida que arruinaste aquí te seguirán*

adonde vayas, sentencié. Puede ser, dijo ella, y luego la oí estirarse en el asiento. Igual yo me fui de la poesía hace tiempo. Mascaba las palabras como si las eligiera una por una. No sé si se entiende, Bobe, pero para mí eso fue como irse del futuro también. Y agregé: la poesía era lo que yo tenía para hacer, para eso me formé, y resulta que un día todo eso se cayó al suelo como una montura mal amarrada al calendario. No me preguntes cómo, pero así pasó, y la obra, la palabra y todo lo que importaba quedó atrás con el recuerdo de esa vida por delante. ¿Qué sentido tiene seguir ahora? Encendí un cigarrillo para evitar responderle. Lo que dijera estaría mal. El Chevette siguió calle abajo, tomando luego por el parque Bustamante hacia el norte. Íbamos callados, casi rendidos o arruinados como si recorriéramos de vuelta «La ciudad» de Kavafis. La perspectiva era horrible. Pensé: estamos por apagarnos, por eso vamos rápido. ¿Y entonces?, le dije. ¿Se te ocurre dónde podemos ir? Ella negó con la cabeza. Entonces recordé el otro poema, el único que me sabía de principio a fin en realidad. Échate para atrás y escucha, le dije. Desde el país de Gales para ti. Ella obedeció y se recostó en el asiento dejando caer su mirada en las esquinas. Título de la canción: «Y la muerte no tendrá dominio». Autor: Mister Dylan Thomas. Empecé a recitar: *aunque se vuelvan locos serán cuerdos...* Y atisbé que Lara remedaba los versos murmurando apenas.

En la covacha

Tengo que seguir el consejo de Almarza y desconfiar. Por el momento nadie sabe que a la salida del club Divina Day se viene a dormir a la covacha una o dos veces a la semana, aunque no siempre cumpla con el acuerdo y ponga al pekinés como excusa. Fue ella quien propuso el cambio de domicilio luego de que saliera publicado el artículo, una noche después de enredar su cuerpo contra el mío y advertirme que debíamos abandonar nuestras rutinas en el departamento del parque. Vamos a tener que buscar otro lugar, me dijo. ¿No era éste tu reservado particular?, alegué. Sí, por eso mismo, replicó. Es mejor que nadie lo vea por aquí. Todos saben que fue usted quien escribió la historia de Moyle. Comenzaba a tratarme con esa familiaridad de los matrimonios longevos, y yo había aceptado el cambio, contento de encontrar un lugar en su vocabulario personal. Encendí la luz del velador. Y qué hay con eso, dije: eso no significa que seas tú quien me ayudó. Y por otra parte qué importa que me hayas ayudado. El problema empieza ahora, me dijo: usted es periodista y si lo ven por aquí, se acabó. Eso qué quiere decir, pregunté. Que no voy a poder contarle todo lo que tiene que escuchar, respondió. Su prevención hizo efecto inmediato. Fui a buscar cigarrillos, un cenicero y luego me acomodé. No me vengas con historias, le dije, y volví a decírselo cuando terminó de hablar: de dónde sacaste eso, quién te lo contó. Nadie: yo los conozco, no es la primera vez que los atiendo. La alusión me irritó y ella capturó el motivo:

¿acaso no me cree? Si quiere hasta le puedo averiguar más detalles, insinuó. La firme. Y las fechas de salida. Pero no me lo pida todo de una vez, okey. La tomé de la muñeca y con la otra mano cubrí sus labios. No toleraba seguir oyendo su rendición de cuentas. Apenas quedaban unas horas para que amaneciera, y luego de agotar su preciosa piel entre las manos accedí a la petición. En la covacha no estaríamos en vitrina, me aseguró, y además terminarían las llamadas molestas. Yo le creí, necesitaba hacerlo.

Al principio yo esperaba inquieto, mortificado sólo por los celos, dando vueltas en la cama con el oído alerta, pendiente del sonido de sus tacones aguja en el corredor y luego de la puerta que abriría con sigilo, utilizando las llaves que yo mismo mandé a hacer y le entregué para que mantuviera su independencia. Pero ahora no puedo evitar el sentimiento de agonía, de que las horas se estiren hacia la madrugada y me abandonen mientras una luz de vela comienza a levantarse en las paredes y sobre los tablones del piso. No es únicamente su trabajo el que me irrita; también la certidumbre de que en este preciso momento está ocurriendo. Eso le pasa por ahorrarse la puta, me contestó ella riendo la vez que reclamé. Era estrictamente cierto. Si una mujer enamora en base a estrategias de ilusión, con mayor seguridad logrará volverte loco enfrascada en una orgía. En la prostitución, además, los celos marcan todas las horas en forma simultánea. Es lo que más me enfurece de la nueva situación: haber quedado aislado y solo, sin control sobre los horarios, con la vista en el techo, hediondo a cigarro como un desocupado. En el fondo, la deseo irremisiblemente y pienso todo el tiempo en su noche esclava. La historia con que me expulsó del departamento del parque calzaba con la advertencia de Almarza. Las cosas iban a empezar a revolverse, me había dicho en un momento. Cuando un crimen se conoce por su nombre nunca llega solo. Ella era un hilo de cobre entre el asesinato de Moyle y lo que yo esperaba que sucediera ahora. ¿O era sólo una coartada para justificar a su clientela y mantenerme alejado? Me digo: esto era la angustia, la desesperación, el cuerpo de la muerte que sube a mi almohada en medio del pánico que hormiguea sobre el pecho y me atrapa el cuello. La ansiedad se hace intolerable. Entonces enciendo la luz y vuelvo a ver a Moyle tendido en la cama de la habitación, las manos sobre el estómago mientras pregunta quién es, quién anda ahí, qué hace usted. Con espanto me doy cuenta de que estamos solos en el cuarto, él colgando de la percha con sus preguntas y yo aquí abajo sin las respuestas.

El dinosaurio

Vino hasta la pieza, se quedó erguida al pie de la cama, tiró unas ropas encima mía y dijo que tomara la cámara y fuéramos en auto al aeropuerto, porque al avión lo estaban cargando a un costado de la pista. ¿Y tú?, pregunté. ¿Vas a ir vestida así? Una falda de cuerina ceñía sus piernas hasta un poco más arriba de la rodilla, y se había echado sobre los hombros una chaqueta de pana vieja que la hacía ver más pequeña. Es por si alguien sospecha, explicó. ¿Acaso no tengo facha de estar trabajando? Vamos a trabajar entonces, le dije. Todavía era temprano, ni siquiera medianoche. Salimos excitados, casi felices. En el trayecto me mostró una lista. Guárdese la, dijo: puede servirle para adornar el artículo. Me atreví a preguntarle dónde la había obtenido. Mi vida, respondió con piadosa coquetería, y fue como si dijera: con quién crees que estás bailando. No insistí más. Detuvimos el motor a varios centenares de metros del desvío y el Chevette quedó ladeado sobre un montículo de tierra, junto a una acequia que corría sin verse por el costado del camino. Los focos cayeron sobre los matorrales del alambrado y enseguida cambiaron hasta quedar en baja, sin llamar la atención ni confundirse con las luces del recinto que se extendía del otro lado como una estación planetaria en medio del desierto. Llegamos, dijo ella sacudiéndose con la certeza de reconocer el sitio. La seguí, obediente, guiándome con la luz de la linterna que ella cargaba delante. En un momento sujetó los alambres de la cerca y los levantó para abrir una boca por donde pasar y acercarse a la pista. Al fondo, sobre el costado oriente, dormía un aparato sin bandera comercial. Un ligero vértigo me hizo oler la traición. Apreté el bolso contra la cintura y me olvidé de pensar, mientras extraía la cámara y comenzaba a disparar cambiando de lente para obtener distintos rangos de aproximación. Ella había quedado a mis espaldas, y avancé todavía unos cuantos metros entre la hierba para mejorar el registro. El viento soplaba alrededor. De pronto pensé que estaba solo en un zoológico sin rejas, fotografiando a un dinosaurio mientras roncaba. Un avión despegó a lo lejos, como en la estación imaginaria de Pacull donde era imposible decidirse a volver. Me asusté y miré hacia atrás, buscando el alambrado. La luz de la linterna permanecía quieta, volcada contra la tierra húmeda. Una pulsada nerviosa apuraba la retirada. La faena no duró más de media hora en total, y cuando volvimos al cruce alcanzamos a divisar un patrullero que se acercaba iniciando su ronda habitual por los pastizales. Ella iba muy seria, con las dos manos puestas sobre el volante, y sólo una vez que nos alejamos relajó la posición. Por qué no me haces unas fotos, preguntó al ver que yo revisaba el contador de la cámara. Comencé a disparar sobre ella hasta casi terminar el rollo, subrayando la imprudencia. Nos detuvimos en una gasolinera a comer algo. Bajo la refrigerada y azulina luz del local parecíamos escapados de un presidio, con huellas de barro en los zapatos y briznas de hierba en la ropa y el pelo. Luego nos encerramos en la covacha, furiosos y exasperados por la complicidad, como si tomáramos un pasaje de última hora y dejáramos atrás un arsenal pronto a estallar.



Publiqué el artículo de las armas en dos entregas sucesivas. A pesar del revuelo, es fácil darse cuenta de que otra mucha gente seguía el caso de cerca. Lo raro es que toda la prensa haya destapado el tema a un mismo tiempo y sin acuerdo previo. Es lo que hace sospechosa la información. Intuyo que mi único mérito es la precisión del listado que di a conocer. Con eso Rocha toma la delantera y asegura el crédito que le hacía falta para consolidar su posición. Llovieron las felicitaciones e incluso telefonaron a Rocha de la oficina local de Aeroflot para agradecer la mención a la compañía por negarse a servir de transporte al contrabando. Gané un almuerzo y un tipo alto, bien peinado y de terno impecable que decía llamarse Boris Vera, lugarteniente del máximo representante de la firma en Chile, elogió mis artículos y deslizó la posibilidad de que viajara a Europa aprovechando las vacaciones. De esa forma él podría retribuir mi profesionalismo con una rebaja sustantiva del pasaje. Si le avisaba con tiempo, siempre habría un asiento libre para utilizar. Rocha ya estaba en antecedentes del canje. Puede ser, le dije. Hecho, acotó Vera, y me extendió una tarjeta con sus señas. Incluso podíamos hacer algún negocio juntos en caso de que no me resultara desagradable ir por un par de días a Moscú.



Queso cabeza

Hay que olvidar por un momento los hechos. Los hechos son sólo construcciones más o menos afortunadas al servicio de otros fines que siempre están en movimiento, como un deslizamiento de tierra bajo los pies que nunca cesa de acomodarse por completo. Dirigirlos y manipularlos es todo el esfuerzo de la guerra y la política. Ahora mismo son otros los que están al mando de los hechos. Lo entendí claro la otra tarde, cuando Rocha me mandó a buscar. Estaba reunido bajo reserva absoluta en el privado de su oficina, con Ovando y otra gente que nunca había visto. Me presentó como el reportero a cargo de investigar el caso. Un hombre de bigotitos, con una mancha horizontal y fina que le recorría el promontorio de la frente, estaba sentado en un rincón. Observaba impasible, escuchando atentamente cuanto se decía. Después de que todos hubiesen manifestado su opinión respecto a la necesidad de ser prudentes y no levantar falsas acusaciones, el propio Rocha se dirigió a él con el título de coronel. Como verá, coronel, dijo, aquí todos ponemos lo mejor de nuestra voluntad para que la situación no afecte la honra del Ejército ni la suya propia. Pero eso sí, debemos dar cuenta de los hechos. Hubo una pausa en la que todos esperaron la réplica del hombrecito de bigotes, que al fin habló sin despegar el cuerpo algo enjuto sobre la silla, con los brazos cruzados y avanzando el torso hacia delante para apoyar sus frases, como si arrullara a los presentes con un tono de reposada autoridad. A pesar de ir vestido de civil, daba por supuesto que nadie ignoraba la importancia de su rango, y en un momento se dirigió claramente hacia mí diciendo que desconocía de dónde habíamos obtenido la información, pero

que en todo caso era injusta y a todas luces muy incompleta, ya que tanto él como sus subordinados sólo obedecían disposiciones de la autoridad civil. Es una intriga, remató; es claro que buscan enlodarnos como parte de una campaña de difamación. Tras decir esto corrió la vista y la dejó caer sobre el escritorio donde Rocha se había guarecido. Todos miramos hacia allí buscando apoyo, pero él respondió con prudencia extrema: pensé que era importante que todos oyéramos esto, dijo. Por eso también pedí que vinieras, Bobe, considerando lo que está en juego. Alguien carraspeó. No olvidemos que se trata de una institución que también tiene sentimientos al respecto, agregó Rocha. Siguió un pequeño intercambio de preguntas y respuestas rápidas y enseguida la reunión se disolvió. Con Ovando nos retiramos mientras los otros se quedaban hablando. Quién era ése, le pregunté. Uno de los que vendían las armas, me dijo cabizbajo, hablándole al piso. Se llama Huber, y era el responsable de cubrir el negocio por la parte chilena. Ahora se va a tener que ir él mismo por la ventana. ¿Y los demás? Aah, me dijo Ovando mirando al frente, entre burlón y sincero: éstos son los que nos pagan para que no digamos nada.

Almarza llamó para despedirse. Apenas tenía tiempo para tomar algo y quedamos de encontrarnos al lado de la Librería Inglesa, en un cafetín sobre Pedro de Valdivia. Cuando llegué se mostró cauto, casi a la defensiva. Según él, la publicación del listado completo del armamento evidenciaba una gran torpeza de mi parte. Era como encender una bengala en un entierro donde todos llevaban velas, dijo. La figura me hizo gracia. No se ría, advirtió: su chica se está exponiendo demasiado. Y quién es mi chica, pregunté picado. El español resopló, conciliador: hombre, sólo quiero que sepa los riesgos de estar en dos partes a la vez, ¿me explico? Ella está colaborando; con nosotros, con usted. ¿Por qué no ayudarla un poco? Sí, por supuesto, afirmé, y él dejó el importe sobre la mesa y se levantó para irse. Yo lo imité y caminamos un rato en silencio. Son los mismos, me dijo al cabo, antes de llegar a la siguiente esquina: los que echaron a pique el negocio son los mismos que mataron a Moyle. Quiénes, le dije. Almarza desvió la mirada hacia el oriente, donde la montaña alzaba un límite infranqueable a la imaginación. Especular no nos va a ayudar en nada, dijo. Evidentemente no creía apropiado divulgar sus averiguaciones ni que yo las considerara, y comprendí que sólo buscaba compartir una prevención. Estaba ansioso de hacerme saber un soplo, acaso para evitarme algún error antes de partir. Me tendió la mano al despedirse. Ya tiene todos mis datos en Madrid; ahora es usted quien debe cuidar de ella, me dijo. La frase me quedó sonando, pero no estoy seguro de haber entendido bien a lo que se refería.

Este Diario tiende hacia la flagelación. Pero quizá se trate de la naturaleza del género. Si uno habla solo y sólo consigo mismo, terminará golpeándose la cabeza contra el muro tarde o temprano. En el fondo, todos los diarios personales tienden en esto hacia el suicidio, que entre paréntesis anoche asomó por primera vez su nariz purulenta en la línea del horizonte, como una idea no del todo ajena ni absurda, y luego como una acción, una medida de fuerza ante el excesivo descontrol de las voces que todo el tiempo me están hablando en las orejas, esos enanos verdes que se pasean hasta altas horas de la noche por mi cerebro soplándome una intriga espantosa. No podía dormir pensando en esto cuando sobrevino el ataque —porque la idea del suicidio, como posibilidad y luego como recurso, se me apareció bajo la forma de un ataque— asociado a la escena del cuarto de Moyle, o más bien a la de Trías con las dos chicas del Emmanuelle enlazadas y cayendo en la blandura de una cópula infinita. Relacioné la orgía con el uso indiscriminado de los disfraces, y un botón de pánico me tapó la visión. Entonces pensé algo horrible. Pensé: rebajo a mi Musa y enaltezco a mi Puta. Quizá sea éste el único camino que logre llevarme a la salida, al no dolor. Me masturbé y luego me sentí completamente enfermo. Hastiado, podrido. Ahora apenas tengo fuerzas para tomar el lápiz y anotar cómo todo se dispersa alrededor. Fue entonces que la idea del suicidio emergió, pura y nítida, como una uña encarnada en la pupila. Después medité que si insistía en esa dirección terminaría realmente convertido en lo peor. Un paso más y me convertiría en un escritor.



Mosquitas muertas

Parece claro que Rocha contaba con mi ansiedad como un factor que podía utilizar en su provecho. En el fondo me tiró un hueso sabiendo que yo correría tras él, deseoso como estaba de morder e hincar el diente sobre la realidad, sobre cualquier realidad ajena de la cual yo pudiera apropiarme tras mi ruptura con María Julia. Todos los indicios apuntan a confirmarlo. De otra forma no se entiende que me haya pedido seguir con la investigación y que luego cancelara el interés de publicar una nueva entrada. Encargó a Ovando un refrito de lo publicado y de paso me dejó esperando como un morfinómano mi dosis de hechos prestados para organizar una versión creíble. Pero es difícil resistirse y guardar distancias; ya estoy pegado al caso y logro identificar con claridad el interés de muchos por dejar las aguas quietas a la espera de que la situación se recomponga. Para Rocha lo importante es representar una comunidad de propósitos ante los nuevos dueños. Eso es suficiente para sentirse victorioso. El resto son cartas de cambio, comodines que entran y salen de su infalible amplitud de juego. Tendría que haberlo previsto. No quiere revolver el gallinero más de lo que está hoy. Cuando le propuse seguir la pista con los datos que me dejó Almarza, se negó de plano. Se hallaba reunido con uno de los delegados del

nuevo directorio, un tipo de apellido Floyd que había desembarcado en las reuniones de pauta al producirse el cambio de propiedad. Desde entonces era como tener a una suegra arrogante y venenosa alojada en la casa, mal disimulada detrás de la afectación amistosa que dejaba flotar como una dádiva sobre los redactores, a quienes íntimamente consideraba ganapanes al servicio de su alta investidura, mientras se paseaba dando sabios consejos perfumados por un PhD obtenido en el extranjero. Su función era olisquear aquí o allá y acusar si correspondía, aumentando su triste influencia con intrigas domésticas que pusieran su rol en un lugar estelar. Probablemente su objetivo no era otro que hacerse indispensable para, al cabo de tanta celebridad, volver convertido en eminencia gris a las páginas editoriales de *El Mercurio*, desde donde había sido corrido por desleal. Manejaba muchas fichas simultáneas, y su prestigio residía en estar siempre del lado de lo que era bien visto pensar, aunque actuara en sentido inversamente proporcional. Tampoco esta vez fue la excepción, aunque yo hubiera preferido no encontrármelo en la oficina de dirección al momento de entrar. Tal como veía su papel de delegado, se hizo el valiente delante de Rocha y no dudó en darme su apoyo cuando expuse el tema: la revista necesitaba dar golpes y hacerse atractiva ante el mercado, aconsejó en voz baja, sibilino, acotando desde la sombra del privado con una pipa apretada entre las manos. Estaba sentado en diagonal, justo donde había estado antes el coronel, y Rocha hizo un gesto de molestia desde el escritorio. No estoy tan convencido, dijo secamente, hundiendo la cara en la preocupación. El PhD Floyd reparó en su falta de tino y se levantó para salir con una excusa cualquiera. Quedamos solos y Rocha habló: ¿qué pretendes?, me dijo. Hace una semana entraron a mi casa y dieron vuelta todos mis papeles mientras yo no estaba, y tú insistes en llamar la atención sobre este asunto. Olvídalo, aunque tengas la confesión del mismísimo director de la industria militar no voy a darte leña para ese fuego. Nos quemaríamos aquí dentro, y otros que no son precisamente nuestros mejores amigos terminarían sentados en esta silla, así que mejor tápate las orejas y tómate un descanso si es lo que necesitas. Aprovecha el verano para ir a las playas y traer notas de ocio, que eso te gusta. Yo lo escuchaba atónito: habían registrado su casa, ¿quiénes?, ¿buscando qué? Una olla de grillos me zumbaba alrededor. Cálmate, me dijo, no es nada terrible. Pero te pido que no me hagas trabajar más de la cuenta. Asentí, obediente, y salí de la oficina dispuesto a anotar en mis cuadernos las novedades que el caso registraba. En la sala de redacción la figura algo encorvada de Floyd reapareció con una oferta extravagante: puedo llamarte por teléfono a tu casa, preguntó. Claro, le dije. Y le alcancé el número. Ovando pasó cerca nuestro y miró de soslayo. Muy bien, se sonrió Floyd, y desapareció. Hace un momento nada más llamó. Quería hablarme justamente de mi propuesta de artículo, que había alcanzado a escuchar al comienzo de la reunión. Según él, Rocha tenía innumerables dificultades y yo debía saberlas en mi condición de periodista estrella, ése fue el término que utilizó para halagarme. El caso era que las presiones a la dirección de la revista eran tremendas, obligada como estaba a mostrar resultados ante los nuevos dueños. Floyd apreciaba sinceramente al director, pero reconocía que tenía los días

contados, y por lo mismo yo no debía permitir censuras a la investigación que realizaba, a fin de cuentas la única fidelidad auténtica en este oficio es la que le debemos a la verdad, supongo que estarás de acuerdo, observó. Me ofreció seguridades: no es que él quisiera alinearme con los que estaban de este lado, pero yo tenía que abrir los ojos y optar antes de que fuera demasiado tarde. Rocha ya es un cadáver como director, me dijo. O se derrumba o lo sacan, no va a poder resistir mucho más, agregó. Sus precauciones están hundiendo a la revista. ¿Qué quieres que haga?, pregunté. Necesitamos un parteaguas, afirmó: algo que desate la crisis y deje en claro sus limitaciones para ejercer la dirección. Es ahora o nunca; hay que quitarle el control. Quise cortar pero me contuve. El muy necio saltaba de una piedra a otra llevando escrita sobre la frente la conspiración. Comprendí que la batalla por apropiarse de los hechos estaba declarada. A partir de ahí, la victoria quedaría en manos de quien se sirviera de las palabras adecuadas en cada ocasión. ¿Por qué me estás diciendo todo esto?, pregunté de sopetón, ¿quién te dijo que confiaras en mí? Hubo un silencio en la línea. Luego la voz nasal de Floyd bajó en medio tono: Garrafitá puso las manos al fuego por ti, aclaró.



Encontraron su auto abandonado en una quebrada, al lado del río. En la foto que distribuyeron se veía más joven, con lentes oscuros y facha de ropero dispuesto a desenfundar. El diario traía en un recuadro algunos datos útiles que desmentían el aspecto casi bonachón del coronel que Rocha había invitado a parlamentar en el privado de su oficina un par de semanas atrás. Pero era él mismo, innegablemente. Puse la información sobre el escritorio de Ovando: qué te parece, le dije. Él levantó la cabeza y me miró como si llevara mucho tiempo tratando de explicarse. ¿Tienes ganas de salir a buscarlo?, dijo. No sería una mala idea, repuse. Ovando soltó un chasquido de compasión y meneó el cuello. De inmediato supe que debía desistir, o al menos no comunicar mis intenciones en voz alta. La foto del diario correspondía a la del coronel Gerardo Huber, ex agente de la Dina, experto en explosivos y hombre de influencia en la jerarquía del Ejército hasta el día en que se descubrió el contrabando de armas. Ahora estaba desaparecido, con síntomas claros de violencia en el auto encontrado junto al río. Decidí telefonar a Homicidios para indagar con Rodríguez-Bueno cuánto había de cierto en los antecedentes que la prensa estaba difundiendo. A él no lo veía desde el intimidante ofrecimiento que me dejó caer en la terraza del Villa Real, y aceptó recibirme en su propia oficina de Condell para hablar en confianza. El comisario no necesitó precisiones; estaba al tanto de las novedades y podía ayudarme. Como se trataba del caso de un coronel activo, me contó que los militares se habían hecho cargo de la investigación, cuestión que él lamentaba pero que yo debía agradecer en mi fuero interno, ya que siendo así él podía explayarse a sus anchas y especular sin reserva alguna, salvo la de incluir su nombre en mi

reportaje. Estuve de acuerdo y evité utilizar el grabador. Lo primero es que el tipo ya está muerto, comenzó diciendo él. ¿Se va a suicidar igual que Moyle?, le espeté con sorna. El comisario tensó la quijada. Ya en nuestro primer encuentro, a instancias de Parraguez que cubría Policiales, Rodríguez-Bueno había demostrado poca tolerancia hacia las asociaciones libres. Ahora insistía en su estrictez: se echó para atrás, observó por sobre mi hombro la puerta del despacho bien cerrada y luego se inclinó con los dos brazos apoyados sobre el escritorio: si nosotros redactamos el informe de Moyle diciendo que se había suicidado, aclaró con pedagógica lentitud, es porque nosotros lo encontramos, ¿se entiende? Aquí el que encuentra el cuerpo elige la manera, y a veces hasta el arma que se utilizó. Después que el juez indague y diga lo que quiera, para eso se toma su tiempo. Y lo mismo corre para los funcionarios públicos, los políticos y la prensa. ¿Quieres que siga o prefieres echar a perder una buena conversación por la mala conciencia que te causa? Por favor, dije, y luego de escucharlo largo rato se me ocurrió preguntarle por Diéguez. La verdad, propuse, no el cuento chino que despacharon desde la oficina de comunicaciones. Rodríguez-Bueno sopesó la acusación, abrió una gaveta del escritorio y extrajo una cajita de pañuelos. Se limpió las narices y volvió a guardarla como si fuera un reloj de arena para ganar tiempo. Esto no sale de aquí, dijo. Aun si quisiera publicarlo no me dejarían, lo tranquilicé. Él asintió, satisfecho. Estábamos con Diéguez, le dije, insistente. Sí, claro, Rodríguez-Bueno tomó y soltó con una exhalación el aire sombrío de la oficina. Era un proveedor, explicó. Un chulo de zapatos blancos que visitaba regularmente los concursos de la noche donde seleccionaba niñas para su plantel. Empezó de abajo, haciendo notas de piluchas como riflero en un periódico de provincia. Se fue sofisticando con el correr del tiempo. Incluso adquirió cierto prestigio cuando se trasladó a Santiago, entre las amistades que recogía y los datos que traficaba en los diarios. Tenía gustos raros. El comisario despejó sus narices ruidosamente, primero un lado y luego otro, antes de continuar. Un rufián de los clásicos, dijo. Se especializó llevando carne fresca a los salones y las fiestas privadas, hasta que se fue de lengua por unas citas con tipos que manejaban mucho dinero. No le pagaron y se desesperó. Todo lo que obtenía del negocio se lo gastaba en idioteces: objetos de arte, juegos de casino, muchachitos.

Madrugada del 31

Desperté angustiado, con la garganta apretada y manoteando en medio del pánico y la noche. Los gestos huían fuera de la cámara del sueño. Traté de recordarlos sin modificar la composición inicial, formando un dibujo quebrado y como si desbordaran los márgenes de una escena sin fondo. La foto de Moyle, añeja y granulosa, cruzó por mi mente con su apellido en los labios. El cuarto donde yacía estaba despejado y un leve rumor se oía en la habitación del fondo. Daba unos

pasos hacia allá y me asomaba. De espaldas al vano de la puerta y erguida contra la cabecera de la cama, una mujer cabalgaba desnuda sobre el cuerpo tendido en las sábanas. El tronco y la cabeza del hombre permanecían invisibles y casi por completo cubiertos. Sólo las piernas que emergían semiabiertas de entre las colchas daban noticia de su presencia. Pero era él, Moyle, y la melena revuelta de la mujer formaba una pantalla de luz mientras sostenía el vaivén con la cintura pegada a las sábanas. La pupila se dilataba viéndola crecer como una diosa entre uno y otro balanceo. Algo faltaba, sin embargo, y sólo al encaramarme en puntillas desde el umbral lograba distinguir los brazos de él abiertos hacia los lados, dispuesto al sacrificio, mientras ella rebotaba en su sitio con las extremidades ocultas como si fuese un tronco sin brazos visto de espaldas. Pero no era tal. Al acercarme, descubría por sobre su hombro que las manos ajustaban, invisibles, el cuello de Moyle. Me horroricé. Unos dibujos de pintas de colores se cerraban contra la carne detrás de cada súplica. Estaba ahogándome. De pronto empujé los hombros y quedé sentado en la cama, oyendo el repiqueteo del teléfono que sonaba en la sala. Miré la hora en el velador: eran cerca de las cuatro y media de la madrugada. No era momento para hacer pitanzas. Me puse de pie y fui a contestar. Respiré largo junto al auricular esperando que alguien saliera y se identificara primero. Al cabo de unos segundos, colgaron sin hablar. Pensé en los métodos de Rodríguez-Bueno para intimidar a los testigos inconvenientes. Después fui al clóset y revolví todo buscando la corbata de Diéguez. Me sudaban las manos.



En Palacio

La prensa no es inocente, nunca lo ha sido. Me digo esto después de acompañar a Rocha a una audiencia en La Moneda con el subsecretario de Interior. Yo pensaba que íbamos a tratar el tema de mi conversación con Rodríguez-Bueno, seguramente filtrada a la autoridad política desde la oficina del propio comisario. Antes de que intentásemos salir con un trascendido sobre Huber y los negocios de prostitución asociados al tráfico, sería el ministerio público quien pondría en línea al director de la revista. Era el procedimiento acostumbrado; no había otra explicación para que Rocha me incluyera en su cita con la gente de Interior. Yo debía tomar nota de un compromiso de embargo y callarme la boca sin más. Iba a ser presentado como parte de un acuerdo. Nunca antes había ingresado a La Moneda, y fue raro, casi exótico, penetrar su existencia doméstica, como si se tratara de un edificio distinto al de la leyenda. En rigor, lo era: el espíritu de normalización exigía el desprendimiento de los lastres épicos, y si la historia se había desangrado disputando su derecho a ocuparla, ahora el aspecto de cartón piedra daba a la supuesta importancia del Palacio la exacta palidez que adquiriría como expresión de una república minimalista. Cuando ingresamos con Rocha por la puerta que daba hacia la plaza de la Constitución, divisamos a unos cuantos

metros un séquito de reporteros que se arremolinaba en torno a una figura indistinguible, cubierta por los flashes de las cámaras y los micrófonos tendidos sobre las cabezas como cañas de pesca lanzadas todas a un mismo sitio de la laguna. El grupo de prensa avanzaba con su botín en los dientes en medio de una gran dificultad, moviéndose entre empujones y órdenes hacia uno de los salones ceremoniales de la planta principal. Con Rocha nos detuvimos a observar el revuelo desde las escaleras que subían al segundo piso. El Rey, me dijo Rocha, burlón, empujándome a seguirlo. La escena parecía digna del arribo de un monarca. Bien mirada, era una coincidencia lamentable pisar por una vez La Moneda la misma tarde que Pinochet paseaba por sus patios. Era también la primera oportunidad que tenía de cruzármelo en carne y hueso, y me pregunté qué podía estar haciendo allí, aunque en rigor debía formular la cuestión a la inversa: qué hacía yo visitando ese lugar de nadie, inmóvil a mitad de las escaleras de un edificio estucado con paletadas de falso decoro, tan parecido a un set de película antigua que incluso el principal figurante se lucía firmando autógrafos en el plató central. Rocha siguió escaleras arriba y quedé rezagado un instante, todavía fascinado por la impresión de irrealidad que provocaba ese encuentro casual con la bestia negra de mi difícil juventud, invadido ya no por los odios a los que me devolvía su nombre sino por la humillante comprobación de que esos odios no tenían por objeto sino un hombre de edad avanzada que seguía allí de pie, blanco y aplacado por las nuevas sombras del edificio que él había destruido. Rocha llamó y lo seguí con un sentimiento parecido al de la inutilidad. Arriba, la mesa estaba puesta para cinco. Era pequeña, redonda, cubierta por un mantel blanco y con cestas de panecillos y servicio de té dispuesto para los visitantes. Nuestro anfitrión salió a recibirnos en camisa. Se mostró afable, amistoso desde el comienzo, y nos invitó a tomar asiento con ademanes generosos. Era notorio que con Rocha se conocían: hablaron de gente común mientras dos mozos vertían agua humeante en las tazas y se retiraban discretamente. Yo seguía algo nervioso, intimidado, con las manos sobre el mantel para no derribar ningún artefacto de los muchos que se acumulaban en la mesa. Esperaba ser objeto de una reconvenición indirecta en cualquier momento, y seguí con oído atento las incidencias del diálogo como un secretario de actas confiado a su memoria, testigo privilegiado de un acuerdo no escrito que tendría que digerir a solas como humilde empleado de la redacción cuando nos hubiésemos marchado. Sin embargo, nada de eso aconteció. El jefe de gabinete nos acompañaba, junto a un tipo de vestimenta impecable y mandíbula prominente que permanecía sentado en silencio, rehusando merendar lo que se ofrecía, como si aquello excediera a sus funciones. Había sido presentado como importante funcionario de una oficina dependiente de Interior y no retuve su apellido o quizá nadie lo pronunció. Lo que fuera, al rato caí en la cuenta de que la conversación dibujaba trazos invisibles, serpenteaba un camino sinuoso, se detenía, permanecía en vilo, enfilaba en una dirección distinta y volvía a retomar el paso, apartando el follaje y avanzando entre espinas por las novedades de la política y el periodismo. Un tráfico intangible reducía hombres y cosas, capturándolos en un léxico de acero. El diálogo estaba salpicado de observaciones frívolas sobre el color de las

corbatas y los calcetines de hilo. Luego la conversación volvía a su cauce. A veces era Rocha quien adelantaba un comentario pertinente a los cambios ocurridos en algunos puestos de gobierno y la policía, y en otras era el subsecretario quien evaluaba con un término preciso la situación de la revista, mentando al sesgo el porcentaje minoritario que Rocha conservaba en la propiedad. Entre ambos dibujaban un mapa intrincado y simple a la vez, con barreras, puntos de descanso, territorios contaminados y cielos vírgenes donde preservar la vieja amistad. Cuando nos levantamos de la mesa y nos despedimos, los patios estaban vacíos de reporteros y escoltas. Sólo la guardia del edificio se mantenía en su lugar. Salimos y tuve la impresión de emerger a la calle por la puerta de un castillo de juguete. Cogimos un taxi y una vez en la cabina quise despejar la duda. Todavía no entiendo para qué me trajiste, le dije a Rocha. Estuvimos como dos horas y aparte de aburrirme no entendí nada. Él se rió con vivacidad. Vinimos a negociar, Bobe, por si no te diste cuenta. Si te sientas con ellos, tienes menos posibilidades de que te revisen la casa y den vuelta tu escritorio. Supongo que sí, acoté con timidez. Alguien me está meando por detrás, resumió Rocha con seguridad, casi fastidiado. No sé quién es, pero convenció a esta gente de una intriga que podría perjudicarlos, así que voy a seguirles el juego como si existiera una amenaza, aunque no sea así. Por eso te traje. Es pura transa, me tranquilizó: no hay de qué asustarse. Para eso sirve la política. Para usar a los amigos, dije, disconforme y todavía un poco aturdido por lo que oía. Rocha sonrió, ufano ante una réplica que debió sonarle escolar. ¿Te fijaste en Pinochet?, me dijo al cabo. Tiene al gobierno a sus pies, pero es porque conserva el crédito de la fuerza, y con eso le basta. Ahora todos trabajan para él, aunque algunos se crean más listos y piensen que es al revés. No se trata de estar del lado del bien o del mal, sino de que todos hemos aprendido más de este país con ese huaso de cuartel que si nos hubiésemos pasado toda una vida estudiando para ser presidentes. Estamos en Chile, Bobe. Es lo que nunca van a poder entender los intelectuales de Oxford y Harvard como Floyd, por más que se los explique. Rocha miró distraído las calles correr al otro lado de la ventana del taxi. Había bajado el vidrio y apoyaba el cuerpo contra la puerta, dejando un brazo fuera de la cabina para refrescarse. Se volvió, dispuesto a dar por cerrado ese momento de infidencias maquiavélicas. Los ideales que defiende la gente son sus miserias, dijo. No hay más. Yo estaba mudo y él giró la vista, siguiendo al pasar un ajetreo de mudanza en el edificio de Defensa. Se volvió y sonrió. Hazme caso, Bobe: sin la política nunca vas a poder llegar adonde quieres ir, y con ella no vas a necesitar hacerlo porque otros lo harán por ti. ¿Y si uno se niega a la compañía?, dije. Sería un error, advirtió. Y hasta donde sé, tú ya te equivocaste una vez.

El Diario de Bobe

A retener: «La verdad emerge más bien del error que de la confusión», anotado por Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*. Ergo: despejar la confusión y dejar a la vista únicamente el error. Eliminar todo lo accesorio, empezando por este Diario y su tendencia a dispersarse en muchos comienzos y versiones de sí mismo. No están los tiempos para una novela por entregas, además. Tampoco las distintas piezas que acumulo consiguen armar un conjunto coherente, como si mis notas fueran entradas falsas o una forma de publicidad engañosa, inherente al periodismo cuando pretende hacerse cargo de toda la realidad. Caso contrario, ¿puedo confiar en el equívoco? ¿Qué hay de valioso afuera, en el espesor de la contingencia que se tragó a Moyle y a Huber y que valga la pena recuperar en solitario? Y además, ¿por qué este imperativo a buscar retazos de la verdad en los hechos? ¿Para informar? ¿Informar de qué? ¿Contrabando de almas en el embarque de armas? No tengo respuestas, estoy en ascuas. Tendría que hacer como Garrafitá; validar la arbitrariedad con sentimientos y personajes de novela, que es lo que hace él cuando asiste al taller del Maestro y corre a incorporarse como un integrante más del camino correcto. Pero sólo los buenos ahorristas y calmos de espíritu se enamoran del camino correcto, mientras yo en cambio veo demasiado claramente la intención que representa ese servicio, las ansias irrefrenables de ser aceptado y convertirse al espíritu de la normalidad. Herencia del miedo y la muerte, quizás, o apego desmedido al saldo que dejó, por otra parte, aunque los colegas de la prensa tampoco lo hacen mejor cuando insisten en vestir el traje del hijo mayor, arrepentidos como están de sus locuras juveniles y ahora obsesionados con la responsabilidad, buscando ser ellos mismos la mano que aprieta mientras echan de menos a papá. ¡Ah, sí; mis hermanos de la prensa!, preciosos espías y desertores que un día se fugaron de casa para luego volver armados con su propio ejército de ocupación, pasando por alto que sólo las visiones de origen importan a esa verdad. Por eso en la revista desconfiamos y callamos, y por eso yo armo y levanto mi trinchera a partir de este Diario bobo anotado al pasar, porque él es mi retaguardia y mi guarida frente a la neutralidad profesional, a la disciplina de los que por vocación se portan mal figoneando con una grabadora a los demás. A la vez, mis apuntes son como un estilete de cirujano con el cual separar y diferenciar el lenguaje de los hechos, esos hechos donde estamos todos y no hay nadie al mismo tiempo, y ante los cuales sin embargo me inclino solícito, buscando con delirante precisión el sentido de la propia vida que no volverá. El Diario de Bobe donde escribo y sueño este error que es mi argumento.



Fuimos hasta el terminal norte, donde esperamos la salida del bus en silencio. El pekinés saltaba a su lado cogido de una correa mientras los pasajeros se giraban a mirar su cintura realzada por unos bluyín a la moda. Me sentí como un rufián de la Zwi Migdal. La idea era que se alejara unas

semanas y aprovechara de visitar a sus padres. Al principio ella no estuvo de acuerdo, pero cedió ante la posibilidad de ver a la niña con el pasaje de ida y vuelta que le obsequié. Supongo que estaba tan asustada como yo por lo que pudiera deducirse de la publicación. Ya podíamos oír a los sabuesos del Maipo ladrar sobre sus talones la siguiente noche en el club. En esas condiciones era demasiado riesgoso continuar como si nada. Reparé en esto después de despachar el artículo. Ovando se encerró a leerlo y después me llamó. Tenía una expresión consternada. Esto no vamos a poder publicarlo, dijo. Pero es lo que sucedió, repliqué. Aun cuando no lo respaldara con fuentes ni me apoyara en una versión particular, mi relato se apegaba a los hechos. Ovando se levantó, hizo una fotocopia que guardó en su gaveta y luego llevó el texto a la dirección. Me quedé tranquilo. Al día siguiente me mostró los cortes en los que había estado trabajando hasta tarde. Tuvo la delicadeza de someterlos a mi consideración. Discutimos el asunto de la plana militar: desde mi punto de vista, si quedaba omitido el tema de quien llevaba la responsabilidad en la investigación, tal y como me lo había explicado Rodríguez-Bueno, la sospecha de una confabulación interna se derrumbaba. Pero si ni siquiera lo han encontrado, protestó Ovando. Ya, dije, pero acuérdate de esto: lo van a sacar del río hecho un fiambre y va a ser suicidio seguro. ¿Y si no aparece?, replicó él. Su cautela era razonable. Forcejeamos hasta acordar un punto medio: Huber era el primer desaparecido de la democracia, un militar al que le habían aplicado la ley de fuga o se había escapado él mismo, pero que en ningún caso se mandaba solo. Con eso al menos quedaba abierto el pasillo institucional. El lunes la revista salió a los kioscos y comenzaron las llamadas. Esa misma tarde fui a comprarle un pasaje a Copiapó. Ayer jueves, antes de partir a la estación, ella puso su agenda en mis manos y me pidió que la cuidara. Es precisamente lo que estoy haciendo, dije.



Premios

Finalmente la hipótesis se confirma. Despaché un nuevo artículo con el recuento del caso y me entretuve desarmando la explicación oficial, intercalando dos o tres nombres importantes que había encontrado en la agenda de Divina Day. Al rato Rocha me mandó a llamar. Tenía el texto sobre su escritorio, junto a un montón de papeles repartidos sobre la mesa. Lo noté abrumado. Me invitó a tomar asiento. Comenzó a revolver documentos mientras hablaba al descuido: yo era un hombre con suerte, qué no daría él por estar en mi situación, sólo esperaba que algún día dimensionara los privilegios que me acordaba su infinita generosidad. Pensé que aludía a los artículos sobre Huber. Abrió la gaveta haciendo hueco para despejar el desorden. Al fin, dijo con una pequeña exclamación de victoria. Extrajo un estuche de plástico y me lo alcanzó. Revisa las fechas, aconsejó: entiendo que tu vuelo sale en diez días. El pasaje es ida y vuelta por un mes, así

que vas a tener tiempo de traer un par de notas que valgan la pena. Abrí el estuche sin creer lo que me contaba. En su interior, una cartulina más bien tosca con el logotipo de Aeroflot sobre su costado derecho confirmaba el anuncio de Rocha. ¿Y esto?, pregunté. Parece que te lo ganaste, advirtió. Regalo de ese tipo, Boris Vera, el mismo que llamó agradecido para comentarnos tu reportaje del embarque de armas. Hace un rato telefoneó advirtiendo que me lo enviaba a mí para que te lo entregara. Debe creer que nos regimos por un sistema de premios como en el Politburó. Pero si yo nunca pedí esto, dije en tono de disculpa, temeroso de que Rocha me creyera parte de un acuerdo con fines personales. Entonces entendió mal, o tomó la iniciativa dando por descontado que ibas a aceptar. ¿Y?, pregunté. Estas invitaciones no se rechazan, Bobe, me dijo. Por mí, puedes irte tranquilo si quieres. Tienes tus vacaciones pendientes. Volví a mirar el ticket aéreo. Tenía fecha de embarque para dentro de dos semanas. Aparentemente, el ruso había tomado a firme lo conversado únicamente de pasada: el itinerario señalaba Santiago-Moscú, con permanencia de dos días en la capital del frío para luego seguir viaje a París. En principio no había nada de malo en aceptar un obsequio y dejarme caer a los pies de la Torre Eiffel. Sería una oportunidad para hablar largamente con Marfán por todo lo que no lo habíamos hecho aquí. Tendré que pagar algo, dije. Eso arréglalo tú con él, dijo Rocha, y agregó: a mí me dio la impresión de que no era dinero lo que esperaba. Lo voy a llamar, prometí, y me puse de pie con el pasaje en la mano. Rocha asintió desde el escritorio. Ni siquiera me acordé de preguntarle qué le había parecido el artículo. Después telefoneé a Boris Vera a la agencia para agradecerle. Me pidió que nos reuniéramos la semana siguiente para afinar detalles de la estadía en Moscú.



Acordamos que se trasladaría a la covacha hasta mi regreso. Ella estuvo de acuerdo. Trajo sus cosas en un maletín deportivo que vació y guardó en el clóset, mientras Ringo daba vueltas olfateando alrededor. Yo la miraba ordenar y limpiar los cajones como si fuera a quedarse mucho más de lo convenido. En un momento reparó en la corbata de Diéguez tirada entre las ropas y quedó atónita mientras la observaba. ¿La reconoces?, pregunté. Negó con un gesto de extrañeza mientras alisaba la prenda entre las manos. Era de un amigo jugador, dije: decidí quedármela después de una noche de farra. Ella dejó la corbata a un lado y se escabulló. La retuve de los hombros. ¿Qué pasa?, dije. ¿Se te apareció un demonio? Ella forcejeó: suéltame, me estás haciendo daño. Su enojo tenía la virtud de devolverme el tuteo. Relajé la presión y de un envión se escabulló a la cocina. La seguí hasta allí: no peleemos, le dije, sólo te pido saber la verdad. No te quiero acusar. ¿La verdad?, reaccionó, alerta y mostrando la cara. Usted se va a ir en un par de días y yo me voy a quedar acá, ésa es la única verdad. ¿Qué más quiere que haga? Me apoyé en el lavaplatos por si me abofeteaba: imagínate que soy un cliente, dije. Me conformo con saber qué

servicio le dabas a Diéguez: con quiénes te llevaba. Ella cerró la llave y bajó la cabeza, ofendida, mientras apoyaba el brazo en el tubo de agua. Negó sin apuro, dos veces y sin mirarme, como si lamentara todo desde el comienzo. No quise presionarla más y salí a disipar el mal humor. Tenía los nervios de punta. Cuando volví a la covacha, se había ido con el pekinés. En una nota anunciaba que se quedaría en el departamento del parque hasta mi partida. Era preferible así.



La Quinta Crónica

El viaje es mi único entusiasmo. Sólo las tareas asociadas a él cobran sentido. Puede que en esto influya la facilidad con que Boris me despachó, colgando un par de direcciones y teléfonos en Moscú luego de instruirme para recoger la visa en la embajada. Cuando fui, tuve que esperar a que atendieran a un grupo de chilenos que iban en misión exportadora. Luego presenté mi pasaporte, un funcionario se comunicó con su superior, los dos se perdieron de vista y diez o quince minutos después regresaron con un cartoncito estampado con la hoz y el martillo y la autorización firmada con un membrete de la embajada encima. Pero el pasaporte había quedado intacto. Luego me puse a revisar lo que llevaría. Tuve dudas con el Diario y me senté a pasar páginas. La impostura saltaba a la vista. Era como cargar un almacén, un bazar que ofrecía de todo en un espacio demasiado pequeño. Tuve ganas de tirarlo lejos. Luego reflexioné que lo mejor sería empacarlo junto a los cuadernos y negativos de fotos para resolver con más calma en París. Con ellos haría una quema de Judas que resarciera a Marfán de su exilio. Si decidía ser totalmente honesto, incluso podía rescatar los hechos que me ocultaban para organizar un relato a medias verídico, a medias testimonial, a medias mentiroso. El doble exacto de mi crónica sobre Divina Day. Cogí el maletín. Llevaría mi guerra portátil allá donde fuera. Llamé a París y anuncié mi llegada. Ahora sólo quiero partir.



Barry White

Llamé al departamento del parque y esperé sin resultado a que ella contestara. Estaba arrepentido pero no quería equivocarme. Me faltaba un consejo, así que tomé el Chevette y partí a Macul para ver a Lara. Urgía una aclaración de su parte, además. Después de hablar con el comisario yo había sido explícito en preguntarle sobre su relación con Diéguez, pero no logré sacarle nada en limpio aparte de los bailables en una boîte del puerto donde se habían cruzado por primera vez hace

muchos años. Lara siempre lo había tenido por un pájaro raro, de los muchos que coleccionaba en su repertorio, y eso era todo lo que podía decirme. La explicación no me convenció entonces y decidí insistir, aprovechando que deseaba verme y entregarme unas cartas para Marfán antes de abordar el avión. Me recibió con un voluminoso sobre en las manos, sellado con una doble tira de scotch para evitar tentaciones. Volviste al fantasma, me burlé, recibiendo el encargo. Cada cual con sus secretos, replicó ella, clavándome una mirada tenaz. Estás celosa, le dije. ¿De quién?, me contestó. ¿De Divina Day?, y se rió como si escondiera su nombre otra vez. No, ella no es nadie: una fantasía que baila, dije. Y agregué de sopetón: yo hablo de Daniela, de tu amiga Daniela Casas, la que te llamó una noche para avisarte que Diéguez estaba muerto. Hice una pausa. Lara me observaba impasible, distante, con los labios ligeramente abiertos como si murmurara un recuerdo. Estábamos en la cocina de su departamento, sentados donde tantas veces nos habíamos dado cita sin acuerdo previo, esperanzados y anhelantes en el fondo ante la perspectiva de encontrar al otro fumando al regresar de noche, conteniendo una oportunidad que parecía cada vez más lejana. Sólo ahora estaba en condiciones de entender la razón. Te la tenías guardada, acusé. Ella confirmó despacio, sonrió en silencio, encendió un cigarrillo, se echó a la boca lo que quedaba de cerveza y dijo: cada cosa se comparte en su momento, Bobe. Te lo iba a decir en el auto aquella vez que volvíamos de Rancagua y la encontramos en la disco, pero en el camino nos fuimos por el Paso de Angostura, ¿te acuerdas? Después te vi tan entusiasmado con ella que preferí no intervenir. Ya te enterarías tú mismo si la cosa continuaba. Y continuó, agregué yo. Hubo una nueva pausa, incómoda, pero noté el alivio. Me sentía de pronto más ligero y despejado, libre de piedras y errores sobre las espaldas, mientras Lara comenzaba a tomarle gusto a la brusca intromisión de sinceridad. Es increíble, pero hemos compartido todo, Bobe, reflexionó con elocuencia: los amigos, la universidad, los libros, los matrimonios y las separaciones, el departamento, las mujeres. Faltan los viajes, bromeó. Sí, pero antes de subirme al avión quiero que me cuentes la verdad sobre Daniela, le dije: ¿Diéguez te la presentó o ella a él? Un asombro auténtico abrió sus ojos. Te estás enamorando, dijo. Milagro. Se atajó un segundo y luego agregó: lo que sea que tengas que saber, vas a averiguarlo de todas formas. Los hombres necesitan el control, aunque no exista. Es la ley del más débil. ¿Todo esto lo vamos a compartir también?, pregunté yendo al grano. Puso los codos sobre la mesa y cruzó los brazos, absorbiendo la situación: a ti qué te parece, dijo. Siempre es mejor de a dos que solos. Yo asentí. El consejo estaba dado. Me puse de pie con el sobre para Marfán en las manos. ¿Adónde vas?, preguntó ella. Al Emmanuelle, dije. Al rato estacionaba el auto en el club. Era tarde. Ahora le avisan, me dijo el sujeto que atendía la barra cuando me senté a esperar. Era viernes y el local estaba completo. Un montón de gente reunida en torno a la pista se apretaba a mirar el show, mientras las parejas llenaban los pasillos y pasaban tomadas de la mano hacia el centro del salón, bajo el estrabismo de las luces que alteraban la visión. El hombre de la barra me miró y se acercó. Se llamaba Javier y las niñas lo llamaban Javi. Puso un trago delante y apoyó el brazo para intimar. ¿Todo bien? Me

limité a sonreírle mientras rumiaba palabras y excusas a Daniela que empezaban a desdibujarse. Una de las niñas se acercó. Hola, me besó en la mejilla. Olía a mentol y cigarro. Tú eres el periodista, ¿cierto?, dijo apoyando el cuerpo a un lado. Llevaba una telita de ropa ligera que la cubría hasta medio muslo y le dejaba los brazos libres, con unos llamativos sostenes ligeramente asomados sobre el pecho. Asentí con un vaivén. Ella indicó con un gesto y Javi le sirvió una bebida espumosa de color naranja: ¿me invitas? Dije que sí otra vez y chocamos los vasos en plan amistoso. Las luces quebradas hacían difícil distinguir la penumbra a dos metros de distancia. Comenzamos a beber en silencio. Estás enojado, dijo ella, sin apartarse. Uno de sus muslos se columpiaba distraído junto a la barra. Más o menos, repuse. Es tu mina; tienes todo el derecho, insistió. Me volví a mirarla. La cara redonda abultaba engañosamente su papada, aunque el atractivo quedaba subrayado por un cintillo negro que le rodeaba el cuello como una soga bajo los ojos firmes y oscuros. Es la mina de todos, repuse. Ella azotó la cabeza riendo y el peinado onduló hacia atrás como un arbusto sobre sus hombros. Si cada mujer es una proposición, ella era una profesional. Bonito pelo, Morena, dije por darle un nombre. Me puso una mano en la rodilla: todas tenemos que trabajar, niño. Supongo que sí, admití. Javi llenó nuevamente los vasos y comencé a perder la cuenta. En minutos aceptaría ser su cliente. El muslo dejó de balancearse y se pegó a mi lado. Los hombres son la mar de lunáticos, dijo ella. El comentario invitaba a pasar, y nos quedamos algo indecisos mirando la pista. Creo que acaricié su pierna. Me está dando envidia, murmuró. Mejor voy a buscar un reemplazo. La retuve ofreciéndole otro trago. En realidad nunca he sabido quién es, me oí decir como si de pronto la viera de lejos. Por esto te gusta tanto, sugirió. Puede ser, dije. ¿A eso viniste? En parte, contesté. Permanecemos templados, a la expectativa, y me repasó con manos de sastre cuando Daniela apareció y saludó casi ajena, enfundada en una minúscula faldita que le levantaba el trasero. Ya venía puesta y un poco alocada. ¿Te estás divirtiendo?, me dijo. No parecía irritada de verme y yo ya no deseaba pedirle excusas. Más bien ansiaba borrar la modestia que me regalaba en privado. Javi colocó un tercer posavasos en la barra y evité su indolencia diciendo que quería ir al baño. Indícale dónde es, negra, dijo Daniela. Se veía a sus anchas, como si hubiera vuelto a tomar las riendas de una casa que siempre había sido suya. La chica del cintillo negro en el cuello se adelantó y me condujo hacia el fondo por un corredor lateral, vadeando las sombras excitadas y el sudor pegado a los muros. Antes de que alcanzáramos el baño, Morena volteó y se detuvo. ¿Quieres que me vaya?, dijo. Estoy un poco borracho, no veo nada, mentí. El volumen de la música subió a mis espaldas cuando me indicó la puerta. Pasé y antes de que cerrara ella me siguió detrás. No hice amago de expulsarla. Me embolsó el sexo colocándose a un lado y lo extrajo con vivacidad. Una pulsera bailaba en su muñeca. Se te puso duro al tiro, me dijo. Sorpréndeme, dije sintiendo su cuerpo lleno a través del vestido. Qué pico más rico, fantaseó ella bombeando de costado. Apretaba los pechos tibios contra mí. Busqué su boca y empezamos a besarnos. Su lengua hervía. Aguántate, dijo. Mi amor. Cielo. Palabras que ya nadie decía. Una voz asomó por encima del hombro: escondidos en el baño

los tontitos. Daniela apoyaba el cuerpo sobre las espaldas de Morena mientras yo me volteaba. La abrazó sin apuro, pasando las manos por debajo de la gasa y recogiendo los sostenes por la base. Convídame un poco, negra: estái más rica que una torta. ¿Cierto?, levantó hacia mí los ojos con mirada de loba. Hola, dije. Bienvenida. El niño tiene hambre, dijo Morena. Hay que darle de comer entonces. Con la lengua, guachita. Sus bocas se aclararon. Ya, mami. Nos movimos los tres hacia el pasillo. Trastabillé y me abroché. Usted venga para acá. Morena empujó hacia el fondo. Aquí es más tranquilo. Pasamos a un laberinto estrecho y de piso mullido con puertas a los lados, apretándonos entre sucesivas paradas y vueltas de enredadera. Era como estar dentro de una ola que no acababa de reventar. Las crunets te van a gustar, dijo Morena. ¿Sabes lo que son las crunets? Tomó mi mano, se abrió una puerta y caímos bajo una sombra violácea sin que yo alcanzara a saber donde estábamos. Por acá, dijo Daniela. Había más gente, humo y cuerpos que se trenzaban en la luz escasa y quejosa contra los muros del reservado, pero aquel murmullo también podía provenir de los cuartos contiguos. No estoy seguro. Un tema ambiental de Barry White sonaba desde los parlantes empotrados en alguna parte. Síncopes y voz de alcoba. Vamos a portarnos mal, pensé. Vamos a jugar a Divina Day. Quedamos arrinconados junto a un sofá: ¿te gusta sapear?, dijo Morena a mi oído. No era una pregunta. A mí también me gusta que me sapeen. Sus manos me tomaron la cara y se inclinó con la boca plantada encima, horneada y húmeda. Me soltó: ¿no erís celoso, cierto?, dijo mientras Daniela la tomaba de un brazo y la apartaba un poco. Huevona golosa. Las dos se rieron. Venga conmigo, no ve que él ya está mojado y se va resfriar. Mejor toque por aquí. No sabe lo que son las crunets, dijo Morena. Mostrémosle, ¿ya, rucia? Las vocalistas. Retrocedieron. Iba a seguirlas pero me empujaron de vuelta sobre el sofá. Había una mesa con tragos y una cubeta de hielo al lado. Obedecí, pero estaba indeciso, nervioso y como embotado por la sombra en medio de las atenciones que se prodigaban, abrazadas una contra la otra mientras bailaban. Me resigné a elogiarlas desde el rincón que servía de butaca. Casi en broma al principio, con rabia, pasando por alto el estímulo básico y aplaudiendo el lance como ante una prueba de infelicidad, pidiendo otro, ahora el erótico, hagan el erótico, cada vez más desajustado, hasta que la escena se tornó ineludible, sin trazos de la puerilidad conocida. La cadencia cambió de golpe y no hubo más verbos que la suave trenza de los cuerpos amarrados a un eje invisible, como si se apartaran a un lado para evitar la exposición. Las caricias bajaban y se perdían en una secuencia discontinua que exigía más monedas para seguir adelante. Guachita mía, dijo ella con las manos tomadas detrás del cintillo. Morena escondió la cara en su hombro y con una maniobra hábil destrabó el broche de la pollera minúscula que cayó al piso en una ejecución sumaria. Sin perder tiempo, apartó un poco el cuerpo y recogió el cierre de la faldita con los dedos arañando los flancos al sacarla. Quedaron en calzones y un abanico de mimos y goces desnudos se abrió entre las dos. Yo apenas respiraba. Juntaron las tetas y de pronto el aire se cortó sobre las puntas que engordaban entre besos. No aguanté más. Me puse en movimiento, de pie y sujetando por detrás el cuerpo pujante que se arqueó y me enlazó con los brazos tomados por

detrás de la nuca, dócil y rendida mientras se dejaba acariciar sin remilgos. Era toda fruta tibia y dura. Era nadie, era otra, y su carne vibraba, erecta y trémula al solo contacto del aliento. Yo quería para mí las dos gotas calientes de sus pezones. Sabía que arderían como diamantes recién extraídos de un filón oscuro. Me abrí camino. Los hinché y tiré frotándolos hasta que me devolvió una expresión deshecha. Ésta era Daniela cuando no era, pensé en medio del fogonazo que me ofrecía. Aquí era donde yo quería ir. Hundí la cara en una marea de pelos y sudores. Ella apretó y aflojó las caderas con impecable desvergüenza, recogiendo el culo una y otra vez en medio del frenesí que la partía, eufórica, piel contra piel mientras Morena sujetaba sus muslos para liberarla del calzón y enseguida se aplicaba de rodillas para recoger la deliciosa espuma que le empapaba los labios. Su lengua soltó un remadre: la concha, la puta, y creí que nos observaban, pero no me importó. La corriente nos apretaba en un centro que iba de una en otra, y sentí que un animal ardiente, guardado bajo siete llaves, salía huyendo de su refugio y escurría sobre el piso. Comenzaron las quejas, los ruegos, y en la confusión que siguió me oí murmurar sobre sus bocas los nombres de Ángela, Nicole, excitándolas con urgencia.



Después caímos como en cámara lenta y rodamos hasta quedar sin habla, agobiados por la conmoción de las carnes recién caladas, interminables. En un momento ella encajó mi sexo y Morena alivió sus pechos colocada a horcajadas y de espaldas sobre mí. Era como estar en un quirófano, sumergido en un tubo de respiración. Yo quería vivir allí: flotaba, ebrio de placer y bastante borracho también. Un brasero estalló encima, pero había perdido el control de la situación cuando me dejaron de lado. Quedé solo en el reservado, o eso parecía. Oía gemidos, palabras entrecortadas, ahogos que quedaban suspendidos y atravesaban ilocalizables el espacio entero. En un cuarto vecino alguien se gustaba silbando vulgaridades. Me afirmé en un muro y traté de alcanzar la puerta. Los objetos bailaban en una nube lacrimógena. Llegué hasta el pasillo con el pulso alterado por los requiebros y lamentos que atravesaban la pared, pero no las encontré. Quizá me había equivocado y estaban en el salón, trabajando, o se habían metido al baño, quién sabe. Yo no tenía ya fuerzas para ir tras ellas. Las sombras extenuaban la perspectiva del corredor. Volví al reservado y me tiré en el sofá. Debieron pasar horas, porque desperté revuelto, echado de espaldas y con la cabeza embotada. No se oía un alma y traté de recordar los últimos estertores de la noche para entender cómo había llegado hasta allí. Miré la hora y volví a derrumbarme con la vista ida en el cielo del cuarto, estragado por la orgía. Las orejas me ardían. Súplicas. Quejidos. Un río de semen corría en un lugar cercano. Una puerta vaciló. Quise abrir los ojos y pensé: el crimen, la locura, el chantaje están aquí, al alcance de la mano, atraídos por las pisadas que yo mismo he ido dejando. Serénate, me dije; debes conservar la calma. Sólo un

esfuerzo más y sabré lo que tengo que hacer. Percibía suaves vientos de borrasca. Quién es, balbuceé. Quién anda ahí. En un segundo ella flanqueó mi cuerpo y quedó sentada encima, cabalgando sobre mi cintura, tal como debió quedar la madrugada del 31 cuando subió a despedirse de Moyle. ¡Ah, Divina Day! ¡Divina Day!, celebré, calmo al fin, sosteniendo su aparición en un hilo de conciencia. Eres tú. Dónde estabas, te andaba buscando. Qué es ese cintillo que traes ahí.



Domingo

Mañana me voy. Creo que hasta entonces no voy a lograr dormir. Me aseguré de meter los discos de respaldo en el maletín junto a los demás papeles con la intención de llevármelo todo, y luego estuve dándole vueltas al asunto sin encontrar respuestas. Después me tendí un rato a descansar. Pero no lograba sustraerme, mi cabeza hervía entre chispazos y cortocircuitos mentales. No podía pensar, estaba sin ideas, demasiado alterado para vincular nombres con situaciones en un conjunto plausible. Me había quedado afuera, y en un momento lo vi claro, igual a un personaje surgido de la insidia y la niebla, abandonándola para siempre o confundiéndose con ella en repentino silencio. Me estaba yendo de la biografía. En la calle hacía frío y yo debía resignarme a caminar por el mundo con la mitad vacía. Comprendí que la guerra fuera mi Musa. Ella era la única diosa ante la cual podía inclinarme a implorar por el rostro que faltaba completar. Pensé que aún así María Julia no aparecería, y sentí lástima. Nada justificaba renunciar a Iván. Ya en la tarde, cuando pasé a recogerlo, me había sentido preso de un malentendido gigantesco. Quería despedirme llevándolo a los juegos de comida rápida instalados en el local donde me había refugiado a lavar las heridas durante los primeros días de la separación. Salimos de la casa y noté el cielo bajo, cubierto con una densa y oscura colcha de nubes. En el auto abroché su vestón y partimos al local de los toboganes y columpios, con una rueda al aire libre que daba vueltas en círculos sobre un eje de metal. Había poca gente, seguramente debido al frío que penetraba por los cristales y helaba los dedos. Comimos unas hamburguesas y luego Iván partió a los juegos, mientras yo lo observaba desde la butaca, a través de la mampara principal. Estaba solo y parecía feliz, disfrutando de la ausencia de otros niños que con ese clima estarían guardados en sus casas, y mientras hacía gestos y saludaba hacia la mampara yo pensaba en lo que estaba roto, en su pequeña vida sin excusas y alerta, dispuesto a repeler cualquier nueva emboscada. Por mi cabeza pasó veloz una película del oeste. Evoqué un paisaje desértico, agreste, que bajaba recto entre unas montañas filudas que yo desconocía a pesar de identificar el peligro que representaban. Pero no había nadie alrededor, sólo viento y piedras que acompañaban el descenso. Quizá nunca había habido nadie alrededor, ningún hecho relacionado salvo la inquietud que este pensamiento

provocaba. Era extraordinario, y lo era precisamente porque de golpe ya no tuve miedo de que Iván descubriera en mi desafortunada contingencia los motivos de la ruptura con María Julia. Fue un instante de iluminación nada más, y tuvo el poder de situar a Iván en medio del torbellino de la partida. Un impulso protector me hizo pegar la cara contra el cristal, como si quisiera alcanzarlo a la distancia con un solo gesto, mientras él giraba sentado sobre el redondel de madera y con las manos apoyadas en la tubería balanceaba el cuerpo hacia delante y atrás. Me sorprendí pensando en su felicidad, que podía ser la mía si acaso renovaba con cotidiana obstinación el lazo paterno, cuando de pronto Iván dejó de empujarse con los pies para darse vuelo y en cambio quedó quieto, con el cuerpo inclinado y la vista fija en el cielo. Traté de seguir la dirección de su mirada desde donde me hallaba, pero no descubrí nada, salvo la cenicienta nubosidad que aplastaba los techos y jardines del barrio. Entonces ocurrió. Comenzó a nevar con una intensidad brusca y contundente, casi intimidante, tanto que los copos comenzaron a cubrir la cabeza de Iván de forma instantánea, y en medio del bullicio que se armó dentro del local, en un momento me distraje por completo y fue como perderlo, pero perderlo de verdad, físicamente, entre la nieve y el blanco alboroto que cubría el espacio de los juegos. Pegué el cuerpo contra el cristal y miré hacia los lados. Un vértigo indecible, horroroso, se apoderó de mí, y corrí fuera gritando hacia Iván, mientras él agitaba los brazos llamándome, ajeno a toda alucinación. Caminé hacia él con el pulso alterado y unos copos cruzaron sobre mi cabeza. Me paré y abrí las manos: sí, nevaba copiosamente. Y agregaría también: nevaba un hielo interior. Procuré tranquilizarme. Mi desesperación había durado sólo segundos, pero duró. Luego lo abracé con fuerza y estuvimos juntos hasta que se hizo noche. Volví a dejarlo donde María Julia y regresé a la covacha queriendo esconder la visión continua de ese pavor. Una y mil veces repasé con el insomnio a cuestas el instante que frisaba la locura. Hasta que de golpe lo vi, como un empujón que prolongaba el blanco olvido que caía sin fin. Hacia allá me dirigía. Esa tarde me aprontaba para no volver.

EL ARTE DE CALLAR

Santiago, 1993

—Pasó la vieja —dijo Garrafitita y alejó fastidiado el diccionario, dejándolo a un lado del escritorio. El pesado volumen de la RAE emitió un sonido ahogado al cerrarse. Levantó la vista y agregó—: ¿Me oíste?

—Sí —dijo Bobe, sin volverse ni molestarse—. Pasó.

Una imagen del tiempo se instaló en su mente. Estaba vacía y trató de pensar en los meses que llevaba hibernando desde su regreso a Santiago, pero no hizo mención a ello y en cambio se mantuvo de pie y en silencio, como un hombre de las cavernas que mide su aislamiento observando desde el interior oscuro de la cueva el paso del calendario a través del primer trueno. No tardaría nada en reventar sobre el caserón de la revista donde se había refugiado, y la superstición lo lanzó a una cuenta regresiva que buscaba dominar la ocurrencia del evento. Mantenía el cuerpo ligeramente apartado del ventanal, con el oído atento y los hombros echados hacia atrás, ensimismado y satisfecho de prolongar la espera en la atalaya del segundo piso, libre de presencias que deambularan por la redacción a esa hora ya avanzada de la noche, cuando de pronto lo oyó subir desde su propia expectativa. En un instante el anunciado relámpago se despegó y dividió el cielo como un oráculo de luz violeta que se rompía hacia el oriente. Casi de inmediato el repique de la lluvia golpeó sobre el techo del caserón. En la sala se oyó el eco acelerado de la tormenta y Bobe permaneció quieto todavía un instante más, protegido por el tableteo de agua que se perdía en los pasillos con olor a humedad y aserrín.

—Temporal —dijo el otro a sus espaldas—: no me sirve.

Bobe evitó responderle. Había adquirido la costumbre de acompañar a Garrafitita en los turnos de cierre, dejando que las noches se gastaran solas antes de regresar a la covacha, y ahora se preguntaba si aquella rutinaria templanza no anunciaba su vejez, la incapacidad para inventarse algo propio mientras esperaba yacer en la cama con la mujer. Su mente se detuvo un instante a repasar el cuerpo desnudo, lustrado por la fugaz aparición del cielo atravesado y bochornoso. Un nuevo sobresalto recorrió su espinaza, sacudido esta vez por una leve excitación.

—El verbo es periclitarse —oyó decir a Garrafitita, triunfante, mientras seguía trajinando palabras como un moscardón—. Eso es: diez letras, sinónimo de: bajar la cortina, estar en peligro, dejar el puesto. ¿No te parece estupendo?

Bobe volteó a mirarlo y enseguida se arrepintió. Tras la sequía de ese invierno la lluvia era un espectáculo magnífico y tardío derramado sobre la ciudad, mientras que en el solitario desorden

de la sala la luz de los tubos bañaba el aire con una tonalidad enfermiza, mezcla del ámbar y el polvo depositados sobre las pantallas. Desactivados y silenciosos a lo largo de las mesas, los aparatos dibujaban una fatigada cuadrilla de vigilantes sin perspectiva. Afuera, en cambio, el olor de la tierra estilaría por un corto fin de semana su soberanía de aromas dulces y olvidados. El humus duraría nada, apenas un hálito de frescor.

Era viernes de cierre, y sólo el diagramador y sus dos ayudantas se afanaban componiendo páginas en el subterráneo del caserón, manipulando con estrecha malicia los tamaños de títulos y créditos destacados en la reunión de portada. Tenían instrucciones precisas de volver atractivo el naufragio, según el rumor levantado desde el departamento de ventas y publicidad. ¿Cuánto demoraría en llegar? Bobe hacía cálculos sin dejar de observar el río aún sediento, terco y fangoso, deslizándose costanera abajo contra la línea de los focos en la lluvia, al otro lado del ventanal. Seis meses, un año, no antes de las próximas elecciones en cualquier caso. Era un tema obligado al interior de la revista, y para muchos existía la seguridad de una situación irremontable desde el punto de vista financiero. El alegato de los acreedores había alertado a los pocos anunciantes que seguían fieles, y cada vez corrían más cuentos sobre la liquidación de los activos para recuperar inversiones. El nerviosismo se apoderaba de las conversaciones de pasillo, y aun cuando había quienes confiaban en una nueva inyección de recursos, la administración sucumbía al síndrome del saco roto. Los reclamos en la puerta de la dirección estaban a la orden del día, además. A cada momento Bobe oía amenazas de brazos caídos y leía borradores para colocar inserciones en los diarios. La crisis estallaría al primer recorte serio en el presupuesto. Podía adivinarlo por los repentinos cambios de mando y su propia repugnancia al cotilleo que buscaba reunir y amotinar a los menos avisados. Minutos antes, impelido por esa misma razón, había girado la cara hacia el ventanal en una reacción casi física, incapaz de resistir las marcas de Garrafita en las pruebas de imprenta que una de las ayudantas de diagramación había dejado en la mesa para el visto bueno final. Su desprecio no obedecía tanto a la falta de merecimientos de Garrafita como a los métodos con que éste había alcanzado el timón, avanzando con silencios de gitano hacia el estratégico puesto de editor, donde destacaba por su eficiencia para administrar adverbios elogiosos y tachar adjetivos imprudentes sobre cada artículo que caía entre sus manos. De la noche a la mañana, Garrafita se había convertido en el hombre justo para el momento adecuado.

Una muy sofisticada perversión lo instaba además a quedarse hasta tarde en el escritorio y proponerse voluntariamente para los turnos de cierre. En ocasiones como éstas, Garrafita alcanzaba verdaderos éxtasis de furia, odiosidad y compasión mezcladas hacia reporteros y articulistas, a quienes tenía por heterónimos estilísticos de su propio arte de callar. Nadie diría que había ingresado a la redacción como humilde corrector, pero allí estaba: maestro y señor vicario de todo lo que se publicaba. No, Bobe no le tenía inquina; sólo desconfianza. Y sabía que, paradójicamente, ese sentimiento los acercaba.

—¿Tú qué crees? —insistió Garrafito con la burla en los labios—. ¿Habrá alguien que responda al enigma?

—Pregunta por allá —Bobe indicó hacia el pasillo a oscuras que parecía aislar la sala del resto del caserón—. El mundo te espera.

Garrafito encogió el cuerpo y se dio impulso para abrirse camino junto a su mesa de trabajo. Las ruedas de la silla emitieron un breve graznido sobre el piso. De un salto quedó de pie y comenzó a pasearse con gestos napoleónicos.

—¿Así que desprecias mi misión? —lo conminó, dando vueltas inquieto y con fingido malhumor—. Está bien, lo acepto, déjame solo; al fin y al cabo llevar este buque es asunto de elegidos, de superhombres que cierran las orejas al murmullo hediondo del populacho —Garrafito utilizaba un tono a medias divertido y amargo, contento de divagar a su antojo entre los escritorios de la sala que el lunes desbordaría de diálogos, risas y teléfonos ocupados como un panel henchido por la tarea. Daba por descontado que Bobe disculparía el falsete de su verbosidad, y siguió declamando sin dejar de pasearse con las manos tomadas en la espalda y la vista fija en un punto del cielo mientras improvisaba una réplica—. Para tu aprovechamiento personal y para que te prepares, has de saber sin embargo que de aquí a poco constituiremos un nuevo tipo de aristocracia, la única posible en verdad, no hecha de abolengos ni de títulos familiares, sino de palabras, frases, ecos y resonancias, algo así como un cofre adonde las élites del poder vendrán a preguntar por la memoria perdida de las cosas, porque para entonces ellas ya no referirán a nada real, presas del tránsito vertiginoso y del uso meramente virtual que les ha asignado la economía. ¿Se entiende? —Bobe lo miró fastidiado, como a un niño envuelto en una rabieta—. No, no comprendes nada —se respondió Garrafito—. Pero escucha bien, porque llegará el momento en que la falacia de los grandes equilibrios sucumbirá, periclitará, como en las diez letras del crucigrama, y entonces, en medio de la catástrofe, nuestra hora habrá sonado: será el turno de los recolectores, de los entomólogos del oficio, porque tal es nuestra verdadera vocación, aunque tipos como tú no se enteren de nada y vivan para el fin de mes, contentos de unas cuantas parrafadas y pensando acaso en animar algún día un programita de televisión —se paró en medio de la sala como si cazara al vuelo una idea que no quería dejar escapar—: Pero a mí no me engañas, Bobe; sé muy bien lo que buscas, adivino tus intenciones detrás de esa máscara de frío donde te instalaste a mirar el mundo, como si no te importara o despreciaras los resultados, no creas que no me doy cuenta —una sonrisa maliciosa, bonachona, parecía darle la razón mientras Bobe seguía pensativo y ausente junto al ventanal—. Si quieres que sea sincero, déjame decirte que tu conducta deja mucho que desear. Eso de pasar de las páginas políticas a la farándula no es cualquier cosa, y algún día vas a tener que explicar tu extraña deriva como reportero de punta al vaporoso mundo del espectáculo, porque allí donde estás pareces un artista de ti mismo, Bobe, un espía camuflado de comediante, como un simulador pegado a su obra.

—Lo dices por experiencia propia.

—No existe otra manera de conquistar las voluntades ajenas, compañero.

—Tu superhombre va directo a convertirse en un supermercado —ironizó Bobe—. Al menos Pacull se juega la carta del heroísmo.

—¿Y de qué le sirve si se queda fuera? —Garrafita se alteró como si hubieran dejado caer una gota caliente en la palma de su mano—. No me digas que lo consideras un ejemplo cuando en realidad es un niño crónico, un tipo enfermo, incapaz de sacar la cabeza más allá de la trinchera que se ha construido. Un atribulado, Bobe; eso es lo que es, y en lo que te puedes convertir tú también si no pones atención y te cuidas.

De golpe habían pasado de la broma a los empujones sin haberlo buscado. Era lo acostumbrado desde que el nuevo organigrama editorial enfrentaba a unos con otros en la incertidumbre general, y Bobe quiso decir algo que suavizara las desconfianzas. Desde su perspectiva, ninguna situación, por imposible que pareciera, superaba la que a él lo esperaba en la covacha.

—Quédate tranquilo —dijo—. No tengo pasta de mártir.

—¿No vas a asistir a la asamblea? —preguntó Garrafita con repentino interés—. Están todos citados, incluso los renunciados.

—Ya veré lo que hago —dijo Bobe—. ¿Cuándo es?

—Miércoles a mediodía —advirtió el otro. Había vuelto a tomar asiento junto al escritorio, dándose pequeños impulsos con un pie mientras la silla giraba en su sitio esperando una idea para volver a posar las manos sobre el teclado.

—La voz del gremio —indicó él con un deje de asombro.

—No te la puedes perder —replicó Garrafita—. Se van a tomar decisiones. Me huele que nos van a pasar la cuenta por habernos quedado.

—Claro —dijo. De pronto se había puesto melancólico y decidió retirarse. Miró la hora—. ¿Te queda mucho todavía?

—Un par de cosas, aparte del artículo de Ovando. Lo voy a rayar hasta quedar manco —amenazó Garrafita.

Bobe se despidió y bajó las escaleras tratando de no resbalar en la penumbra. Un islote de leprosos habría tenido mejor final. Cuando el nochero se levantó a abrirle, escuchó insultos que venían del subterráneo.

—Las niñas de diagramación —dijo el guardia como si las disculpara.

Él asintió. Afuera la lluvia seguía golpeando, menos intensamente pero con la misma constancia milagrosa que limpiaba su caída en desgracia al interior del caserón.

El Chevette estacionó en el lado norte de la plaza, frente al teatro universitario. Bobe bajó, atravesó Irarrázaval y caminó entre un revoltijo de gente que se apretaba bajo las cornisas para evitar el chaparrón. Se detuvo ante la mampara del bar y espió el interior donde el dueño del local

se ocupaba de la caja, sentado en un piso de diámetro muy inferior al que requerían sus posaderas. Cada tanto, el hombre se inclinaba a despachar una cuenta, parapetado detrás de la cabina que le servía de observatorio. Luego hacía una pausa y planeaba una mirada indiferente sobre la barra y cada una de las mesas atiborradas de clientes, sin evidenciar orgullo ni cansancio por la celebridad del local. Parecía reflexionar hondamente en la necesidad de una ampliación, tras ceder a la propuesta del equipo de cine que ahora invadía el local.

Bobé pegó la cara al cristal. El humo y el vapor mezclados le impedían distinguir las figuras que se movían coléricas, seguidas por largos brazos metálicos con micrófonos adosados en los extremos. La imagen volvió a recordarle *La noche americana*. Había visto la película mucho tiempo atrás, pero desde hacía semanas la cámara de su mente insistía en proyectar, reiterativa como un loop, el argumento donde un cineasta que era el propio director de la cinta en la vida real, filmaba bajo la lluvia su desengaño frente al arte de las manipulaciones instrumentales, con actores que sólo obedecían a sus caprichos mientras el realizador se esmeraba por terminar el rodaje. En su deseo de fijar una imagen de referencia a su propia situación, Bobé había creído hallar en la película de Truffaut el encuadre múltiple de la realidad que soportaba. De hecho, ahora cada vez que iba al cine, salía de la sala con un remanente de profunda insatisfacción atorado en la retina, como si el recuerdo de la noche americana de ese francés amante de la verdad anticipara sus ilusiones y ya no lograra abandonarse ante lo que presenciaba. Últimamente, esa imposibilidad y el consecuente malestar se le habían vuelto apremiantes. No soportaba ninguna forma de anestesia y se aburría mortalmente sentado en la butaca, previendo las imágenes de un sueño retocado por la diversión universal. Así era una tortura trabajar.

Pegó la cara junto al vidrio y divisó a Daniela. Estaba sentada en uno de los taburetes que corrían junto a la barra, colocada en un segundo o tercer plano respecto a la acción donde un grupo discutía y bebía bajo las atentas instrucciones de Marco, de pie a un lado y siguiendo con ojo clínico el desarrollo de la escena. Habría preferido esperar en la calle, pero el frío y la lluvia lo decidieron a entrar. Empujó la mampara y una nube de humo empozada en el aire enturbió su mirada. Achinó los ojos. «Aquí fumamos todos», rezaba amenazante un cartel de gran tamaño colgado al otro extremo del local. Un asistente de producción sostenía la puerta. Reconoció a Bobé y le hizo un guiño, llevándose el índice a los labios. Él asintió, se deslizó con cuidado evitando tropezar con los cables tirados en el piso y esperó a un costado. Un trajín de botellas y risas componían el sonido ambiente del bar, que siguiendo los deseos de Marco debía poner de relieve su naturalidad. La producción se esmeraba y Bobé miró a un lado y otro, ganoso de una oportunidad de recoger a Daniela y echarse a volar. Pero había caído en un recetario del arte de masas y aún tuvo que soportar lo peor: en un momento ella concentraba las bromas de los protagónicos y el plano se cerraba sobre las carcajadas de uno de los personajes. Conocía perfectamente el guión: Marco se lo había mostrado para que él mismo decidiera si acaso ella podía interpretar el papel. «¿Crees que dará con el tono que buscamos?», había preguntado con

aspavientos de director, como si filmara lo prohibido, y Daniela dijo por supuesto que sí cuando Bobe transmitió el mensaje con algo de ira y vergüenza por el entusiasmo que despertaba en ella. Y allí estaba ahora, asimilada al rol decorativo de una mujer de carretera, dudando ante la invitación del héroe que la abordaba por detrás, le soplabá algo al oído y luego volvía a sentarse a la mesa contoneándose con aires de chulo entre los aplausos y chillidos de sus compañeros de jarana. La grosera fantasía de un galán de clase media, pensó como si fuera él quien lo interpretara, mientras ella se esmeraba por cumplir. Compensó la espera imaginando la verdadera película que transcurría en los márgenes de la toma, donde Daniela era una excusa para registrar la vida de la colmena, con diálogos estridentes que llegaban desde el fondo y tensos fuegos mantenidos en secreto, ardiendo con febril intensidad en las mesas de los costados.

Decidió aprovechar el momento. Había comprometido un artículo sobre el rodaje para la semana siguiente y pensó que no estaría mal empezar con la locación del bar. Se movió en semicírculo, vadeando la apretada reunión hasta alcanzar el extremo opuesto por donde había ingresado, pero de inmediato renunció. El artificio de *La noche americana* se cruzaba por delante como un síntoma que no lograba descifrar. Sintió que alguien tiraba de su chaqueta y se corrió a un lado. Era el Chico Cifuentes, el más colérico de sus antiguos camaradas en la legendaria Banda de los Cuatro. Le hacía un gesto para que tomara asiento y los acompañara. Obedeció. Hablaban de los semáforos. Y él que pensaba en los guardianes del fuego prometeico... Esto sí que era sorpresa. Saludó apretando las manos extendidas por sobre las cervezas y atendió las explicaciones sobre el sistema de automatización en las calles. ¿Qué había pasado con todos ellos, con él mismo, para acabar con el cerebro ocupado en semejantes migajas urbanas? ¿Tan mal se habían portado? Volteó a mirar a Marco, confundido entre un enjambre de técnicos y ayudantes: su determinación seguía intacta, y eso al menos era encomiable. ¿Por qué habría de criticarlo? Más bien lo admiraba: hiciera lo que hiciera, no se abandonaba al desencanto y mantenía con coraje su mecha encendida. En cambio él... ¿Acaso era cierto que ya no toleraba ninguna otra compañía y se había metamorfoseado en una piedra, en una roca resbalosa abrasado sólo por la marea y su imperativo personal? Demasiadas preguntas. Se estaba convirtiendo en un tipo con los bolsillos llenos de preguntas.

Más allá, el haz de los focos creaba una frontera entre el tumulto del bar y la escena del rodaje. Se excusó con Cifuentes y se puso de pie, agobiado. No entendía nada de nada, como si estuviera drogado. Se movió entre las mesas para aproximarse a Daniela, sin rebasar la línea del riel que corría ajustado al piso. Pensó en una botella recién abierta de la que fluía un caudal inagotable de cerveza negra, en la trizadura violenta del espejo de la barra donde ella se reflejaba y la aparición de un enano con un cucharón homicida sacado de la cocina. Cualquier cosa que sustituyera esa forzada seducción de vaqueros en moto. Pero era natural que copiaran: las taquillas se entusiasmaban con las fotos gastadas.

—Hasta aquí llegamos —la voz de Marco planeó sobre los murmullos ajenos y propios que

rodeaban la toma—. Gracias a todos por estar —dijo, e hizo un gesto de conjunto parado al centro. Un aplauso tibio, comprensivo, acompañó su peculiar forma de pago, y Bobe se felicitó en silencio de que ella recibiera al menos una pequeña gratificación monetaria por figurar en el reparto. Era eso o regalar impresos a los automovilistas en las esquinas, con un gorrito de la Good Year y la minifalda para llamar la atención.

El galán de la mesa se levantó a recoger opiniones y alrededor suyo se armó un pequeño coro de elogios, pulgares levantados y sobajeos en el pelo. Al fondo, Daniela seguía de espaldas. Una asistente con traje de campaña, vestida de pantalón y chaqueta rebosantes de cierres y velcros, cruzó por delante armada con un radio atado a la cintura. Comenzó a dar instrucciones mientras los técnicos plegaban velas y reducían los equipos.

—Una joya, un diamante en estado puro —Marco se había acercado y le hablaba con entusiasmo, cortándole el paso—. No sé de dónde la sacaste, pero tu amiga tiene *todo* para plantarse frente a la cámara.

Bobe sonrió desganado. En la barra una ayudante de maquillaje terminaba de atender a Daniela, repasando un algodón sobre su frente y los pómulos. Parecía más joven mientras menos tintura llevara encima.

—Ahora entiendo por qué la tienes guardada bajo llave, cabronzuelo —agregó Marco al oído, encimándolo e impidiendo que se moviera. Bobe asintió con una mueca agría y el otro apartó la cara como pidiendo excusas—. Es una broma, no me hagas caso —dijo, y luego alzó un poco la voz, quizá buscando apoyo en el personal que desmontaba las luces y cargaba los bártulos—. ¿Por qué no vienen con nosotros? Hay una junta ahora en mi casa. Así ella aprovecha de relacionarse con los actores y nosotros hablamos de tu artículo.

—Puede ser —dijo él.

—Nos relajamos un poco —insistió Marco.

—Buena idea —intervino Daniela. Había llegado por detrás y se sacudía la cola del pelo con una mano, mientras apoyaba la otra en el hombro de Bobe. Recostó la cabeza, coqueta, y miró con desenfado—. Me muero de ganas de ir a bailar.

—Anímate —lo palmeó Marco.

—Estoy animado —dijo él, huraño.

La invitación murió en el acto y Marco se alejó diplomáticamente con la excusa de trasladar los equipos. Bobe indicó una mesa libre y fueron a tomar asiento.

Una vez más se obligaba a retroceder ante la compañía de otra gente cuando se encontraba con Daniela. Participar socialmente con ella le parecía una impostura, y con mayor razón si se trataba de una joven tropa audiovisual. Más que su prisionera, Daniela era su vigilanta, la única prenda de garantía que conservaba tras su absurdo periplo periodístico por Moscú y el posterior incidente en París. Fue ella quien le había impuesto la lealtad, el bien más escaso de todas las mercancías que lo rodeaban y sin la cual se habría destruido al llegar, o al menos eso creyó

después de regresar de ese viaje en falso que había hecho con el oculto deseo de olvidarse. La presencia de Daniela era la prueba de que el limbo en el que había caído al volver no era fruto de una enfermedad imaginaria, aunque en ocasiones tuviese la impresión de mantenerla a su lado sólo como se sostiene una mentira al interior de una trama novelesca. Así era cómo la sentía, por lo demás. Era la razón que le quedaba, y por ella callaba.

En cuanto al viaje, lo recordaba perfectamente porque las cosas se habían complicado antes de llegar incluso a golpear la puerta de la casa de Marfán en la Rue Moscou. El hecho de que Marfán residiera en una calle con ese nombre agregaba confusión al episodio y duplicaba lo ocurrido horas antes, cuando efectivamente Bobe había aterrizado en la capital rusa como parte de su misión. Los indicios de algo anormal comenzaron entonces y se multiplicaron tan pronto Bobe inició la búsqueda de Dimitri durante toda esa jornada y media que pasó en la capital rusa, hasta el día subsiguiente en que despegó rumbo a París. Ya iba un tanto agobiado —luego de mucho reclinar y enderezar el asiento a lo largo de las ochenta y cuatro horas de vuelo que acumulaba en el cuerpo— cuando depositó la maleta y el preciado computador sobre el andén de la Gare du Nord, entre sus piernas para mayor seguridad, mientras buscaba con evidente perplejidad el distrito octavo y la calle de Marfán en un mapa de orientación colocado como un cazabobos en el hall central de la estación. Aquel era el momento crucial, y Bobe lo padecía con una intensidad no exenta de patetismo, repitiendo y repasando mentalmente el robo como una traición digitada a distancia, una zancadilla planificada antes incluso de su partida.

Era junio, sentía una ligera ansiedad por dejar Santiago y tomó la precaución de abordar el avión suficientemente arropado para el invierno chileno y el verano moscovita, con una gruesa franela de mangas largas debajo de la camisa de algodón y un suéter de cuello subido que lo hacía parecer más robusto de lo que era. Además de esta indumentaria nada ligera para un viaje por la mitad del planeta, llevaba su computador portátil en el regazo junto al engorroso encargo de ubicar en Moscú a un tal Dimitri, operador turístico supuestamente vinculado con la fundación privada de Gorbachov, y cuyos teléfonos el agente de Aeroflot en Santiago, Boris Vera, había entregado a Bobe antes de despedirse. El trato era simple en apariencia: a cambio del pasaje obsequiado por la agencia, Bobe debía llamar a Dimitri desde el hotel para intentar convencerlo de que el último líder universal del comunismo viajara a Chile a dar unas conferencias sobre la perestroika y la glasnost, que era a lo que se dedicaba en rigor Gorbachov desde que fuera desplazado del círculo de poder, y quizás también la oficina turística de Dimitri. Existía un preacuerdo o algo así, y el contacto era seguro, había dicho Vera. Bobe sólo tenía que comunicarse con Dimitri tras arribar a Moscú.

En principio no había nada particularmente inquietante en el encargo, salvo que la Unión Soviética ya había desaparecido del mapa y todavía no aparecía Rusia, o al menos no la Rusia tal como se le conoce hoy. Estaba todo patas arriba en una tierra de nadie, y en medio de ese desconcierto Bobe quedó alojado en un hotel cercano al aeropuerto, un edificio opaco y sin

gracia, colmado de huéspedes musulmanes que rezaban cada sesenta minutos hincados en los pasillos como una campanada de reloj que subía al cielo en un coro devoto e incomprensible. Su habitación era un asco, por lo demás. Los muros formaban bolsones de humedad en los rincones y la pintura salía desprendida en lonjas largas y quebradizas, bajando desde el techo a través de la débil luz interior. Sorprendió un nido de baratas de color anaranjado que saltaban de las sombras cuando se dirigió al baño para refrescarse. Una dudosa pátina de moho impregnaba la taza del water y el piso de la ducha. Abrió la llave y un sonido angustioso acompañó la salida del hilo de agua que goteó por el caño. En la pared leyó unas pintadas con insultos en inglés. Volvió deprimido hacia la sala, donde estaba la cama y un armario donde dejar sus cosas, con una caja de seguridad bastante amplia pero cuya tosca cerradura no ofrecía muchas garantías. De todas formas la utilizó para dejar su pasaporte y el portátil. Fue hasta la ventana a mirar el paisaje gélido y anochecido del verano ruso, pero afuera sólo encontró un conjunto oscuro y mal iluminado, como un garage enorme que se alzaba en un abandono trágico. Intentó reposar. En el piso oía correr animales muy pequeños que engordaban en su imaginación, y como la frazada le picaba en el cuerpo decidió prescindir de ella con un vago temor a adquirir algún tipo de contagio. Finalmente el insomnio lo atacó y decidió bajar al lobby para ver televisión en el único aparato disponible que aún funcionaba. Había un programa en ruso del cual no entendió nada, pero veía el edificio del Parlamento y unos soldados que protestaban yendo de un lado a otro con los rifles colgando de los chaquetones, como si estuvieran a punto de iniciar una nueva revolución. Se durmió sentado y con las ropas puestas, entre los rezos y las oraciones que subían con la madrugada.

Al día siguiente Moscú le pareció tan inhóspito y helado como el invierno de Santiago, de modo que se aventuró en la ciudad de los soviets llevando la misma muda que traía puesta durante el viaje, porque la maleta había quedado en la custodia del aeropuerto y sólo conservaba un maletín con unas cuantas prendas interiores, sus documentos y el notebook del que nunca se separaba. Apenas depositado en el hotel la noche anterior, además, Bobe había logrado comunicarse con Dimitri, su contacto en el país del frío, y sin pensarlo dos veces se largó esa mañana a recorrer las calles para terminar de una buena vez su misión en el mundo de Caos. Se suponía que la firma donde trabajaba Dimitri era una agencia de viajes de nombre Kontakt, pero eso ya resultaba difícil de comprobar. Quizá no había captado bien las instrucciones, pensó, porque en el teléfono a Dimitri se le oía una mezcla de rumano y español que al final no era ningún idioma, pero del cual extrajo nítidamente una dirección junto a las aguas del Moskva, en un edificio que imaginó gris y tenebroso como el mismo río que se había llevado al imperio de Lenin. Seguro de estar en la pista correcta, cogió un taxi para recorrer desde muy temprano esas distancias que de pronto se extendían con un halo macabro entre una cuadra y otra, avenidas como estadios o campos de losa mortuoria, mientras se repetía a sí mismo que no le importaba tanto Dimitri como mantener su bolso con el portátil bien cogido bajo el brazo. No se había separado de él un segundo, confiado en que allí llevaba su seguro de vida o lo que consideraba como su

seguro de vida, junto a cientos de archivos, apuntes y negativos de fotos que guardaba celosamente mientras intentaba localizar a Dimitri en una dirección que se le ocurría inexistente. Apretó con firmeza el aparato, ancho y más bien pesado, un portátil de la primera generación pero cuyo volumen tranquilizaba a Bobe por la certeza física que ofrecía, y calculó que si había acumulado setenta y tantas horas de viaje en el cuerpo bien podía resistir un poco más sin desfallecer. Era casi mediodía y ya pensaba en regresarse cuando el taxi, luego de dar muchas vueltas y enfilarse por diagonales vacías, se detuvo ante un edificio que parecía corresponder a la numeración de Kontakt. Bobe bajó con el maletín, despidió al chofer y esperó delante del portón durante media hora, pero nadie salió a abrir y él caminó de vuelta, resignado a chapucear el nombre de su hotel al conductor del primer vehículo que lo llevara de vuelta. Era bastante extraño estar allí. ¿Qué hacía en Rusia, buscando a un sujeto misterioso mientras cargaba un maletín repleto de cintas magnetofónicas, libretas de notas, rollos de fotos y archivos de respaldo en un notebook del año cero? Bobe se lo preguntaba sinceramente, y entre tanta pregunta sin respuesta de pronto topó de vuelta con los manifestantes que marchaban en torno al edificio del Parlamento, borrachos y gritones tal como los había visto la noche anterior en la tele, pidiendo con gestos y a voz en cuello algo que él y posiblemente nadie lograba comprender. Confundido entre los soldados y piquetes de protesta, se paseó por delante del edificio convertido en el mismísimo John Reed cuyo espíritu lo visitaba para participar en una nueva toma del Palacio de Invierno, hasta que comenzaron los empujones, las carreras, los escupitajos entre bandas rivales alrededor del edificio y él decidió huir del espectáculo de las calles de Moscú y renunciar a todo contacto con la perestroika de Gorbachov. Se paró en medio de la avenida que circundaba el sitio de la trifulca y con las manos en alto, como un profeta arrancado de una prisión psiquiátrica, detuvo al primer auto que pasó y rogó al conductor que lo llevara de regreso al hotel. Farfullaba un idioma desesperado pero de sentimientos claros y perentorios, y una vez que consiguió su objetivo debió esmerarse por ingresar con su bolso de mano bien pegado al costado, ya que los huéspedes musulmanes tenían prácticamente tomados los pasillos y las escaleras del inmueble, habían inutilizado los ascensores y querían prohibir el encendido del televisor ubicado en la recepción. Bobe pidió las llaves de su cuarto y subió a encerrarse, dispuesto a repeler con su ejército de cucarachas a los fieles de Mahoma si intentaban fanatizarse a costa suya. Resistió sin probar bocado, incomunicado y harto de las chinches y las pulgas, pero vigilante como un sapo. Esa noche no pegó pestaña, sólo unos cuantos cabeceos antes de que llamaran a su puerta para tomar el minibús de Aeroflot y abordar de madrugada el avión a París, donde aterrizó a mediodía y se dirigió de inmediato en tren desde el aeropuerto hacia la Estación del Norte, ya muy mareado y francamente incapaz de responder en una frase qué tal lo estaba pasando en su primer viaje a Europa.

No era sólo un problema de descompensación horaria. La Gare du Nord apestaba a caldo y grasa humana, y para entonces Bobe conservaba un muy vago sentido del entorno; ya eran cerca de las dos de la tarde y a decir verdad el sudor bajaba por su frente, se esparcía a lo largo de su cara

e inundaba sus ojos con unas lágrimas blandas como pasas o angustias que él no deseaba mostrar a nadie, pero que aún así estallaban en gruesos surcos delatores mientras el ensordecedor tráfico de cuerpos y trenes se recocía al interior de los andenes. Era una situación insostenible, porque en París no corría siquiera un soplo del viento frío de Moscú y Santiago, la temperatura subía fácil a treinta y cuatro grados en junio, lo que sumado al cansancio y a su afranelada indumentaria provocaban en Bobe un efecto termal angustioso, de puro dolor mientras daba vueltas por los andenes con la maleta grande y el maletín chico sujetos de ambos brazos, forcejeando con ellos como si arrastrara a una gorda de circo y a un enano mañoso a sus espaldas. Se estaba asando allí dentro, sudando una pesadilla en su coraza de viajero, cuando divisó a unos cuantos metros la gigantografía del mapa de París desplegada sobre un cartel de orientación. Parecía una isla donde sombrear y tomar aire, y su propósito inicial fue fijar con la vista una línea de conexión hacia la estación de Clichy. Era lo apropiado si deseaba llegar hasta el departamento de Marfán en la Rue Moscou, tal como lo había memorizado en el trayecto. Pero enseguida sintió que la humedad aflojaba sus lagrimales y sus ojos empezaban a gotear formando una especie de tela líquida que le impedía enfocar. Se llevó una mano a la cara y se limpió. Luego la otra, que apoyó sobre la gigantografía como si tratara de clavar un punto de apoyo interior ante esa enrevesada malla de líneas de colores que representaba al metro de París. A sus atacantes alcanzó a verlos por el rabillo, turbiamente. Eran cinco o seis, todos tipos jóvenes que hablaban y se empujaban preguntando con teatralidad y en un dialecto cerrado la dirección a Chatillon o Chaville, no podía precisarlos, pero lo cierto es que de paso se apoyaban a su lado o inclinaban el cuerpo ante la gigantografía impidiendo que Bobe delimitara el campo de observación. Había logrado pinchar con el dedo una combinación en Barbes, no era más que una estación y parecía conveniente, pero antes de decidirse, una especie de inclinación o de ola muy suave se meció entre sus pies, escarbando y retrocediendo de improvisado como un animal de rincón.

Sin hacer caso, sin querer hacer caso más bien, evitando el pensamiento aterrador de un candado que se cerraba sobre su cuerpo, Bobe repasó mentalmente la combinación lógica para llegar a su destino. Sabía que Marfán esperaba por él. Entonces la presión aflojó y en un segundo quedó solo, pero le bastó ese brusco vacío en los pies para entender que ya no tenía el maletín consigo, algo fallaba o faltaba, acababa de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, como un brazo que hubiera volado del cuerpo con un corte de sierra cuyo impacto ahoga el primer grito de terror. Luego fue inútil que se agitara, corriera hecho un demente por el hall de la estación clamando police, auxilio, police, y finalmente tomara asiento sobre la maleta de circo y con la cabeza en las manos torciera una mueca asesina ante la mirada curiosa de los pasajeros que llegaban y salían atravesando la Gare du Nord. Lo había perdido: el parte de batalla que lo justificaba se había esfumado como se van la gracia y la juventud al poner el primer pie en París. Ahora no podía estar seguro de nada. Absurdamente, temió por su vida.

Acortó su estadía en la casa de Marfán y volvió a Santiago hecho un trapo pocas semanas

después. Daniela lo esperaba en la covacha, dispuesta a curarle las heridas y purgarle la fobia que traía guardada como un juramento de venganza. Ella hizo todo lo necesario, pero sólo eso, para que Bobe venciera sus sospechas y la rigidez extrema con que la enfrentó a la vuelta. Al principio estaba como un loco desnudo, acusaba una conjura en su contra y llamaba demasiado la atención en la revista, pero luego calibró mejor su conducta y comprendió que plegar banderas y callar era un arte que debía aprender a dominar. Sí, callar era el arte del limbo en que se hallaba y del cual su aislamiento podía sacar ventaja y gozar mientras siguiera en ninguna parte. Nadie reparaba en él, o eso creía, y pagaba el anonimato con ese recuerdo que lo hacía dar vueltas por la mitad del mundo en ochenta y cuatro horas de caída libre, hacia una zona que ahora el tiempo dilatava para que él remontara muy lentamente la tiniebla en busca de aquel desgraciado episodio que cancelaba su resolución. Domesticada la ansiedad y agotado el furor, sólo quedaba Daniela y la convicción íntima de haber estado muy cerca de amanecer sin ella, colgado de la barra del clóset en un oscuro hospedaje de Moscú, igual que Moyle durante su última noche en el Hotel Carrera. Por su propio bien, no la podía dejar escapar.

Activaba su deseo, por lo demás, y aun cuando Daniela continuara bailando en los clubes de manera intermitente y mantuviera citas de las cuales él prefería no saber, Bobe apreciaba la satisfacción que le daba. Nunca lograría de ella la exclusividad absoluta y eso le evitaba pensar en una relación estable, posibilidad que por otra parte había descartado casi por completo. El trato funcionaba, y con el tiempo los dos se habían ido adecuando a esa vida de encuentros cercanos, como dos pasajeros que intiman en un breve trayecto que se hace cada vez más agónico en las miradas. En ocasiones, Bobe pensaba con dolor que todo se rompería cuando ella viajara a Madrid para dar testimonio del caso y desprenderlo de su piel. Entonces ambos se mirarían con una exigencia que ninguno podría satisfacer. Descubrirían su vínculo como algo contingente, alimentado por el interés y la cobardía. O se odiarían por permitirse la sinceridad y no poder volver atrás. No sabía. Mientras, seguían unidos por un disfraz, una máscara nocturna que se acomodaba bien a los rasgos de cada cual.

—Es por ella, ¿cierto? —oyó decir a Daniela.

Habían tomado asiento en una de las mesas libres del bar y se disponían a desahogar a la par de otras tantas parejas que atiborraban el local, enredadas en diálogos saturados de promesas y humo. Él hizo un gesto de extrañeza, pero Daniela insistió:

—No quisiste ir a la fiesta porque te molesta que Marco haya estado con tu mujer, ¿no?

Bobe desvió la vista hacia la barra esperando encontrar a alguien que tomara el pedido. Llamó con un saludo de la mano y luego se volvió. Esperó en silencio hasta que llegaron a atender. Luego dijo:

—No es cosa tuya ni mía lo que haya pasado entre ellos —hizo una pausa desviando la vista hacia el costado—. Marco se equivocó con mi mujer, yo me equivoqué con mi mujer y otros van a seguir equivocándose con la que tú llamas mi mujer, pero en ninguno de los tres casos se puede

hacer nada. Si no quise ir donde Marco fue porque no me gusta trabajar de reportero en mis horas libres. Menos de noche —agregó, pero de inmediato se arrepintió del comentario—. En cuanto a ella, hace mucho tiempo que ya no es mi mujer.

Daniela guardó silencio y se llevó un trago de cerveza bebiendo directamente de la botella. Parecía molesta. O buscaba tensar la cuerda. Ahora me va a decir que sigo enamorado de María Julia, pensó Bobe. Querrá que yo lo niegue y en la negativa encontrará una razón de más para no creerme, y si me callo habré consentido la excusa para que haga de mujer salvaje, se pondrá de pie, dirá que va a comprar cigarrillos y ya vuelve, pero desaparecerá en el trayecto, y me obligará a esperarla en la covacha o a buscarla por las calles, en un departamento acondicionado para no verse, hasta que mis ansias renazcan como un vicio en busca de su cuerpo, lo alcance entre las sombras de una esquina cualquiera, bajo la lluvia, como en una noche americana que abre el plano y descubre el engaño, la mentira y el desborde que provoca el deseo de su nombre, porque para ambos sigue siendo motivo de confusión y desenfreno, de sexo sin rostro ni mañana, pura humedad y sudor anónimos, exprimidos con el voluptuoso sabor de ignorar cuándo ocurrirá o si acabará con la última oportunidad, hasta tanto siga aquí sentada.

—Voy a comprar cigarrillos —dijo ella.

Bobe asintió y la siguió con los ojos mientras se alejaba. También su legendario amigo Cifuentes giró para mirarla y los que estaban sentados a su lado lo imitaron. Una fruta hermosa que todos pellizcan al pasar, pensó. Una putita conservada bajo custodia en el armario. Eso es lo que es. Seguía moviéndose entre las mesas como si la manosearan.

Si la autobiografía ocupaba un lugar importante en la obra de Truffaut, la circunstancia íntima por la que atravesaba el cineasta al momento de filmar *La noche americana* adquiría particular relevancia en la estructura de esa cinta. Es lo que se decía Bobe, reteniendo a chispazos algunos episodios clave en la vida de Truffaut. En 1971, dos años antes de realizar la película, el autor de *Jules et Jim* había sido internado en una clínica psiquiátrica producto de un súbito black out, una ida a negro que a sus cuarenta y tantos lo dejó postrado durante semanas en medio de una crisis de identidad. Los impulsos nerviosos de su cerebro proyectaban imágenes autónomas y sin control, anulando las convenciones de espacialidad y tiempo que permiten organizar la vida productiva de cualquier hombre normal. Su cabeza había quedado fija en un punto negro, un hoyo de sombras reiterativas y agobiantes. Para un hombre de cine, era una paradoja de la sensibilidad. Luchó contra el abatimiento y se sometió a una cura de sueño, del cual salía sólo para anotar impresiones en los márgenes de una novela que deseaba adaptar. El trabajo logró recuperarlo y salió de la clínica para rodar el proyecto que lo había acompañado durante su internación. Fue una película de transición, casi de convalecencia. En rigor, toda su energía comenzaba a concentrarse en la idea de volcar al cine la experiencia de esas semanas donde literalmente había perdido los

nervios. Pero como el infierno es inenarrable, sorteó la dificultad apoyándose en una idea de Hitchcock, su maestro y amo absoluto del suspenso. Consistía en rodar un film dentro de otro, una ficción que se llamara *Mi nombre es Pamela* al interior de otra titulada *La noche americana*. La película fue filmada en 1973 y al año siguiente Truffaut recibió el Oscar en Hollywood. Realizada como un documental según propia confesión de su director, *La noche americana* fue vista por la crítica y el público como una película de amor, y más exactamente de amor al cine. Era un homenaje a la pasión, dijeron todos. Bobe creía en cambio que se trataba de un film de horror.

Peor aún: pensó que la película era ese horror de la vida que cohabitaba con la ficción, instalado como Truffaut en la tensión de las dos historias, la explícitamente ficticia de un romance titulado *Mi nombre es Pamela* y la engañosamente real de las pasiones desatadas en *La noche americana*. Una era espejo de la otra, y entre ambas formaban una tercera historia sin nombre, estrictamente potencial, pero aún así capaz de reportar a Truffaut un vínculo vital tras la experiencia de haber visitado el infierno. Las dos tramas eran independientes y sin embargo convivían, unidas por la pringosa filigrana de la autobiografía. Bobe también cargaba con ella como una fisura.

Lo descubrió con una cuota de espanto ese domingo de lluvia mientras repasaba el video con el control del pasapelículas en la mano, pulsando el tracking a una pasmosa regularidad de ochenta segundos. La copia era infame y, de no haber estado tan intrigado, la habría dejado. Pero el agua seguía cayendo en las calles y desbordaba las tomas del alcantarillado con una facilidad alarmante, de modo que Bobe fue a recoger a Iván y, con la seguridad de tener una misión por delante, se entregó a innumerables gestiones en distintas casas de video, hasta conseguir lo que buscaba con un colaborador de Marco. Cuando llegaron de regreso a la covacha había una gotera ponzoñosa que escurría desde el meridiano de la sala al piso, trazando una gruesa línea de abastecimiento hacia la cocina. Iván hizo una mueca de disgusto, no tanto de reproche hacia su padre como de resignación después de tan largo viaje. Habían recorrido una ciudad anegada sólo para recaer en una gélida laguna interior. Hacía mucho frío. Encendieron la estufa y se refugiaron en el cuarto con la televisión a los pies de la cama. Bobe insistía en que Iván debía aprovechar la ocasión y educar su gusto cinematográfico, arruinado por una generación completa de efectos especiales y juegos de nintendo. En uno de los locales de video había negociado con él la fatigosa búsqueda de *La noche americana* a cambio del arriendo de *Mortal Kombat*, una versión virtual y sangrienta de aquellos lejanos e inocentes combates con rifles de palo que habían llenado su infancia, y que por una razón que a Bobe se le escapaba llenaban el gusto de su hijo con una pasión descomulgada. Sin discutirlo siquiera, Iván había exigido para *Mortal Kombat* el derecho a uso del televisor antes de que Bobe enchufara los cables del pasapelículas, y pasaron tres cuartos de hora salpicados de vísceras, gritos terroríficos y cortes de yugular animados por luchadores de apodos tan intimidantes como Sonya, Sub-Zero y Rayden. A Bobe le gustaba la mujer, Sonya, no por inclinación sexual sino porque con ella era más fácil memorizar las combinaciones defensivas

(de las ofensivas ni hablar: flecha al costado y botón lateral dos veces seguidas para un efecto de cintura con patada arrastrada, ¿o era al revés?), pero la habilidad de Iván en el manejo de los controles era tan superior que Bobe sentía cierta lástima por él mismo mientras intentaba responder a los puñetazos, bloqueos y fatalities que el chico aplicaba con criminal virulencia. En algún momento protestó el exceso de intención que ponía Iván en golpearlo, y su muchacho hizo como que no lo escuchaba: «Es un juego, papá», replicó, sin dejar de accionar los botones del control. Aún no cumplía diez años y ya se entusiasmaba acuchillando rivales con la destreza de un asesino serial. Esos combates virtuales podían ser más feroces que las guerras tontas que él imaginaba. Se armó de paciencia y fue derrotado sin misericordia una y otra vez, hasta que Iván le pidió que se retirara unos minutos para pelear solo con la máquina. Se levantó y fue a la cocina a medir la subida de las aguas. Quizás ése fuera el destino de todos los padres: ser relevados por una máquina parricida mientras él atendía la felicidad doméstica. Un pequeño charco comenzaba a formarse junto al lavaplatos. Preparó una bandeja de once-comida para llevarse al cuarto y volvió cuando los ojos de Iván destellaban de furia.

—Bueno, basta —dijo, retomando el dominio de la situación—. Ahora vamos a descansar un poco viendo una buena película.

Utilizaba ese tono pedagógico cada vez que necesitaba convencerlo de algo que sólo tenía interés para él, e Iván hizo un amago de protesta que no dio resultados. Bobe dejó la bandeja y dispuso los cables, intentando acertar los video in y los video off en su sitio, guiándose por la simetría de los colores más que por una comprensión lógica. Los puntos calzaban con las tinturas en el cromo —amarillos con amarillos y rojos con rojos— pero un cable verde quedó guacho, colgando insatisfecho fuera del aparato. Retrocedió sin hacer caso y tomó posición a lo largo de la cama mientras Iván no acertaba aún a resignarse, de pie junto al televisor y con el juego de *Mortal Kombat* embolsado bajo el brazo como un diploma.

Un pequeño temporal de señales equívocas apareció en la pantalla. Bobe pulsó el control y la imagen se estabilizó un instante, pero de inmediato volvió a dibujar líneas incomprensibles como mensajes de otro planeta enviados para alertar a los incautos. Los títulos aparecieron anunciados entre manchones y franjas horizontales, pero la distorsión amainó un poco como el mal tiempo en la calle. Bobe se acomodó creyendo superado el incidente.

—Una *gran* película —subrayó en voz alta para seducir a su infante neutrón, pero no alcanzó a ajustar el volumen cuando las fuerzas malignas del audiovisual volvieron a interponerse, invadiendo la pantalla con señales hostiles. Se incorporó, manipulando caóticamente los botones del remoto: cada tanto el cuadro se ordenaba, pero al instante volvía a dispararse, poseído como una hélice sin mando. Iván meneó la cabeza en un gesto compasivo. Seguía de pie junto al aparato.

—¿De cuándo es la película? —dijo.

—Del setenta y tres —la mirada de Bobe no se apartaba de la pantalla, fulminándola con los

ojos. Un nuevo desperfecto y la mandaría al suelo de una patada, estilo Sub-Zero. De eso podía estar seguro—. No sé qué le pasa a esta mierda —apretó los dientes, enervado.

Iván dejó su trofeo sobre la superficie del televisor y se inclinó a manipular los cables.

—Déjalo, debe ser la copia que nos prestaron —dijo Bobe sentado en la cama y con los dedos agarrotados sobre el mando. El chico siguió combinando entradas y salidas sin atender el consejo. La imagen calzaba a ratos y de manera intermitente, mientras Bobe respondía en tono monocorde, tal como haría un paciente tirado en la silla del dentista mientras se deja examinar con la boca abierta: ahí, no, antes, muévelo, despacio, un poco más, eso. Claramente ese niño parecía estar mejor preparado que él para lo que viniera con el nuevo siglo. De hecho, ante sus ojos, Iván era ese salto abismal hacia un momento desrealizado del tiempo con que Bobe se figuraba el futuro, desplegado como el fuelle de un acordeón y sin otros vínculos que los estrictamente funcionales para seguir existiendo. Pequeños monstruos autoabastecidos de afecto. Bueno, él lo había criado. O casi.

—No se puede más —dijo Iván, apartándose—. Hay que manejarlo con el tracking.

Pronunciaba perfecto, como si la tecnología y sus denominaciones hubiesen nacido con él, amamantándolo con un chip disuelto en la teta materna.

—Intentémoslo —dijo. Se había calmado, persuadido por esa destreza tecnológica que tanto admiraba cuando se trataba de Iván. ¡Y eso que no era más que un anticuado pasapelículas! —. Todo sea por *La noche americana* —agregó con falso júbilo.

Pero la tarea no resultaba sencilla. Iván se tendió a su lado y entre leches y tostadas se fue adormilando, empujado al sueño por las constantes variaciones de la imagen. Bobe en cambio acomodó la visión al desperfecto como si se sometiera a una tortura psicológica, hasta que descubrió que podía controlar la imagen presionando según intervalos de tiempo, de modo que media hora después tenía el dedo pulgar algo hinchado y adolorido. Soportaba malamente la frustración y respiraba hondo para darse ánimo, hasta un momento en que pareció renunciar, aturdido e incapaz de reaccionar ante la proliferación de líneas y manchas que cruzaban la pantalla. Se sacudió y apretó con furor el control. Aun cuando la imagen no lograra estabilizarse, se esforzó por llevar a término la empresa. Cubrió a Iván con una frazada y concentró su esfuerzo en seguir el hilo narrativo de la historia de Truffaut.

Quería insertar algo relacionado con él para apoyar su artículo sobre los nuevos dogmas del cine de los noventa, sin decorados, argumentos ficticios ni actores profesionales, propósito que según le parecía a Bobe era la idea subyacente en *La noche americana*. Con la diferencia de que Truffaut no inventaba la pólvora y abría el plano para mostrar que la verdad en el arte surgía de la mutua contaminación de la ficción con sus circunstancias, aunque éstas también fueran ficticias. Mantener en vilo esa tensión era todo el secreto de la belleza, y costaba un mundo lograrlo porque ambas partes vampirizaban el mismo sueño. Lo veía claro ahora que una pesadilla asediaba al personaje de Ferrand-Truffaut en la película. Sorteando franjas y saltos, el tormento onírico de

Ferrand con la cabeza en la almohada era como un puente tendido entre las fuerzas que encuadraban el conflicto del protagonista. Aparecía un niño, luego una sala de cine, y Bobe distinguió en la secuencia el eco de su propia batalla: también él era vampirizado por la presencia de un doble femenino, encarnado por el personaje ficticio de Pamela y por otro llamado Julie Baker que hacía el papel de aquélla en la película. La comparación era ilustrativa. Si hacía foco sobre su situación con Daniela, un romance de enredos pueriles y mentiras casi cómicas surgía a imagen y semejanza de *Mi nombre es Pamela*, pero si ampliaba el cuadro, de inmediato la farsa quedaba en evidencia y surgían el drama y las pasiones desencadenadas por la inclusión de Lara en la escena. Era lo que experimentaba cuando estaba con ellas dos. Un fuego repentino que estallaba y ardía en su sitio, aceitoso y quieto como una antorcha resplandeciente en lo alto de una columna en ruinas. Con la atención de vuelta en la pantalla, reparó en un hecho simple que hasta entonces escapaba a la evidencia. Una tercera mujer que nunca se identificaba ni aparecía bajo su nombre real, y que venía a ser la actriz que interpretaba a un mismo tiempo los personajes de Pamela y Julie, completaba el reparto en el infierno ideal de Truffaut. Entre las tres formaban un dibujo de líneas huidizas y cambiantes cuyo significado era uno solo. Pensó en el erotismo como la única ficción verdadera. A eso se reducía el misterioso magnetismo de *La noche americana*. El erotismo era la dualidad de Julie Baker vista desde fuera.

La conclusión lo sorprendió con el apodo de María Julia en los labios. ¡Mara! ¡¡Hasta allí lo seguía la expulsión del paraíso!! Era deprimente. Estaba sacando cuentas consigo mismo. Sin necesidad de analizar demasiado, reparó en que se hallaba a las puertas de una catástrofe ambigua, entre tiempos muertos y guardados como ese retiro de domingo con Iván, queriendo poner orden en sus afectos mientras intentaba visionar la copia de una película del año 73 —y del año 73 para más inri!— en un atardecer triste y lluvioso donde lo único claro e indubitable era el golpe con que Liu Kang acababa de rebanarle el pescuezo a Johnny Cage una hora antes. Mejor dejaba su recuento de lado. El arte no se le daba, eso era evidente. No pasaba de ser el pálido Ferrand recostado con una pesadilla en la cama, deseando que Truffaut, el genio, llegara a despertarlo y lo levantara. El genio le diría en voz baja y mansa que no se preocupara: en la fisura de la autobiografía se juntaban las aguas. Mientras, bebería de sus rituales profanos para saciar la sed, con el agregado del frenesí de la sangre que confundía los cuerpos y ponía a Daniela a salvo en su propia noche americana.

Pero ¿y si no ocurría? ¿Si fracasaba en el intento o el acto que planificaba con esmero y en total silencio no era el adecuado? Se había impuesto el deber de protegerla, y contaba con Almarza, el abogado español que llevaba la causa, para que Daniela pudiera viajar finalmente a Madrid cuando ellos mismos lo decidieran. Estaban de acuerdo en que no podían confiarse mientras los casos continuaran bajo investigación. De todas partes les llegaban noticias de procesos que se abrían en Suiza o en otra magistratura europea a propósito del mismo asunto, y habían recibido una nota desde Madrid para sondear una posible comparecencia. La invitación incluía beneficios

por parte de la fiscalía española, que desde hacía años llevaba su interés en el tema. Estaban en un punto de inflexión. Lo habían conversado cientos de veces y él mismo hacía planes para hacerse invitar a España y tratar el tema con Almarza. Protección de testigos le llamaban a eso, y él podía observar el horizonte de la separación incluso con cierto alivio. Entonces el artificio desaparecería, esfumado detrás de la verdadera trama que se desarrollaba alrededor y con el consentimiento de ambos. Era lo único importante, o lo que Bobe se repetía a sí mismo como lo único importante. El auténtico encuadre de su intimidad era ese exterior por donde se movían como figurantes menores. No debía olvidarlo.

Su espanto crecía, sin embargo, conforme avanzaba el calendario. Sentía horror de volver a perder piso bajo los pies cuando aterrizara nuevamente en Europa, si acaso prosperaba la invitación que tramitaba. Aprovecharía de visitar a Marfán aunque sólo fuera de pasada, como una forma de aquietar los fantasmas que él mismo había despertado y alentado imprudentemente durante su primer aterrizaje en la Rue Moscou. Pobre pintor portugués que pintaba paisajes en París: lo había dejado en la estacada, indagando crímenes chilenos que jamás podría resolver. Una noche Marfán incluso había telefoneado a la covacha queriendo meter la cuchara, pero Bobe tuvo que desviarlo y despistar. ¿Qué podía adelantarle? Muy poco, en realidad. Él mismo se aventuraba ahora sin conocer bien el terreno, y dudaba. No estaba enamorado de Daniela, no *podía* estarlo ni se lo permitía: su sentimiento era algo más real y específico que el concepto demasiado amplio que en otro tiempo se había hecho del amor, y también más moral y acuciante que cualquier idea previa abrazada con engaño y apuro para representar lo justo o lo abominable. Ante sus ojos, bastaba verla para desarmar el juicio, invadido y tocado como estaba por su nerviosa indolencia y la extrema fragilidad que adivinaba en ella.

En cuanto a él, los síntomas del abandono eran alarmantes. Lo admitía. Quizás estaba iniciando una nueva crisis que desembocaría en otro violento apagón. Sobrevendría cuando ella se fuera: un silencio, una nada, la imborrable impresión de irrealidad sería lo único que quedaría para él. Entonces se fundiría a negro como Truffaut a sus cuarenta y dos años, porque la palabra deber, el deber y el deseo tramados contradictoriamente en su piel, ya no le dirían nada. Viviría en la ausencia, acaso encerrado entre mensajes virtuales como un espécimen raro, un adulto involucionado en el mundo de Iván, de vuelta al colegio, con pantalones cortos y una calvicie pronunciada. Volcaría todo su interés en aprender y rediseñar los trucos de Scorpio, Reptile, Kano y los demás pandilleros virtuales de *Mortal Kombat*. Un chiflado internado en su propia cabeza.

Por fortuna su hijo seguía a su lado. Procuró tranquilizarse. No estaba para derrumbes. En otro tiempo había sorteado la angustia de un modo equivalente al de Truffaut cuando emergió de la clínica, huyendo hacia delante, entregado a la incoherencia del oficio. Pero ya no quería correr más: necesitaba detenerse y respirar el aire que soplaba detrás. Volvió a plantearse el problema; si pudiera recibir un buen consejo, una idea que serenara el vacío que la situación anunciaba. Pero Hitchcock no aparecería, estaba lejos, volando entre los pájaros, y a él le faltaba un principio

activo, un instrumento de sueño. A veces creía tenerlo, pero luego se le escapaba entre embriagueces y gemidos. El vértigo resurgió. Quedaría aplastado por la rabia y la frustración como ante aquella burda copia de video si no lograba prolongar el éxtasis de su compañía. En caso contrario se convertiría en un trágico, extraviado en una realidad que sólo él vería, como esos exiliados centroeuropeos cuyas almas deambulan por países inexistentes. O bien la comedia lo arrastraría: tras muchas aventuras y peripecias, la concordia reinaría.

Era una posibilidad remota, y puede que no constituyera un inconveniente: con el tiempo se acostumbraría a pedir en el mesón la doble hamburguesa con queso, a tener dos casas, a reír en un sitio y a llorar lo justo en otro distinto, a desear a dos mujeres y a compartir la mitad de ellas. Aplacaría sus tensiones como Garrafito: abandonándose al comediante que llevaba dibujado en la cara. Mal que mal, las cosas habían cambiado alrededor. Y también en la pantalla. La copia de *La noche americana* era elocuente y lo decía todo: ahora apenas se dejaba ver en el pasapelículas mientras la realidad se invertía. Todo era mucho más simple de lo que él pretendía. *Mi nombre es Bobe*, anotó mentalmente en una ráfaga de crueldad. Dejó de pensar. Estaba extenuado. Enseguida se abandonó al sonido de la lluvia mientras pulsaba con fastidio el off del control.

>

Un apagado rumor de voces bajaba por las escaleras hacia la recepción del primer piso. Bobe escabulló el llamado a reunirse y vadeó la pequeña trinchera de aparatos de comunicación que Rayén disponía sobre dos mesas ajustadas en ángulo recto para sentirse protegida. Era una mujer joven, menuda, de ojos rasgados y negros tan bien colocados como el corte de pelo en cascada que caía hasta más debajo de sus hombros. A veces parecía un cono de chocolate amargo entallada en su uniforme de trabajo, sacando partido de la falda reglamentaria para realzar la injusticia de permanecer enjaulada durante ocho abnegadas horas de servicio. De hecho, en el entorno del primer piso, Rayén se sentía razonablemente asediada. El lugar tenía una circulación de cruce peligroso, de rotonda sin semáforos para quienes desembocaban desde las oficinas de los pisos superiores, emergían del sótano de diagramación, empujaban la puerta de calle con doble hoja que se abría sin aviso sobre la entrada, atravesaban el pasillo que conducía a la cocina o traqueteaban por el corredor lateral que terminaba en la trastienda de la redacción, donde se ubicaban los archivos de consulta y documentación. Todos los caminos llevaban a Rayén, y Rayén era la única residente estable de ese epicentro nervioso de la publicación. En consecuencia, había tomado ciertas medidas protocolares para no verse arrasada por las muy diversas demandas que llegaban hasta su puesto de vigilancia. Una máquina de fax, una central telefónica, un directo hacia la oficina de dirección, una fotocopidora, un ordenador de correspondencia, un estoque para clavar mensajes y varias cajas de contenido misterioso formaban su arsenal de batalla, dispuesto

de modo estratégico sobre las dos mesas como sacos de arena que inhibían cualquier asomo de insinuación.

—Si vas a fotocopiar, tienes que anotarte —recordó ella, interceptando a Bobe de pasada cuando se dirigía por el frío corredor en dirección a Documentación. Era la última medida de emergencia económica: responsabilizar a cada uno por los gastos en que incurría, de acuerdo a un elaborado sistema de créditos: de cien bonos a utilizar al mes, por ejemplo, el uso de las resmas de papel descontaba medio crédito por unidad. Los más onerosos eran los vales de transporte, que se hacían equivalentes al importe gastado y se acumulaban en caso de sobregiro. Cuando el gasto excedía el crédito, se ponderaba un cálculo a descontar en la planilla de sueldos. Rayén era la encargada de supervisar la medida en cuanto a los suntuarios y boletas de caja, y había asumido su rol con la gravedad de un comisario de hacienda pública para los fines de cobranza. Bobe se paró a su lado.

—¿Cuánto me queda?

Rayén revisó el cuaderno de cuentas, buscó la cuadrícula correspondiente y levantó los ojos con inapreciable buen humor:

—Estás sobrado de cariño —dijo—. Aprovecha y así acumulas para el mes siguiente.

—Qué optimista —dijo él, en tono resignado—. Anótame cinco.

Ella obedeció y marcó la instrucción en su cuaderno, disfrutando como si racionara el agua para una patrulla de la Legión Extranjera. En la oficina de documentación, Bobe encontró a Walter —a quien todos apodaban Wáter no por su carácter sino por pasarse las jornadas sentado leyendo los más diversos tratados enciclopédicos, sin atender urgencias ni motivos desesperados—. Walter o Wáter podía estar casi ciego y no distinguir una mosca de un murciélago volando a centímetros de sus gafas, pero era capaz de orientarse con precisión de alucinado entre los cientos y quizá miles de volúmenes amontonados en el estrecho recinto del archivo, entre estantes ya invisibles por efecto de la saturación y los pesados armatostes bibliotecológicos que se elevaban con triste monumentalidad sobre sus rieles, saturados e inamovibles por el peso que soportaban.

—Walter —dijo Bobe, y Walter levantó las gafas cuando lo vio entrar, sentado ante su libro gordo y con el gesto huraño de quien no desea ser importunado. No se levantó para saludar ni preguntó el motivo de la visita, pero sí cubrió diplomáticamente con la mano el tratado que tenía delante. Lo que fuera, Walter prefería no hacerlo; eso estaba claro. Bobe husmeó en la bodega y un tibio hedor a humedad y claustro lo retuvo, temeroso y cohibido ante la posibilidad de mostrarse demasiado invasivo. Siempre tenía la sensación de pedir favores a horas indebidas cuando incursionaba en el departamento de documentación.

—¿Buscas algo en particular? —oyó la voz de Walter a sus espaldas, con esa leve entonación foránea que lo delataba, y luego el perfil recto y huesudo surgió sobre su hombro derecho. Bobe resopló buscando aire. Visitar Documentación era una empresa semejante a la de bajar las cuevas de Altamira en busca de los primeros bisontes rituales, y el desaliento se impuso ante la

imposibilidad de acometer la tarea en solitario. Recordó a Garrafito y su prédica sobre la memoria perdida de las cosas, pero Walter interrumpió su pensamiento adelantando unos pasos en el frío de la bodega—: ¿Te puedo ayudar? —insistió.

Debía estar solicitando su día administrativo para mostrarse tan cordial. Bobe seguía en guardia, esperando el momento en que le soltaran una laucha en las narices para correrlo de allí, mientras seguía inspeccionando con la mirada los lomos de las encuadernaciones, las páginas empastadas de revistas y periódicos donde yacía el antiguo fervor.

—Busco una crónica que publiqué el año noventa —dijo al fin—. O quizá sea del noventa y uno.

—Ah, la mejor época —repuso Walter—. Están por aquí.

Dio media vuelta y se introdujo por un pasadizo anterior, entre columnas de viejos estantes que subían al cielo, agónicos y excedidos de carga.

—Cómo puedes saber dónde está cada palabra que se ha escrito en medio de este... —Bobe no encontraba el término preciso y seguía a su lazarillo sin despegarse de él, como si temiera quedar solo en un laberinto no más amplio que la sala de la covacha. Walter se volvió de golpe:

—De este cementerio sin cruces —dijo, acabando la frase—. ¿Era eso lo que querías decir?

—No precisamente —repuso él, disculpándose—. Pensaba en un zoológico.

—En un depósito de cadáveres —lo acosó Walter, con los ojos un poco salidos y las cejas protuberantes y peludas que al enarcarse exageraban su fenotipo eslavo.

—Vamos a ver ese artículo, Walter —pidió él—. Allá arriba me están esperando.

—¿Qué hay arriba? —preguntó, sin deshacer la presión del cuerpo inclinado sobre su huésped.

—Un motín —dijo Bobe—. ¿No te avisaron?

—No tenían para qué —sonrió con maléfica ironía y agregó, desviando la vista hacia los pisos superiores—: Lo sé todo; hace años que los escucho y hace meses que lo planean, por eso no me invitaron —y agregó, antes de volverse y enfilar hacia el fondo del pasadizo, bajo la ampollita cruda que colgaba del techo—: Ni cementerio ni zoológico, mi señor: éste es el libro de guardia. Documentación es el único libro que sigue despierto cuando los demás se van a dormir. Venga para acá, acompáñeme y le paso su crónica.

«... Seguiremos abriendo espacios para nuestros sueños y verdades, sin engañarnos a nosotros mismos ni mentir a nuestros lectores. Con ese espíritu hemos trabajado ayer, hoy y mañana. Lo hemos dado todo por informar, por ser auténticos y honestos, y creemos que el esfuerzo ha valido la pena, aun cuando...».

Un breve sobresalto interrumpió la lectura del mensaje y los oyentes quedaron en vilo, arrobados por la brusca emotividad que cortaba la voz de Necochea. No era su culpa. Miguel era un joven periodista de política que había sido encomendado para redactar y dar lectura a la

declaración pública que sería dada a conocer esa semana. Su nula experiencia en situaciones de hundimiento editorial, alimentada por cientos de historias míticas que habían llenado su pequeño cerebro, traicionaban la debida templanza. No le disgustaba el papel épico, y mantuvo el tipo heroico a pesar del lagrimón que acababa de soltar, parado en un extremo de la sala mientras sostenía el comunicado en las manos.

—Perdón —dijo, y un silencio monacal recorrió el espacio de la redacción atestado de fieles que atendían su sermón en el monte. Se diría que un obispo acababa de nacer. Necochea retomó aliento y con los ojos fijos en el papel que aferraba de un modo casi enfermizo siguió leyendo—: «Sabemos que el esfuerzo ha valido la pena, y ustedes, los lectores, son nuestros mejores testigos» —aquí soltó un emotivo suspiro, como quien ensaya un parlamento antes de presentarse en público. Luego prosiguió—: «Juntos hemos caminado un largo trecho; no ha sido fácil, y esta revista que se prepara para cumplir diez años de vida, les pertenece a ustedes tanto como a nosotros. Es nuestro derecho, y si lamentamos...».

Bobbe comenzaba a perder el hilo de la proclama, y dio un paso al costado para intentar llegar a la puerta. Se había incorporado tarde, después de pasar por Documentación y cuando ya Ovando había explicitado su reclamo por el retiro de su artículo en la edición de esa semana. Era la gota que colmaba el vaso, había dicho, coincidiendo en sus críticas con la asamblea reunida para analizar la crisis por la que atravesaban. Hubo más testimonios, muestras de pesar, y luego Miguel Necochea había tomado la palabra, dando lectura al comunicado redactado con anterioridad. Bobbe tenía dificultades para seguir su línea argumentativa. Su distracción no obedecía tanto al generoso recurso del plural con que Necochea adornaba su intervención como a la familiaridad con que utilizaba ciertas categorías demasiado tajantes y definitivas para un luchador de tan corta edad. Él también había sido así en su juventud, temerario y henchido como Miguel Necochea, pero no recordaba haber impostado la voz para defender un micrófono. Incómodo y sintiéndose en minoría, trató de buscar aire y se encontró con Garrafitá, que escuchaba atento, con las dos manos tomadas sobre su bajo vientre y la actitud de un escolar a la espera del recreo, contando los minutos junto a los demás. Intercambiaron guiños y, apretado entre sus colegas, Bobbe se dio tiempo para examinar a la concurrencia.

No faltaba nadie, a excepción de Rayén, Walter y el chofer, ausentes como siempre de las conspiraciones contra el director. Incluso divisó por allí a Floyd, cuya pista se había evaporado hacía meses y sólo reaparecía de forma tangencial, casi de incógnito, un poco como ahora entre el gentío formado por una cincuentena de personas, entre empleados, periodistas de planta, colaboradores, administrativos y representantes gremiales. La convocatoria hacía pensar en una solemne ceremonia para descubrir una placa de homenaje corporativo a la revista, cuando en realidad se trataba de arrastrarla por la plaza pública para exhibirla bajo la guillotina. Terminar con ella parecía lógico. Ya no servía a los propósitos de la libertad de expresión.

Se escucharon aplausos y alguien intervino para agradecer las sentidas palabras de Necochea.

Un representante del Chile que queremos, oyó decir Bobe, quien ya veía a Miguel dictando cátedra y viajando por el mundo con vales de Amnistía para hablar en los foros internacionales sobre las presiones de la mordaza. Pensó en cuántas cosas más se podían decir al respecto, cuántos cadáveres habitaban el libro de Walter en la bodega: su propia biografía no se explicaba sin los maltratos recibidos en su nombre, la famosa y célebre libertad de comunicar lo que el tiempo había invertido como en un juego de azar. Siguió con el oído las intervenciones de la asamblea, sin preocuparse de averiguar quién hablaba: «Exigimos un pronunciamiento claro de la dirección... La renuncia indeclinable de todos los firmantes... Una intervención inaceptable para nuestro oficio... Somos profesionales y tenemos la responsabilidad de... Entre nosotros hay colegas que olvidan su compromiso y deber ético...».

Las palabras traían vientos de ira y comenzó a sentir náuseas, un malestar en la base del estómago imposible de soslayar.

—Aquí existe gente que sólo viene a escuchar —soltó alguien que no alcanzaba a distinguir.

—Sí, ¡que digan a qué vinieron antes de ir a contar cuentos a la oficina de Rocha! —apoyó otro.

Pensó que las acusaciones se dirigían en contra de Garrafito, y trató de avanzar hacia la salida, incapaz de presenciar el espectáculo que se avecinaba. Moviéndose con dificultad entre las mesas y los computadores, fue apartando espaldas y pidiendo permiso con suaves empujones. Alguien llamó su atención:

—No te vayas tan rápido, Bobe —dijo la voz que había hablado primero—. Explícanos mejor por qué, por ejemplo, estás planeando ir a Madrid con el visto bueno de la dirección, en circunstancias de que ni siquiera hay plata para cancelar los sueldos atrasados...

La interpelación concentró el interés a su alrededor, y Bobe se detuvo, a medio camino entre Pacull y las chicas de diagramación que lo clavaban con la mirada. Una peste acababa de caer sobre él. Se volvió y de inmediato supo que había sido puesto en cuarentena al interior de un recinto herméticamente sellado, con una cinta sanitaria para evitar cualquier infección. Alzó la frente y en puntas de pie trató de distinguir a su acusador.

—Diles qué vas a hacer a España, Bobe —volvió a decir la misma voz hostil. Era Parraguez. Nunca se había mostrado particularmente amistoso y ahora lo apuntaba con el dedo desde el extremo opuesto de la sala, junto al joven Miguel. Pero ¿cómo podía estar enterado Parraguez de...?, pensó. La imagen de Rodríguez-Bueno estalló en su cara: por supuesto, debía ser a través suyo. No existía fuente policial mejor acreditada en toda la ciudad, y Parraguez sólo tenía agallas para pelear si estaba seguro de caer sentado en la jefatura de relaciones públicas de la Brigada tiempo después. Se preguntó con preocupación si sabría algo más.

—Ejemplos como éstos son los que nos han hecho perder fuerza —insistió Parraguez—. Yo quiero pedir un voto de censura para él. Aquí se está con el cuerpo de periodistas o con la dirección, que además ha demostrado ser obsecuente con los planteamientos del grupo Lévy, que son los responsables de la situación.

—¡Manejan esto como si fuera un clandestino! —chilló alguien.

Un coro de voces se elevó a continuación. Unos pedían no perder de vista el asunto del comunicado y otros exigían pasar a la ofensiva y gestionar la revista con sus propias manos. Ovando quiso poner orden e impuso silencio montado arriba de un escritorio para llamar la atención. A su lado, el Turco Saavedra propuso denunciar públicamente a quienes se negaban a firmar la declaración. El acuerdo fue adoptado por unanimidad, sin que nadie se opusiera de manera frontal. Ovando se volvió hacia Bobe.

—Tienes que decidirte: estás a favor o en contra —lanzó enseguida en medio de cierta expectación, y Bobe miró en torno como si no pudiera convencerse del clima histérico que poseía a la asamblea, convertida de pronto en un tribunal de brujas. Por fortuna se oían algunas risas dispersas y voces distraídas junto al ventanal, como un resquicio cómico al ambiente de furia y no enteramente real que planeaba sobre la sala. El grupo que festinaba se hizo notar y una réplica de amonestación surgió de inmediato.

—¡Traidor! ¡Judas! —oyó enseguida como un tarro lanzado desde el rincón.

—Dejen que hable —pidió una voz, acallando el murmullo.

Bobe desvió la vista buscando apoyo en Garrafita, que se mantenía mudo y paciente, sin despegar las manos tomadas sobre el regazo, algo cabizbajo y en actitud doliente como hacía cada vez que buscaba evitar el choque. El superhombre ante la multitud, se dijo Bobe, y lo consideró bajo una luz despiadada, desnudo y pusilánime en medio del oleaje que lo cubría.

—Acabo de ser censurado en nombre de la libre expresión —repuso al fin, burlón—. ¿Qué sentido tiene que me defiendan?

—Te están acusando de oportunismo —insistió Ovando.

—Ah, sí —una indisimulable ironía asomó en sus palabras—. Saltan fuera cuando el barco se hunde y me acusan de oportunismo. Pues no —y elevó la voz para que todos, y no sólo Ovando, a quien parecía dirigirse hasta ese minuto, lo escucharan—, yo no me voy a sumar. Si quieren libertad de opinar, eso significa que también me puedo callar —agregó desafiante.

—Explicanos por qué vas a España —lo increpó Parraguez desde el tumulto. Ladraba como un perro amarrado al árbol—. ¿Por qué Rocha deja que viajes para allá?

—Tú eres el periodista, averígualo —replicó él sin poder contenerse—. Todos ustedes son periodistas, así que averígüenlo, vayan a trabajar en vez de estar firmando sus propios retratos para salir bien parados en los diarios —abrió los brazos, dejándose odiar, admitiendo casi su falta ante la encerrona de Parraguez. Sintió el calor de la sangre que subía y sin poder contenerse hizo una bocina con las manos tomadas para provocar—: Cagones, acúsenme ya que no saben informar —gritó, y antes de que alcanzara a bajar la cabeza y escabullirse, una andanada de insultos y manotazos espontáneos cayó sobre él. Lo empujaron, trastabilló y el grupo comenzó a moverse batiendo palmas y voceando hacia la salida en un caos pletórico de protestas y bullicio animal. Curioso: así terminaban sus años de soldado a las órdenes del ejército de la libre

expresión. Toda una vida de mierda, desde los tiempos de recluta cultural a los de capitán en la farándula local.

—Vamos a hablar con Rocha —gritó alguien (¿Parraguez de nuevo? ¿El joven Miguel?), y otras voces surgieron dándose ánimos para avanzar, mientras él ya no distinguía burlas de ofensas y salía expulsado hacia la puerta, sacudido por la presión del pequeño montón caliente que comenzaba a llenar el pasillo con aplausos rítmicos y amenazadores.

—Acompáñanos —le dijo Ovando, que se había pegado contra él—. No te creo a ti ni a Parraguez, pero igual esto se acabó. Hundamos el bote de una vez.

—Espera a que te echen, huevón —replicó Bobe, resistiendo el sofocante zamarreo con el cuello levantado para poder hablar—. Al menos así cobras la indemnización.

Ovando apenas lo escuchó, arrastrado por la corriente que empujaba al grupo en un arranque de entusiasmo final. Los últimos en salir de la sala lo miraron feo y pasaron delante sin apurarse, como buscando cosas botadas en la moqueta después de una trifulca. Bobe se quedó quieto, adivinando la gradual inseguridad que ya empezaba a producirse conforme la asamblea alcanzaba su objetivo. Pensó que Rocha saldría a abrirles la puerta con una taza de té humeante en la mano, y el desconcierto sería la primera moneda de cambio para sentarse a negociar.

Apoyó el cuerpo contra la baranda que hacía de mirador hacia la planta del primer piso y distinguió a Rayén con el directo levantado a la altura de su oreja. Su severa belleza de azafata asentía y luego se ponía en guardia, de pie junto a los aparatos de mensajería. La dirección ordenaba vituallas para controlar la estampida. Encerrado en la oficina del tercer piso, Rocha no estaba ofendido ni desilusionado con lo ocurrido. Había encontrado por fin un método libre de los impuestos de la culpa para seleccionar a los que se quedarían.

—Es aquí —dijo Lara.

Estaban en una callecita de tierra y polvo, más al sur de la periferia, y ella hizo un gesto con la mano para que él apagara las luces del Chevette. Bobe obedeció sin dejar de observar a través del parabrisas la pequeña edificación levantada hacia el cielo en medio de la desolación del lugar. Habían llegado hasta allí como punto final a la larga conversación iniciada en el bar, casi un interrogatorio para Lara y una obligación para Bobe, quien ahora quería saberlo todo antes de adoptar una determinación: quiénes estaban noticiados de que viajaría a Madrid, las gentes con las que Lara solía hablar de Daniela, si existía alguien más que estuviera al tanto de lo que escondía. El último incidente en la revista lo había alertado y necesitaba garantizar la información que llevaría. Su insistencia terminó por rendirla y, agobiada, en un momento Lara dejó el vaso a un lado de la mesa y le pidió que se levantaran para ir juntos a conocer la tumba que hablaría por Daniela. El confesor oficiaba en el otro extremo de la ciudad, y en el trayecto Lara abundó en el tipo de relación que mantenían.

—Se llama Antonio —tuvo necesidad de decir ella cuando se detuvieron frente a la precaria construcción de adobe y ladrillos, con tres hileras de escalinatas desniveladas por las salpicaduras de cemento.

En las cercanías ladraban los perros y cada tanto pasaba uno que otro grupo de pobladores apretado bajo los postes, soltando bromas y observando de refilón hacia la cabina antes de perderse por los pasajes y la basura.

—¿Se conocen bien?

—De toda la vida —dijo Lara sin énfasis—. Si un día ella se te pierde, búscala acá.

El aprobó sin soltar las manos del volante mientras husmeaba con la vista hacia el exterior de la parroquia. La fachada era miserable como el aire de la noche, y alrededor el viento levantaba bocanadas hediondas de sudor y fatiga. Cerró la inspección con un movimiento del cuello hasta capturar la cruz algo chueca y el frontis superior de la nave que se alzaba en diagonal, casi inclinada sobre el Chevette.

—No parece una iglesia —dijo.

—Tampoco él parece un cura.

—¿Ya te lo llevaste a la cama?

—Cómo eres, Bobe, te estoy contando un milagro y me sales con el santo.

—Será porque nunca aprendí a rezar.

—Ya llegará tu hora, hombre de poca fe.

—Lo dudo —replicó él con aire filosófico—. Dios es un mecanismo de compensación.

Lara soltó una risa saltarina como cola de lagartija recién amputada. Se llevó las manos a la cara y las bajó alisando el cuello blanco y espigado sobre el suéter negro que le marcaba los hombros. Bobe también se rió. Avanzó el cuerpo y un cigarrillo se fijó en su boca como un insecto en el interior de la cabina.

—¿También es tu confesor, entonces?

—No exactamente.

—Un guía espiritual.

—Más bien un buen amigo.

—Qué dirían tus padres —dijo él en tono de burla o provocación—: comunistas de toda la vida con una hija arrodillada ante el Señor.

—Envidiarían mi suerte —replicó ella, y agregó, solemne—: Envidiarían al Cristo que recoge mi pasión.

—Yo sé cuál es tu pasión —agregó él, y hubo una pausa que no alcanzó a molestar.

Exageraba sus celos, por supuesto, y bajó el vidrio para echar el humo de su lado. Fuera, un cable de ampollitas crudas se bamboleaba iluminando la fachada del recinto con sus pastelones irregulares y el portón salpicado con manchas de pintura y graffitis ilegibles.

—No te pido que lo entiendas —divagó Lara—, pero a través de él entendí *mi* momento, ¿te

das cuenta? Fue como haber conectado con el otro lado.

—Y él te ayudó a conectar.

—Sí, me mostró un camino.

—Ándate despacio —aconsejó Bobe—; la muerte empieza en la religión.

Lara evitó responderle y quedaron un rato callados y pensativos, mirando hacia izquierda y derecha la inquietante placidez de las casas que colindaban con la parroquia, dispuestas de modo irregular como si alguien distinto cada vez las hubiera escupido hasta formar la calle, el barrio, un símil de continuidad con la ciudad.

—Está naciendo una monja —dijo él.

—A mí no me mires.

—Debe ser el espíritu de Antonio que nos acoge.

—Ya te dije que no tengo nada que ver.

—Aclárame una sola duda enorme que me sigue molestando —dijo Bobe, y una pizca de malhumor asomó en la pregunta que no deseaba hacer—: ¿Quién fue la que acompañó a Moyle esa última noche al Hotel Carrera?

—La santa o la puta —dijo ella—. Te inquieta eso.

—Exacto —agregó él, apenas.

—¿Por qué no ambas a la vez? —Lara miró al frente y una seriedad fatal endureció su perfil—. De todas maneras, por si te sirve de consuelo, todas las mujeres nos portamos mal cuando nos invitan a un hotel.

—¿Ése era el menú del gringo?

—Créele a tu amiga.

—Ángela y Nicole —murmuró él.

—Es lo que había.

—Supongo que sí.

—...

—Y después se fueron.

—Ahá.

—¿Ninguna de las dos volvió?

—Que yo sepa... —Lara titubeó, incómoda—. En todo caso, nadie se fijó.

—Todavía me falta una mujer.

—¿Cuál?

—La que se encerró con Moyle en el cuarto.

—Quién te dijo que fue una mujer.

Él se volvió, sorprendido.

—Era una fiesta donde corría mucho talco, Bobe; anda tú a saber lo que había debajo de cada botella esa noche —Lara tomó el cigarrillo de sus dedos y piteó intensamente una calada. Vaciló

un instante mientras el humo trepaba fuera de su boca como por un pequeño ducto de ventilación —. Si te inquieta tanto el reparto, ven tú mismo un día a la parroquia y pídele al cura su versión. Antonio sabe quién eres y no te va a negar un poco de reciprocidad. Conoce detalles que no se pueden publicar, a lo más escuchar.

—La tercera oreja —masculló Bobe.

—Tú insististe en venir —dijo ella.

—Claro.

—Es lo que querías, ¿no?

Bobe confirmó con un leve movimiento de cabeza. Se sentía ocioso y algo ridículo con la verdad, como si lo viera todo claro desde un interior que seguía siendo opaco mirado desde fuera. O quizás estaba decepcionado, después de haber presionado a Lara con la inútil promesa de un pacto que nadie podría romper. Ella era su guía para orientarse en esa noche improbable, y los hechos se lo confirmaban. Mil veces había puesto su desconfianza en evidencia precisamente por esa razón, para no entorpecer el goce ciego y pensando en ampliar la licencia de la que ya gozaba. Al revés de lo que había creído, sin embargo, ahora se daba cuenta de que la sinceridad lo debilitaba.

—¿Dónde te quedaste?

—Pensaba en Barry White —dijo él—. Toda la culpa es suya.

—Música para calentones —parodió ella.

—¿Se te ocurre algo que podamos hacer?

—Sí, pero no pongas esa cara —lo amonestó. Sonreía de manera incorregible—. Tan mal no lo pasas acostándote con las dos a la vez.

Bobe acercó una mano y acarició sus muslos arañando amistosamente el vestido con los dedos, sin exagerar la intención, agradecido del remanso de complicidad que ponía fin a las sospechas. A pesar de todo, la aclaración de ella había sido nítida y un flujo de renovado calor lo cubrió cuando Lara echó la cabeza atrás, mientras el cuello limpio y despejado quedaba flotando como un mástil en la cima, picada por un insecto lujurioso que hinchaba sus tetas al asomarse bajo las lanas y el abrigo. Alzó la cintura y Bobe la rodeó con los brazos, ayudándola a moverse de un asiento a otro hasta dejarla sentada sobre sus rodillas, vuelta de espaldas y con la frente apoyada sobre el volante. Buscó su piel bajo las ropas, con dificultad, como si el esfuerzo de atraerla entorpeciera su decisión. De golpe se detuvo y ella quedó tiesa también, sentada sobre sus piernas y con los brazos rígidos. Una sombra torcía el curso recurrente de sus caricias. Lara levantó la cabeza y dejó escapar un suspiro contra el vidrio. Preguntó si debía salirse y él negó, acariciando el largo de su columna sin apuro, a medias consciente de que la escena podía interpretarse de muchas maneras mientras apoyaba una mejilla sobre sus espaldas para calmar el equívoco. No era fácil decir si estaban cómodos (lo estaban) pero ahora ambos parecían una sola figura obesa y algo deforme dentro de la cabina, inmóviles en la noche mientras permanecían largos segundos en

posición vigilante, él dejando caer todo su anhelo desvanecido y ella de perfil con el rostro iluminado por las tenues farolas de la calle, sin hablar y asombrados de la quietud que los cubría, recogiendo de sus cuerpos sólo un eco asexual de ropas y ternuras.

Un sobresalto lo sacudió y ella se alarmó.

—¿Pasa algo? —dijo.

Bobe negó en silencio mientras atisbaba en un rincón de su mente el cuadro que formaba junto a Lara, como si otro distinto a él pasara por la calle y fijara su atención en aquella pareja de amantes irresueltos bajo las luminarias miserables, aislada de la parroquia y la basura que el viento levantaba en torno a la maltrecha cabina del Chevette. Un abrazo compungido, quebradizo, desaliñado, y que una borrosa imagen de *La noche americana* alumbró de golpe al interponerse en medio del desaliento. De modo que éste era el problema, pensó: el crimen de Moyle vivía enquistado en su deseo. Por eso la huida ordenaba sus encuentros y él acababa con la sensación de una falta anónima y sin sujeto en el estrago del sexo, una discontinuidad que lo convocaba y acto seguido lo expulsaba hasta la siguiente cita. Siempre acudía prevenido y sabiendo que toda la tensión que cargaba encima remitía a esos vínculos imprecisos, pero no avanzaba más allá y sólo rescataba acercamientos, transiciones, chispazos de turbia languidez para contemplar desde fuera cuando estaba con ellas dos. Jamás las alcanzaría pero tampoco se soltaría, pensó, y de pronto tuvo el violento impulso de volver a sumergirse en la ignorancia de esa belleza que formaban juntos.

—Se está haciendo tarde —dijo Bobe.

—¿Quieres que volvamos?

—Me parece que sí.

Deshizo el abrazo y ella brincó a un lado. Reacomodó el cuerpo al interior de la cabina y él resintió el vacío que dejaba su cintura al cambiar de asiento. Echó a andar el motor con gesto parsimonioso y el Chevette comenzó a alejarse despacio, cruzando las calles rotas y empolvadas. Iban en silencio, llenando las cuadras vacías con el sonido del escape, hasta que el auto dejó atrás la población y entroncó con una avenida larga y angosta que se prolongaba entre el descampado y los postes del tendido urbano.

—Vamos muy callados —dijo ella.

Era una constatación fría, sin adorno posible, como si viajaran desnudos en medio de una transparencia de pronto intolerable.

Un reproche piadoso, de puro orgullo irlandés, se elevó en el reproductor e intensificó la penumbra de la sala con un deje melodramático. Era el tema apropiado para ir a reunirse con ellas, pero Bobe siguió sentado en la alfombra con un cojín sobre el cual apoyar las espaldas contra el muro, siguiendo sin demasiado interés el movimiento de sombras que la luz del pasillo

recogía y recostaba sobre el piso gracias a que la puerta de la pieza había quedado abierta. El cansancio se le repetía en el cuerpo. Observó a su alrededor los vasos y las botellas de ron y cerveza a medio vaciar, como velas flotando en un crepúsculo, y antes de incorporarse apartó con cierto hastío el cenicero acunado en su vientre.

Remember what I told you, gimió a su lado la voz de Sinead O'Connor con su timbre enervado, seguida por un compás bajo, insinuante: *If they hated me they will hate you*. Sí, claro que sí, imaginó que replicaba mientras se ponía en pie y cruzaba la salita en dirección a la pieza. No tardaría nada en acoplarse y cubrirlas con un manto agradecido si se lo proponía. Apenas entraron a la covacha habían comenzado a fumar y beber con Daniela, que llegaba también a esa hora, enfundada en un vestido rojo que la hacía ver palpitante y extraña, como si no le importara estar allí o en otro lugar cualquiera. Se espionaron entre risas y bromeando, tendiendo líneas, ángulos, acuerdos por ratificar, hasta que sin saber cómo pero sabiendo exactamente para qué, la luz bajó y desplazó el centro de atención hacia la sala, donde acomodaron botellas y vasos, bailaron, jugaron a desconocerse y una música de persianas caídas apuró los besos entre mimos y vaivenes, aflojando las bocas que se abrían, lujosas, mientras Bobe se apartaba, evitaba importunarlas y hacía el menor ruido posible antes de ir a zambullirse él también en la gloria.

Pero ahora, sin embargo, la situación no prosperaba como debía. Una sequedad de carne mutilada le impedía agregarse y dividirse en la turbación de los cuerpos que se alejaban enlazados. Permaneció quieto y dejó que el ron supliera su falta de entusiasmo. Por un momento pensó que el misterio había acabado. Ésta era su noche americana, y a su cabeza acudieron imágenes usadas, nombres posibles para intercambiar en la cama, vistazos de lo encontraría apenas se pusiera en movimiento con el afán erguido como un dedo que apuntaba en la oscuridad. En vez de eso levantó la cabeza y oyó murmullos que venían de la pieza, requiebros que se corporeizaban en una mancha confusa al estirar sus sombras sobre el piso. La balada continuaba rodando a su lado, lenta y rabiosa, resumiendo cosas sobre las cuales no deseaba pensar. Alcanzó a modular algunas palabras mientras oía cantar: *These are dangerous days / to say what you feel is to dig your own grave*. También en Londres se quejaban. De pronto la sombra extendida sobre el piso dejó de crujir y, ya de pie, Bobe pulsó el reproductor para despedir el altivo alegato contra la dama de hierro.

Cruzó el cono de luz y avanzó un brazo hasta palpar el interruptor. En la habitación un bulto como un tronco de abedul desvanecido, blanco y poroso, alumbraba la cama. Se acercó y reparó en que había dejado pasar más tiempo del que creía, porque una somnolencia imperturbable flotaba en el desorden de las sábanas, con ramalazos de pelo revuelto tiñendo las almohadas. Ambas estaban como rendidas y una pierna había montado sobre el vientre de la otra, anclándolas al sueño. Adelantó unos pasos con dificultad, como buscando a tientas una salida en el aire ácido que lo envolvía todo en una suave borrachera. De los sexos escapaba un vago olor a limón, o a eso le supo la quietud en que yacían. Se desvistió a medias y, sentado sobre un borde de

la cama, observó la escena dormida como si fijara su sitio en ella o decidiera esperar. A qué tiempo y lugar se remontaba esa pasión de mujeres era algo que no tenía ya intención de averiguar; le bastaba con saber que Lara podía ir de un sexo a otro sin sujetarse a ninguno, o advertir como ahora, después de escucharla en el Chevette, que en esa insaciable búsqueda ella misma se había descubierto seduciendo a Daniela. Todo podía pensarse, pero había llegado a un punto en que él quedaba fuera y estaba como atorado por la evidencia, sin margen para plegarse a ese remedo de armonía ni menos incorporarse al hechizo que le ofrecían.

Levantó la vista. Un reflejo del patio exterior se colaba por la ventana e invadía la penumbra, lustrando esquivamente la piel de Daniela con motes de pelusa y un betún de luz brillante. Recordó haber leído alguna vez una frase sobre el cuerpo que lo puede todo, o sobre la indefensión ante un cuerpo que se hace inabarcable mientras más se cree conocerlo. Un cuerpo que se hunde y escapa, se hace infinito en el recorrido y deja al sabio en la ignorancia, perdido en minúsculos precipicios y enormes desiertos de arena fina y umbrosa pegada al sudor de recogerlo. Era su caso, porque ahora el esfuerzo le sonaba inútil, tanto como la angustia o el placer con que recorría embobado la postura exhausta que ella mantenía bajo la presión de Lara, con el vientre aplastado bajo su pierna y la cadera ligeramente curva, como un mirador de pistas y juegos nocturnos levantado sobre un campo rasante. Consumida, su mirada topó de golpe con el vestido carmesí de Daniela, ligero y recortado por un cierre que corría desde las espaldas hasta más abajo del talle de la cintura para dejarlo caer sin dificultad.

Estaba tirado a un costado, desmayado sobre el piso, y al recogerlo entre los dedos pensó nuevamente en el erotismo como la única ficción verdadera. Una envoltura vacía y deliciosa al tacto, que la tela acogía insinuando otra figura cualquiera. La imagen de una tercera mujer que interpretaba varios roles a la vez, o de un hombre que era él mismo travestido para un crimen, volvió a sacudir la sensación de abandono en que se debatía. Extendió el vestido en silencio, como una forma secreta que le quemaba las manos, sosteniendo los brazos hacia delante para apreciarlo mejor. Sintió un vértigo extraño en las puntas de los dedos mientras adhería los hilos e inspeccionaba la prenda, y acarició la grotesca idea de deslizarse entre los pliegues para transformarse en algo distinto, un monstruo hermafrodita que saliera por las noches a recorrer las calles y coleccionar orgías que nunca verían la luz del día. Evolucionar hacia el otro sexo. Sólo así saldría del atolladero; incorporándose y suplantando el miedo con exageración y locura, acompañándolas a trajinar las esquinas si era necesario y llevando la simulación al extremo de lo que no era. Sintió el asedio de una picazón que subía y lo empujaba con aliento tembloroso. Lejos del obstinado silencio que había mantenido hasta entonces para proteger a Daniela y vigilarse a sí mismo, el auténtico arte de callar estaba allí, entre sus manos, y lo llamaba. Una fuerza insolente corrió por sus venas. Volvería a mover montañas y cruzar océanos si se lo proponía. Era libre de elegir. Travestido, el cuerpo se anulaba y quedaba neutralizado, pero la voluntad recuperaba el mando para ofrecerlo a la inmensidad de ya no ser, como si su falta de lugar encontrara sitio en

otra piel capaz de arrostrar el crimen y la amenaza. Dejó de pensar y el grotesco ciñó su cuerpo de rojo furioso. Se levantó con un brusco espanto, agobiado por las posibilidades que veía abrirse ante él, y una nueva ola de misterio lo cubrió por entero cuando fue a mirarse al baño. Temblaba ante la figura del hermafrodita vestido con una erección indomable.

—Vas a matar, Brigitte —le dijo Lara apareciendo por detrás, sorprendida y con los ojos de golpe muy abiertos bajo la luz chata, de botiquín.

LA QUINTA CRÓNICA

París, 1996

1

Una noche que no quisiera repetir, telefonearon de Chile para decirme que Lara había muerto en un accidente de auto. La noticia acabó con mi prudencia. Yo no estaba en la Rue Moscou, pero dejaron un recado urgente y apenas me avisaron marqué el número y devolví la llamada a Santiago. Atendió Bobe y no recuerdo las palabras exactas que utilizó, pero fueron breves y claras. Sin entrar en pormenores, dijo algo así como «no hay nada que hacer», o «después hablamos», pero no volvió a comunicarse hasta meses después, y esto para informar que vendría a París y necesitaba alojamiento por un par de días. Esta vez no voy solo, aclaró. Te espero, le dije. No hay problema, tengo otro lugar. Yo hablaba en singular, y admito que fui al aeropuerto el día de su llegada pensando en encontrarla.

La actual era la tercera visita de Bobe a París. Él venía todo el tiempo o ésa era la impresión con que yo lo recibía. La primera vez debió ocurrir cinco o seis años antes, a mediados del 92 probablemente, porque cuando regresó a fines del año siguiente o comienzos del 94, si mal no recuerdo, las cosas empezaban a cambiar y él ya no volvió a quedarse con nosotros en el departamento de la Rue Moscou. En aquella segunda oportunidad con Carla no podíamos ni queríamos ofrecerle la pieza del altillo, y tampoco Bobe la solicitó. Quizá guardaba un mal recuerdo de la primera vez y no se iba a exponer, aunque para entonces los que estábamos en el alambre, como se dice en buen chileno, éramos Carla y yo.

En el alambre: la expresión me encanta. ¿Cómo podría traducirla? *Au fil*, pero denota algo diferente, como quien cuenta los segundos en el teléfono para que le presten atención. Nada que ver con la ansiedad de estar realmente en el alambre. *Être sur le point?* Menos. Estar en el alambre podía asociarse más bien con ese erizamiento maniaco que había soportado Bobe el 92, o con el estado de alerta interna en el que habíamos convivido con Carla cuando nos visitó de pasada tiempo después, como quien no quiere la cosa, o incluso con el paseo por las nubes que me mantenía ahora en suspenso, esperando que el avión aterrizara y ambos descendieran hacia el Accueil del aeropuerto como una parejita de huérfanos que se presenta ante el padre fugitivo pero bien dispuesto a recibirlos en su doble vida en París. Yo era el viudo legítimo. La noticia de Lara me imponía interpretar el papel de su muerte.

Sí; *se tenir à un fil* parece mucho mejor, más adecuado a las circunstancias. Al menos da una idea clara de la fragilidad del ser-en-el-alambre, que es donde siempre he estado yo en el fondo, según me parece hoy. *Voyage au bout du fil*, tendría que titular entonces esta parte de la historia si la contara en francés. Podría iniciarla cinco o seis años atrás, como dije, cuando Bobe llegó por primera vez a la Rue Moscou. O bien abrir un túnel en el tiempo hacia el primer encuentro en la facultad, cuando él me llamó Pablo Mármol por mis iniciales y yo lo apodé Brigitte Bardot por las suyas y comenzamos a ser tan buenos amigos como malos conspiradores, hasta salir rengueando de Santiago al DF donde todo eso y mucho más definitivamente se quebró. Pero es absurdo; ninguna urgencia arranca de tan lejos, y ahora yo sólo esperaba ver aparecer a Bobe con su compañera de viaje cuando me sorprendió atravesando el hall central. Tendría que haber adivinado su escamoteo entre el gentío que circulaba a través de las mamparas, pero me rehice de inmediato apenas él puso una mano en mi hombro. Nos abrazamos con vigor y enseguida giré hacia ella.

—Yo soy Marfán —dije, y extendí la mano como si saliera de un espejo para ofrecer, intacta sobre las losas de Inmigración, una imagen antigua que esperaba entre el bullicio del recinto antes de empezar a hablar—. Pablo Marfán —confirmé para su seguridad.

Ella devolvió el saludo y se soltó con una amabilidad distante (Hola, soy Daniela, debió haber dicho en el acto, pero no lo hizo y en cambio esbozó una leve sonrisa de apuro que admitía ser la misma mujer que se sostenía en mi recuerdo), sin despegarse de la adolescente parada a su lado entre enervada y somnolienta, mientras Bobe cargaba las maletas y se quedaba esperando que yo marcara la ruta a seguir. Permanecí unos segundos estupidizado, como si no acabaran de llegar y fuera necesario repetir el procedimiento, pero al verlos allí expectantes tomé los bultos que quedaban en el piso y adelanté al grupo.

—Pasajeros en tránsito, síganme —agregué en tono menos jovial que burlón, develando la menguada costumbre de recoger chilenos en París. Ya era hora de cambiar mi carta de presentación, pensé, dejándome llevar en silencio por la manguera mecánica que atravesaba el recinto, apartado de la cerrada intimidad de mis huéspedes que permanecían rezagados varios metros más atrás. Podría haber tomado a mal esa distancia protocolar, pero me contuve. Quizá desconfían porque en verdad yo ya no soy Marfán, recapacité, sino el doble que quedó en el espejo cinco o seis años atrás, cuando Bobe vino por primera vez a París y me dejó su desvarío como quien entra al baño y sale satisfecho y libre ante la imagen que lo capturó. Hace cinco o seis años, en efecto, él era el oscuro sosías que ahora soy yo, pensé.

Los carteles de orientación cortaron mi línea interpretativa en medio de una ligera ansiedad laberíntica. Me prometí interrogarlo sin pudor durante el trayecto, pero luego, cuando alcanzamos los estacionamientos y conduje en dirección al periférico, sólo recibí respuestas vagas y desgastadas.

—Hablemos más tarde —dijo Bobe a mi lado.

—Tengo unos amigos invitados a comer —advertí, observando por el retrovisor a la jovencita que recostaba la cabeza en las faldas de su madre.

—Allí nos acomodamos —echó la cabeza hacia atrás, reduciendo al mínimo la información—. Somos gente de paz.

Horas después, los tres se instalaban en el piso superior de Elizabeth, que aceptó recibirlos en su departamento con la garantía de verlos partir en un par de días. Yo había empeñado mi palabra de que nadie se quedaría más allá del tiempo acordado.

2

No existiríamos sin París. Ni ellos ni nosotros. Era lo que yo pensaba, aun cuando la ciudad nos desplazara a una banlieu para reunirnos. Estaba allí sentado en la terraza de Elizabeth y era como si viera un carrusel dando vueltas con las figuras de palo cabalgando en redondo sobre el sube y baja de una música infantil. El falso movimiento en vaivén me impedía fijar sus rasgos en el ancho espacio de la anacronía. El tiempo falseaba mi duelo, lo exacerbaba con la distancia, y calculé los años transcurridos sin esmero ni precisión, libre por un momento de seguir con los ojos a la mujer. Ella andaba por los veintitrés, a lo más veinticinco aunque se viera mayor, y una aritmética simple me sacudió de la silla con una gota de impudor. Me paré y fui en busca de cualquier objeto útil para disfrazar la envidia. En el peor de los casos tendría diecinueve o veinte cuando él la conoció. Apostaría en cambio a que Lara la trató por primera vez siendo una menor de edad. Volví a la mesa con una herramienta apropiada al filete que humeaba bajo mis cálculos y retomé mi puesto junto a la asadera del patio.

—Al fin te encuentro, mi amor —dije en tono alusivo.

Alrededor hubo un pequeño hiato de sorpresa o vacilación colectiva en el que nadie dio crédito a mi romance con la navaja japonesa. Miré a Bobe, pero tampoco él celebró la ocurrencia, y en cambio inclinó los hombros y comentó algo al oído de Daniela, que sonrió como una ola inquieta, la palidez de la cara dominada de súbito por un estallido de perlas que revoloteaban en su boca al escucharlo secretar.

No insistí. Merecía, sin embargo, algo más de ellos dos. Me había hecho a la idea de una intimidad inmediata, la confianza sin barreras que una dupla como aquella le debe al autor que todo lo sabe sobre sus personajes, pero apenas los recogí en el aeropuerto y luego en el camino a la casa fui reconociendo mi lugar en esa frágil recepción que les ofrecía. Quizá consideraban incómodo que yo pudiera juzgarlos, algo que estaba lejos de intentar siquiera. Aun así, conforme avanzaba la jornada y llegaban los amigos para conocer a los recién llegados, me fui convenciendo de que entre nosotros no había complicidad ni mucho menos, y que esa austeridad manifestada en el trato era una forma de separar el antes del después, el hoy del ayer. Me resigné a

pensar que en rigor no compartíamos sino un luto y un secreto distinto cada vez. Levanté la copa y procuré olvidar. Había calculado mal, sencillamente. Ninguno de mis finales soñados calzaba con esa breve y pasajera recepción en un barrio fronterizo al periférico.

Alguien pidió la ensaladera y extendió el brazo para coger la botella. Otras voces zumbaron alrededor, supliendo el recato de los huéspedes con risas y reclamos por las mezquinas porciones que el Mono Muñoz iba dejando caer sobre la mesa. La voracidad doméstica igualó a los comensales y nos fuimos deslizado hacia allá con la reconfortante seguridad de no tener que comparar nuestro gueto con la jungla que tapaba a Bobe y Daniela. Animales de luz, pensé: ellos acorralados por sus errores y nosotros por la costumbre. El plural cubría mi sorna ahora que la expectativa estaba rota. Eran sólo una pareja de paso como tantas en París. Ante ellos no cabía levantar sospechas. A lo más, contagiarles algo de mi asombro; imponerles la débil acusación de que el caso Moyle terminara diluyéndose con la anunciada separación en Madrid.

Corrijo: es posible que para ellos sí existiera un desenlace distinto, o que ese final ignorado por mí ocurriera inmediatamente después del crimen en el hotel, cuando el diablo cargó las armas que iban de contrabando a Croacia, o luego, cuando sacaron el cadáver del coronel Huber del lecho del río. No lo descarto: para Bobe los tres sucesos adquirieron desde el comienzo un solo significado, o así al menos lo dio a entender en los cuatro artículos que publicó y firmó con sus iniciales, BB, como si de este modo y por medio de una seña personal buscara asegurar el vínculo que sólo unos pocos lectores habrían de notar. Después reparé que BB era una fórmula de mimetizar su trabajo periodístico con un entorno hostil. Se movía en territorio enemigo, pero en su momento apenas lo advertí, seguro de hacer frente a una comedia de verdades equivocadas, un chisme nacional que Bobe me endosó en un momento de hartazgo como si ya no le perteneciera a él sino a mí, su anfitrión chileno por excelencia. Si luego toda su historia giró en torno al escándalo de las armas —y así es como la cuento por otra parte— fue sólo porque París nunca ha quedado tan lejos de la pólvora como se cree.

Del caso en cuestión, de sus variaciones paranoicas y descabellados saltos de calendario, me fui responsabilizando sin apenas darme cuenta, un poco porque era él quien traía la información fresca y otro tanto porque así lo exigía el reparto (mal que mal durante todo ese tiempo yo aún vivía en tierra firme con Carla, y me limitaba a escucharlo y tranquilizarlo como el primer día que se dejó caer en la Rue Moscou), burlándome en silencio de que el asunto tomara para él ineludibles tintes autobiográficos. Acaso esto último era un modo de suplir su falta de fe. Lo digo pensando en aquellos años de perro, cuando al finalizar nuestra temporada en el infierno BB tomó la decisión de seguir en Chile y yo de volar fuera. Es cierto que Lara me siguió durante un tiempo, pero aun cuando yo tuviera una golondrina en el jardín sabía que el verano no llegaría. Habíamos roto la frontera aspiracional a la que nos empujaban nuestros padres, y la suma simple era una apariencia que no cuadraba con el tamaño de nuestros desvaríos. Puede ser que con el tiempo este hecho decidiera a Bobe a crearse un objetivo, y con el objetivo la ilusión de ser un objeto de

interés para terceros, algo que en sí mismo encerraba particularidades de significado colectivo y era capaz de conservarse intacto como un fósil privilegiado del siglo veinte. Todo su afán profesional podía ser visto entonces como un sucedáneo del heroísmo malogrado, pero la prueba final de su valor estaba allí, en la bienvenida que le ofrecíamos con los amigos. Nos habíamos reunido en su nombre, si se puede decir, y ahora nadie podía quejarse de no haber visto un milagro descender por los cielos de París. Ese tipo de cosas no sucedía más que en los estantes latinoamericanos del FNAC. Remedios la Bella bajaba de su ascenso tropical convertida en una puta.

—Por ustedes —dije, dibujando con la copa en alto el prodigio del momento—. Tenerlos aquí es como una novela perfecta.

—Querrás decir bastarda —observó el Mono Muñoz con enojo y mala educación, saliendo al paso de mi comentario mientras atizaba el fuego en la asadera, de pie y protegido bajo las ramas de un naranjo ceniciento. Lo dijo mirando a los invitados, pero Bobe alzó su vaso en silencio y dejó que el otro se gastara en explicaciones—. Digo bastarda porque una novela perfecta no necesita de la realidad, se basta a sí misma con lo que imagina —continuó Muñoz, excusándose, incapaz de apartar los ojos de Daniela.

Una blusa ceñida de color claro, cortada en redondo sobre el cuello, acentuaba la juvenil solidez de sus pechos, rematados por sendos botones que parecían bostezar a sus anchas en la falta de sostén. Sin dejarse intimidar por el grupo, Daniela se levantó a ayudar y observé el cuerpo fresco y entallado, insinuado por la falda que bajaba a media pierna y se recogía sobre las rodillas desnudas. Era inquietante esa adherencia del vestido negro y ligero alrededor de los muslos, como si fuera posible arrancarle la falda con sólo planear una mano sobre el nylon de la tela. Luego volvió a su puesto. Sentada, con los pies descalzos y los talones recogidos contra el borde de la silla, mantenía un aire de informalidad que mareaba.

—Para que algo sea perfecto debe ser real —intervine, queriendo halagar el gusto de Bobe.

—Touché —admitió el Mono con el atizador en las manos, cubierto por el humo del fogón, todavía inamistoso y pensando en esa historia de persecuciones y crímenes de la que había oído hablar indirectamente y a tropezones, como un recitado incongruente.

—Mejor así —apuntó Clarisa, una chica uruguaya que había venido con Jacobo y no dejaba de admirar el patio tan holgado y raro en esa zona del banlieu parisino—. ¿Acaso esta situación no les parece ideal? Y sin embargo, querido —agregó, volviéndose a mirar al Mono—, ni vos ni nadie aquí somos ángeles del cielo.

—No importa nada la eugenesia —dije, recogiendo su comentario sin entenderlo del todo—. Algún día el amigo aquí va a escribir su historia y será igual que un trozo de hielo reventando en la cabeza.

—Preferiría cederte los derechos —replicó Bobe, esquivándome, y noté cierto desgano no atribuible sólo a la descompensación horaria, a las largas esperas de aeropuerto y esas cosas, sino

a una resignación más meditada de su parte, un desprendimiento que me intrigó—. Además, a estas alturas tú la conoces mejor que yo —remató volviéndose hacia la cabecera de la mesa, donde Elizabeth insistía en exhibirme con cierto orgullo intencionado.

—Te la están regalando, Pablito —dijo Renata, la mujer de Muñoz, y Jacobo agregó—: Aprovecha, hermano; podrías hacerte rico y famoso con sólo pasar el espejo, a la manera de tu maestro.

La recomendación estaba dirigida a mí, pero resultaba poco afortunada viniendo de él, quien había llegado como miles de nosotros a depositar sus fantasías a la Ciudad Luz cuando de la fiesta sólo quedaba la necesidad de mano de obra barata para recoger la basura acumulada en los portales. Desde hacía años, Jacobo trabajaba de nochero en la portería de un tres estrellas del Boulevard Garibaldi, y todas sus esperanzas de convertirse en un cineasta de renombre estaban pendientes de un ascenso que incluía contrato y seguridad social al día como secretario de administración.

—No seas pesado, Bobe —lo provoqué viendo cómo se cerraba—. Asume tus responsabilidades de reportero independiente y cuéntanos la primera vez que llegaste con el caso del contrabando en la boca, cuando Aeroflot te premió con un pasaje a París vía Moscú por haber publicado la negativa de la compañía a trasladar las armas en un vuelo camuflado.

Creo que fue Clarisa quien emitió un gritito comprimido mientras los demás volteaban a mirarme en medio del silencio que espesó alrededor, como si me hubiese inventado una información reservada que por otro lado era preciso llevar hasta el final por el bien de la reunión.

—¿Es cierto o no? —me obligué a preguntarle, y él asintió con la cabeza—. Bien, compañero —acoté. Era evidente que el tema lo incordiaba.

Daniela se puso de pie y tecleó el aire con los dedos para despedirse. Mi intención no había sido ahuyentarla, más bien lo contrario, pero ella curvó el talle perezoso como sobre una pianola inexistente y mantuvo la excusa del agotamiento y el largo viaje ante la protesta colectiva. Se inclinó sobre la mejilla de Bobe y luego caminó de espaldas hacia las escaleras, buscando las habitaciones donde su hija ya dormía junto a las crías de Elizabeth. Al alejarse, la falda dibujó dos remolinos nítidos sobre el compás de su trasero. Sus movimientos eran demasiado precisos para ignorarla, y durante medio minuto arrastró consigo todo el interés de permanecer en el patio. Pensé en un animal intratable, en algún capricho de millonario que no hubiese visto sino en fotos. También la imaginaba más vieja, domesticada, madre de una hija de doce o trece años al fin y al cabo, pero su cuerpo conservaba una firmeza salvaje que escapaba al régimen del tedio y la decadencia. Una maestra veterana con ademanes de muchachita.

Me levanté con la excusa de ir al baño. No quería dejarla ir sin antes cruzar una palabra a solas. Había tenido tiempo suficiente para restarle importancia, pero a última hora sentí que su indiferencia se imponía y me acobardaba. Subí al segundo piso y me asomé a la pieza de alojados. Acababa de sacar una colcha del clóset y se afanaba disponiéndola sobre la cama.

—Déjame ayudarte —le dije, y me puse del otro lado—. ¿No quieres otra frazada? A veces cae frío por estos lados.

—Así está bien —agradeció.

Inclinó el cuerpo y planchó el cubrecama con las manos. Un pequeño vértigo asomó bajo la blusa, sacando a relucir dos o tres pensamientos incorrectos que se deslizaban carne abajo. El anzuelo curvo de un tatuaje de cardos florecía entre sus pechos. No quise mirar más.

—Lástima que no se queden más tiempo —lancé sin aviso—. Aquí hay espacio.

Ella sonrió, complacida, como si estuviera sola en el cuarto y recibiera el mensaje por un altavoz interior. Luego giró y quedó sentada, sin hablar y ensimismada mientras miraba hacia la puerta. El gancho de la nariz sobresalía sobre los rasgos infantiles de su cara, con los pómulos marcados en ángulo y dominados por la carnosidad de unos labios que favorecían su aspecto de hembra recién levantada.

—Estoy agotada —dijo al fin, y suspiró torciendo los hombros a lado y lado. Enseguida dobló el cuello y sacudió la melena, haciendo pasar una mano alrededor de la nuca para soltarse el botón de la blusa. Separó el ojal y sus dedos bajaron sobre las pequeñas vértebras de la columna hasta quedar quietos a un costado, con la axila despejada bajo el brazo. Un vaivén de pelo revuelto cubrió la inmersión de los dedos en la cabeza gacha.

—Mejor me acuesto —agregó con voz ahogada—. Se me cierran los ojos.

—Lo mismo dijiste cuando nos conocimos —advertí, pasando por alto su tono insincero—. Esa vez que nos presentaron en el club.

Daniela levantó la cabeza de golpe y luego escondió una risita desvanecida, dirigida a nadie, casi confidencial. Negó para sí misma, como si no diera crédito a lo que escuchaba, y enseguida me miró con una pizca de astucia en el iris reblandecido por el cansancio.

—Tenía con qué entusiasmarme —dijo indolente, olvidadiza.

—Abajo están a punto de ponerse a bailar —bromeé—. Si quieres subo la música.

—Más tarde, puede ser —confirmó—. De aquí no me voy a mover.

Aprobé, evitando agregar nada que echara a perder la fineza de la invitación. Era lo que yo deseaba oír, asegurarme de que fuera mi aliada. Esa pizca de astucia era mi pasaje de entrada, el visado que buscaba desde el primer saludo rígido que habíamos cruzado en el aeropuerto. Le pedí que avisara si necesitaba cualquier cosa y salí confortado hacia las escaleras.

Abajo, en la terraza, Bobe ya había cedido a la presión de los invitados y se animaba a relatar las peripecias de su primer viaje a París, cubriendo con ligereza turística el absurdo periplo que lo había llevado a Moscú.

—¿Sabes ruso? —preguntó Clarisa.

—Ni pa ni mai —dijo él payaseando, y una risotada general lo alentó.

En minutos perdería todo pudor, pensé, ahora que el campo estaba libre y Daniela descansaba en el piso de arriba. Finalmente era su hora de despedida, y Bobe continuó adelante con paso

firme, en un estilo gracioso y elusivo a la vez, manteniendo en vilo a la audiencia con efectos que ayudaban a retardar el engañoso desenlace en la Gare du Nord. Noté que incluso el Mono Muñoz se entusiasmaba con la anécdota del robo y su atmósfera de caos y caricatura todavía impresa en el relato de Bobe, y me acomodé en el asiento con la satisfacción de quien disfruta del éxito de su pupilo, resignado a que la historia perdiera músculo al pasar por encima del infierno de los detalles. Sabía contar, el muy guacho, tenía las palabras en la boca a pesar de que no escribiera bien. Yo, que soy lector de literatura chilena y latinoamericana en París, puedo afirmarlo con total autoridad.

—No sé si a ustedes les ha pasado —oí que decía en un momento— pero hay situaciones que rompen la secuencia que uno lleva y modifican sin vuelta atrás la naturaleza de las cosas. Entonces todo cambia alrededor.

—No entiendo —protestó Elizabeth.

—Quiero decir que el viaje fue arbitrario de comienzo a fin —ilustró Bobe con aire pedagógico—. Todavía no tengo una sola explicación para todo lo que ocurrió, pero me di cuenta de que a partir de allí existía un hecho distinto que me aislaba o me separaba de los demás, llámalo como quieras, pero era un nuevo estado de conciencia en el fondo, y que surgió nada más salir de la estación, ¿me explico? El maletín había desaparecido y con él la secuencia cambiaba para siempre; los árabes se habían llevado el computador con todas las notas de nombres, fechas, números y negativos que respaldaban la veracidad de la denuncia, contenida en la secuencia anterior desde la misma noche que me llevaron a ver el avión de la Florida Airlines, cuando el boeing sólo esperaba la orden para levantar vuelo y partir con sus cuatrocientas toneladas de armamento con destino a Croacia. Pero el incidente cambió las cosas y me hizo sospechar que el caso se armaba conmigo, había empezado en Santiago y terminaba allí en la estación, porque si desde ese minuto nadie más conocía la información entonces quien llevaba el contrabando era yo.

Quedé mudo un instante, aunque esta vez el silencio no espesó alrededor y más bien un coro de onomatopeyas, chuchas, putain y huevones acompañó el sentencioso final. Aquello sí que era nuevo, nunca antes se lo había escuchado, y entendí que la conclusión me estaba dedicada. Iba a reaccionar, todavía un poco perplejo, cuando el Mono Muñoz pidió un hueco para trinchar lo que quedaba de carne y, entre un corte y otro, la atención se fue diluyendo en otras historias y anécdotas imposibles que cada uno lanzó sobre la mesa como si se tratara de un torneo por apuntarse con la mejor mentira. Alguien recordó la vez que había llegado a la editorial una novela firmada por el seudónimo Pablo Mármol, con mis datos verdaderos incluidos en el reverso del sobre. Era una tontería, un complot sin mayores pretensiones que habíamos ideado con Carla durante nuestra mejor época, cuando nos burlábamos de todo y para demostrarlo echamos a correr la especie entre los amigos, obligándolos a considerar —so pena de pasar por ignorantes— un manuscrito que de eventual muy pronto se transformó en real por obra y gracia de la mixtificación parisina. La novela de Pablo Mármol, o la leyenda de su existencia, era una metáfora inspirada en

todas aquellas desventuras, calamitosas y estridentes, que nunca verían forma de libro, pero que con Carla coleccionábamos como un sustituto alegre e irresponsable de lo que nos correspondía. La habíamos moldeado en voz alta, casi como un álbum de toda especie de sobrevivencia sudamericana mientras seguíamos las noticias o durante el desayuno, y nos ocupó lo bastante como para olvidar nuestro propio disparate. La cosa fue que, de comentario en comentario, el rumor y la sospecha unidos lograron arrancar los comentarios críticos que hacían falta para interesar a los demás, y muy pronto cada uno se sintió autorizado para elaborar objeciones y elogios en torno al mencionado volumen. Su argumento inexistente terminó siendo punto menos que real, y por Jacobo, que tenía predilección y tiempo para ocuparse de las cuestiones de origen, supimos luego que la novela de Pablo Mármol plagiaba al guión *Road to Argentina*, un proyecto nunca filmado de su maestro Eisenstein y que él había encontrado intacto en los archivos de la Cinemathèque. La información transmitida por Jacobo dio pie a acaloradas discusiones sobre las posibles coincidencias argumentales con el proyecto de Eisenstein, pero lo realmente extraño fue que la literatura quedara en evidencia. No sólo era caprichosa y falta de sustento, sino peor aún: podía leerse sin textos de por medio. El fraude se hizo evidente cuando con Carla decidimos romper el bulo durante una reunión a la que asistían todos los enterados. Tampoco esto fue difícil: bastó polemizar sobre unos cuantos episodios supuestos para que enseguida la falta de concordancias arruinara el mito, dando paso a una decepción mayúscula. En medio del escándalo, alguien dijo que una estafa de ese calibre merecía eternizarse en la memoria de los embaucados. Desde entonces se la conocía como La novela de Pablo Mármol, así con mayúsculas. Desde entonces, si alguien salía con una mentira muy grande, obtenía por respuesta la admonición de incluirla en ese manuscrito infausto que avergonzaba a los presentes: métela en La novela de Pablo Mármol, le decían, o más directamente métetela en la PM, si acaso era insultante, y se acababa la discusión.

No fue el caso esa noche, allí en la terraza de Elizabeth. Corrieron otros embustes y al final zanjamos la competencia con seguidillas de brindis, otorgando el trofeo a esa auténtica creación colectiva que había forjado la falsa y fallida historia de los Juan sin Tierra en París. Yo sabía que no era cierto, pero igual levanté mi copa. Sabía que la trama narrada a medias por Bobe era una falsificación de orden y alcance muy distintos a los juegos que yo inventaba en mis guiños con Carla. A fuerza de abrirse y confrontarse con sus posibilidades reales, el suyo era un artículo de riesgo. Más aún cuando daba a entender que aquí terminaba su empeño inverosímil, frágil y quebradizo como el tiempo que había amenazado con transformarlo a él mismo en un personaje de papel, a igualdad de títulos y circunstancias que la mujer recostada en el cuarto de arriba.

Ya era tarde cuando los invitados decidieron marcharse. En el reproductor sonaba «Me quedo

contigo», un tema viejo como la noche y cuya aspereza viril provocaba en Elizabeth sentimientos de abandono por desgracia irreconciliables con su partida de nacimiento. El Mono Muñoz batió palmas alrededor de Clarisa, y, entre pasos desmayados, cada uno fue calzando sus chaquetas y carteras en un tieso y típico fin de fiesta parisino. Bobe se despidió y subió a los dormitorios mientras yo acompañaba a los muchachos hasta la calle y Elizabeth se dirigía a la terraza para poner orden en el patio.

Fuera el aire estaba tibio y a mí se me había quitado el sueño. Nos besamos una y otra vez en las mejillas. Linda soirée, dijo Renata, y el Mono se felicitó de haber logrado escuchar íntegramente la historia de Bobe por boca del propio afectado. De inmediato, como si hubiesen estado esperando el momento de comentar a solas, cada uno aprovechó para descargar sus dudas.

—¿De dónde sacó tu amigo que los rateros debían ser árabes? —dijo Clarisa.

—Además, si entiendo bien —apuntó Jacobo—, no está nada claro que el contenido del bolso haya sido fundamental para el caso.

—Para mí que se inventó el robo pensando en cobrar el seguro —remató el Mono.

Dejé que la saliva fluyera.

—Puede ser —lo excusé al fin—, pero ésa es su versión y hay que darle el beneficio de la intriga.

La disculpa fue aceptada. Todos celebraron la bondad del clima del fin de semana y subieron a los autos. Jacobo apoyó la salida con un bocinazo impertinente y mientras se alejaban decidí dar un paseo y reaprovisionarme de cigarrillos antes de entrar. Ya saben: la historia del tipo que va a comprar fósforos y termina yéndose o alquilando un departamento frente a la vivienda de su mujer. Pero Elizabeth no era mi mujer, sólo una buena amiga con cama donde entibiar la separación. No había para qué ser tan drástico con ella.

Caminé hasta el bar del argelino, bajo la autopista del periférico. El interior estaba lleno de humo, risas, sonidos de tragamonedas. Unos viejos despeinados y borrachos ocupaban la barra. Me senté en una de las banquetas y pedí un corto de vodka para recapitular. Aquella digresión deslizada por Bobe me picaba, la verdad. El alcance a la fatalidad era cruel e innecesario, sobre todo después del accidente de Lara. Parecía evidente que lo había utilizado para desactivar cualquier consulta que yo pudiera hacer sobre ella. Ante él podía presuponer cosas, pero ese brusco acceso al nirvana surgía más bien como una coartada mística ante preguntas que Bobe ya no quería hacerse y menos que se las plantearan, satisfecho como estaba de enmascarar el duelo con confusas metáforas viajeras. Tanto hermetismo alimentaba mis sospechas, más aún cuando a él le daba por neutralizar su responsabilidad. Insisto: yo no podía teorizar. Nunca he podido hacerlo. Me acompañaban pruebas físicas incontestables para ello, junto a sentimientos de pérdida que la distancia favorecía.

No era poco. La inopinada sentencia con que Bobe había concluido su relato en la mesa, además, me llevaba a recordar su propia mortificación durante los días en que había llegado a

París ese verano del 92, como si lamentara comparecer con las manos vacías después del robo en la Gare du Nord. Aunque lamentar no es la palabra exacta; había en él algo profundamente dañado en ese momento, después del atraco, cuando con Carla lo encontramos casi aturdido en el departamento, durmiendo a pata suelta en el sofá del living, incapaz de alzar la cabeza y sin tiempo siquiera para deshacer la maleta o dejarla a un lado. Sabiendo que llegaría cualquier día de esa semana, habíamos dado aviso a la portería, dejando una copia de llaves para el caso de que no estuviésemos. Ansiaba reencontrarme con Bobe, pero lo que encontramos con Carla esa noche al volver a la casa fue a un hombre enfermo, un tipo destruido por las circunstancias.

Después supimos que había pasado horas viajando un poco a la deriva por la línea 2 y la 4, entre Barbes y Clignancourt y Barbes y Dauphine, buscando absurdamente en los túneles y vagones una pista para borrar lo sucedido, mirando de reojo y aviesamente los bolsos de los pasajeros, husmeando en cada maletín de mano una posibilidad de rebobinar el tiempo y volver a empezar, como si en el fondo quisiera resarcirse no sólo ante sus asaltantes sino también ante sí mismo. Andaba ya con la mirada extraviada, arrastrando sin prisa su maleta por cualquier estación del metro, cuando el sofocante calor de junio terminó de liquidarlo. Aflojó los músculos y permaneció sentado en una de esas bancas de espera para suicidas potenciales, con la mente ida en los rieles salpicados de colillas. De pronto alzó la vista y topó con el vagón que en ese instante entraba a toda velocidad cepillando el andén. Un leve estremecimiento lo sacudió, coincidente con la bocina de las puertas al abrirse. Me confesó que sólo entonces tuvo valor para salir a la superficie.

Ignoro lo que pensó y decidió Bobe en el largo rato que permaneció sentado en Monceau, aprovechando las sombras del parque, hasta que la luz fue muriendo y él puso de pie su maleta y sus zapatos para dejarlos caer en el departamento a la misma hora en que cenábamos con Carla en casa de unos editores amigos. Repito: lo ignoro, pero puedo imaginarlo. A veces también yo sentía miedo en París. Emergía por la boca del metro y una desorientación parecida a la que entonces debió resentir Bobe me asaltaba desde una parte ignorada de lo que creía ser. En esas ocasiones llegaba a creer que sólo la costumbre me sostenía allí, adherido a la reproducción de un propósito milenario y remoto, olvidado entre la regularidad de las calles y la reiteración continua de acciones sin retorno ni horizonte, un puro habitar de la ciudad para llenarla de cansancio, cansancio y más cansancio entre rumas de platos sucios que alguien debía fregar.

Fue lo que le dije como consuelo, a pesar de utilizar otras palabras y de que yo aún no lograba hacerme una composición coherente de lo sucedido. Era cerca de medianoche y, en vista de que apenas hablaba, lo recogimos y llevamos a comer a la pizzería de la esquina. Allí se repuso y nos relató paso a paso su aventura. Luego subimos y Bobe quedó instalado en la pieza de servicio, la chambre de bonne que comunicaba con el departamento a través de una escalera circular y cuyo estrecho habitáculo quedaba ubicado justo encima de nuestro dormitorio. Desde allí podíamos oír sus pasos inquietos yendo de un lado a otro del cuarto, acosado por un insomnio torrentoso. De

todas formas, su ansiedad me pareció exagerada y con Carla comentamos el asunto una vez que quedamos solos.

—Debe ser el viaje que lo tiene así —me dijo ella sin despegar los ojos del techo, siguiendo el golpeteo regular como si memorizara una tonada: cuatro pasos hacia allá, pausa, otros cuatro pasos hacia acá y nueva detención.

—Ya se le va a pasar —repuse, fijando yo también la vista en el cielo.

—No parece —insistió ella, porque con Carla los enigmas siempre eran así: bastaba una hilacha suelta para tirar del hilo y arruinar el traje entero.

Me alcé de hombros y fui a refugiarme al cubículo del dormitorio que en forma de saliente habíamos adaptado como estación de trabajo. Ella se durmió enseguida y yo me entretuve borroneando unos apuntes en el cuaderno de notas. Arriba, sobre mi cabeza, los pasos se volvieron intermitentes, como una luz quemada que se resistía a morir. Quizá no era el robo, o no sólo el robo de fuentes y respaldos periodísticos, lo que lo atormentaba. Antes de desechar la idea y olvidarla casi por completo, anoté algunas fechas que retenía de su atropellada narración, como si en verdad Bobe hubiera extraviado algo más importante e insustituible en ese famoso bolso con el portátil dentro. Quizás era la historia de su vida, una historia que las coincidencias lo empujaban a vivir mezclada a cierta relación de hechos que él no deseaba para sí, pero que a la vez no lograba evitar en honor a cierta verdad biográfica que vinculaba los acontecimientos a su alrededor, todo ello atesorado en bitácoras personales que acompañaban su travesía. Los cuadernos de Malte Laurids Bobe, de pronto secuestrados en manos de un enemigo innombrable. Era más complicado pensarlo que probarlo, pero hablaría con él si era necesario. Había dicho que permanecería tres semanas en París.

Nada de todo esto fue posible, en parte debido a mi cansancio e incredulidad y en parte a la paranoia extrema que rodeó su estadía. Estaba irreconocible. A veces parecía asustado y perplejo, y en otras se mostraba seguro de haber sido trampeado por una mano mora. Recelaba de todo y en el curso de esas semanas adoptó la irritante manía de llamarme a un lado para hacerme partícipe de sus conclusiones, o bien me pedía que subiera a la pieza de servicio, donde lo encontraba acodado, con la vista fija en los tejados de París y los rieles de Saint Lazare que se alejaban en diagonal por la pequeña ventana del cuarto de empleada. Deseaba fervientemente que yo tomara notas de sus conjeturas mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Decía que de otra forma los datos se perderían. Él no podía cargarlos, sólo memorizarlos durante el tiempo que permaneciera allí. Sospechaba de la gente de Aeroflot y de Dimitri en particular, que debía tener alguna participación en el negocio de las armas que él había ayudado a desbaratar. Se estaban tomando revancha. La conexión con Gorbachov era un anzuelo que había mordido del modo más inocente. En el fondo se trataba de delatar su presencia en Moscú para que otros siguieran su pista y lo abordaran en la Estación del Norte, donde lo esperarían para robarle los respaldos en un incidente que a los ojos de cualquier policía tendría la apariencia de algo menor. La clave, me dijo, estaba

en que sólo Kontakt conocía el itinerario. Ellos y nadie más sabían que venía a París, aparte de ti, claro, y me miró fijo.

Yo tuve la impresión de que había cogido la fiebre del negro, el célebre mal del pánico que se extendía como un virus entre los latinos que por esos años llegaban a la ciudad. Era una enfermedad del territorio donde la víctima echaba de menos y se sentía súbitamente perdida entre los laberintos de Haussmann, a la vez que no encontraba fuerzas para echar pie atrás. La fiebre del negro le decíamos con Carla, porque el proceso se desencadenaba a propósito de cualquier tropiezo y crecía luego de forma oscura e inevitable en el espejo deforme de la propia conciencia. A la fecha, había millares de inmigrantes dando vueltas con la fiebre del negro por todo París. Los síntomas eran claros: el infortunado sufría de taquicardias y era asediado por presencias amenazadoras, inescrutables, mientras adoptaba externamente una catadura de misionero dostoiévskiano. Luego el interés de la víctima se disparaba invariablemente hacia los orígenes, adoptando una pasión loca por descubrir el tercer mundo, África y los pueblos nómadas en primer lugar, pero también Egipto y las cunas de la civilización, dedicando todo su empeño a instruirse en las disciplinas más diversas que ofrecían las bibliotecas de la ciudad. Cuando el individuo trataba de reaccionar, apelando a la rutina del prójimo, por ejemplo, ya era demasiado tarde: el pánico había erosionado su sentido común y las defensas naufragaban en un océano de amargura y encierro fantasmal.

Fue lo que ocurrió con Bobe. Mil veces tratamos de hacerlo entrar en razón, pero él se empeñaba y pronto sus salidas se limitaron a la hemeroteca ubicada en el Cinquième, en los bajos de la biblioteca René Descartes, donde se enclaustraba a consultar publicaciones de compraventa de armas y cosas por el estilo, volviendo a casa al atardecer y subiendo con sigilo la escalera de servicio. En dos o tres ocasiones reconoció haber pasado por la oficina de prensa de la embajada de Chile a revisar los recortes archivados allí. En medio de su delirio nos advirtió que lo sucedido se vinculaba con una trama infinitamente más compleja e inimaginable *desde aquí*, pero que él empezaba a conocer viniendo de donde venía, es decir, desde *allá*. Con Carla lo mirábamos del modo menos hiriente posible, pero luego ella comenzó a detestarlo sin disimulo.

—Pero, ¿me puedes decir qué está pasando contigo exactamente? —lo increpó una noche, ansiosa de despejar la maleza que crecía en torno a sus disparatadas especulaciones.

Él hizo una pausa de aire, tomándose el tiempo para contestar, como si le costara un gran esfuerzo evidenciar el problema ante tamaña pareja de idiotas.

—Me retiraron de circulación —dijo Bobe, muy serio—. Yo pensaba descansar, venía a ver a los amigos, pero ahora me doy cuenta de que buscaban sacarme del juego.

—¿De qué juego hablas? —chilló Carla—. ¿Quiénes son ellos?

—Ellos —remedó Bobe con terca sequedad, acentuando el anonimato—. Los que manejan esto.

Quedamos boquiabiertos. Desde ese minuto supe que ella renunciaba a bajarle la fiebre a nuestro negro. Ya saldría él por sus propios medios a la superficie.

—Es cosa de revisar la prensa. Ahí está todo —advirtió Bobe con las manos tomadas sobre la mesa una vez que quedamos solos. Le dije que no entendía un pepino de lo que me hablaba—. ¿Sabes por ejemplo a *quiénes* tomaron presos hace un par de semanas en Madrid? —preguntó, y como yo me alzara de hombros, él se solazó—. A Yamal Bathich y Monzer Al Kassar, un chileno y un argentino, de origen sirio los dos, que venían de un viaje por Polonia y Hungría donde se detuvieron durante veinticuatro horas. ¿Te das cuenta? Fueron a Siria, pasaron por Budapest y aterrizaron en Barajas, donde un juez español les seguía la pista por tráfico de armas desde hacía cuatro o cinco años. Al chileno lo dejaron libre, sin cargos, pero el otro la tiene pesada: hay un grueso prontuario suyo en Alemania y Dinamarca. Y adivina qué —BB parecía estar disfrutando intensamente de la información que desembolsaba, dejándola caer a ráfagas sobre mi bien ganada levedad—. El año 85 este mismo sujeto fue declarado culpable por un tribunal de París, que lo acusó de asociación ilícita criminal y lo condenó en ausencia a ocho años de cárcel por planificar atentados contra la comunidad judía aquí en Europa. ¿Qué te parece? Te digo más: en el asunto estaban involucrados un ultraderechista alemán de apellido Hepp o Hopp, un alto oficial del Frente Palestino de Liberación y una francesa que les daba cobertura. Todos cayeron en una redada al Hilton, aquí cerca, lo que prueba que esos hoteles son refugio de nazis con plata dispuestos a apostar cada vez más fuerte. La trenza es demasiado larga para taparla con la alfombra, ¿entiendes? Por algo estamos acá hablando del asunto.

Asentí diplomáticamente, pero la convicción de que alucinaba bastó para llenar nuestras conversaciones a lo largo de los pocos días que le quedaban en la Rue Moscou. Era inútil contradecirlo: a cada objeción, Bobe ametrallaba rabioso con nuevos detalles del complot. Decidí que lo mejor sería evitarlo y ahorrarle motivos de sobreexcitación, mientras con Carla nos íbamos al Quai de la Rapée a ver los lanchones y a caminar junto al rumor de agua que parecía limpiar provisoriamente el creciente desacuerdo donde nos hundíamos ella y yo.

No dejó de sorprenderme que al cabo de esas pocas semanas Bobe se marchara dejando como recuerdo un viejo ejemplar de la *Defense Helicopter World*, una revista especializada en armamento, junto a una nota de agradecimiento por las molestias causadas. Lo interpreté como un guiño risible a la conjura que él mismo se había inventado, una muestra amistosa de que seguía siendo la Brigitte Bardot de siempre a pesar de esta última crisis sobrevenida ante el pánico de transformarse en otro. Dejé a un lado la publicación junto a mis carpetas de trabajo, y ni siquiera cuando me la llevé al baño para evacuar la tartine que habíamos preparado con Carla, fui enteramente consciente de lo que ocurría. Sólo una vez que abrí las páginas de la revista, el abanico de fotocopias cayó al suelo. Eran cuatro artículos, y estaban agrupados por fecha. Los revisé sumariamente y volví a dejarlos donde habían estado, lamentando que Bobe insistiera en su actitud poco edificante. En cuanto al ejemplar impreso, tenía fecha de 1990 y el artículo principal estaba dedicado a un periodista experto en negocios de guerra. Se llamaba Jonathan Moyle y había sido encontrado muerto por asfixia en su habitación del Hotel Carrera, en los mismos días que

cubría para la *Defense Helicopter* una feria de venta de armas en Santiago. El parte policial hablaba de suicidio, pero ya entonces la publicación se reservaba una opinión distinta. Displicente, terminé de expulsar la cena dando vueltas las páginas en busca de una modelo en cueros.

Me levanté y fui a dejar la revista sobre la mesa de trabajo, junto a los apuntes que había anotado la noche de su llegada. No quería distraerme ni darle importancia. La visita de Bobe ya me había robado suficiente energía, y ahora tenía un montón de manuscritos acumulados que esperaban un prolijo informe de lectura para salir a la superficie de las traducciones o bien enterrarse en las profundidades de nuestra América morena, medrosa y morosa. A veces yo mismo me sorprendía de ejercer el rol de aduana de Francia para esos papeles, pero ése era mi oficio. Desde mi encuentro con Carla en Barcelona lo practicaba regularmente y sin aspavientos, tras un aprendizaje veloz que el exilio favoreció cuando, en parte obligado y en parte voluntariamente, comprendí que mi lugar en el mundo estaba lejos de la acción a la que Bobe se entregaba con una pasión utópica injustificada para mis convicciones. Por lo demás, ni por inclinaciones naturales ni por opciones reales tuve derecho a otra cosa distinta al llegar a Europa. Alguna vez lo comentamos con Bobe, pero la conversación no avanzó de allí. Era una paradoja más de nuestra amistad que él, siendo periodista, desplegara velas hacia un horizonte intangible, mientras que yo, contumaz roedor de libros, sometiera esas ocurrencias aristocratizantes a la implacable doméstica del realismo. A los inmigrantes en París, y a menos que se tenga la posibilidad de heredar un castillo en Chambord, no nos queda otra cordura que patear la piedra de puntete, como se dice en la jerga chilena. Por lo mismo, si Bobe tenía sus motivos para ejercer de redentor universal, también yo conservaba los míos para restarme a ese ilusionismo tan latinoamericano que alcanzaba para justificar las peores catástrofes.

Pero ni mis lecturas ni las ficciones de Bobe interesan aquí. Lo descubrí esa misma noche en que no pude apartar de mi mente la revista con los recortes que él había dejado en mis manos, mientras despachaba mi cuota diaria de mitos vernáculos (era el año del Quinto Centenario, y la sobreproducción de tramas exóticas con finales de tiempo recobrado daba ganas de salir huyendo rápido al siglo siguiente, ante cuyo umbral por fortuna me encontraba ahora, sentado en un bar del periférico, vaciando un corto de vodka en mi noche seca y banal). Observado a distancia, algo no tan disparatado resonaba en la historia de Moyle y encajaba como una pieza de cristal reflectante a esas semanas fóbicas que Bobe había pasado enclaustrado. No lo explicaba del todo —acaso porque la pieza no estaba completa— pero hacía sentido, y me encerré en la sala a revisar el artículo y las fotocopias bajo la luz de lectura que dibujó de improviso mi propia línea de insomnio bajo la puerta que separaba al dormitorio. Me prometí actuar en el más completo sigilo: desde el primer beso con Carla, el sueño del otro era una cláusula inviolable en nuestro esforzado amor de inmigrantes.

Dije que mi curiosidad despertó sólo cuando Bobe se marchó de París, pero en rigor tendría que hablar de transmisión obsesiva, ósmosis o alguna otra denominación clínica para lo que siguió. Intrigado inicialmente por la información sobre el asesinato de Moyle, dediqué las semanas siguientes a revisar viejos ejemplares de la *Helicopter World*, artículos relacionados e incluso algunos libros temáticos publicados sobre el tema. Allí se hablaba de una operación para impedir las investigaciones del periodista sobre la venta clandestina de armas a Irak, negociación que Moyle estaba en curso de detectar durante la feria realizada en Santiago. De inmediato comprendí que Bobe relacionaba el móvil del crimen con el posterior contrabando de armas a Croacia que él investigaba. Una cosa llevaba a la otra, porque en ambos casos, aunque en fechas distintas, el embargo internacional estaba declarado y había prohibición de venta hacia estos países. En esas condiciones, la única posibilidad para la industria, según lo que entendí, era acudir a los intermediarios que comercializaban el armamento y se encargaban de triangular las operaciones para eludir los controles que regían hacia territorios vedados, como el de Irak y Croacia. Incluso un tal Ahmed, un ex agente del servicio secreto iraquí entrevistado en el libro *Babilonia poco santa*, reconocía la variedad de intereses que podían llegar a cruzarse en el camino de Moyle, desde grandes corporaciones norteamericanas y judías que controlaban el tráfico hacia Oriente, hasta pequeños fabricantes privados y públicos alejados de los centros de conflicto, además de los proveedores que deducían porcentajes por cada operación. Las sumas del negocio eran millonarias y si la tesis resultaba cierta, entonces lo que tanto había empavorecido a Bobe durante su estadía era correr la misma suerte del periodista inglés.

Bastó que la idea asomara, confrontada al recuerdo de su visita, para que mi interés volviera sobre los recortes que él había fotocopiado antes de abandonar París. En total, eran cuatro crónicas sin ligazón aparente (al principio pensé que su delirio limitaba con esas publicaciones, pero posteriormente Bobe me probó con pelos y señales la enormidad de esa trama que la borrachera nos ayudó a alimentar). La primera era una reconstitución aproximada de cómo Moyle había sido asesinado durante la madrugada del 31 de marzo de 1990. Sólo aproximada, porque no se llegaba a concluir quién y cómo le había dado muerte, pero en cambio sí se detallaban los últimos pasos de la víctima, los nombres de los peritos policiales que habían redactado el engañoso informe criminalístico inicial, las llamadas que Moyle había realizado esa madrugada antes de morir —una a las 05:30 para hablar con su padre, a quien le comunicó que partiría en un breve viaje a Bolivia al día siguiente; otra a las 06:00 a su novia Annette, para comunicarle que se encontraba bien y esperaba verla pronto—, las diversas hipótesis que se manejaban y los intereses que el periodista podía estar afectando con sus investigaciones durante la feria de armas en Santiago. La crónica insertaba un gráfico de la habitación 1406 al momento del hallazgo: había

manchas de sangre a los pies de la cama, la maleta estaba abierta y en completo desorden, y Moyle colgaba de la barra del clóset por medio de una camisa que le cubría la cara. Tratándose de una incomodidad tan definitiva como la muerte, llamaba la atención que escogiera el lugar más estrecho y comprimido del cuarto para recibirla.

La versión policial había insistido en la tesis del suicidio, pero ahora, año y medio después, la resolución del juez apuntaba a un homicidio por acción de terceros, tras solicitar una nueva autopsia, ordenar análisis toxicológicos y tomar declaraciones a un nutrido contingente de periodistas especializados, invitados a la feria y empresarios de la industria. A pesar de lo concluyente de las evidencias de asesinato, no había indicios suficientes para acusar a nadie. Incluso Ángela y Nicole, dos chicas del club Emmanuelle a quienes se les vinculó con Moyle durante esos días, desfilaron por el despacho del juez. Únicamente los españoles Antonio Tierol y Juan Trías, huéspedes también del Hotel Carrera en las habitaciones 911 y 1409, respectivamente, no llegaron a la citación del magistrado: habían abandonado Chile veinticuatro horas después de que Moyle dejara de existir. La crónica de BB deslizaba, con razón o sin ella, que Tierol, redactor de la revista española *Tecnología Militar*, era un inescrupuloso traficante de armas que se jactaba en público de sus amistades y contactos con los jefes de la industria durante las enloquecidas noches vividas en el Emmanuelle.

A esta nota, especie de reconstitución de escena, le seguían dos artículos publicados en los últimos números de diciembre de ese mismo año, donde se contaba la historia del transporte clandestino de cientos de toneladas de armamento con destino a Croacia. La operación consideraba un monto total de seis millones de dólares, y el primer embarque de muestra había sido descubierto a fines de noviembre en el aeropuerto de Budapest. El artículo, dividido en dos entregas consecutivas, desglosaba la carga al detalle y con una certeza que consideré aterradora: 4.855 cohetes Law, 5 millones de cartuchos 7.66, etcétera. Sólo aquel listado, sin adjetivos ni especulaciones, daba una idea precisa de los oscuros pasos en los que andaba mi amigo. En el caso aparecían involucrados la Fábrica y Maestranzas del Ejército chileno, Famae, a quien pertenecían los pertrechos; las autoridades políticas del Ministerio de Defensa que autorizaron la venta; los agentes de la Aduana Nacional que dejaron pasar la carga sin el correspondiente aforo físico; y los oficiales del Hospital Militar que se prestaron para rotular el embarque como ayuda humanitaria. El lector disculpará el enunciado de ciertos aspectos públicos y aparentemente irrelevantes del asunto, pero es necesario hacerlo con el objeto de no confundir lo que es la realidad del caso de la ficción que encarnaba Bobe. Al respecto, la crónica firmada por BB hacía gala de situar correctamente los datos: entre éstos figuraba McRae, el piloto norteamericano de la Florida West Airlines que transportó el armamento ignorando aparentemente su contenido; la gente de la Dirección de Aeronáutica, que registró la salida del vuelo con destino a Budapest; la empresa Ivi Finance & Management, especializada en operaciones de compraventa de armas y representada en Chile por el francés Ives Marziale; y finalmente la Main Cargo, una curiosa

sociedad de intermediarios que actuaba como agente de aduana y embarcador al mismo tiempo, y que se ocupó de contratar el vuelo de la Florida West Airlines después de tentar sin resultado otras posibilidades para trasladar la supuesta ayuda humanitaria desde Santiago.

La danza de invitados a la operación era demencial. Había tal abundancia de nombres, organismos estatales y sociedades privadas comprometidas en el caso, que un observador externo apenas lograba hacerse una idea de conjunto con los principales sospechosos. Si revender armas compradas a los Estados Unidos ya era un despropósito, el verdadero escándalo quedaba a la vista a través de los clientes brujos que actuaban para conseguir la autorización oficial. En todos los documentos figuraba la república de Sri Lanka como comprador, pero sólo algunos sabían que el destino verdadero era la convulsionada Yugoslavia. Por eso, apuntaba el artículo, era imprescindible rotular la carga como ayuda humanitaria en la aduana chilena. La información subrayaba la negativa de Aeroflot a que cualquiera de sus aviones Ilushyn 76 —detenidos desde hacía semanas en Merino Benítez a la espera de un container comercial para volver a Europa— sirvieran de transporte al contrabando. Pero había más. En la segunda entrega, BB establecía que los aparatos rusos habían llegado a Chile contratados por la compañía de flete aéreo Southern Airlines, cuyo representante en Chile, Jean Paul de Bourguignon —francés al igual que Marziale— admitía sin tapujos los viejos vínculos de su compañía con la CIA. Alertados del verdadero contenido de las cajas, el representante de Aeroflot y el de la Southern tomaron de común acuerdo la decisión de abortar el embarque, y a partir de ese instante tanto el servicio secreto ruso como el norteamericano estuvieron informados del contrabando.

El artículo omitía decir quién había puesto al corriente al encargado de Aeroflot y a Bourguignon, y se guardaba también de deslizarse cualquier referencia que pudiera revelar las fuentes utilizadas por el periodista para hacerse del listado de marras. A partir de la versión transmitida por Bobe, yo sólo sabía que una garganta profunda, alguien que debía gozar de su máxima confianza, había golpeado una noche la puerta de su departamento, llevándolo enseguida a los baldíos ubicados junto al aeropuerto para que comprobara con sus propios ojos el aparato de la West Airlines estacionado a la salida de los hangares.

—Ése es tu camello —le había dicho, o era lo que él me había dicho que le habían dicho, casi en susurros e indicando hacia un sector donde no llegaban los reflectores de la pista—. Apúntale y nos vamos.

Estaban agazapados entre la hierba, dentro de los límites cercados por la alambrada, y Bobe dejó el bolso y ajustó el flash de la cámara antes de disparar. Era un riesgo, pero el breve fogonazo operó el milagro de disolver su nerviosismo y hacerle olvidar el bramido de los aviones en la pista. Al final, me dijo, se sentía fotografiando a un dinosaurio mientras roncaba.

Pocas semanas después el listado de venta había llegado a sus manos. Tenía que ser por fuerza a través de la misma vía, a pesar de que la operación quedara desbaratada mucho antes de que el aparato en cuestión arribara a Budapest, cuando la impericia dejó a la vista los detalles o un

interés superior determinó filtrar los datos a la prensa y echar a pique a los involucrados. De todas formas, la CIA atajó el embarque en Budapest y los rusos hicieron lo mismo con Bobe en Moscú, o al menos era lo que él pretendía que había ocurrido. A los primeros no les interesaba el cargamento, constituido más bien por una muestra de compra, sino el efecto correctivo que tendría el hallazgo para los potenciales competidores que intentaban desplazar del negocio a la industria judía. Según el atropellado relato que Bobe me había endilgado durante su estancia en París, los israelíes mantenían un dominio incontestable en el tráfico hacia Oriente y no estaban dispuestos a ceder terreno. Una de las mayores amenazas en este sentido la constituía la Ivi Finance & Management, una compañía presidida por el alemán Gunther Leinthauser y quien cargaba con todas las sospechas de estar detrás del contrabando. En cuanto a los rusos, y siguiendo su razonamiento, deduje que buscaban sacudirse los vínculos con Leinthauser, asegurándose para ello que BB no llegara a ningún lado con documentos comprometedores. Sabían que la información publicada era apenas un anuncio, y no se fiaban de lo que el periodista autor de la nota hubiera podido guardarse como carta de cambio. El propio Bobe me había confesado poseer otros antecedentes, entre los que estaba la venta de su revista a un grupo de empresarios judíos. Siendo así, no descartaba que los nuevos accionistas hubiesen encontrado la manera de hacer llegar los datos del embarque hasta sus orejas, de modo que BB luciera su oficio y liquidara la operación con un soplo firmado por sus iniciales.

Me estaba entusiasmando, yo que apenas sigo el noticiero de televisión. Volví a revisar de punta a cabo el artículo sólo después de leer la última de las cuatro crónicas que habían quedado fotocopiadas entre las páginas de la *Helicopter World*. Se titulaba «Misterio en el Maipo», y daba cuenta de la extraña desaparición, el 29 de enero del 92, del coronel Gerardo Huber Olivares, encargado de importaciones y exportaciones de la Dirección de Logística del Ejército. Su vehículo había sido encontrado junto al río Maipo, en las cercanías de El Melocotón, en circunstancias de que Huber era investigado ante la justicia por su participación en el contrabando de armas descubierto meses antes. Huber era ingeniero químico, había sido integrante de la Unidad Antiexplosivos y miembro del Departamento Exterior de la Dina, además de profesor en la Academia Politécnica del Ejército. La trama se espesaba y subía formando una nube caliente en torno a la jerarquía militar. A la fecha de su desaparición, Huber se desempeñaba como superior directo del apoderado especial de Aduana del Ejército, Ramón Orellana, en ese momento el único procesado en la causa tras haber certificado el embarque fraudulento, y quien al igual que el jefe de ventas de Famae, el capitán Pedro Araya, había recibido sus órdenes directamente del coronel. Por arriba suyo sólo estaba el brigadier general Carlos Krumm, director de Logística del Ejército, y sus vínculos informales se extendían hasta alcanzar el núcleo de la familia Pinochet Hiriart. Esto último a través del matrimonio Erwin Rojas, según apuntaba la información, ya que era en su residencia donde Huber se había hospedado las noches previas al incidente en el Maipo. En una línea, los Erwin Rojas eran suegros de Rodrigo García Pinochet, el nieto que había salvado vivo

en 1986, durante el fallido atentado a su abuelo en aquella ruta encajonada que finalmente se tragó a Huber. El cuadro confirmaba que si Chile era un pañuelo, una de sus esquinas siempre estaría sucia.

La publicación llevaba fecha del 10 de febrero, y en su crónica BB divulgaba las alternativas con que trabajaban los investigadores del caso: fuga con apariencia de muerte, secuestro por terceros, accidente simulado, y suicidio a secas. Las dos primera hipótesis se sostenían sin necesidad de encontrar nada desagradable en el río. Las dos últimas requerían búsqueda. Según decía la crónica, las pesquisas habían quedado bajo el mando operativo del general Guido Riquelme, comandante de la guarnición de Santiago, sin resultados aparentes.

Cogí un lápiz y me puse a calcular: en junio Bobe había aterrizado en París, diez meses después de haber iniciado una carrera de obstáculos cuyo comienzo él mismo parecía fechar la última semana de septiembre del 91, cuando publicó la nota sobre el asesinato de Moyle. A juzgar por los recortes de prensa, la última valla era el caso Huber, a quien sin embargo nunca mencionó durante esos días. Traté de entender a qué tipo de riesgos se exponía. ¿Qué podría haber ocurrido desde entonces? Había pasado tiempo suficiente desde su visita, ahora estábamos a comienzos de agosto y la ciudad se calcinaba mientras yo no me decidía del todo a partir con Carla a un verano compartido en las costas de Bretaña. Decidí telefonar a Santiago.

Por alguna razón, la diferencia horaria solía jugarme malas pasadas y terminaba deprimido en mi madrugada parisina ante la inmensidad de la noche oceánica. Esta vez no fue la excepción. La línea rebotó con un chisporroteo agudo hasta que el auricular dejó pasar un eco del otro lado.

—Despierta, Brigitte —me adelanté a decir con jovial complicidad. Hubo una pausa, breve, y dudé un segundo antes de insistir—: ¿Brigitte?

—Al agua, cariño —era la voz de una mujer, una voz metálica y rasposa que parecía manotear entre sueños. De fondo se oía una música percusiva, alguien que cantaba en inglés—. Prueba con otra —agregó.

—Perdón, pero estoy llamando desde Francia —advertí contrariado—. ¿No es éste el dos siete cuatro treinta treinta y siete?

—Ahá... —se aclaró la garganta—. ¿Tú eres Marfán, el que vive en París?

—Eso dicen —titubeé.

—Habla más fuerte, chéri. No se te escucha bien —la voz se hizo complaciente, graciosa, y no sé por qué imaginé que ella tomaba asiento o se dejaba caer—. A propósito, ¿qué hora es allá?

—Un poco pasado de las tres —respondí atontado.

—Qué envidia —me dijo—. Cómo me gustaría que aquí también fueran las tres en París. A esa hora es cuando mejor me lo paso.

Consideré la posibilidad de que me estuviesen tomando el pelo, pero una nota de coherencia irrumpió en la conversación, antecedida de un carraspeo.

—No te vayas, ¿ya? Le voy a avisar a tu amigo.

La línea quedó vacía, invadida por aquella música que no alcanzaba a distinguir, mientras calculaba el monto de la llamada en la cuenta de fin de mes. La voz de Bobe acudió en mi ayuda.

—Hombre —sonaba distendido, generoso—: Qué buena sorpresa.

—Nunca tanto como las tuyas —dije—. La última vez te andaban persiguiendo y ahora estás de juerga.

Se rió, una pequeña sacudida de hipos como una cortina cayendo sobre la última impresión dejada en París.

—Leí las crónicas —espeté, como si entre ayer y hoy no mediara más tiempo que el de una lectura atenta, justamente la que yo creía haber realizado—. ¿Qué pasó? ¿Lo encontraron al fin?

—¿A quién? —su despiste parecía auténtico—. De qué estás hablando.

—De las crónicas —repetí, enfático—. De las fotocopias y esos recortes que me dejaste con la revista de Moyle. Supongo que eran para mí.

—Ah, sí —concedió. Había un deje de fastidio en la aceptación—. Esos artículos... Bueno, sí, no estaban tan mal, ¿cierto?

—Cómo que no *estaban* tan mal —grité casi, y desde el dormitorio oí una queja desmayada de Carla instándome a bajar la voz. Me llevé el aparato a la cocina—. Y Kontakt, y la gente de Aeroflot, ¿qué pasó con ellos? ¿Volviste a verlos?

—Estoy borrado, Pablo; me fui —dijo Bobe, y su falta de convicción realzó aún más la frase—. O me fueron, quién sabe. Había tanta gente metida en ese asunto.

—Repítemelo o te cuelgo —advertí.

—Es en serio —replicó—. Ahora me dedico a la farándula.

—¿Pero qué clase de reportero eres? —me burlé—. Te esconden el huevito de Pascua y al primer susto renuncias sin siquiera averiguar qué pasó.

—Soy un cronista utópico, acuérdate —dijo en tono legendario—. Ésa es mi realidad.

—No digas huevadas —lo interrumpí. Justificada o no, mi decepción era patente—. Yo te hacía enfrentado a los leones.

—Chócale, hasta que decidí preguntar para quién trabajaba —su voz se hizo cortante—. Tendría que haber empezado por ahí.

—No entiendo —dije cauteloso.

—Yo tampoco entendía, pero si de verdad te interesa, se me olvidó aplicar la primera regla del oficio. ¿Sabes cuál es?

—Ni idea.

—Fácil: descubrir qué quiere tu jefe. El periodismo es un soldado de la política, mi viejo.

Quise replicar algo pero me callé, desplazado por sus metáforas guerreras. El eco de la comunicación dejó de rebotar por unos instantes sobre el océano. Sólo la música continuaba inalterable, destellando en una órbita lejana.

—¿Qué estás escuchando?

—Barry White —dijo.

—¡Qué!

—Barry White —repitió, y sentí que se alejaba del auricular para subir el volumen. Unos compases ardientes inundaron el tubo y luego se alejaron. Su voz se sobrepuso—. A mí no me entusiasma mucho, pero a Divina Day el negro la enloquece. Dice que es música interior.

—¿Divina Day?

—La que te atendió el teléfono —explicó—. Si vienes de nuevo, puede que te la presente.

—Cuidado, te está cambiando el gusto —dije.

—Puede ser —asintió—. Puede ser.

—¿Estás bien?

—Sí, mucho mejor —dijo Bobe—. Qué bueno que preguntes.

—Perdona, pero quedé pegado con tu visita —me excusé.

Quería ser sincero y a la vez no lograba apartar de la mente esa saga que le había estado pisando los talones en París. Ahora mi única preocupación era aclarar la continuidad que prometía. No había sabido nada de él desde su vuelta a Santiago, y de pronto me avergonzó la insistencia en un interrogatorio que sólo evidenciaba falta de interés por su vida inmediata, por la chica que lo acompañaba y el mayor o menor placer que en ese preciso instante extraía de su pasión por Barry White. Decidí explicarme.

—Con Carla estábamos preocupados —dije.

—No hay que darle vueltas, Pablo —me consoló—. Era yo el que andaba mal.

—Contéstame sólo una cosa —tomé aire para darle peso a mi inquietud—. ¿Qué pasó con Huber, el del Cajón del Maipo?

—...

—Bobe.

—Sí, sí, estoy aquí —dijo.

—Huber, el del Cajón del Maipo —repetí y seguí adelante, temblando con el teléfono en la mano como si desembolsara el número premiado de la lotería—. Tú dejabas en suspenso el desenlace, y de eso dependía que se amarraran las historias entre sí, con el crimen de Moyle y el tráfico de armas, porque Huber estaba involucrado en los dos casos, ¿o me equivoco?

—Fue un error.

—¿Qué cosa?

—Dejarte todo ese material, así, sin mayor explicación.

—¿Por qué?

—Porque a Huber lo sacaron del río, muerto, con un balazo en la cabeza poco después de que saliera publicado el artículo —y enseguida sentenció—: Pero tú no tenías cómo saberlo, claro. Por eso te has estado imaginando cosas que nunca ocurrieron.

—Así hablaba Zaratustra —dije yo.

—¿Cómo?

—Es un aforismo —repuse, y se lo recité de corrido, como excusándome. Era mi favorito—: hay que saber mentir para conocer la verdad.

—Ah... —dijo él.

Hubo un silencio largo, embarazoso, hasta que el fondo musical se extinguió. Si yo imaginaba muchas cosas, ahora podía sospechar que Bobe le estaba ordenando a su amiga despedir a Barry White sin esperar el final de la canción. Enseguida también nosotros nos dijimos adiós.

5

Quedé solo en París, y el calor de agosto avanzó en el calendario diluyendo las dudas que servían de apoyatura a mi desvelo. Con Carla habíamos decidido que ella aprovecharía las últimas dos semanas para compartir las vacaciones en Bretaña con su media hermana Odette, hija del segundo matrimonio de su padre y recién divorciada a su vez, mientras yo permanecía de guardia en la Rue Moscou y aprovechaba de avanzar en los manuscritos rezagados. La perspectiva de disfrutar de nuestro piso en soledad no me disgustaba. Me disfrazaría de turista cada vez que necesitara un poco de tabaco.

La tarde que llevé a las hermanas a la estación, sin embargo, un incidente menor agitó los fuegos de esa realidad de mentira que Bobe me había endosado. Ocurrió cuando ellas ya estaban sentadas y yo esperaba de pie el anuncio de salida para abandonar el vagón. En un momento desvié la vista y caí sobre el pasajero que ocupaba el puesto contiguo al de Carla y Odette, sobre la siguiente corrida de asientos. Tenía aspecto de ejecutivo en día libre, vestido con una impecable tenida deportiva de pantalón claro y camiseta de polo que dejaba sus anchos y velludos brazos a la vista, mientras tecleaba sobre un portátil abierto en la mesita plegable. El tipo estaba sentado de espaldas a mí, de modo que con algún esfuerzo alcanzaba a leer las señas del aparato en un costado de la cubierta, e incluso, si enfocaba con atención, también los signos en la pantalla. Alcancé a capturar algunos caracteres. En ese momento el sujeto utilizaba un procesador de textos.

—¿Qué pasa?, ¿te picó una mosca? —Odette y Carla me miraban extrañadas, mientras yo inclinaba medio cuerpo sobre el respaldo del asiento contiguo y clavaba los ojos por encima del pasajero para despejar la duda.

—Es que... —vacilé, y me dirigí a Carla para encontrar ayuda, pero antes de decir nada la voz del jefe de estación recorrió el andén anunciando por los megáfonos la salida del tren al norte. Todos los acompañantes debían hacer abandono del vagón en el acto. El piso osciló con una tenue severidad.

—Por favor, compórtate —exigió ella—. Si te arrepentiste y ahora quieres acompañarnos, te aseguro que no lo voy a tolerar.

—Carla —rogué—, sólo voltea un segundo y mira detrás tuyo.

Ella dudó, intercambió una mueca con Odette y al percatarse de que yo insistía, finalmente hizo caso, levantándose a medias de su puesto. Le hice señas indicando hacia las espaldas del tipo que continuaba afanado sobre el teclado del aparato.

—¿Ves lo que yo estoy viendo? —le soplé al oído.

Sus cejas se curvaron en un gesto que yo había aprendido a descifrar sin margen de error. Acababa de agregarle otro motivo más de furia.

—Qué dices, por Dios... —masticó irritada, desentendiéndose del índice que yo disimulaba bajo el brazo y con el cual pretendía incriminar al desconocido. Enseguida se dejó caer en el asiento, pesadamente, y luego negó cabeceando dos veces seguidas como si acabara de toparse con el tristísimo espectáculo de su copain tocando la flauta en un túnel del metro Saint Denis. Ofendida, volteó la cara hacia el andén.

—Yo que tú me retiraba —dijo Odette, interponiendo su dilatada experiencia matrimonial. A diferencia de Carla, que había nacido en Chile, Odette ignoraba las ambigüedades de carácter—. Todavía tienes alguna chance de hacerte perdonar cuando volvamos.

El piso volvió a reclamar atención bajo mis pies. No había tiempo que perder. Olvidé a las hermanas y con un gesto brusco me acerqué e incliné el cuerpo sobre el pasajero que me daba las espaldas. El tipo se sorprendió de verme tan cerca suyo y reaccionó con un respingo asustadizo. Le hablé en castellano, directo y sin rodeos.

—Disculpe —dije—. Qué hermoso computador.

El ejecutivo puso sus dos manos abiertas sobre el teclado como si lo protegiera de un peligro inminente. Estaba atónito, y miraba con un giro recto del cuello que me hizo sentir como una rata hambrienta olisqueando en su hombro.

—¿A usted le parece? —inquirió, inmóvil y sin bajar la guardia. Arrastraba las eses con marcado acento español. Yo no me había equivocado: el procesador estaba en el mismo idioma, el tipo hablaba la lengua del terruño, y su computador obedecía exactamente a la descripción realizada por Bobe. Sólo faltaba averiguar si aún contenía los archivos del contrabando para cazarlo del todo.

—¿Me permite? —señalé hacia el teclado, queriendo ser persuasivo—. Yo tenía uno igual.

—No me diga —quienquiera que fuese, se daba cuenta de que corría peligro, porque alzó las manos lo suficiente para darme a entender que no gritaría pidiendo auxilio—. Éste es de mi oficina. Trabajo en una agencia de intercambio.

—Ya, ya —dije, y separé ligeramente sus palmas para apoderarme del teclado e ir al directorio en busca de mi amigo. Digité su nombre rápido y sin pensarlo, mientras el otro quedaba perplejo, apoyado en el respaldo. Mi impertinencia era absoluta. El tren se agitó. Podía escuchar los insultos que Carla me dedicaba en voz baja desde el asiento contiguo, pero ya no importaba. El cursor tintineó sobre la pantalla sin encontrar nada. Estaba vacío.

—Señor... Excúseme pero... —amagó el otro en tono de protesta, aunque no del mismo modo imperativo con que yo escuchaba el pito del guardia de estación anunciando la salida. Me aparté, todavía intrigado. Si había cometido un error, ahora no tenía forma de remediarlo.

—¡Jolines! Este ordenador no es de consulta pública —estalló al fin, y la mesita se zamarrreó sobre sus rodillas ahogadas por la falta de espacio. Creí que se pondría de pie. No lo hizo, pero de cualquier forma su mal humor resultó providencial y operó el milagro de devolverme cierto sentido común. Lo miré, indefenso, como un bicho que se está a punto de aplastar. Quizá también yo había cogido la fiebre del negro.

—Me voy, no se preocupe —le dije, y comencé a retroceder, sudoroso y derrotado—. ¡Au revoir! —exclamé, bromeando tontamente con la mano en alto para que no se levantara a golpearme. Enseguida giré y salí a toda carrera del vagón, mientras el tren ya se desplazaba a cierta velocidad sobre los rieles. Luego caí rodando sobre el andén, enceguecido por la vergüenza. Fue patético: ni siquiera alcancé a despedirme de Carla y Odette.

El percance me dejó un regusto amargo y tendencioso cuando menos chances tenía de lograr una reconciliación. También atizó las incertidumbres que alojaba respecto a Bobe y que ahora invadían mi tedio en un peligroso aislamiento. Era como si, antes de morir, el agónico estallido de una brasa alumbrara la noche y comprometiera todo mi interés en su estertor final, empujando el rancio verano a un territorio ignorado. Me sentía indefenso, confuso. Pasé horas dándole vueltas al asunto, tratando de forzar un nexo entre el ejecutivo del tren y los traficantes españoles en la feria de Santiago, insatisfecho de las explicaciones que por otro lado había recibido de Bobe. ¿Era posible que lo hubiesen querido «sacar del juego», como acusó ridículamente en la primera oportunidad? ¿O era él quien había buscado el modo de «salirse» y dejar atrás ese laberinto endogámico, crónicamente chileno, según me había asegurado semanas antes por teléfono?

Era necesario aclararse, y volví a disponer las cuatro crónicas como ases desnudos sobre mi mesa de trabajo. El periodismo es un soldado de la política, había sentenciado Bobe. Sí, correcto; pero entonces ¿qué chances tenía él de salir airoso peleando por un ejército que mezquinaba la munición? ¿Qué quedaba por hacer cuando la estrategia consistía en apoyar al rival y no desplazarlo? Porque eso era la política, él y yo lo sabíamos perfectamente. Bastaba penetrar un costado de la fortaleza para que el bando contrario accediera a abrir la puerta principal, a condición de cortar el avance y evitar la vuelta de tortilla en las calles. Los datos indicaban que Bobe era esa quinta columna perdida en una batalla que se contentaba con firmar la paz. La maniobra lo sorprendió cuando ya había penetrado el muro, pero como el género del periodismo es la verdad y no la política, Bobe insistió y hasta se obsesionó. En su calidad de reportero, creyó ser el invitado de honor al negocio de las armas, el que aseguraba la existencia del secreto mediante el simple expediente de su participación en él. Luego aplicó los procedimientos del oficio, avanzando como un impostor que hace saber a los demás el objetivo que lo guía, pero que en rigor sólo obedece a su intuición. El periodismo se parece en esto a un roedor que olfatea su

almuerzo detrás de las paredes, busca por aquí y por allá, topa con obstáculos y desvía la faena hasta abrirse paso y romper el cordón sanitario que se interpone entre su voracidad y la despensa. Cuando Bobe estuvo en capacidad de ratificar su información, perfectamente pudo haber faltado a la autenticidad de ciertos hechos, o bien los exageró para confundir a quien llevaba la voz cantante en la operación, de modo de asustarlo y que se abriera. Estudié esa posibilidad. Los antecedentes decían que había dado resultado. Mengano traicionaba a Zutano, y éste a Perengano. Ahora el secretismo estaba roto; con agitar el cofre entre sus manos Bobe ya tenía la mitad de la tarea hecha. Quedaba sólo levantar el croquis del terreno y apuntar las conexiones y pasadizos que conducían a él, cuando la instrucción cambió de golpe. El soldado fue llamado al orden y se le retiró la confianza. La dirección de la revista no buscaba destruir a nadie en particular, sólo enviar una señal de advertencia hacia quienes incursionaban dentro de sus fronteras. Si la información de Bobe era correcta y los israelíes habían tomado el control de la revista, entonces el suyo era un asunto de intriga monumental. Por lo mismo, que negara ahora toda vinculación al caso y hasta deseara convertirla en una fábula, confirmaba la determinación a jugar sus cartas con la debida reserva. Que lo hiciera por vocación pública o vanidad profesional era su problema, pero *desde aquí*, según su recordada ironía, la mayor interrogante seguía siendo el móvil que primero lo envalentonó y luego lo silenció. ¿Qué mano había hecho caer la primera pieza? Todos detentaban alguna responsabilidad, y todos parecían jugar a las escondidas con esa responsabilidad. Concluí que Bobe se deslizaba a lo largo de una línea delgadísima que pasaba a través de las muchas mentiras y engaños que alentaban sus fuentes, esas piedras ligeras que se arrastraban y humedecían como calumnias a la orilla del torrente, y cuya autoridad el argot periodístico justificaba en provecho propio. El filo de la amenaza debía rozarle la oreja para mostrarse tan cuidadoso. Por eso extremaba al máximo sus talentos y recurría a la inferencia y al contraste como si se sometiera al régimen del error para alcanzar lo que buscaba. Equivocarse era su forma de avanzar en la espesura, aunque también yo apelara a estos procedimientos para seguirle los pasos. En algún momento, incluso, creí entender que era la aventurada yuxtaposición de hechos reales (asesinato de Moyle, contrabando de armas, muerte de Huber) en una sola serie crispada y cronológica lo que convertía los recortes de BB en una mano de póker rotunda e incontestable, una herramienta capaz de quebrar la soporífera acumulación de noticias destinadas a elevarse, vivir y morir con las mismas horas de vuelo que la biología y el reporterismo autorizaban a las moscas.

No quise especular más. La idea me calentaba el cerebro y empezaba a contagiarme de ese dudoso magisterio ético que hacía de la prensa un nuevo redentor social. Es cierto que la falta de claridad invitaba a enredar la madeja, a transitar por el camino de las suposiciones que agujoneaban a Bobe como espinas y lo llevaban por recuerdos falsos hasta ver una madrugada desnuda y luminosa, siguiendo una trocha angosta que se volvía mesiánica con la perspectiva. Yo conocía ese camino; había regresado de allí y si bien no me gustaba, ahora jugaba al solitario con

sus espléndidas ciudades en ruinas en nuestro departamento de dos ambientes en París. Me levanté a mirar mis notas.

6

Septiembre del 91. Hasta ese minuto era una fecha irrelevante, o casi. No es un defecto. Hay, como en toda novela, capítulos que no se leen nunca, partes de batalla sin acontecimiento ni mes o año y que adquieren relevancia después, simplemente porque el desprecio se atenúa y el rencor prescribe su obstinado revanchismo. Era lo que me había sucedido con Chile, porque para mí ese septiembre del 91 no había sido más que una visita estrictamente familiar que recordaba apenas como el primer asomo a la infidelidad, una recaída en los motivos para no volver al primer amor. El déjà vu adquirió incluso una dimensión física que conservé bajo absoluta reserva para no dudar de mis decisiones anteriores. Lo que fuera, regresar después de diez años de no pisar Santiago resultó una idea engañosa que se manifestó apenas aterricé en Merino Benítez, porque no acababa de abandonar la aduana cuando topé de frente con el titular de una revista que salió a recibirme con una bofetada en plena cara. Era la publicación donde trabajaba Bobe, y la portada reproducía en letras de molde la denuncia de dos activistas de la ultraizquierda que decían haber sido torturados por la policía de Investigaciones. La información escupía sobre la intachabilidad democrática de las nuevas autoridades, recién instaladas después de años de atropellos y violaciones a los derechos de los detenidos por causas políticas. El escándalo era evidente, y por un instante me hizo desear no estar allí ni haber vuelto a mirar el país. Pero yo no había ido para examinar la pureza moral de la república, y terminé alegrándome de que el único cambio visible fuera justamente la posibilidad de ver publicados los motivos para estar lejos. De todas formas, ya era suficiente con mi familia para agregar horrores a la visita. La fecha, eso sí, quedó grabada en mi pasaporte: 7 de septiembre de 1991, un día después de que el juez Alejandro Solís, titular del Quinto Juzgado del Crimen de Santiago, dictaminara la asombrosa resolución donde concluía que Jonathan Moyle había sido asesinado en su habitación del Hotel Carrera.

Entonces yo nada sabía de todo esto, y sólo después, con los recortes a la vista, logré rearmar el puzzle de las cronologías hasta asombrarme de su tenaz continuidad. Sospecho que tampoco me hubiese interesado descubrirlo. Mi breve estadía en Chile transcurrió entre interminables almuerzos con la parentela y programas de televisión, y cuando quise ubicar a Bobe no obtuve respuestas claras. Me contaron que se había separado, vivía en una cueva y pasaba el día en la calle. Fue Lara quien me dio su número luego de muchas vueltas y evasivas que yo no lograba explicar. Con ella había mantenido por años un contacto más bien tibio, de indolente regularidad, como esos globos de aire a punto de tocar el piso y que por superstición cada cual vuelve a soplar, hasta que el pasado se redujo a una correspondencia de postales inocentes o queriendo

serlo en el espacio vacío del reverso. Vacilé en llamarla al principio y cuando al fin me decidí fue difícil abordarla. Nos dábamos cita por teléfono y un día antes ella avisaba a la casa de mis padres para postergar el encuentro, o se ausentaba en el lugar acordado y encontraba a la vuelta un mensaje suyo de disculpas por no haber podido llegar. El asunto comenzó a intrigarme más de la cuenta, despertando una ansiedad que creía resuelta.

A la siguiente postergación propuse visitarla en su casa, y aceptó mi desconfianza entre risas de cuate y fórmulas mexicanas que sólo ella y yo podíamos entender. Arrendaba un departamentito en Macul, detrás mismo del viejo Pedagógico que nos congregaba como a tripulantes de un tierno desastre, y estuvimos hablando hasta tarde bajo una luz de cocina que se estiraba hacia la sala. Hicimos memoria sobre antiguas escenas de un jardín sin cuidar y evitamos recoger las heridas que quedaban en pie, flores salvajes y matas silvestres que habían decidido crecer solas en una tierra que ninguno de los dos volvería a pisar. La borrachera se iba estirando hacia la noche y advertí un resplandor de nostalgia que se agitaba muy cerca. Alejé la amenaza con una ironía y traté de llevar la conversación al presente. Ella me siguió con una docilidad gozosa, sorpresiva. Seguía siendo una niña mal criada, nómada, reacia a dejarse domesticar por el confort profesional, y se lo hice notar. Lara se alzó de hombros: tampoco yo entiendo cómo, buscando qué, peleando contra quién, dijo con cierto pesar. Si no lo sabes tú, repliqué, y ella levantó las piernas y las dejó caer sobre las mías como un cepo, resignada a ignorarlo. Acaricé sus tobillos. Acodada sobre la mesa, ella miró la botella abierta y los vasos a medio llenar. No quieres bailar, preguntó con un ruego inesperado. Me solté y fui a subir el volumen del tocacintas. Era una tonada popular, ahora lo recuerdo: la voz fuerte y piadosa de una mujer que sostenía el recitado de unos versos desgarrados al oído de su amante, mientras en la sala los demás sonidos se apagaban y nosotros girábamos en silencio borrando nuestras huellas y las estaciones que nos precedían, como si buscáramos una imposible página en blanco en nuestras biografías. Salgamos, me dijo ella de pronto. Invítame. No hemos salido juntos hace tantos años. Merecemos una despedida. Era cierto; desde la ruptura que no nos hablábamos de esa manera desapegada y a la vez ritual. La acusación me puso en movimiento. ¿Conoces algún sitio?, me atreví a decir. Ella ensayó una coquetería espontánea del tipo sígueme si puedes, vamos a la perdición, y al rato nos metimos en un auto estrechísimo y abombado que ella pilotaba a una velocidad que me pareció desproporcionada al tamaño del vehículo. Al rato una ciudad desconocida para mí corría por la ventana, un Santiago febril y rutilante que anunciaba la opulencia de las calles anchas. Entramos a un estacionamiento de autos que miraba hacia el río y luego de aparcar caminamos hacia un local anunciado con tubos azulinos en el frontis. Alguien asomó en la portería para cerrarnos el paso. Estaba prohibida la entrada de mujeres, vinieran solas o acompañadas. Ella se adelantó a parlamentar y explicó algo que no entendí, tras lo cual hubo consultas hacia el interior del salón y enseguida ingresamos. Atribuí la autorización a que era un miércoles, día de baja, pero la impresión cambió luego de los primeros tragos, una vez que estuvimos instalados en el rincón,

junto a una mesita baja y rectangular, entre la luz escasa y los sofás rojos. Una de las chicas del local vino hasta nosotros y nos saludó con sendos besos en la boca, sin avisar. Una gasa transparente, con vuelos en los bordes, aprovechaba cada gramo de su piel. Se alegró de que hubiésemos llegado a tiempo para ver su número. Traje a un amigo para que me consuele, le dijo Lara, y ella hizo una risa apretada y le revolvió el pelo antes de salir. No quise comentar nada. El show siguió mientras nosotros agotábamos una ronda de piscolas y echábamos unas líneas de talco en la pitillera de Lara. El esnifeo y la poca costumbre aceleraron mi percepción. Sobre la pista cayeron unos aplausos tibios, gritos y aleluyas grotescos, hasta que el cuerpo de la chica cedió y comenzó a abrirse con la ligera determinación de un perfume. El baile hubiese podido empinar fácilmente a un viejo con muletas, y al final un coro de murmullos elogiosos ahogó el clímax mientras la pista era invadida por hombres llevados de la mano por anfitrionas profesionales. La chica salió de escena y el público comenzó a moverse al ritmo de un play back musical. En un momento me levanté a buscar cigarrillos y cuando volví de la barra las vi bailando en la pista. Claro que se conocían de antes, era fácil darse cuenta a pesar de que la penumbra me impedía seguir los detalles, las caricias que bajaban y empujaban los cuerpos hacia el rincón. En un momento las dos se perdieron de vista en medio de la confusión hasta que Lara reapareció haciendo bromas media hora después. Vamos, me dijo, y yo la seguí hasta el auto donde nos esperaba la misma jovencita ahora forrada en un abrigo de pelo falso levantado hasta el cuello. Lara pasó al asiento de atrás y ella se ubicó a mi lado, junto al puesto del conductor. Maneja tú, me dijo sonriente. Era primavera, y apenas nos alejamos Lara pasó las manos por detrás del asiento y le desabotonó el abrigo. El cuello abierto dibujó un triángulo sobre la zona del pecho. Tenía la piel reluciente. Sólo dos tiras de enagua cubrían sus hombros. Me indicó una dirección en Merced, frente al Parque, y conduje como pude, siguiendo con el rabillo del ojo las caricias y los mimos que le revolvían la melena y bajaban sobre el abrigo abierto. Lara se entretuvo en su cuello y avisé que iba a parar. No, vamos a Merced, insistió ella. Llegamos de un latigazo y enseguida bajamos con ademanes de borracho, despiertos y dispuestos, ardiendo de ganas mientras subíamos por el ascensor y luego mientras esperábamos que la llave girara en la puerta con nosotros detrás, entre bromas tontas, puntéame ahí querís, ay qué caliente m'hijito, ya apúrate pus huevona, hasta que finalmente estuvimos dentro y nos repartimos por la sala en busca de tragos para aquietar la excitación. Ella se mostraba tan dispuesta que asustaba. Se deshizo del abrigo y fue a correr las cortinas que daban sobre el balcón y los árboles del parque, tirando del cordón que había quedado trabado en un ángulo. De espaldas y enfundada en su enagua de trabajo, con las formas perfectamente dibujadas bajo el velo transparente, parecía una bañista queriendo tocar el cielo de puntillas, como una ola blanca y solitaria. ¿Te gusta?, me dijo Lara, dejando un corto de ron en el piso, al lado de donde yo estaba, y antes de que se enderezara la tomé del brazo y la atraje para obligarla a hacer un alto. Nos miramos en una especie de interludio sorpresivo y feliz. Llevaba un vestido de una sola pieza ajustada al cuerpo, levantada sobre los muslos con esa cuota de falso

recato con que las mujeres combinan la misa diaria con algunos centímetros de provocación. Yo quería su boca; me pareció que nunca como ahora la había deseado de esa forma bochornosa y arrebatadora que me ofrecía anulando el espanto de los años. Volvíamos a encontrarnos y su boca seguía siendo aquella grieta tibia donde se desvanecían las certezas. Moje mis labios en los suyos. Mejor ayudemos a mi amiga, dijo ella, y recogió el mentón para evitar perderse en el recuerdo. ¿Cómo se llama?, pregunté, desviando la vista hacia el balcón. La enagua se elevaba y caía, dejando ver el blanco del calzón empinado como un pequeño sol de acero. Su trasero era perfecto. ¿El nombre verdadero?, preguntó ella. El que sea, repuse. Ella observó un instante hacia donde estaba la chica y se volvió. Andrea, Cecilia, Daniela, el que tú quieras, me dijo al fin con esa vanidad suya de ir siempre más lejos con la respuesta. Quizá era mejor así, sin nombre. Me incorporé cuando ya destrababa el cordón y tiraba de él pasando la cortina sobre el ventanal, a resguardo de miradas curiosas.

Fue una noche extraña, y nos despedimos de madrugada con la idea de olvidarla apenas yo tomara el avión de regreso a París. Pero no estábamos arrepentidos, sólo un poco inquietos de lo distinto que podíamos llegar a ser. Ocho años nos separaban. Desde entonces no nos abrazábamos. Quedamos quietos uno sobre el otro, como enfrascados. Su cuello olía maravillosamente. Nos apartamos. Nunca más la volví a ver.

Días después, cuando fui a reunirme con Bobe, evité tocar el tema de nuestra cita. Tampoco él mostró demasiado interés. En las dos oportunidades que tuvimos de sentarnos a conversar, Lara no ocupó más que una línea de diálogo, y ésta resultó hermética para los dos. Ninguno insistió. Para qué, si Bobe parecía estar en otra parte además. Aprovechó cada ocasión que se le presentó para demostrármelo. La primera, cuando lo visité en el pequeño departamento de soltero involuntario que había alquilado en Ñuñoa, cerca del viejo teatro California que por esos días comenzaba a decaer por completo. Lo noté algo deprimido bajo la compostura del buen anfitrión. Evitaba referirse al pasado. Su ruptura con María Julia era una herida que no lograba digerir a pesar del año y medio transcurrido, de modo que Bobe ahuyentaba el mal trance entregándose en cuerpo y alma a su trabajo periodístico. Entendí que estaba dedicado a lo suyo; llegaba muy tarde en la noche y durante las horas que pasamos en su cueva él no dejó de atender múltiples llamadas, de anotar números y agendar entrevistas. Daba la impresión de estar ocupado en asuntos graves e importantes, pero omitía los detalles. No era que desconfiara, pero se las arregló para hacerme saber que los juegos de la universidad habían quedado atrás y lo suyo ahora era un asunto serio, enteramente profesional.

La sinceridad no ocultaba una dosis de arrogancia, pero hay que decir en su descargo que ese año el mes de la patria exhibía un aspecto particularmente escabroso. Los diarios recién comenzaban, de común acuerdo y con casi dos semanas de retraso, a divulgar la noticia del secuestro de Cristián Edwards, hijo del Granpá de la prensa chilena, y al embargo de la causa

pública que suponía este pacto de librepensadores se sumaba un torrente de especulaciones en torno a los autores y móviles del rapto.

—Llegaste a la prueba de la transparencia —me dijo Bobe comentando el asunto, y luego me explicó que la desaparición de un familiar de los Edwards era grave no sólo por el hecho en cuestión, sino porque obligaba a todos, tuviesen la posición que tuviesen frente a los dueños de *El Mercurio*, a alinearse detrás de principios que las víctimas del secuestro habían desoído olímpicamente en otro minuto nada lejano. Ante esto no cabían medias tintas, decía él, y cuando le pregunté quién podría estar detrás del plagio, se alzó de hombros.

—Locos hay en todos lados —me aseguró.

—¿Por eso te llaman tanto? —bromeé.

—No, yo estoy corriendo por otra pista —dijo, y no entendí bien a qué se refería ni él quiso abundar en explicaciones, mientras se levantaba a buscar otra botella y olvidábamos el asunto para hablar de mis dificultades con Carla y de sus actos fallidos con María Julia, cuando no pocas veces, de noche y sin pensarlo, salía del trabajo y se dirigía a su antigua casa, atravesando unas ansias tristísimas que reponían transitoriamente la fantasía de una relación ya quebrada. Pero no deseaba reconquistar el nido: había sido expulsado de allí y me dio a entender que su orgullo era nada comparado a la atención que le demandaba su hijo. Como una solterona en versión masculina, Bobe había renunciado a las relaciones peligrosas con María Julia para evitarle al chico mayores incoherencias que las que ya soportaba. Era justo, pero ante ese tema yo no podía sino alzarme de hombros.

Respecto a su cautela periodística, reparé que había adoptado como suyo el lema de ser rey de lo que callaba y esclavo de lo que decía. Fue la segunda vez que nos encontramos, y esta vez el escenario fue la revista donde trabajaba. El cartel con la frase de marras estaba colocado en una especie de altar, sobre el diario mural de la amplia sala de redacción donde pasé a recogerlo y a despedirme, el último viernes de mi estadía en Chile. Sólo después, cuando tuve en mis manos el recorte del artículo publicado por BB esa semana, la última de septiembre del año 91, me di cuenta de que también tendría que haberlo felicitado. Creo que incluso él esperaba algún comentario, porque recuerdo haber visto la edición sobre su mesa de trabajo, junto al computador, y que los dos nos quedamos mirando el uno al otro con una expectativa distinta, como si yo hubiese venido a buscarlo por ella, por la crónica que él firmaba esa semana y que contaba cómo el juez había determinado que Moyle, el suicidado periodista inglés, en verdad había sido asesinado.

Retrospectivamente, en cambio, no recuerdo haber comentado siquiera el caso, y la única alusión fue indirecta, refiriéndome a la publicación una vez que salimos a la calle y Bobe me llevó a comer unos sándwiches a un salón de té ubicado al costado del teatro Oriente, donde nos instalamos bajo una pérgola sombreada. El lugar se llamaba Café Real o Villa Real, y lo impreciso del dato no cambia el diálogo ni la forma como se interrumpió.

—¿Podemos? —dijo el hombre, apartando una de las sillas en la pequeña terraza.

Me sorprendió la cadencia de la irrupción, más que su firmeza. Cuando alcé la vista ya eran tres los que se arrimaban a la mesa que ocupábamos hablando de cualquier cosa, de sus ganas de salir a tomar aire y de mi disposición a recibirlo cuando él lo decidiera. Un segundo sujeto atajó a Bobe con un gesto de la mano cuando él hizo ademán de ponerse de pie.

—No hace falta —dijo el que ocupó la silla del centro y parecía llevar la iniciativa sobre los otros dos. Se sentó con los brazos apoyados sobre la mesa de vidrio. Tuve la impresión de que el cristal de su reloj devolvía un reflejo de nubes. Eran cerca de las siete de la tarde, y la primavera se recostaba calurosa entre las parras dispuestas sobre el armazón que hacía de cielo encima de nuestras cabezas—. No te vamos a quitar mucho tiempo —agregó, severo pero amistoso, con la rigidez de un superior vestido de traje oscuro para imponer respeto. Los dos que lo acompañaban se sentaron a su vez, flanqueando al que llevaba la iniciativa. Yo había quedado en la cabecera de la mesa. Un recuerdo involuntario acudió a mi memoria, y miré a Bobe buscando refugio. Él adivinó mi susto y lo cubrió con el apodo, inesperadamente, como si aún estuviéramos fuera de la ley o al menos en el borde, y necesitásemos nombres raros y citas clandestinas para hablar el mismo idioma, una lengua absurda y secreta que se mantenía vigente una década después; era impensable, pero así ocurrió.

—Pablo Mármol, un amigo de París —dijo, haciendo las presentaciones.

—Ah, extraordinario —se sonrió el otro. Un halo de ferocidad asomó en sus labios, bajo el bigote simétrico—. Mucho gusto, yo soy Pedro Picapiedra —dijo y me tendió la mano, creyendo responder así a la burla del seudónimo. Se la estreché para no desentonar, aunque empezaba a sentirme en una expedición a las ciudades sumergidas del viejo Pedagógico. Picapiedra nos miró de soslayo, alternativamente a uno y otro, y enseguida comenzó a trazar movimientos pendulares con el cogote, buscando aflojar el candado de la camisa y la corbata antes de hablar. Sabía que controlaba a su auditorio y no esperaba aplausos por su actuación, de modo que avanzó a machetazos sin preocuparse por el qué dirán. Alabó a la Torre Eiffel por su majestuosidad. Hacía tanto tiempo que no iba que ya ni recordaba lo antipático que podían llegar a ser los parisinos. Feliz se daría una vueltecita por allá, pero el trabajo en el servicio estaba pesado, y más cuando ustedes los periodistas no ayudan en nada, amonestó. Fíjate que un día nos acusan de torturar a los pistoleros, otro de mentirle a los jueces, y al siguiente de espiar a los vecinos. En fin, palos porque bogas y palos porque no bogas. Y ahora esto —el énfasis apuntó directamente a Bobe, y uno de los roperos que estaba a su lado acompañó las palabras dejando caer una revista sobre la mesa. Era la misma edición que había visto en el aeropuerto el día de mi llegada. Las hojas formaban un uslero de papel. Picapiedra lo sacudió y abrió las palmas en actitud pedagógica:

—¿Puedes explicármelo? Hace meses que nos están dando y todavía no logro entender lo que quieren. ¿La cabeza del director? ¿Destruir el servicio? ¿Desprestigiar y difamar a los que sólo cumplen con su deber?

—Todos tratamos de cumplir —observó Bobe. Había cautela en su voz.

—Sí, sí, ya sé —dijo Picapiedra, fastidiado—. No expliques nada, porque no pasé a felicitarte —miró a sus amigos y entre los tres intercambiaron risas desconsoladas, tristes. Volvió el rostro endurecido—. ¿Les gusta la joda, no es cierto, muchachos? —parecía una adivinanza, y desvió la vista hacia Bobe que escuchaba sin alterarse, la cabeza inclinada hacia el borde opuesto de la mesa y enlazando las manos en un gesto de gravedad o paciencia—. Al menos de ti estoy seguro —insistió Picapiedra—. Me mostraron la nota que hiciste hace un tiempo sobre ese concurso de piluchas en Rancagua. Te confieso que el título no me gustó. Estrellas de la noche oscura, o algo así, ¿no?

—Redonda —dijo Bobe—. Estrellas de la noche redonda —corrigió, y capté una breve llama de inquietud, porque se removió en la silla y miró hacia el interior del local en busca de un mozo para distraer el asedio.

—Claro, claro —aceptó el otro, contento de haber pinchado su interés—. Si quieres que te dé mi opinión, ésa es tu mejor vena, la que más le conviene a tu carácter —hizo una pausa y luego lanzó, triunfante, aquello que tenía guardado desde el comienzo—. En serio, no seas cabeza dura, hombre. Aprovecha tu edad y pásalo bien, porque para meterse en problemas estamos nosotros, ¿te das cuenta? Ése es nuestro trabajo. Se me ocurre que con un poco de buena voluntad, incluso podrías colaborar conmigo a que las cosas funcionaran como se debe, ¿no te parece? Una ayuda mutua, en el fondo: yo trato de que no te falte nada y tú me ayudas a entender lo que pasa en tu gremio. Así quedamos avisados. No tienes para qué responder de inmediato, por supuesto, pero te aseguro que nadie se va a enojar, ¿no es cierto, muchachos? —se dirigía a nosotros pero buscando apoyo en los gorilas que se sonrieron al unísono, alzaron los hombros, dibujaron muecas, ofrecieron cigarrillos—. Es un procedimiento habitual, y mientras no me pidas boletas ni comprobantes, se puede arreglar —agregó divertido—. Tú pide no más.

Hizo un gesto sumario, indicando el consumo de la mesa como si quisiera ejemplificar la proposición, y uno de los tipos extrajo un billete y lo dejó junto a las cervezas. Recogió al pasar la revista y los tres se pusieron de pie, mientras Bobe respiraba hondo. Noté que la quijada se le había puesto tensa.

—Mis saludos, Pablo Mármol —dijo Picapiedra, extendiendo su mano.

Le devolví el gesto y el sudor nos igualó, pegajoso. Enseguida dirigió una pequeña venia de despedida y luego los tres salieron por el pasaje hacia una callecita trasera, caminando sin prisa ni suficiencia, seguros de haber realizado una buena gestión.

—Te presento a Rodríguez-Bueno, del cuerpo de detectives —dijo Bobe a mi lado. Y luego, como si quisiera excusarse por el mal rato que me había hecho pasar, agregó—: Qué oficio miserable el mío.

La frase me quedó, a pesar de que él insistiera en restarle toda importancia a la escena. En su opinión, RodríguezBueno sólo cumplía un trámite de rigor, además de obligado, ya que ofrecer

unos gramos de cocaína a cambio de datos útiles era un procedimiento regular en las policías de todo el mundo, y la chilena andaba especialmente necesitada de información que la orientara. Si desde abril de ese año las hipótesis sobre el crimen de Jaime Guzmán habían resultado discutibles e ineficaces, el secuestro de Cristián Edwards sumaba impaciencia y desangraba el crédito de los investigadores. En esas circunstancias era lógico que la orden policial del día fuera salir a reclutar escuchas bajo la almohada. La irrupción de Rodríguez-Bueno, según me aseguró Bobe, no pasaba del gesto rutinario de tirar la red antes de dar por terminada la jornada. Yo le creí. Pero estaba perplejo. Un tufo a incertidumbre y desconfianza empañaba el delicado cristal de la transición política después de casi dos décadas de dictadura y, según veía, no era raro que acribillaran en plena calle a un antiguo agente de seguridad o a un izquierdista descolgado de la militancia armada, y todo bajo la alfombra del nuevo gobierno. Era un clima de mierda, para ser claros, y ese estado de cosas trastornaba las posiciones anteriores y hacía de Guzmán, el arquitecto ultramontano del viejo régimen, un mártir de la libertad de conciencia, a imagen y semejanza de aquellos desaparecidos que golpeaban el mar a lo largo de la costa.

—Qué le vas a hacer —apuntó Bobe ante mi reclamo—. A los muertos se les permite todo.

—Se jodió el Perú, Zavalita —le recordé yo.

Nos reímos. Enseguida olvidamos el percance para hablar de viajes y noviazgos, planificando un nuevo encuentro al pie de la Torre Eiffel donde ninguna propuesta enturbiaría nuestro entusiasmo. Nos despedimos y yo lo amenacé con comprar una edición de su revista en el aeropuerto para leerlo durante el vuelo. No pierdas el tiempo buscándome, dijo, y no entendí la evasiva hasta revisar de punta a cabo la publicación mientras el aparato se elevaba sobre el paredón cordillerano. En las páginas su nombre no aparecía por ningún lado. BB firmaba por él.

Ahora yo tenía ese ejemplar en las manos mientras pasaba mi viudez de verano en la Rue Moscou. Me costó rescatarlo de las cajas arrumbadas en el clóset, entre lotes de manuscritos sin devolver, pero podía darme un recreo. Las noches en París seguían siendo exultantes con o sin Carla. Lo sacudí y llevé bajo la luz del escritorio. *Aquí nadie sabe nada*, rezaba la portada. Estaba fechada la primera semana de octubre y me sorprendió la manera en que se condensaba el tiempo: doce meses exactos habían transcurrido, y sin embargo el cuadro de amenaza y siniestra desconfianza que destacaba el artículo principal seguía siendo válido para retratar al país que yo había dejado. Era como si la opacidad de esos días hubiera quedado laminada en el cielo, confundida al aire turbio de las conspiraciones climáticas que ahogaban la ciudad. Es cierto que muchos de los hechos descritos allí ya eran olvido: Edwards había sido liberado por sus captores el primero de febrero, veinticuatro horas después de que el coronel Huber cayera al Maipo; otra gente corría y protestaba por sus muertos; se anunciaba el comienzo de una nueva etapa. Pero aún así la imagen de una enfermedad residual prevalecía como un mal sueño que sigue soñándose despierto después de aclarar, eternizado bajo el manto protector del desencanto.

Releí el artículo y las palabras de Bobe volvieron a mi oído. Comprendí de golpe el sentido

que guardaban: el crimen, la delación, el enmascaramiento general al que incluso la prensa rendía tributo, no dejaban más que una línea delgadísima por la cual avanzar hacia el corazón del Leviatán. La prueba de la transparencia, había dicho Bobe. Acaso él intentaba atravesarla y mantenía las distancias para conservar en secreto la posesión de un rompefilas. Sólo así podía interpretarse nuestra última conversación telefónica. De pronto me sorprendí pensando en él como en un superhéroe de historieta cuya verdadera personalidad resultaba un enigma, un poco a lo Clark Kent cuando no fungía de Superman. Incluso participaba de la dualidad y de la misma profesión del hombre de acero. Ambos eran periodistas, vocacionalmente célibes y sentimentales a la vez, aparte de ciertos rasgos comunes de abstinencia sexual debidos probablemente a la acción de una kriptonita misteriosa. Era absurdo, pero posible. Finalmente, igual que Kent, también a Bobe lo justificaba un dato de realidad indiscernible de su conducta: si el pregón oficial llamaba a pacificar las almas y cuidar de la familia, era sólo porque había llegado el momento de heredar. Al respecto no cabían segundas lecturas. Más que una batalla, se trataba de una instalación. Comenzaba a entenderlo. Después de años de esfuerzos por penetrar en la ciudadela, a eso se reducía la promesa de los dioses en manos de la necesidad política. Sin otra alternativa, por falta de imaginación o desidia, el aliento a revancha había empujado a los aqueos chilenos a abrazar contritos el orden de los troyanos. Tenían la excusa perfecta para no sentir vergüenza: de sus propias filas, las más extremas, había salido el rapto de Helena esta vez. Era el año del fracaso virtuoso, se había jodido el Peloponeso y yo apenas lo había olfateado.

7

La rentrée de septiembre trajo planes nuevos desde Bretaña que ayudaron a disolver el pastoso veraneo donde me ahogaba. Sin considerar los inconvenientes logísticos, a los pocos días Carla me participó la muy sabia decisión de compartir incomprendiones maritales con Odette, razón por la cual ella se trasladaría en los próximos meses desde su antigua casa en Milán para vivir una temporada con nosotros en la Rue Moscou. Su media hermana necesitaba cambiar de aires, dijo, y a ella misma no le vendría mal recibirla para reencontrar la comunicación que tanto le faltaba en su propia casa.

—Excelente —me eché hacia atrás en la silla del escritorio al oír su propuesta—. Le puedo dejar mi lugar en la cama y subir a la pieza de servicio para que esté más cómoda.

—Harto bien que te haría —repuso. Y miró de refilón el mazo de papeles y revistas viejas que habían consumido mi quincena—. No sé cómo malgastas tu tiempo en esas tonteras —indicó hacia la mesa.

—La amistad es lo primero —me defendí.

—Sí, claro; ¿quieres que te refresque la memoria?

—Eso fue hace mucho —dije, notando que la conversación tomaba un curso ingrato. Además, no era ella la indicada para culpar a nadie por lo sucedido con Bobe, menos cuando su juicio nacía de un relato sesgado, el mío, para ser precisos. Ni siquiera yo, el principal afectado, tenía derecho a hacerlo. Nos habían castigado juntos y aunque el daño fuera más severo en mi caso, también él había pagado a su modo la ocurrencia de jugar con fuego al lado de un tanque de gasolina, arrojando esos panfletos miserables en los jardines del antiguo Pedagógico. La idea de encender una fogata con el retrato del abuelo guerrero fue suya, es cierto, pero no estábamos equivocados.

—Éramos jóvenes y románticos, sólo queríamos ser un poco desgraciados —recité.

—Y quieres empezar de nuevo —concluyó ella, hiriente—. Mejor me voy al trabajo.

Abandonó el dormitorio y escuché la puerta que se abría y cerraba del otro lado. Su reclamo era de un sentido común incontestable. De hecho, ¿qué hacía con la cabeza sumergida de nuevo en un balde de agua? Incluso Bobe se apartaba con prudencia o hastío de su trabajo, mientras yo insistía en mirar bajo las piedras a una distancia que sólo podía distorsionar la perspectiva. No tenía pasta de Smoley y menos de testigo del frío para extraviarme en los intrigantes recovecos del secretismo nacional. Yo sólo soy un lector de literatura chilena en París, me dije, ése es mi oficio. Ésa, y no otra, era la única diferencia consistente que mantenía con Carla. Nada de tú con Palestina y yo con Israel, Guevara o Fidel, Debussy mejor que Ravel. No, ninguna afectación electiva debilitaba nuestro pacto conyugal, el cual —hay que decirlo— floreció durante años al abrigo del ancho y glamoroso mundo donde ella reinaba como ama y señora, mientras yo oponía el natural contrapeso viril como un enclave del buen gusto entre la creciente minoría de lectores. A veces creía ver en esta diferencia un punto negro y otras un punto blanco de nuestra unión, pero era una duda doméstica que se despejaba con sólo cruzar la frontera. Si Carla era feliz en su trabajo editorial, yo no me sentía menos satisfecho de haber elegido un puesto subalterno para fortalecer mi idea de la sombra como espacio de acción. Éramos un entomólogo y una mariposa unidos por el mismo amor al arte, al idioma de la transformación. Nos protegíamos mutuamente, si se puede decir, ya que nunca o casi nunca hablábamos de nuestros respectivos quehaceres. Era lo que correspondía. Carla gastaba sus horas en reuniones con gente célebre, mientras que mi misión era fiscalizar la celebridad. Cada uno operaba en su dominio sin que el otro interfiriera, transparentes ante nosotros mismos en ese trato indirecto con la perversión. Si ella gozaba colocando caramelos bajo la mirada de sus autores, yo en cambio disfrutaba en la reserva del cubículo, obligado como estaba a no saber quién firmaba qué al momento de dejar flotar mi cabeza sobre el anonimato de los textos.

El sistema funcionó bien y nos hizo cómplices durante la mejor época que pasamos juntos, cuando ideamos La novela de Pablo Mármol y nos divertíamos a costa de los candidatos que buscaban una oportunidad de hacerse traducir para publicar en la editorial. Entonces bastaban unas señas por el teléfono para sintonizar el canal del amor eterno.

—Ecuador —me decía ella, y yo entendía que esa noche llegaría tarde porque la esperaba una cena con un escritor del país en cuestión. De seguro irían a un restaurante japonés o algo similar. A mí me daba igual, nunca he tolerado la comida oriental. Todas esas larvas reunidas que parecen mocos de caracol terminan por adormecer el sexo y aflojar el iris.

—Viva Chile, mierda —respondía yo, vengativo, pero contento en el fondo de extender la jornada y demorarme un poco más en la saliente del dormitorio, donde aprovechaba de revisar bibliografía, detectar redundancias, clasificar manías y desnudar efectos de sus circunstanciales amantes que, ésa u otra noche cualquiera, estarían sentados ante la mesa con los ojos reblandecidos por el escote, ansiosos de una palabra suya que les permitiera hacerse una idea aproximada del esquivo futuro que labraban sobre mis espaldas.

—Pídeme lo que quieras —diría Carla, fijando una mirada vagamente provocativa en su interlocutor ocasional, mientras deslizaba un dedo por el borde de la copa como si lo invitara a probar un clavado dentro de ella—. Lo que quieras, pero nunca eso: con Pablo tenemos un acuerdo muy estricto al respecto —agregaría, dejando en suspenso la ilusión que justificaba la cena, porque yo estaba en lo mío y ella en lo de ella, y ambas eran materias distintas si se consideraba que publicar a un autor era una cosa y fallar sobre su trabajo otra muy diferente. Luego Carla hablaría de los chismes que corrían, de los planes sorpresa que preparaba la competencia y de los últimos trabajos seleccionados para la temporada, mientras Ecuador se enervaba y comenzaba a sangrar por el orgullo herido.

—Ten confianza —terminaría diciéndole Carla para bajar la tensión y descomprimir el ambiente. Luego dejaría reposar la punta del índice en el rosa oscuro del vino y hasta es posible que se lo llevara a los labios para dilatar el gusto que le daba oficiar de gran sacerdotisa, dejando al sesgo que Ecuador proyectara la esperanza de un premio de consuelo bajo su falda.

Ésa es mi chica, diría cualquiera, pero no: ella era solamente Carla cuando aún no volvía de Bretaña ni planificaba una microcomunidad terapéutica con su media hermana Odette en nuestro piso en París, y en cambio regresaba a la Rue Moscou casi a saltos de carnaval y con el alcohol todavía tibio en la sangre, respirando como una loba sobre la noche para que mi lengua recogiera el loco goteo que venía empapando su sexo. Yo la confortaba despierto o dormido, aunque el verbo quizá deba ser otro, y en el reposo extasiado me repetía: Pablo, eres un tipo afortunado, qué delicia de mujer te ha tocado, sabiendo en el fondo que todo se lo debía al oficio de sombra, a mi oscuro arte consagrado. Ser el fantasma de la literatura latinoamericana en París debía constituir por fuerza un atractivo innegable. Finalmente, era yo quien abría y cerraba las puertas a esos hombres y a esos libros que buscaban el protocolo de su sonrisa alerta con la neurosis bien peinada. Era mi trabajo el que reducía sus fantasías, el que las desechaba o recomendaba para una solapa tan mentirosa como la supuesta superioridad idiomática del francés. Yo era su excelencia el lector, el *semblable* hermano gemelo de Baudelaire. Una argolla protectora ajustaba mi exilio con perfecta hipocresía.

La comodidad no me libraba sin embargo de ansiedades y ataques de aburrimiento, tal como se demostró ante el derrotero tomado por Bobe y que yo prolongaba sin mayor destino. Las razones para hacerlo estaban claras: había visto en esa trama de episodios irresueltos la realidad que me faltaba. Ésa era mi tierra quemada, la única que podía considerar como propia. Lo veía claro a través de las cartas y mensajes que ahora intercambiábamos casi secretamente con Lara, y que sin embargo tenían la fortuna de devolverme sonidos olvidados, colores, pausas íntimas deslizadas en la confusión de los saludos garabateados en servilletas y papeles entintados por el vino. Su caligrafía nerviosa era la estela que yo seguía para recuperar aliento y encontrar la huella que iba dejando esparcida entre las palabras, un sistema de señales suspendidas que no se me antojaban dolientes ni desesperadas, sino más bien cómicas, burlonas, huidizas como un aleteo lejano. Esos recortes que ella enviaba eran suficientes para recobrar la materia de lo veraz y lo vivido. No se trataba de un paisaje de consuelo, sino justamente de lo contrario: era sobre esos restos que mis manos y espaldas se apoyaban. De existir, la trampa se guardaba en otra parte.

Lo descubrí tarde, cuando ya los recurridos artículos de BB actuaban sobre mi tedio y lo abrigaban como el haz intermitente de un faro ante un cielo de tormenta. Desoyendo la amenaza de un engaño en trompe-l'oeil, hacia allá me dirigí, contento de arrimarme a un propósito real y asir el largo lazo comunitario que restablecía los puentes cortados por la crispación de la vida parisina. Pero la empresa no resultaba sencilla. Al mismo tiempo que fijaba el rumbo sobre los hechos puestos de relieve por Bobe, perdía el punto de apoyo, si se puede decir, implicándome entre remolinos hostiles y otras metáforas marinas igual de inconducentes. Me abismé de sólo pensar en las dificultades que enfrentaba para llevar a puerto una hipótesis medianamente válida, y concluí que no habría manera de sortearlas mientras continuara recogido al interior de esa pecera que me había construido con Carla. Podía empeñar la seguridad de la Rue Moscou en el intento, aunque tampoco el ejemplo de Bobe mejoraba las cosas, si acaso era cierto que, tras desahuciar sus esfuerzos por vanos o atrabiliarios, había decidido limitar sus afanes a la realidad pura y dura, a la farándula universal. También para él los hechos se licuaban sin remedio, perdidos en una maraña de suposiciones. En su caso, la desertión —fingida o no— debía resultar doblemente penosa al carecer de una distancia física que justificara la retirada. Yo al menos podía interponer la inercia parisina para hacerme a un lado, mientras que él debía aguantar la posición sin distraerse, como un vago obligado a rondar con la casa a cuestas por las esquinas de su infancia. Vivía sin sitio, pensé, desplazado para siempre del lugar que creía haber ocupado, más ligero y anónimo que cualquiera de nosotros. ¿O era de verdad una liberación, como lo había pretendido por el teléfono? ¿El acto de quien cuelga los hábitos y corre a emborracharse en su primera noche sin cielo ni promesa? ¿Se habría transformado en un hombre banal igual que yo, carente de imperativo personal?

—Barry White —me oí decir con cierta admiración.

—Estás hablando solo —me advirtió Carla.

Era cierto. Me hallaba en la sala, sentado con la vista fija en el techo y los labios en permanente movimiento, como si dictara una conferencia en un teatro invisible. Fue una imprudencia. Nadie debiera exhibir sus reflexiones en voz alta cuando ignora hacia donde conducen.

—Pensaba en esas historias —me excusé.

—¿Cuáles? ¿Las de tu amigo? —se adelantó a decir—. Qué obsesión la tuya. Él ya no se debe ni acordar, y en cambio tú insistes en darles la mayor importancia.

—No sé —me mostré dubitativo, aunque en el fondo no lo estaba—. Hay un fondo de verdad en todo lo que contó. Al menos se trata de un mundo reconocible. Algo que uno identifica de inmediato precisamente porque todos los datos apuntan a negarlo. Es una realidad tapada.

—¿Qué quieres decir?

—Eso mismo —extendí el brazo y jugueteé con el cordón de la lámpara antes de inculparme—. No digo que siempre sea así, pero las paranoias criminales de Bobe son bastante más ciertas que esos novelones mixtificantes donde tus escritores se dedican a exaltar el colorinche sudamericano.

—Hablas por la herida —me dijo—. ¿Qué interés puede tener un contrabando de armas para alguien que busca placer y belleza en un libro? Ninguno, ni el más mínimo. Sólo a ti se te ocurre ir con una lupa mirando fechas y revistas amarillentas como si fuera la cosa más atractiva del universo. Además —corrigió, dando por cerrada la discusión— mis escritores, como los llama el señor, son también tu trabajo.

—Voilà —dije, malhumorado.

Como buena alumna en la Barcelona ochentista donde nos habíamos conocido, Carla era una convencida de que cualquier discusión literaria debía zanjarse con el expediente del contrato en la mano. Creía ser o se sentía una discípula de los míticos editores y agentes del boom maravilloso, y no perdía ocasión de demostrarlo por pírrica que fuera su victoria.

—Bueno —concedió, viendo que permanecía callado— si tanto te intriga la historia de Bobe, escríbela.

—Sabes que sufro de emasculación creativa —me burlé. Era mi provocación contra la suya. Traté de suavizarla y agregué—: Aparte de que hay cosas que no calzan en un papel.

—Entonces invéntalas —contestó de un modo seco.

—¿Como La novela de Pablo Mármol?

—Como La novela de Pablo Mármol.

—No es mala idea —dije, y abundé con cinismo—. La invención del mal...

Carla se levantó de improviso, irritada y sin ganas de seguir escuchando. Siempre reaccionaba con dureza al primer asomo de una degeneración en el gusto. Yo estaba por decir que el único inconveniente era que la naturaleza del objeto obligaba a participar de él, se requería el compromiso y la presencia de la primera persona para que la invención del mal fuera real (era una condición de su existencia, pensaba: nadie puede emprender la narración omnisciente del mal,

porque el mal era precisamente esa falta de distancia privada para contar la verdad). Era la única ley que no se podía transgredir, iba a decirle: la regla del yo que participa del crimen como uno más, porque no hay mal en estado de ignorancia y se requieren alianzas, compromisos, participaciones y una red bien tramada de omisiones para que el crimen pueda florecer, pero Carla no me dejó terminar. Salió de la sala al dormitorio, donde se encerró a descansar con un portazo de advertencia, mientras yo me quedaba pensando en que era precisamente esa incursión a la noche brutal de donde surgía como un rayo morboso todo el atractivo de las crónicas de BB, y creo, estoy casi seguro, de que ella, Carla, también lo sospechaba y por eso corrió a cubrirse, para no ser alcanzada por la evidencia que a mí me sujetaba.

Ignoro si fue aquella discusión u otra cualquiera la que precipitó las decisiones, pero Odette adelantó sus planes de mudanza y en febrero o marzo ocupó la pieza de servicio para dormir y el resto de la casa para estrechar sus vínculos con Carla. Yo estaba tranquilo. Si no podía darle un hijo, mi mujer siempre dispondría de un huésped sobre su cabeza antes de apagar la luz. Ayer había sido Bobe, hoy le tocaba a Odette, mañana llegaría mi turno. Cada inquilino tenía su momento. Entre tanto, atendí al consejo y me sumergí en su proposición de una nueva novela potencial, dando inicio a un período raro, oscuro, lleno de tentaciones absurdas ante la presencia de las dos hermanas. Queriendo eludirlas escondí la cabeza como un caracol, y hoy me estremece pensar que esa conducta se prolongó por más tiempo del que estaría dispuesto a admitir en público. Para disfrazarlo, me escabullí entre rutinas y deberes de dudosa necesidad: salía temprano en busca de un trámite que copara mi ansiedad matutina y regresaba a encerrarme en las tardes como si atendiera un asunto delicado y exigente. Era propiamente una maniobra de autodefensa ante la disparidad objetiva de fuerzas, y tuve la buena ocurrencia de apodararlo El Gran Encierro, para recordármelo cuando alguna circunstancia amenazaba con desbordar mi paciencia. Su característica principal era la falta de solución inmediata a los problemas conyugales y la consecuente necesidad de resistir a las presiones y evitar males mayores. Por las noches, cada tanto, me escabullía en los locales de Pigalle, donde admiraba a las chicas africanas hacer el baile del suavecito pegadas a una barra vertical. Las invitaba a tomar algo y si alguna preguntaba mi nombre después de revolcarse entre las sábanas, yo parodiaba al vate del sur como si bajara del mismísimo Olimpo con la camisa desabrochada: Soy un animal de luz, decía entre irónico y onírico; un hombre acorralado por sus errores y el follaje. Ellas reían y se acababa el interrogatorio. Pero ningún verso me calmaba. El Gran Encierro tenía en el alcohol a su único y fiel compañero de claustro, mientras que su distracción favorita era el trabajo. Con el alcohol el trabajo se hacía festivo, los textos encontraban resonancias insospechadas y múltiples, como sombreros de mago que se abrían sobre la neblina de la página, lo que a su vez redundaba en que el trabajo ofreciera una excelente coartada para seguir tomando. Ambos recursos me llevaron hacia la salida que no deseaba.

Antes, devoré libros, periódicos, revistas y hasta folletos publicitarios que colmaron mi interés

por Chile en un sentido opuesto al triángulo que formábamos en la Rue Moscou. Aún no se popularizaba el uso de páginas electrónicas, así que utilicé a modo de palimpsesto cualquier material impreso después de 1989, de acuerdo al certificado de nacimiento con que los historiadores inauguraban el siglo veintiuno. Bajo esa premisa arbitraria releí a poetas y cuentistas, a autores emergentes y otros que se despedían, a quijotes y escuderos, sin menospreciar al puñado de novísimos talentos narrativos que valoré con sincero entusiasmo, preso de un frenesí que creía perdido desde los gloriosos tiempos en que a la menor provocación buscábamos la desgracia sin adivinar que la simple realidad nos esperaba. Atravesé un interminable arrenal de palabras, sordo al murmullo de Carla y Odette que reían, salían al cine, desayunaban y volvían a reír mientras yo continuaba mi travesía con el morral al hombro, sabiendo que en cada texto encontraría —por difuso que fuera— el párrafo o la frase que buscaba, el pequeño trozo de vidrio que mi teoría del complot ajustaría enseguida a la necesidad de los hechos, ya que éstos así lo exigían.

Como en La novela de Pablo Mármol —aunque ahora toda la acción ocurría en Chile y entre chilenos— ingenié una farsa de proporciones gigantescas cuya exacta formulación rescaté de una conferencia de Ricardo Piglia que yo debía traducir al francés, y en donde el escritor argentino sacaba a cuento una cita inspiradora de Paul Valéry para ilustrar la conjura que maquinaba. La cita estaba en castellano y al no encontrar el original me obligué a ganar tiempo retraduciendo el texto al francés. Aquí lo vierto nuevamente a la versión inicial, como si fuera una parábola del viaje que realizan las palabras a través del sucio charco antes de ser admitidas en la biblioteca universal: «Una sociedad asciende desde la brutalidad hasta el orden —anotaba Valéry—. Como la barbarie es la era del hecho, es necesario que la era del orden sea el imperio de las ficciones, pues no hay poder capaz de fundar el orden por la sola represión de los cuerpos por los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias».

Había copiado a mano la sentencia en una hoja que colgué sobre el corcho, frente al escritorio. Ésa sería también mi hoja de ruta, mi plan de desembarco. Qué vergüenza: de cónsul literario en París me volví un lector-espía, abocado a detectar y medir la fuerza de esos ejércitos de mentira que arremetían desde la llanura, y que yo censaba en pequeñas fichas personales bajo el severo *dictum* de mi poeta malpensado. Sordo a las advertencias de Carla, vestí un traje de inquisidor y salí a cazar hechicerías con un marcador rojo en la mano. Que nadie me juzgue mal; fue un tiempo que hoy me hace temblar. Pasaba los días en un aislamiento furibundo, acariciando reproches y argumentos en espera del Juicio Final. Muy pronto mis indagaciones prosperaron hasta un punto de máxima distracción doméstica, y sentí que comenzaba a enfermar en un limbo de ausencia y pesadumbre. Era víctima de mi propio rapto. Un telón invisible me separaba y acrecentaba el sentimiento de culpabilidad. Aquello no era nada sano, me estaba envenenando a punta de objeciones y réplicas que nadie oía. Evocaba situaciones que nunca habían sucedido. Tras agotadoras y extensas jornadas de trabajo, un cerro de notas al margen, subrayados, cruces y

flechas insidiosas multiplicaron con su efecto microscópico mi ingeniería del mal, con el agravante de que pasadas algunas semanas no sabía a ciencia cierta cómo interpretar la profusión de aquellas marcas y pintas de colores en mi insectario fantástico. Vivía agazapado, como esperando una abducción extraterrestre. Es lo peor del exilio: quedar tirado en la frontera, a merced de los demás, soportando una descarga de ansiedades, manías y celos ingobernables que sólo anuncian mayores cuotas de soledad. Hasta terminar sin uso. Por eso no tenía sueños ni proyectos que alcanzar.

Jamás, ni cuando debí salir de Chile a respirar por la herida, había encarnado en mí semejante negatividad. Así decía Bataille que sería el fin de la historia: como un alumbramiento de la crueldad. Después de tantos años de destierro, ese punto muerto al que yo volvía por mis propios medios era el auténtico exilio, el único que merecía tan prestigioso título. Y saberlo era todo lo que necesitaba para liberarlo. Una noche cogí el termo de café y me senté a escribir. La angustia tenía un rostro y yo debía mirarlo. Mis dedos corrían sobre el teclado. El resto era pura propaganda.

8

Trabajé a conciencia y sin chistar, como si redactara diariamente un informe para un fantasma que se había quedado atrás. El fantasma era chileno y yo su destacado corresponsal en el exterior. De forma insospechada, escribí sobre Chile y para Chile algo de lo cual ni siquiera podía decirse que fuera falso, pero que tenía la virtud de liberarme de mí mismo entregado a los demás. Le daba mi sangre a un autor que no era yo. Sí, admitámoslo; al escribir, también yo, como todos, como el universo entero, me deslicé hacia el periodismo, orgullo de los vencidos. Es lo que dice el Diario, y aquello me ayudó a recuperar lo que Bobe extravió. Nadie intervino en mi inmersión a ese paraíso de la opinión, y de un error a otro conquisté cierto aire de gravedad para mi yo interior. Salvando las apariencias, obtuve además algunos frutos inesperados cuando el sentido de causalidad me volcó en dos o tres pesquisas que confirmaran la dirección que llevaba. Era una posibilidad agónica, pero coroné el empeño con algún éxito al ubicar a la Ivi Finance & Management, la sociedad presidida por Gunther Lienthauser y que había actuado como compradora ante los fabricantes chilenos en el caso de las armas. Las sedes estaban estratégicamente localizadas en Luxemburgo y Panamá, una oficina para cada región, donde la laxitud impositiva permitía triangular grandes sumas de dinero sin justificar. La sucursal de Luxemburgo parecía ser la principal, y anoté los datos por si se me ocurría visitar a Ives Marziale: desde la Estación del Este demoraría a lo más unas tres horas. Luego busqué a la Southern Airlines en el minitel y encontré una oficina de representación en el barrio de las compañías aéreas, junto a los Campos Elíseos, a unas cuadras del Crazy Horse. Llamé y me hice

pasar por un chileno interesado en exportar piedras de lapislázuli para la joyería francesa. Agregué que en alguna oportunidad había contactado en Santiago a Jean Paul de Bourguignon. ¿No había regresado él a París? Monsieur de Bourguignon estaba a cargo de la oficina de Madrid desde hacía unos cinco meses, me dijo la secretaria. Pedí los teléfonos y la dirección. Enseguida la sola idea de dejarme caer en la Torre Europa, sobre el Paseo de La Castellana, aceleró todas mis suposiciones.

Estaba recompensado. Levanté un resumen cartográfico con el movimiento de piezas y las distintas pugnias sostenidas hasta entonces. Mis apuntes trazaban una enorme recta que nacía a comienzos de los ochenta, cuando agentes de la Mossad israelí y del MI6 inglés estacionaron en Santiago y adiestraron al contingente de lo que sería el futuro servicio de contraespionaje del Ejército, conocido por sus siglas como el CII. La escuela quedó instalada frente al hospital institucional, en un departamento cuyo edificio había sido adquirido íntegramente por funcionarios militares. Entre los alumnos del centro figuraba el coronel Gerardo Huber, quien venía del Departamento Exterior de la policía política y llevaba un tiempo trabajando con Eugenio Berríos, un químico civil que había estado a cargo del desarrollo de nuevos procedimientos de eliminación humana como el gas sarín, y quien misteriosamente había desaparecido de Chile en 1991. Con el cambio de régimen todos ellos se habían convertido a La Cofradía, una organización que reunía a los oficiales del Ejército con responsabilidades represivas, y que ahora actuaba como una hermandad de protección secreta ante los juicios y demandas que se avecinaban. A su vez, Jonathan Moyle estaba vinculado a la inteligencia británica tras su paso a retiro de la RAF, en 1988, y en esa condición había llegado a Chile a reportear la feria de armas el año 90. Tenía que conocer, por fuerza, a quienes habían sido alumnos del MI6 una década atrás, en el pequeño departamento de calle Holanda que enfrentaba al Hospital. O al menos estar informado de ello, como también de los grandes negocios que se desarrollaban a instancias del evento que visitaba. Las dos llamadas que había realizado de madrugada, a las cinco y media la primera y a las seis la segunda, testimoniaban su nerviosismo. Nadie que se va a suicidar llama a su padre y a su futura esposa para decirle de madrugada que quiere volver a verlos. Las declaraciones de ambos no dejaban dudas al respecto: Moyle se sentía seguido, deseaba abandonar Santiago lo antes posible, era consciente del tipo de riesgos que lo acechaban.

Pero si la política en una obra literaria es un escopetazo en un concierto, tal como Jacobo tenía la delicadeza de recordármelo en honor al maestro cada vez que lo hacía partícipe de mis solitarias indagaciones, en este relato de pistolas la fórmula debía invertirse: es decir, aquí la literatura era una excusa de autor para darle tiempo al diablo de esfumarse y dejar atrás la habitación donde Moyle había quedado colgando del perchero. Al respecto los datos hablaban en voz alta: un año y medio había transcurrido antes de que el crimen adoptara judicialmente la figura de homicidio, por lo que era obvio pensar que al periodista inglés lo habían matado dos veces. La primera, durante la madrugada del 31 de marzo, después de una noche tormentosa con los

españoles Tierol y Trías en el club Emmanuelle. Su asesinato era un mensaje de correo dejado por alguien que contaba con un tiempo de entrega lo suficientemente amplio como para borrar sus pasos. El cálculo era correcto: ese despacho demorado fue el que se tomó la investigación para desestimar la tesis del suicidio, optando en cambio por la acción homicida. Era su segunda muerte. Lejos de pertenecer a la naturaleza de la justicia, aquella tardanza formaba parte del plan: sancionar la intromisión y que el castigo fuera oído en su momento únicamente por orejas entrenadas. Así se marcaba el territorio, diría un experto en símbolos.

A mayor abundancia, el mismo observador agregará que a Moyle lo asesinaron por tercera vez cuando el caso se cerró sin identificar responsables. Era un complemento al crimen, pero entonces la literatura quedaba reducida a una ostentosa reverencia con la mirada en el piso que evitaba situaciones desagradables. Queriendo reducir los cargos, me sorprendí una tarde visitando los bajos de la biblioteca Descartes en el Cinquième para documentarme, y luego partí a visitar los archivos de prensa de la embajada chilena en La Motte Piquet como si caminara de espaldas siguiendo la pesquisa realizada por Bobe. Extraje no pocas conclusiones. La general suposición de la prensa en Santiago apuntaba a que Moyle estaba por descubrir un importante tráfico de armas hacia Irak, y por eso algunas miradas se volvieron hacia el empresario chileno Carlos Cardoen, un personaje que había amasado una fortuna comercializando bombas de tipo racimo hacia ese país durante los años ochenta. Se comentaba incluso la discusión que Moyle había sostenido con el relacionador público de Cardoen el día anterior en la entrada del hotel, pero era un error adjudicarle valor probatorio a una disputa entre un periodista y su fuente. De hecho, al momento del homicidio, Cardoen ya no producía para Irak por la sencilla razón de que estaba fuera del control del negocio. La secuencia establecía su retiro progresivo a mediados de esa década, cuando sus socios de Famae, la fábrica chilena de maestranzas militares en donde Huber era uno de sus directivos principales, privilegiaron una alianza con Ferrimar, una empresa con capitales sirios y españoles que era investigada en la Audiencia de Madrid por tráfico de armas. Incluso más: Cardoen había litigado con los representantes de Ferrimar en 1986, acusándolos de intentar robar los planos de la bomba racimo. Días después de presentada la querrela, una explosión en la fábrica de Iquique había dejado varias decenas de muertos y la sospecha de un posible sabotaje en contra suyo. Luego de esto, el hombre se había peleado a muerte con la plana mayor de Famae y apoyado públicamente a los opositores políticos del régimen, dando así la respuesta más contundente a quienes lo habían convertido en invitado de piedra al negocio de las armas. No era cuestión de ser demócrata sino hombre práctico, y quizá Cardoen fuera el primero de una larga lista en comprender a tiempo que ambos términos eran sinónimos. Estos mismos antecedentes hacían muy improbable su participación en el asesinato de Moyle, toda vez que las averiguaciones del periodista sólo podían afectar los intereses de los enemigos jurados de Cardoen, quizá los únicos capaces de liquidar en pleno centro de Santiago a un corresponsal extranjero y de hacerlo aparecer luego como suicidio en boca de la policía. Él ya no tenía ese

poder, menos en medio de una feria internacional de armas transformada en centro del espionaje mundial. Que las miradas se volvieran hacia mercenarios contratados por Irak no mejoraba la acusación, ya que esta trama bien podía ser un queso venenoso puesto a disposición de la prensa por los verdaderos amos del negocio, los sirios y españoles que comercializaban los productos chilenos a través de Ferrimar.

¿Era ésa la huella que seguía Moyle y que luego Bobe continuó en solitario? Misterio, pero ahora era yo quien iba tras ellos en un viaje que parecía una caída en pequeños abismos de tiempo, sumergido hasta la náusea en historias de espías. Había que andarse con cuidado. Localicé una librería especializada en Rue de la Clef, próxima a la Mezquita, donde me entretuve memorizando episodios legendarios, aprendí recursos y técnicas según el país y la filiación del servicio, revisé biografías y cotejé confesiones, testimonios novelados e investigaciones periodísticas sin llegar a ninguna conclusión rotunda sobre el período que me interesaba. Cada relato alteraba la realidad a su modo, apelando al exceso de información para hacer verosímiles relaciones que de otra manera sólo habrían provocado burlas. Traiciones, chantajes sexuales, agentes secretos dejados a la intemperie, sanguinarias operaciones de castigo y sutiles venganzas eran la norma en un mundo de mentira. La cautela debía orientar mi lectura para no caer en la fácil tentación de verlo todo a través de la desnutrida imaginación política. Una prueba al canto era la presencia de Ari ben Menashe en Santiago a comienzos del año 89. ¿Qué hacía en Chile el hombre del Mossad que había servido de enlace entre Irán y la Casa Blanca durante el tráfico de armas por rehenes? Le habían disparado en pleno centro desde un vehículo en marcha cuando se desplazaba por un costado de la plaza de la Constitución, y salvó la vida sólo gracias al maletín metálico que llevaba consigo y del que nunca se separaba, lo mismo que Bobe cuando bajó sobre el andén de la Gare du Nord. ¿Existía alguna relación entre esos incidentes y los sicarios que habían suicidado a Moyle? Todos aquellos nombres debían significar algo, indicaban una dirección.

La imposibilidad de cazar un premio propio me hacía naufragar en el desaliento, y tuve una conclusión inoportuna: La Cofradía seguía activa, pero la trama de los hechos estaba agotada. Sólo quedaba espacio para imaginar tonterías, contar historias, mentir y mentir sin alcanzar nunca un borde donde secar tanta mitología. Daba lo mismo morir o que te mataran, a no ser que se hiciera la luz sobre la primera muerte de Moyle, la que anunciaba todas las demás en la madrugada del 31 de marzo. Yo pensaba: si un auténtico suicidio niega la existencia de los demás, y en especial de sus más próximos, por fuerza el asesino ha de formar parte de esa familiaridad que el falso suicida querría dar la impresión de ignorar. ¿Quién podría ser? Me estremecí en la silla. Parecía obvio.

—¿Será posible que Su Excelencia colabore con la servidumbre y levante el culo de una vez?

La voz de Carla me sacudió como un viento frío. Oí los pasos que se alejaban mientras yo seguía despierto y atento soñando mi pesadilla. Levanté la cabeza y me aparté del escritorio. Su

destemplada agresividad era exagerada, pero comprensible. Corría el último día de diciembre y ni aun en vísperas de la fiesta de fin año había logrado despejar los rencores como nubes negras estacionadas sobre el cielo del estudio. El malestar general que producían alrededor era evidente. Hasta ese momento todavía confiaba en poder deshacerme de su escozor. Me puse de pie de un salto, obedeciendo al reclamo de Carla.

—Aquí falta música, mon amour —dije para apaciguar los ánimos de las dos hermanas que se afanaban en la sala.

Carla contestó con una ironía del tipo por favor no te agites demasiado, cariño, has estado cocinando todo el santo día, mientras Odette acomodaba el sofá con un suspiro reprobatorio. Veamos cómo está ese pavo, lanzó al pasar. Fue a la cocinilla y comenzó a traer los platos de la cena que habíamos programado para recibir el primer día de enero.

No esperábamos a mucha gente, pero terminamos sofocados entre las amistades de Carla y Odette (todas de París) y las mías (todas chilenas o semejantes: léase el Mono Muñoz, Jacobo, Elizabeth, que andaba con los hermanos Riffo, y también Zoraida, una nicaragüense voluntaria de la Casa de América Latina que parecía haber sido enganchada a propósito para arruinar la velada). Recuerdo que antes incluso de que llegara el primer invitado ya había empezado a tomar como un cosaco, en represalia por la forma inamistosa con que había sido recibido en la sala, de modo que cuando sonó el timbre y vi en el umbral al pretencioso de Antonio Rürger no pude menos que bajar el pulgar de un modo ofensivo y concluyente. Lo reconocí por la foto en la solapa de su último libro. Era uno de esos escritores pavorrealistas que daban vueltas por Europa ostentando su beca de tributo al conformismo, y hacía meses que esperaba el visto bueno para publicar en Francia. Viendo que aún no llegaba nadie, Rürger avanzó unos pasos hacia la sala y me dijo: hola, tú debes ser Pablo. Venía acompañado de una rubia con cara de mañosa, y como efectivamente yo había tomado palco mientras las hermanas se esmeraban, me puse de pie sin soltar la copa y le espeté sin aviso: Policía Militar, identifíquense por favor. Los dos rieron pero de inmediato el susto empañó los anteojos de Rürger cuando, saltándome todos los códigos de reserva a los que me obligaba el oficio, agregué plantándome al frente como una estaca: tu manuscrito es horrible, aparte de que *Las rocas del vino* es un título vergonzoso. Es lo primero, y quizá lo último, que tenía que decirte. Le estaba sacando la cuchilla, pero el maricón ni se defendió. Así son todos estos escritores, pensé, hundiendo la vista en unas burbujas pequeñas que estallaban al fondo de mi vaso de kir. En medio del desconcierto, Carla se interpuso: ¿se conocen?, le hablaba a Rürger y a su rubia mañosa. Le conté a Pablo de tu estancia en Berlín, dijo en tono obsequioso. Mejor no hablemos de eso, repuso él eludiendo el choque. Carla lo interpretó como un gesto de modestia y acarició su mejilla y enseguida se los llevó a los dos a un lado mientras se producía una avalancha de invitados a través de la puerta.

El abrazo de los amigos me calmó un poco. Siguió llegando gente y entre las fuentes de ostras colocadas sobre la mesa del rincón y el pavo instalado en la esquina opuesta, el departamento

crujió como un bote que obliga a sus ocupantes a distribuir el peso hacia los costados para no hundirse. A un lado se agrupó la civilización europea mientras al otro extremo los bárbaros alardeaban y se emborrachaban. Era un tópico, un clásico de nuestras soirées, y cuando dieron las doce, con Carla nos miramos a través de esa frontera mutuamente convenida tras la cual ella jugaba el rol de maestra de ceremonias y yo de marido descamisado. La maquinista y el pasajero unidos en una misma manía integradora, pensé, mientras nos estudiábamos de refilón sin abandonar nuestras respectivas etiquetas. Dieron las doce y Carla alzó su copa hacia mí con el mismo recato con que retribuía los dobles besos en la mejilla. Yo le devolví el gesto, pero éramos como dos esgrimistas antes del primer asalto. A mi lado estallaban risas salvajes, chorreaba el champán y corrían los empujones y abrazos queriendo desatar una pequeña bacanal. Atravesé el campo para abrazarla. Todavía podíamos ser una pareja si iniciábamos correctamente el año y le hacía olvidar aquello que no iba a poder darle, la felicidad de un hijo o de un esposo con horario fuera de casa y cobertura social al día para dilapidar las horas en sus vernissages. Alguien, en fin, que ni de lejos era yo. Crápula, oportunista, dijo alguien encima mío. Era Odette. Me estaba cerrando el paso con una bandeja en vilo y me hablaba al sesgo, entre divertida y seria como quien se detiene a ofrecer mercadería. Llevaba dos grandes recipientes de couscous acompañados de potes de salsa, una verde claro y otra colorada. ¿Se te perdió algo? preguntó enseguida. Quedé atónito y mi mirada se perdió entre sus ojos. Eran de un castaño claro y estaban endurecidos por la cercanía con que me asediaban. La línea del rostro se diluyó y los planos comenzaron a trastocarse entre risas y movimientos de oleaje. Odette, le dije, déjame besarte. Finalmente vivimos juntos los tres. Ella corrió la cara y quedé de bruces enfrentado a Rüger, que observaba la escena de cerca, sin perder detalle. No hagas la fiesta conmigo, reclamó Odette mientras se apartaba. Alcé los brazos, entristecido, y trastabillé antes de dejarlos caer sobre los hombros del escritor berlinés. Mi querido amigo, le dije. Perdón, no quise ofenderte cuando llegaste, en serio. Pero eso sí: cambia el título. Y elimina el comienzo, la primera frase al menos: *tengo para mí que las rocas del vino fatigaron su esperanza...* ¡Por favor, Rüger! Qué estilo es ése, ni Borges cuando se creía Borges. La siutiquería podrá ser un género literario como cualquier otro, pero hay que ejercerlo sin redundancia. Ponle: *Un día se cansó de tomar*. Punto y aparte. A otra frase, rápido: ¿qué se te ocurre? A ver si esta noche salimos con un libro distinto para publicar en Francia. Título: *El vino en las rocas*, o simplemente: *Vino en las rocas*, sin artículo, eso suena perfecto. Como homenaje a los perros del viejo De Rokha. No es mucho decir pero salva los muebles. Estarás de acuerdo, ¿no? Antonio Rüger afirmó con la cabeza, mecánicamente. En un momento noté que desviaba los ojos pidiendo ayuda. El volumen de la música subió de golpe. Alguien recogía la alfombra. Un torbellino se agitaba a mis espaldas levantando sillas y empujando mesas. El ataque de los bárbaros comenzaba sin que yo hubiera logrado abrazarme con Carla. Era un pésimo antecedente del nuevo año que comenzaba. Esa intrigante de Odette lo había impedido, confundiéndolo todo. Me giré en el instante preciso que la rubia mañosa se entrometía

entre Rüger y yo. Por favor, pasa, adelante, dije. Mi lengua farfullaba sobre su abrupta aparición. Por qué esa cara, belleza. Tendrías que estar contenta; mira, con el amigo aquí acabamos de llegar a un acuerdo. ¿No es cierto, Berlín? Él volvió a asentir, y eso me irritó. Puse una mano donde no debía. Bailemos colega, le dije a ella, empujando suave pero resueltamente el rebalse de su trasero bajo la falda. Sus labios se abrieron en una protesta del porte de una ciruela a punto de explotar, pero antes de que dijera nada nos vimos metidos en la improvisada pista de la sala donde los bárbaros aullaban haciendo coro a Celia Cruz y su regia orquesta. Sujeté sus espaldas y ella me acercó la boca al oído: *saló, conard, putain-bordel*, sopló de corrido, imperturbable como una metralleta que escupía insultos al vuelo de un pájaro carroñero. Su graznido resultó estimulante y apreté un poco más buscando que los muslos se rozaran. Ella permaneció rígida, concentrada sólo en seguir el paso. Pero para mí vencer es bailar, con alcohol en el cuerpo vuelvo a la vida y conozco un par de trucos irresistibles para que un cambio de síncope se convierta en un preliminar ardiente. Así que me apliqué. Ella no zafó, quizás agradecida de la técnica que evidenciaba su bestia latina. Rüger debía usar un reloj de alarma para recordarse a sí mismo que debía entusiasmarla. En una de esas vueltas de mano, lo vi y noté que se deslizaba entre los amigos de Carla con la mirada fija en la marea que dibujaba el grupo de la sala. Los pies le picaban, y las manos. De pronto la música cesó en los parlantes y sonaron aplausos, gritos, chiflidos dignos de una final deportiva, mientras yo seguía aferrando a la rubia de Rüger que ya no parecía nada mañosa y, casi rendida, toda sudada, atracaba los pechos contra mí sin dejar de azotar su lengua en un acto reflejo, como si hubiese asimilado que el combustible básico de ese desenfreno estaba en los remadres que voceaba en mi oreja: *saló, conard, putain-bordel...*

Creo que entonces sobrevino el desastre, la locura que propició mi penitencia. Un ir y venir de pieles murmurantes nos aisló, y quedamos pegados entre un tema y otro al centro de la sala, cogidos en silencio mientras la sensación térmica subía alrededor. Ya no se oía la música y podría decirse que tampoco la necesitábamos; habíamos alcanzado la sintonía perfecta y en segundos se armó un ruedo de aullidos y saltos en torno a esa pareja primitiva que formábamos la rubia de Rüger y yo. Las palmas batían un compás sostenido: dos pasitos para allá y uno para acá; *mira mi son/ mi son/ mi son*, cantaban en coro mientras nos íbamos serpenteando lejos con el danzón. Si de integración se trataba, lo habíamos conseguido. En un momento, incluso, Jacobo se atravesó queriendo sustituirme, pero yo ya estaba en trance total y alargaba los tirantes del vestido de mi compañera haciendo pinzas con ambas manos sobre sus hombros, mientras el espíritu de la tribu se elevaba exigente: ¡en pelota!, ¡en pelota!, voceaban todos, lo que no dejaba de tener gracia a pesar del evidente estropicio que implicaba. La voluntaria de la Casa de América Latina se sumó por detrás y apretó a mi rubia elevando los brazos a la manera de una odalisca. Una mano amiga lanzó trozos de hielo picado sobre nosotros y otra batió champán y roció a los concurrentes para enfriar el griterío, con tan mala suerte que logró el efecto contrario: ahora cada cual se creía poseído por el tum-tum de las profundidades y arengaba al otro a seguirlo. Podía presumir que

algunos invitados apuraban la salida y se despedían, pero en medio del hechizo ninguno de nosotros hizo caso de la estampida. No era más que una fiesta de Año Nuevo, se lo explicaría a Carla, sólo jugábamos a estar contentos. Hasta que la rubia de Rürger quedó en tetas.

Todo sucedió de prisa. Una blancura de papel destelló en mis narices y se exhibió con una prolongada exaltación de voces. Hice ademán de pellizcarla jugueteando con los dedos, pero enseguida el manto de un abrigo o un mantel cayó sobre ella. Alcancé a ver que Rürger la recogía de un brazo al tiempo que un violento empujón me desestabilizaba y hacía que cayera de lado. Apoyé el peso del cuerpo sobre Elizabeth y Jacobo, y enseguida me enderecé como impulsado por una cuerda elástica. De golpe no hubo más que ruidos secos, patadas, huesos que se incrustaban contra el piso con un vago estallido de aguas y baldosas. En un momento quedé contra la pared, sostenido por el menor de los Riffo que intentaba rehabilitarme. Qué pasó, balbuceé. Tenía el pelo revuelto y la camisa desgarrada. Tú no te muevas, me contestó. Por sobre sus hombros, divisé al Mono Muñoz y a Jacobo y a Rürger y a otros rezagados discutiendo entre sí, toreando con las cabezas y los hombros echados hacia adelante. El menor de los Riffo desapareció tras los rasgos de Carla posados a cinco centímetros de mi cara.

—Lo lograste —me dijo en seco. Estaba enfadadísima—. Tú y tus amigos me tienen hasta la mierda, ¿escuchaste? —y se volvió antes que pudiera explicarme.

De inmediato giró hacia la escena de los empujones. Llevaba una bolsa de basura colgando de la mano como un desecho químico presto a ser utilizado. Pensé en un residuo de gas sarín o algo peor. El grupo se abrió apenas la vio venir. Me di cuenta de que los conminaba a todos a retirarse con gestos perentorios, ondeando su herramienta en actitud desafiante. Nadie se le opuso, y los primeros en irse fueron la rubia de Rürger y el propio Antonio Rürger. Después siguieron los demás, a intervalos de minutos para no toparse unos con otros en la calle. Yo me quedé sentado junto a la mesa donde estaban los restos de ostras y botellas vacías. La sala era un revoltijo. Había sillas y copas tiradas en el suelo. La cabeza me daba vueltas y apenas lograba estirar un brazo en busca de un último trago. Odette se puso en cuclillas a limpiar y recoger en un balde los vidrios rotos dejados tras la pelea. La puerta del dormitorio se cerró con violencia.

Los dados ya estaban cargados en mi contra y el juicio fue sumario. Por la puerta apareció Carla para comunicarme la sentencia. Mi jueza se había puesto el pijama a falta de una toga. Lo mío era un desliz imperdonable, una salvajada pública, la marca del demonio, espetó, y siguió a los gritos. Yo era un tarado, un inconsciente, un idiota que ni siquiera se daba cuenta de que Rürger era parte de su trabajo. ¿De tu trabajo?, me atreví a preguntar. Sí, exactamente, yo había escuchado bien, porque ella trabajaba a toda hora y a cada minuto, mientras yo no hacía más que tirarme pedos y pensar en la próxima tomatera con los amigotes. Me tienes harta, me dijo. Levanté la vista. Estaba de pie con las manos en las caderas y vociferando a dos pasos de distancia, como una caricatura fuera de control. Permiso, dije, y fui a encerrarme en el baño. Quería evadirme, huir de la voz de megáfono que subía en su garganta y la suplantaba. Sin saber si vomitar o qué,

me senté en la taza a esperar una decisión fisiológica con los pantalones y los calzoncillos abajo por cualquier eventualidad. Tomé una revista cualquiera de la cubierta del canasto de ropa sucia. Era la *Defense Helicopter World*, y hojeé el artículo sobre Moyle sin entender nada, mientras desde el otro lado de la puerta el altavoz de Carla continuaba fusilando mi retirada: te vas a joder, me entiendes, tú no haces eso con *mis* autores, era *mi invitado* por si no te diste cuenta, vas a tener que ir mañana mismo a pedirle disculpas, ¿escuchaste? Sí, yo estaba atento, oía tan nítida y perfectamente su alegato que alcanzaba a entender que mis mejores años de convivencia con Carla quedaban reducidos a una pataleta laboral de fin del mundo, un repugnante acuerdo de subsistencia, hasta que ella abrió la puerta del cuarto de baño con la determinación de un comando de rescate y se paró delante todavía en posición de sargento, con las manos enganchadas sobre la cintura. Ahora pienso que mi único error serio en toda esa noche fue olvidar pasar el pestillo. Te aseguro, Pablo, que esto no se queda así, quiero que me des tu palabra, mañana mismo vas y pides perdón, para mí es muy importante, y siguió disparando: eres un animal, un bueno-para-nada, un crápula. Abajo, entre mis piernas, el fondo del calzoncillo dibujaba un puente de algodón, una nube blanca con pequeñas manchas de orín. Pestañeeé una vez y quedé en negro. Me puse de pie, levanté los pantalones y me los calcé sin siquiera abrocharlos: ¿quieres que vaya a hablar con Rüter? ¿Eso quieres, ah?, dije en un tono que debió sonar irreconocible, porque Carla retrocedió de inmediato, asustada ante la brusca aparición de una bestia que no alcanzaba a identificar. Me fui encima suyo, bufando. Hasta cuándo conchetumadre. Hasta cuándo. El peso de la luz en los ojos me cegaba y avancé descargando dos o tres veces los puños sobre ella. Oí un grito, sacudí las piernas, Carla se escabulló, chocó y cayó contra el de Odette que llegaba corriendo desde la sala, y ambas tropezaron mientras yo embestía sangrando una furia homicida. Era un alivio manotear a mis anchas sobre todo lo que se moviera. *Il est fou! Il est fou!*, clamaba Odette con las manos tomadas en la cabeza mientras una lámpara caía de un golpe cruzado a la pantalla. Los gritos alarmaron a los vecinos y todo el edificio comenzó a golpear sobre las puertas, el techo y el piso en un estruendo de opereta, como si la escena fuera una representación y el público protestara por el exceso de los figurantes.

Quedé quieto, aguardando que los llamados declinaran su intensidad.

—*Mademoiselle...* —una voz en el pasillo urgía a Carla a responder.

—Sí, disculpen, ya está todo bien —se apuró en contestar ella. Sonaba destemplada. Cualquiera hubiese pensado que se escondía en una de las bandejas del refrigerador.

Paseé la mirada en torno. Carla lloraba abrazada con Odette a la entrada del dormitorio. Volví a respirar hondo, gruñí, seguramente me pasé las manos por el pelo queriendo asegurarme de que todo volvía a ser normal. Giré el cuerpo, caminé unos pasos y me derrumbé en el sofá, castigado por un sueño profundo.

No hubo atenuantes a mi favor, ni siquiera la excusa de buscar una válvula de escape logró reducir mi condena. A instancias de Carla, esa noche Odette acompañó a su hermana al dormitorio

y a la mañana siguiente se mudó a dormir en la sala. Fui yo quien debió subir las escaleras durante las semanas que siguieron. Un círculo de estrecha vigilancia se cerró sobre el recuerdo fresco del animal agazapado en algún lugar de la casa.

9

Es fácil adivinar cómo termina mi historia con Carla. Eso me aburre, también yo estaba harto de mi papel de monje tibetano custodiado por dos guardias rojas en la Rue Moscou.

J'en avais marre d'elle, Juan Avemar.

—¿Perdón? —dijo en francés la niña que atendía el mesón.

Levanté la vista. Llevaba teñido de color violeta un mechón de pelo que le colgaba al costado, sobre uno de los hombros, y miraba fijo apoyando las manos sobre el canto interior de la barra. Le hice un gesto con el dedo para que volviera a llenar el vaso. Se me había vuelto costumbre eso de terminar hablando solo en voz alta, y alguna torpeza debí soltar para que ella me interpelara. El síntoma había sido testigo de mi separación, pero Carla ya no estaba para advertirlo y ahora la muchacha de la barra me miraba con esa disciplina imperativa que los parisinos otorgan al primer asomo de locura.

—Literatura chilena —le dije: *littérature chilienne*, sabiendo que no entendería.

Ella se alzó de hombros. Sobre los anaqueles de vidrio donde se guardaban los licores, un reloj de pared marcaba las dos y tanto de la madrugada. El barrio de Elizabeth tenía ese encanto: no daban la noche por muerta hasta que el último traficante o proxeneta no hubiese recalado en el bar del argelino. Me volví a mirar: el aire seguía espeso y mugriento alrededor, entre las mesas y las máquinas insomnes con gente hablando a los gritos. Nadie esperaba que ocurriera algo distinto. Quizá nadie debería aspirar más que a esto, pensé. Pero para eso había que tener hijos, considerar los actos propios y ajenos con paciencia evolutiva. Bobe los tenía, su compañera también, Carla aún estaba a tiempo. Con treinta y cinco años cumplidos y una firmeza de propósitos a prueba de maridos descreídos, pronto hallaría un patriota dispuesto a colmar sus expectativas para disfrutar en forma de su segunda nacionalidad. En cuanto a mí, ahora estaba con Elizabeth y Elizabeth ofrecía ciertas comodidades: podía olvidar la exigencia del amor y descansar en su numerosa prole cada vez que me diera por pensar en los hijos que no tendría ni deseaba.

—No me vas creer —dije—, pero durante mucho tiempo no supe adónde iban los trenes que salían de Saint Lazare.

La mesonera me miró con desconfianza.

—Pues algunos vienen para acá y otros siguen más allá —respondió indiferente.

Terminó de volcar el pedido y se alejó hacia el extremo de la barra afectando elegancia. No era una mala respuesta. Resumía bien la forma en que había concluido mi relación con Carla,

instalado en la pieza de servicio y observando a través de la ventana el tendido de los rieles que se alejaban hacia un destino plausible y nunca del todo asimilado. Hacia estos pagos se dirigían finalmente los trenes de Saint Lazare, y no dejaba de ser demostrativo que, desde aquel remoto episodio en la Gare du Nord, también Bobe terminara recalando en la desjerarquizada y resentida banlieu parisina. Así habían acabado su misterio y el mío. Me dieron ganas de apurar el corto de vodka y volver a la casa para preguntarle cuál de los dos había alcanzado la estación más distante. Pero no quiero comparar, sólo la coincidencia quiso que mi matrimonio se pulverizara del todo después de su segunda visita.

Era el mes de junio o un poco antes, y después de la bochornosa fiesta de fin de año, las rencillas con Carla se acomodaron a un engañoso estado de guerra fría que paradójicamente me alentó a redoblar el trabajo, favoreciendo el último período del Gran Encierro. Algunas semanas yo bajaba al hemisferio de la reconciliación y otras subía al norte de mi error para mirar por la ventana los rieles que cruzaban a lo lejos dibujando una diagonal que se perdía sobre los tejados de la ciudad. No era un mal acuerdo: nuestro amor hibernaba en espera de un entendimiento trascendente o de una separación definitiva, y Odette cumplió su parte ocupando un rol negociador, de consejería doméstica, si cabe la figura. Nada se movía en nuestro armisticio íntimo, hasta que a comienzos de primavera una llamada desde Santiago me advirtió que se avecinaba un cambio de clima. Era Bobe y anunciaba para el mes siguiente un aterrizaje relámpago en París.

Me preparé a recibirlo en forma. Era su segunda visita en menos tiempo del que hubiese esperado, y desde su anterior estadía yo no había dejado pasar una sola semana sin atender de un modo u otro las crónicas dejadas entre las páginas de la *Defense Helicopter World*, ya fuera revisando antecedentes, comparando situaciones o tomando notas de los personajes que animaban ahora mi novela de aprendizaje. Meses antes le había escrito una larga carta donde exponía algunas dudas y alentaba conclusiones, pero Bobe nunca contestó, limitándose a acusar recibo de mis especulaciones. En el fondo, yo creía haber reconstruido su secreto y deseaba entregarle intacto el maletín de documentos y archivos que le habían robado. El desgano parisino hacía que esa sola perspectiva me convirtiera en un anfitrión estúpidamente feliz.

Apenas aterrizó, Bobe se comunicó con la Rue Moscou. Era principios de julio y no tuve necesidad de negarle la pieza que ocupábamos alternativamente con Odette, ya que él mismo se adelantó a informar que alojaba en una residencia de visitantes extranjeros que quedaba detrás del siquiátrico de Sainte Anne, un lugar muy apropiado para irse luego, dijo entre broma y broma. Había sido invitado por Reporteros sin Fronteras o una organización parecida, y se cuidó de agregar que el stage era resultado de una petición personal que incluía, aparte de los días que permanecería en París, una visita de una semana a Madrid. Un par de horas más tarde escuché el timbre de la portería.

Con Carla celebramos su reaparición con delicadeza, como si se tratara de un discapapé cuya

movilidad sorprende a los propios médicos. Se rió al evocar su visita anterior, restándole importancia al episodio del robo y fingiendo dificultad para recordar los nombres de Kontakt y Dimitri. No quedaban rastros de sus padecimientos, o quizás adivinaba que eran inferiores a los míos. Insistí en preguntarle si se había aclarado al fin el caso del contrabando de armas que investigaba (por mis propias indagaciones sabía que no), pero él se mostró desorientado al respecto, incrédulo.

—¿Satisfecho, señor lector? —Carla me dirigió una mirada castigadora y, como Bobe no entendiera el alcance, ella se creyó en la obligación de describir latamente los problemas de concentración, insomnio y finalmente desánimo que sus artículos me habían ocasionado.

No la corregí y Bobe propuso que saliéramos a tomar algo. Luego no habría tiempo, aseguró, porque al otro día debía empezar con sus compromisos de viaje antes de volar a Madrid. Carla dijo vayan ustedes, Odette está por llegar y quedamos de cenar juntas aquí, con otros amigos, subrayó. ¿Qué amigos?, quise saber. Amigos, gente de mi trabajo, respondió. Muy bien, me llevo el auto, dije yo. El auto es de Odette y ella no está, replicó Carla: no es correcto que lo saques sin su autorización. Como chiste es bueno, le dije, pero falta la versión del dueño de casa. Giré hacia la cocina donde colgaban las llaves y desprendí un corazoncito de goma que tenía grabado en relieve una gran «O» con algo de pornográfico al tacto. Cuéntale que voy a llenar el estanque, eso la va a alegrar. Le hice una seña a Bobe para que me siguiera y él se despidió de Carla con un beso que ella devolvió rabiosa. No se te ocurra chocar, oí desde la sala antes de cerrar.

En el camino puse a Bobe al corriente sobre las penosas circunstancias que atravesábamos en la Rue Moscou. Resumí la presencia de Odette en la imagen del huésped que termina ordenando el menú de la casa, y expliqué la situación con Carla como una suma de malentendidos y fricciones originadas en nuestras distintas expectativas —así las llamé—, colocando ejemplos: mi trabajo se había vuelto rutinario y poco estimulante, ella aplicaba todo su talento en escalar posiciones dentro de la editorial mientras yo me sumergía en asuntos más personales. Qué tipo de asuntos, dijo Bobe. Bufé a la francesa: cosas, de todo un poco, en fin, aquí y allá. Estábamos cerca de Châtelet, en un vericuetto de pequeñas calles que bordean el edificio de la Bolsa. Aparqué y detuve el motor del Renault sin abandonar la vaguedad. No, pero dime en serio, insistió. De seguro mi interrogatorio y el relato de Carla lo habían alertado. Historias, locuras, qué sé yo; algo de eso te escribí, pero mejor vamos a tomar algo y te cuento, repliqué. Estaba dubitativo, inseguro, al revés de la recatada serenidad que Bobe evidenciaba. Dejamos el auto y bajamos en silencio olfateando el barrio en zigzag hacia Rivoli, hasta que en la puerta de un bar iluminado a mitad de calle él se paró, me agarró del brazo y apretó, resuelto a tomar las riendas de la anacronía que marchaba junto a nosotros.

—Esa carta tuya —vaciló. Se había puesto serio y la tenaza alrededor del brazo aconsejaba callar. Permaneció un instante quieto, todavía receloso, y antes de aflojarme agregó, como si

pinchara una jeringa en la vena de un adicto—:Tú crees que yo tengo algo que ver con la muerte de Moyle, ¿cierto?

Mis sospechas no llegaban a tanto,pero apenas entramos y nos acodamos en la barra, me apuré a desenvainar las informaciones que había recogido a partir de su estadía dos años atrás, ¿o eran tres?, alrededor del 92 en todo caso, el calendario importaba poco, lo que no se podía obviar eran los hechos y crímenes que se habían producido entonces, y le recordé fechas, nombres, hallazgos. Eso indicaba que algo gordo ocurría en Chile a vista y paciencia de la retórica oficial. No sólo estaba el caso del periodista inglés y el contrabando de armas; también Huber y los secuestros y asesinatos daban qué pensar, además de mil cosas sin aparente relación, y entonces lo ametrallé con La novela de Pablo Mármol y le dije que si Homero había vuelto a ganar la Guerra de Troya para los griegos nosotros en cambio la estábamos perdiendo por segunda vez con nuestros cantos aqueos; era cosa de fijarse o leer con atención nada más, las fuerzas ficticias marchaban a paso de ganso y como un solo hombre en pos del nuevo orden, advertí, y le puse ejemplos: ¿sabes lo que pasó en 1988?, y Bobe se alzó de hombros. Murió Lihn, date cuenta: el héroe disfrazado de Pompier, muerto de una porquería de enfermedad que podría haber evitado si hubiese tenido alguna protección o ayuda, pero en Chile en 1988 sólo quedaban fuerzas para hacerse humo, no había nadie dispuesto al sarcasmo ni a sufrir por nada, y en un descuido a Lihn se le apagó la luz. Fatal, porque su partida anticipó también el entierro de esos años, el fin del esperpento que se nos escurrió de las manos justo cuando quedaba al descubierto su originalidad, la única que hemos tenido detrás de las grandes causas, de todas las causas. Que Lihn murió en su ley, me dirás tú, pero es mentira, o no es toda la verdad, porque todavía no nace el hombre capaz de vivir sin una causa, Bobe, eso lo sabes tú mejor que yo, por pequeña o egoísta que sea, nadie puede abanicarse, ¿o sí?, y él se sonrió como si ya hubiera hecho su elección, o yo lo interpreté de esa forma porque agregué, sentencioso: ni el antipoeta puede, amigo mío, pero entonces la pregunta que yo me hago es qué fue lo que surgió después. Piensa un poco, lo empujé, y Bobe cabeceó sobre la barra, aburrido: no tengo ni idea. Es obvio, rematé: lo que surge es la vuelta a la literatura y al espíritu de la importancia personal, como si aquí se tratara de recibir al verdadero dueño de casa.Atrás quedan el eriazo y presuntuoso, la carcajada del ahogado que se hunde en el mar. Por eso también la década comienza con *Adiós, poeta...*; imagínate, nuestro flemático embajador ante los bárbaros, el cronista de la petite histoire revolucionaria en La Habana de los setenta, Jorge Edwards, publica un año después de la muerte de Lihn un libro-memoria de su amistad con Neruda. ¿Por qué crees tú que Edwards escribe ese libro dedicado a nuestro poeta nacional omnisciente? Porque quiere despedirse, me respondí, porque sabe que esos años, del 73 al 89, pertenecen por derecho ganado al guerrero disfrazado de bufón, y no al militante del pan. Revisa nada más el calendario: el 73 muere Neruda y el 89 Lihn acaba de irse. Lo que yo digo es que Edwards en verdad quiere despedirse de Lihn; íntimamente sabe que fue él quien se quedó con las palabras en el momento que todos huían y silbaban las balas, pero a la vez adivina con astucia lo que viene, intuye el

olvido que sumergirá a Lihn con su saturada estética de la agonía. Entonces saluda a Neruda, pero con puntos suspensivos, que es lo que me llevó a sospechar que allí había gato encerrado. Si uno se fija bien, se trata de una nueva versión del caballo de Troya, pero disfrazando esta vez una recuperación imaginaria de la historia. No te rías, huevón. A partir de allí un nuevo orden de papel cristaliza en cuentos, novelas y versos, permitiendo el ingreso de las fuerzas ficticias que se toman la ciudad y declaran la victoria. No sé qué quieres demostrar, me cortó Bobe, agobiado. Lo contrario de lo que se proclama, le dije: que en el fondo se trata de prestigiar una derrota, o sea, de organizarla. Acuérdate de que en ese momento están los malos que se repliegan y los demócratas que se despliegan; la idea dominante es reconstruir el bien, que es por donde suele meter la cola el mal. El resultado es la caldera del diablo, como esa serie que daban por la tele y estaba llena de trampas, conspiraciones y mentiras promovidas por el interés. Te lo puedo probar incluso, agregué, y ante su sorpresa me envalentoné manipulando la bibliografía, mientras Bobe escuchaba, corregía algunos nombres o títulos, pedía otra ronda de copas, se asombraba de las citas que yo desempolvaba y encendía un nuevo cigarrillo sin despegar la atención, pensando de seguro en la mala influencia de los intelectuales franceses y como si esperase un éxtasis final para enmendarme la plana con un solo dato irrefutable. Yo que tú me preocuparía, insistí, embriagado por la exactitud de mi recuento. El precio del orden es invariablemente el suicidio de un animal de luz, o si no saque usted mismo las cuentas, compañero: el 81, recuerdas lo que pasó, ¿verdad? Él asintió con la cabeza y yo lo reafirmé: bueno, ese mismo año que nos tiran a la basura se institucionaliza el país de hierro y el poeta Lira se corta las venas en la tina de su departamento; luego, el 92, los demócratas se afeitan la barba en los cuarteles y Alcalde se cuelga en su casa de Tomé; y ahora quién sabe, no vaya a ser cosa que otra coincidencia fatal nos corte la inspiración. ¿O me equivoco?, lancé con un deje de provocación. Mejor nos vamos a otro lado, propuso él de pronto, y reconocí un atisbo, un fognazo del viejo Bobe paranoico que miraba de soslayo, creyéndose seguido o escuchado por presencias ominosas.

No opuse resistencia. Estaba exhausto, como un muñeco al que le han dado una sobrecarga, y salimos del bar, yo delante y Bobe sujetando la puerta para cerciorarse de mirar hacia atrás, y luego caminamos por las calles de adoquines bajo las farolas que sudaban la noche de verano y orientaban nuestra caminata hacia los alrededores del Grand Cochon, donde yo recordaba un bar de punkis que por fortuna encontramos abierto. El ruido ambiente nos amparaba. Quedamos los dos de pie y acodados en la barra. Al menos él se mostraba menos seguro que hacía un rato.

Ofrecí una corrida de mezcales a la memoria de nuestra Cónsul mexicana. Ya, dijo Bobe, a la memoria de Lara, por nuestro puente aéreo, agregé, y yo levanté el vaso y él se distendió o eso me pareció, porque justamente a propósito de ella se puso a recapitular en todo eso que yo acababa de decir, lo cual estaba muy bien y quizá hasta tenía razón en algunos aspectos, las cosas eran confusas, pero al escucharme ahora se daba cuenta de que me debía una explicación, entendía mi afán de seguir dándole vueltas a esas historias que él había dejado atrás, lo comprendía

perfectamente, mal que mal yo era parte del mismo cuento, dijo, por algo me interesaba no perder el contacto a pesar de vivir fuera; pero lo que quería decir era que había sido su culpa despertar a todos esos fantasmas que me acosaban, yo no debía seguir torturándome, el término no era el apropiado, cualquier otra cosa hubiese servido para graficar mi testarudez menos ese término, en fin, yo entendía a lo que él se refería, además era lógico conociendo lo ocurrido en el pasado, aunque no dejaba de ser injusto con él y sobre todo insano conmigo mismo, mejor enfrentarlo juntos de una vez y no cargar sobre otros más sospechas y acusaciones de las que correspondían. Hizo una pausa y se tragó el mezcal de un tirón antes de que se le aguaran los ojos: tú sabes de lo que hablo, me dijo, y yo contesté sí, pero no estaba seguro. ¿Sospechas tuyas o mías, Bobe? No entiendo. Yo nunca abrí la boca, Pablo, me respondió de improviso y con voz quebradiza. Casi enseguida su labio inferior tembló y quedó como desnudo entre la quijada y la nariz, colgando o en suspenso mientras yo volvía a ver a través de ese intersticio una bola negra que explotaba, no el cuarto donde estaba amarrado sino el golpe de martillo que subía de la entrepierna al estómago y me vencía, nublaba el resto de conciencia que me quedaba y estallaba en un revoltijo de arcadas y filamentos ácidos, desmaterializados por el dolor y una intolerable opresión en la zona del cuello, con los huevos atrapados en la garganta. Pobres pequeños testículos que se quedaron sin hijos allí. Olvídate, Brigitte, le dije usando el apodo para tranquilizarlo. Eso quedó en la historia, pertenece al tiempo de las cavernas, insistí, aunque ninguno de los dos ignorase que un cuerpo puede quedar historiado para siempre, pero él no, nunca lo conversamos y yo tengo que decírtelo, alguna vez lo tenemos que hablar, no sabes cómo me dieron, Pablo, a mí también y antes que a ti, antes y más fuerte que a ti, pero nunca dije nada, ni siquiera tu nombre, ellos lo dedujeron, alguien sopló encima mío Pablo Mármol, responde culiao, quién manda el buque, Marmaduke, mientras me retorcián los dedos con una mierda de alicate hasta que yo hice sí, nada más, con la cabeza, porque ya no oía los gritos y lo único que hacía era pedir que terminaran, que pararan, perdóname huevón, la frente hundida en un punto vacío mientras asomaba un surco grueso, indeciso sobre el perfil de la mejilla, no tienes que decirme esto, a los dos nos reventaron, viejo, y él se llevó la palma de una mano sobre los ojos y la empuñó como dispuesto a golpear sobre el mundo cuando el rockero de la barra se acercó y lo miró raro preguntándome si había algún problema. Ninguno, estamos bien, tráiganos otra ronda, s'il vous plait, contesté, el tipo se alejó y nos quedamos callados, como muertos esperando una señal de los vivos para volver a entrar. O la tumba será de los libres, bromeé alzando el vaso que habían vuelto a llenar. ¿Te acuerdas que cantábamos esa huevada en el Pedagógico?, dije, queriendo que levantara cabeza, y recité fuerte para templarlo: o el asilo contra la opresión, o el asilo contra la opresión, tres veces seguidas y levantando la voz como si fuera una consigna del compañero Lillo, qué locura, payaseé. Si es cosa de analizar la estrofa para entender lo que nos pasó: o la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión, o sea tú o yo, Chile como tumba o como exilio, muerto si eres libre o desterrado si te va mal, no hay más alternativas en la canción nacional para tipos como nosotros, Brigitte, ése es el punto. Bobe

se recogió los mocos de un envión y al fin sonrió, una sonrisa triste y contenida: nosotros marchábamos hacia la tumba, dijo; saludó por eso, porque estábamos convencidos, respondí, y chocamos los vasos, abuenados. Igual la sacamos barata, fijate lo que le pasó al Roto, ése no puede ni contarla. El Roto, evocó Bobe, soñador, qué cagada. Estaba tan seguro de que le esperaban grandes cosas que nunca pensó en las pequeñas. Así pasa, lo consolé: gente como el Roto García es la que hace falta. Íbamos tan contentos que no podía durar, insistió. Era evidente, le dije. Siempre pragmático y realista, Pablo. No, ahora soy más bien estoico, corregí. Y yo desconfiado, dijo él. Un utopista desconfiado, ¿cómo es eso, Bobe?, pregunté intentando sacudirlo de su embotamiento. Tendrías que ser periodista para entenderlo, explicó. Me interesa, le dije, animándolo a continuar por esa cuerda: explícame por ejemplo por qué estoy tan equivocado en las conclusiones que saqué de tus crónicas. Primero que nada no son crónicas, me aleccionó él: ni la de Moyle, ni las dos que te dejé sobre el contrabando, ni la de Huber. Esos son artículos, reportajes, ponles el nombre que quieras, pero no son crónicas. ¿Estamos? Yo afirmé con la cabeza, otra ronda, soy buen alumno, Bobe, aunque nunca me interesó seguir la carrera y, como dice el profeta Céline, la vida sea un pozo ciego mientras no termines lo que un día empezaste, no como tú, mi viejo, con la credencial a la vista para permitirte creer en promesas y garantías que nunca se cumplen, mientras yo sólo pienso lo que soy, una bestia acorralada, sobreviviendo en todas las lenguas que circulan por los libros, no se enoje ni se ofenda, camarada, pero es así y no trates de disculparte ni convencerme de otra cosa, sólo dime qué chucha es una crónica entonces si las que me dejaste no lo eran, borrachísimo y todo como estaba le contesté de un saque. No me hables de esa forma, replicó, te lo voy a decir; es más, te lo voy a mostrar, advirtió. Lo vi balancearse afirmado en la barra y llevarse una mano a la chaqueta. Mi eje visual se descompuso. Era el efecto habitual en mis borracheras. Los objetos comenzaban a descarrilar ostensiblemente avisando que en unos cuantos minutos ya no podría enfocar a un elefante a dos metros de distancia. Una crónica es esto, me dijo él, y sacó unas fotocopias plegadas del bolsillo. Qué desilusión. Otra maldita fotocopia, Brigitte. Te la traje de regalo, repuso él, especialmente después de recibir tus cartas, a ver si ahora me entiendes y dejas de obsesionarte por algo que no vale la pena. ¡Cómo que no vale la pena!, protesté. No vale la pena, repitió, y extendió el brazo. Eran cinco páginas sujetas de un corchete. Las dejé boca abajo sobre la barra y él dijo: ¿te acuerdas de esa vez que pasaste a buscarme a la revista, cuando estuviste en Santiago? Asentí. ¿Te acuerdas de ese detective, Rodríguez-Bueno, el que se nos sentó en la mesa del Villa Real? Ah, el tipo que quería información, dije, claro, si me recagué de miedo cuando apareció. La policía no es un chiste de la poesía, dije yo. Díselo a Parra cuando vuelvas. Está bien, está bien, remedó Bobe como poniendo un paño frío en mi tozudez. El caso es que esta fotocopia es del artículo con el cual me amenazó, aunque nadie se dio cuenta de que me estaba amenazando, ni siquiera Rodríguez-Bueno lo notó. Tampoco tú. Hice un gesto de extrañeza y cogí los papeles. El título era «Estrellas de la noche redonda», pero no leí nada, las palabras me bailaban en los ojos y guardé el escrito. No, me dijo

Bobe, trata de avanzar, aunque sea un poco. Lo miré intrigado, tomé aire y volví a desplegarla. Había un epígrafe en latín al comienzo del texto. Está dedicado a Lara, advertí con sorpresa. Desde cuándo dejan que un reportero haga dedicatorias en sus crónicas. Ésta es diferente, dijo, invitándome a seguir. Como dice Neruda en ese libro de Edwards que tanto te gusta citar, *il faut chercher la chilienne*, recitó de corrido.

Confieso que logró impresionarme. Puse las hojas sobre la barra del mesón para evitar que temblaran en mis manos y traté de concentrarme en la bajada y las primeras líneas. En el segundo párrafo me detuve, volteado por un chispazo de lucidez. Revisé rápido las fotos y en la última hoja, sin necesidad de ir al pie, reconocí el aire cómplice, imperfectamente olvidado detrás de la melena rubia y la pose desafiante, con la enagua al corte y el calzón brillando aún en la añosa reproducción. A punto estuve de cometer una tontería, pero me contuve. Volví a leer, aparté la vista y giré hacia Bobe, tratando de calzar nombres con situaciones. Sentí que una flecha rasgaba la precaria superficie que me sostenía antes de hundirse en un telón de agua.

—Divina Day —me oí decir como si deletreara el texto. Y agregué—: La fanática de Barry White.

—Toda tuya —asintió él, seguro de confiarme la llave del almacén.

Me eché hacia atrás queriendo enfocar su imprudencia. La crónica estaba fechada en julio de 1990, y me bastó ese detalle para entrever la relación. Ella atendía en el Emmanuelle la noche que Moyle pasó a recogerla con los españoles para llevársela al hotel.

10

No, me dijo que *todavía* no cambiaba de rubro. Cuando se lo pregunté, sonrió hacia el suelo pasando por alto la calumnia. Enseguida le pedí detalles, relaciones, desde cuándo y cómo hasta hoy, y una línea delgadísima volvió a aparecer en el horizonte, aunque luego naufragara en la borrachera de esa noche que quedó entre el papel y yo, perdida como el Diario de Bobe en la Gare du Nord, que nadie nunca leyó o comprendió. Distinto es que luego yo haya intentado reproducirlo, corrigiendo infatigablemente mi derrota en el aire enrarecido de la Rue Moscou. Admito límites en el esfuerzo del redactor. Mi oficio es sólo interpretar lo que otros imaginan o sueñan haber vivido, y la historia de Divina Day, íntegra, narrada tal y como presumiblemente Bobe la anotó y extravió el día que bajó en el andén de la estación, era en su absoluta novedad lo más cercano a una ficción. Hoy el esfuerzo de recuperarla me sabe tan inútil como irresistible, apurado por los instantes en que veo a la mujer cambiar a su capricho los juegos de angustia en placer. Si Bobe la protegía o la vigilaba corresponde al punto de vista, no a su determinación. Se había acostumbrado a la idea de separarla de su vida. Es lo que me contó, mientras la cortina del bar bajaba a intervalos entre la prisa del rockero y las copas que chocaban en el lavaplatos.

Salimos de allí dando tumbos en busca de otro local donde acabar la noche, y dos o tres veces me paré a mirar la esmerada fotocopia que había guardado en el bolsillo de la chaqueta, sin lograr apartar de mi cabeza el paraíso artificial que renovaba mis recuerdos. Esperaba el momento apropiado para confesárselo a Bobe, y dimos vueltas por Les Halles y caminamos hasta el Joyce, un local de cervezas que resultaba ideal para emborracharnos entre los bohemios de la rive droite. Tenía las puertas cruzadas con candado y encima un cartel que colgaba con el infame horario nocturno de la Ciudad Luz. Vamos a La Bastilla, le dije, allí no cierran hasta tarde. ¡A La Bastilla! ¡A La Bastilla!, se exaltó él, dando pasos briosos hacia donde habíamos dejado el Renault de Odette.

Es lo mejor que conservo como antesala de mi decisión: los dos buscando el Renault por las estrechas callejuelas que rodean el edificio de la Bolsa, trapeando con gestos desmayados los parquímetros del sector, mientras el rictus tirante de Carla se me aparecía en cada esquina y aumentaba la desorientación. La dificultad era enorme, porque más allá del alcohol y la temible expectativa de volver a la Rue Moscou con las manos vacías y los pies cansados, yo trataba de ordenar en mi cabeza la cronología de Divina Day, bañada en las luces de la disco donde Bobe la había encontrado por primera vez, durante el concurso de pieles en Rancagua, y luego en el club Emmanuelle, en el privado, más tarde y ya entregado a una intimidad asombrosa que llegaba hasta la cueva de Ñuñoa donde yo lo había visitado sin sospechar siquiera que Divina Day, Divina Day...

Un auto de la policía pasó haciendo la ronda en dirección opuesta. Le hice señas y una cabeza encasquetada asomó desde el interior. Hablé despacio para evitar que mi lengua tropezara: nos habían robado un Renault, color rojo, sí, estábamos seguros de haberlo dejado allí. Vayan a la comisaría y hagan la denuncia, dijo el policía. Enseguida nos miró de arriba a abajo y escupió un insulto en voz baja cuando el patrullero se alejó. Las calles me parecieron enormes. Olvídate de la denuncia, dijo Bobe. Yo me voy a dormir con mis locos, tengo demasiada mala suerte en París. La última vez me robaron un computador con la memoria, y ahora esto. Despidámonos rápido antes de que suceda algo peor. Yo no quería convencerme, pensaba en Carla, cerraba los ojos y me encontraba con la piel lustrosa de Divina Day. Era un lío. Estoy en un problema, Bobe, si vuelvo sin el Renault me cuelgan del llavero, se acabó. Un auto se recupera, quédate tranquilo, Carla no va a huevear por eso, estoy seguro, trató de tranquilizarme él, pero a medida que los minutos pasaban un punto de luz fue surgiendo en medio de la borrachera. Estaba frito. Tú no entiendes, es mucho más grave, confesé: es que no tengo ganas de volver, lo acabo de entender. Estábamos parados en mitad de una pequeña calle, creo que era la del Árbol Seco o la Rue du Roule, y Bobe se me quedó mirando como al paso de un cortejo. ¿Qué estás diciendo? Eso, que no puedo más, dije, y agité las fotocopias para animarme: aquí está la explicación, ésta es la crónica de lo que me está pasando en realidad, alegué como un poseso. Él se mofó. En serio, le dije: es patético, pero se terminó. Hay que irse; lejos, fuera, no importa dónde. Lo que sea, objetó él,

queda prohibido que me sigas echando la culpa ante tu mujer. Estuve de acuerdo y creo que la risa de ambos alivió mi pavorosa iluminación. Caminamos hasta Rivoli y propuse acompañarlo. Pasaron unos minutos de fumar en silencio. El cielo comenzaba a clarear en un borde de la ciudad. Enseguida tomamos un taxi en dirección a su residencia para visitantes.

Íbamos en silencio, agotados, sin deseos de pensar, y yo ya no deseaba entrar en infidencias. Pero todo era cierto, en eso no me engañaba. Cuando llegamos por detrás del Psiquiátrico, bajé para despedirme. Nos abrazamos. Bueno, que te vaya bien con tu audiencia judicial en Madrid, le dije sabiendo a lo que iba, pero él eludió la afirmación. Suerte con Carla, fue todo lo que me contestó. Dio media vuelta y se metió en el chato edificio del internado.

—Rue Moscou—le dije al chofer dejándome caer.

Las dos hermanas estaban sentadas en la cocina cuando abrí la puerta y entré. Parecían preocupadas y luego, casi de inmediato, profundamente alteradas. Un resto de vino en los vasos al centro de la mesa adornaba la espera con un halo campesino en su rigidez. Era obligatorio pasar por allí antes de subir las escaleras hacia el norte de nuestra relación, donde los alegatos por la llegada de Bobe me habían destinado esa semana. Al fin, dijo Carla poniéndose de pie, pensábamos que había pasado algo. Pasó, dije yo: se robaron el auto, y apenas lo recupere me voy. Odette se levantó de un salto y abrió la boca que quedó colgando y sin sonido, como el auricular de un teléfono. Se apartó y yo caminé hasta el pie de la escalera con los ojos de Carla clavados en la frontera de mis dos hemisferios, el de la reconciliación y el del hielo eterno, subiéndolo los peldaños en silencio, esperando acaso un gesto inadecuado, una inclinación caótica, un Pablo quédate o voy contigo, Odette déjanos solos, arréglatelas como puedas, el Renault será tu auto pero Pablo es mi compañero, cualquier cosa por el estilo, pero cuando alcancé el altillo ya el brevísimo margen para una reacción heroica se había extinguido. Vas a tener que pagarle la bagnole a mi hermana, oíste, me gritó al tiempo que yo abría la puerta de servicio. No te vas de aquí sin devolver lo que te llevaste, remató. Cerré de un portazo. Nadie me escoltaba.

Por supuesto, el auto de Odette apareció al día siguiente. La grúa del tránsito lo había depositado en un aparcadero municipal como castigo por estacionamiento indebido. Pagué la multa y pasé dos días rescatando el Renault. Mientras, llamé a Jacobo y le advertí que tendría un huésped a partir de entonces. No se hizo problemas: seguía trabajando de noche en el hotel y dormía en las mañanas, de modo que su departamento era el refugio adecuado para sortear el impacto de la tormenta. Cuando amainara, resolvería con mayor calma y distancia los caminos a seguir para salvar o sumergir definitivamente mi relación con Carla. Luego me armé de valor y escogí un día laboral para ir en busca de una maleta de ropa y unos cuantos cachivaches dejados en la Rue Moscou. Cuando terminé la tarea, subí a la pieza de servicio a completar el equipaje. Con desmayada resignación me despedí de los rieles que partían de Saint Lazare y cruzaban un ángulo de la ventanita. Qué ironía la del tiempo: ignoraba el destino que llevaban y poco después yo mismo tomaría esa dirección. Las cosas se habían precipitado, evidentemente. Pero no había

queja: mi separación, aun si resultaba transitoria, era un requisito que debía cumplir antes de la anhelada caída en la añoranza, el desquiciamiento, la suciedad. Luego las aguas retomarían su cauce. O quizá no. Revisé el velador y cogí la crónica de Divina Day abandonada en el cajón. No era culpa de la borrachera ni de nada que me hubiera contado Bobe. Con la ruptura sólo interpretaba el último acto del Gran Encierro como profecía autocumplida, del cual no podía responsabilizar tampoco al estado de asamblea matrimonial en que vivíamos con Carla y Odette. Mis engaños, sencillamente, ya no admitían recuperación posible a través de la ironía o el cinismo.

Me guardé la crónica en el bolsillo pensando en releerla con calma después. Salí a la calle con la maleta a rastras y bajé a la estación de Liège que se encontraba abierta en días laborales. Sin demasiado pesar, medité en el camino que ahora veía abrirse ante mí, La Ruta de la Demolición o como quiera llamársele a esa bajada por los rápidos que iban desde la Rue Moscou a un exterior oceánico y sin propósito, pura fatiga de material todavía en uso. Con descendencia sería distinto, pero ya dije que no tengo hijos ni los tendré. Estaba solo con mis historias y me senté en las bancas del Metro y esperé el tren revisando «Estrellas de la noche redonda».

La crónica estaba ambientada en el club donde Bobe acudió a entrevistarla, y era prolija con las comillas en un punto que desordenaba cualquiera idea previa: Divina Day le tenía cariño a su profesión y estaba decidida a sacarle el mayor partido posible. Es decir que el suyo no era un caso de necesidad social. O al menos no completamente. La noche se le daba. Tenía el don. Le gustaban los hombres, adoraba poseerlos y beneficiarse con el servicio, haciéndoles creer lo contrario en no pocas ocasiones. Había empezado desde abajo y muy pronto se convirtió en la dueña de su propio negocio. Bajo esa premisa entró en relación con un mundo que la mimó y estuvo dispuesto a poner sobre la mesa algo más que dinero por ella. No era casualidad que mantuviera un piso propio para sus citas particulares. Pensé otra vez en Bourguignon, en Tierol y Trías y en cualquiera que desde este lado del charco se hubiese dejado llevar por un arrebato turístico para luego, una vez en casa, deshacer la oferta. Pero si la ofendían, ella sabría responder. Tendría contactos, formas de obligar a la clientela a tratarla como una dama. En el fondo lo era: entre líneas, de un modo vicario, el texto elogiaba su franqueza y deslizaba el mérito profesional de convertirse en una libertina.

Seguramente Bobe caló la fruta de inmediato y gozó con ella, aunque poco tiempo después sería capaz de cortarse la oreja con tal de escucharla. Cuando al fin escribió su crónica con la clásica cobardía periodística que lo haría desdecirse en privado, Divina Day ya venía de un prestigio establecido que las circunstancias amainaban. No es que fuera una mujer difícil, pero estaba convencida de merecer los obsequios que cobraba: vivía con el cuerpo encendido, trabajaba a comisión en el club y para sí misma el resto de la jornada, recibiendo sólo mediante citas previamente establecidas y exigiendo según la demanda. Si no estaba de acuerdo con las excentricidades, simplemente las rechazaba, enloqueciendo a sus clientes y también a Bobe con

sus preferencias. La fecha de la crónica, 1990, lo decía todo sobre su ascenso en un clima de fogosa liberalidad después de veinte años pasados bajo la espada, y es justo suponer que ella no dudó en aplicar su astucia y servirse del momento, incorporando su número privado en el apartado de las agendas más exigentes. Es claro que se benefició de la moda por experimentar nuevas sensaciones, hasta que Moyle apareció muerto en el Hotel Carrera. Tenía suficientes amigos y adulterios cometidos que la protegieran, pero aun así había escuchado demasiado: los hombres se sueltan con el cigarrillo en los labios y el sexo satisfecho. Atribuirle responsabilidad en esos entusiasmos cronometrados sería injusto comparado con las promesas que toleraba.

Entiendo que a Bobe nunca le cobró, como sí lo hizo en cambio con otros enamorados tanto o más ambiciosos que él. Quizá desde el comienzo hubo más que protección cariñosa de su parte, consejos de amigo en la cama y cosas que yo ignoraba. Al respecto, la crónica evitaba la intimidad y se quería neutra, pero a un lector atento no se le escapaban los privilegios del cronista. Presumo que luego él escogería con pinzas los adjetivos con que explicó a sus lectores las falacias del caso Moyle, su falso suicidio y posterior homicidio, escribiendo rápido sobre cualquier cosa y trabajando durísimo para retribuir la información con regalos inútiles y visitas al norte, donde ella tenía a su hija guardada en la casa de los abuelos. Ahora me consta que hizo esfuerzos serios por encubriarla y no mostrarla, prendado como estaba y casi sin fuerzas para comportarse de un modo profesional ante las primicias de su cocotte. Su agenda de citas era un mapa de los nuevos negocios abiertos en Chile, y saber en qué minuto esa puerta se abrió para el asombro y prestigio de Bobe era un misterio tan hondo y definitivo como el mismísimo crimen de Moyle, pero casi con seguridad debió ser en el curso de ese año o el siguiente, coincidiendo incluso con la indolencia turística con que yo había paseado por Santiago.

Como fuera, ya se habían pegado el uno al otro cuando Divina Day llegó en su noche libre a la cueva de Ñuñoa y lo puso a trabajar en el caso de los aviones que iban a Croacia. Tomaron la cámara fotográfica y partieron en auto rumbo al descampado que protegía los hangares del aeropuerto. Después se revolcarían con locura, condenados al secreto de la fuente como primos erotizados en las tardes de verano.

Un tren despegó en sentido opuesto a Saint Denis, combinación Place Clichy. Levanté la cabeza y esperé un rato hasta que el tubo del metro comenzó a vibrar otra vez. Doblé la crónica y la guardé, poniéndome de pie y sujetando la maleta, todo junto como lo cuento aquí. El vagón principal entró a la estación con un estornudo de aire caliente. París. Las puertas se abrieron. Emprendía viaje hacia La Ruta, hacia La Demolición. Me preguntaba cómo haría para sobrevivir. Tendría que cambiar de trabajo, buscar un cuarto de empleada y comenzar a remar hasta alcanzar una corriente. Desde la total ignorancia como la primera vez, hace montones de años. Cogí la maleta y salté del andén.

—*Monsieur.*

La chica del mechón violeta me miraba complacida, incluso con cierto arrobó.

—Lo siento —dijo en francés—, vamos a cerrar.

Miré alrededor. El local estaba desierto.

—*Je vous en prie* —sacudí el bolsillo y pagué con un billete de cincuenta francos.

La muchacha se alejó hacia el extremo de la barra y pulsó la registradora. Un tintineo de monedas alegres devolvió el saldo. Alcé la mirada sobre el reloj de pared mientras ella volvía con una mano empuñada y se desprendía el delantal con la otra. Recibí el vuelto y dejé una propina generosa antes de salir. Fuera, las calles dormían cada una en su sitio como parejas viejas, sin apenas tocarse. No era ni de lejos el caso de Bobe y Daniela, cómplices de esa novela perfecta que yo había elogiado durante la cena sólo porque terminaba ahora y aquí, conmigo, lector privilegiado de la crónica que ellos cargaban en los cuerpos como único equipaje declarado. Iban a Madrid, por supuesto; a qué otro lugar podían ir y asegurarle a la niña un mejor futuro, sordo a las oscilaciones de la política y sus santos culpables ya bien saciados sobre el cuerpo de la mucama. También Bobe y Daniela merecían un descanso, un adiós protegido para cambiar de rubro y separar caminos. Ante eso yo sólo podía lamentar el discreto paréntesis que los retenía en la casa de Elizabeth. Dos días solamente para coger con toda cautela un vuelo de combinación y enseguida perderse por Avenida América después de pisar Barajas. Partirían a la noche siguiente, en la madrugada del lunes.

Caminé de regreso ocupando toda la calle, como si levantara campamento dejando una fina estela de murmuraciones que el camión municipal lavaría de inmediato apenas me cruzara con él. En la esquina la máquina ya había comenzado a cepillar los adoquines con un bombeo irregular, de pulmón averiado. Nos saludamos y uno de los obreros preguntó la hora. Respondí de memoria: las tres y media pasadas, y luego me acordé. Un chispazo de felicidad destellando en la voz ronca. Qué ganas de que fueran las tres en París. Era su mejor hora, había dicho ella por el teléfono, elevando la invitación sobre los compases azucarados de Barry White. Los años habían pasado, pero sobraba tiempo. Apuré el tranco.

INFORME DEL FANTASMA

Carrizal, 1998

Trabajaba a pérdida. En parte por eso vine aquí. Buscaba un amuleto, el silabario de arena gris que se levanta a dialogar con los muertos cuando volteo a mirar los precarios dibujos que voy formando con los talones y las plantas de los pies al avanzar de espaldas. Entendí que soñaba su muerte una noche que Lara emergió nítida de un pozo de inconsciencia. Fue una rareza, porque casi no pego pestaña y, de dormir, escasamente logro recobrar alguna imagen cuando bajo a caminar a toda hora por la playa. Hasta entonces, ella apenas se dejaba ver en medio del supersticioso bosque donde la había dejado, ya de madrugada y de pie en la calle, antes de perderla de vista para siempre. Esta vez, sin embargo, la escena en el departamento del parque me ofrecía un espesor distinto: distinguí bocas, labios, lenguas que se acosaban y enroscaban en las puntas, paladeando el aventurado revés de los nombres que le hacían compañía.

La proximidad física embotaba la sangre y avivaba al mismo tiempo la urgencia un poco arcaica y desfasada del deseo, una predisposición a dejarse ir y abandonarse tras correr las cortinas de la sala donde nos habíamos echado a la vuelta del club. En un momento, Lara tomaba mi mano y me conducía hacia la habitación. Era como jugar a la pieza oscura; pero como si la pieza fuera una caverna que se abría y cerraba tras un mosquitero o un telón que servía de acceso. Daba la impresión de que ese movimiento de paso significaba algo definitivo para quien lo ejecutaba. De esto me percataba sólo una vez dentro, porque oía pisadas que venían de la sala, acomodados, roces que no lograba identificar. Alguien husmeaba fuera. Una presencia que hasta ahora faltaba. ¿Quién anda ahí?, preguntaba. ¿Quién es? Pero ella empujaba con suavidad: tranquilo, no te va a pasar nada. El perfume ácido de Daniela nos recibía. Le dije a las cabras que vinieran, decía. Y ocurre lo anunciado: una puerta vacila y la escasa luz que llega de la sala desaparece por completo, mientras otras voces suben por los muros y más gente entra a empujones y se reparte por la pieza, confundida en una desnudez ciega y acezante a través del poco espacio que dejan los cuerpos empalados por el rumor de los jadeos. ¿Sucede realmente o falseo el recuerdo cuando Lara me sujeta? «Oye, vamos a contarte un secreto entre las dos». Las manos de Daniela aflojando el cinturón. Su risa resbalando en el cuello con los brazos enlazados girando alrededor, recortando una figura enmarañada mientras las bocas se cruzan, se interceptan imperiosas en la murmuración de los nombres que me ahogan...

«Ahora túmbese y nos volvemos locas, mi amor».

Entonces el miedo sobreviene; un miedo infantil a lo real, a lo que de repente despierta como un

eco cuando Lara se aparta y antes de dejar el cuarto se vuelve para hablarme como se le habla a un muerto, es decir, ocupando su lugar. Parecía un truco, porque en ese instante —un instante completo como únicamente pueden serlo las pesadillas— Lara acusaba el cambio y se alejaba hacia un exterior pletórico de luz. Mi desorientación era completa. Y el éxtasis estallaba. Un goce absoluto que se repartía sobre las piernas como peces diminutos boqueando fuera del agua.

Desperté agobiado, humedecido, y no volví a dormir después de esto. Casi podía verla en el oblicuo resplandor del amanecer, convertida en una mujer distinta, como si las formas proteicas de la muerte multiplicaran su recuerdo en muchas caras y cuerpos posibles de ella misma.

Me pregunto si Bobe y Daniela la quisieron tanto como mi sueño. El compromiso entre ellos me había dado vueltas en la cabeza una enorme cantidad de veces y, al final, la crónica del viaje a Rancagua con su engañosa dedicatoria periodística fue una prueba de convicción. El detalle de su nombre impreso en el epígrafe no admitía dudas: Lara era la heroína que faltaba (*Cherchez la chilienne*, había dicho Bobe que había dicho Edwards que había dicho Neruda mientras pasaban sus días en París, y yo había corrido de vuelta a la casa de Elizabeth en la banlieu, decidido a no dejar escapar a mi chilena). Como sucede siempre en las historias de espías, la puerilidad traicionaba el secreto. Y aun cuando no fuera fácil saber quién había empujado a quién al territorio de las reinas de la noche, bajo esa manía del homenaje público latía una invitación privada, una cita a ciegas que Bobe hacía llegar a su musa inspiradora, mi muerta y su cómplice, la Lara de nuestra eterna juventud desbaratada. Se lo tenían guardado, o al menos así podía explicarme ahora las renuencias y evasivas que ambos habían manifestado cuando los visité en Santiago, ligados como debían estar por una pasión vigilante, sinuosa, casi innoble en su fuga hacia los celos. Me consta que ella rehuía las convenciones, e imagino que si husmeó el interés de Bobe fue para conquistar su idolatría. No descarto que lo haya visto en un momento bajo una luz distinta a la del taxista que la llevaba de noche al cerro, pero incluso así ya era demasiado tarde para arreglarse: los excesos de la amistad prohíben el tráfico de los corazones. Entre ambos sólo había espacio para un tercero. Lo fueron a buscar a Rancagua y se ocultaron detrás de ese premio de consuelo. Allí resistieron con una fortaleza digna de los grandes asedios, él aferrado a la suerte de su hetera y ella a la voluntad de reinar sobre la promesa de su obra inexistente. Seguramente Bobe no tardó en saber que Lara poseía títulos de antigüedad sobre Daniela, pero guardó un interesado silencio. Se estaba reeducando tras su fracaso matrimonial, y dejó que lo llevaran lo más lejos de casa que podía imaginar. Juntos esculpieron el artificio de Divina Day con manos y cuerpos como una máscara de palabras, y si Daniela cargó al final con los trajes de gasa fue sólo porque nunca dejó de ser una trotona, un vínculo comprometedor con la orgía y el crimen que nadie deseaba perpetuar y al cual tarde o temprano debían renunciar (la orgía era justamente esa disolución en un crimen que sangraba rompiendo los límites, pero aun así aquella necesitaba la vieja cláusula de un orden, un cauce que repusiera el equilibrio en esos cuerpos trasegados y los devolviera a la vida posible de cada día, al territorio ampliado que esa alianza exigía. Lo sé

porque es parte de mi decisión: precisamente a eso vine, para interrogar el desorden, informarlo, seguirlo de cerca, confundir sus efectos catastróficos e irremediables y, llegado el caso, permitirlo, visarlo, elevar puentes y abrir senderos por donde los hostiles y delirantes de este mundo puedan transitar sin siquiera adivinarlo, porque de otro modo el orgullo provocaría el rechazo, la burla cuando menos, o la franca sospecha de un plan para exterminarlos. Un orden, sí: un trabajo fino y delicado para el cual no me bastaban las ficciones ni el imperio de los hechos por sí solos, sino que requería de algo más, un camuflaje de aire, una inteligencia desdoblada en la fisura del que huye, un instrumento sutil y silencioso manejado con la misma juramentada reserva con que Lara me confió su arte aquella noche extraviada entre todas las noches, imagen fugaz del eclipse que ellos demoraron para no ser vistos, insolentados los tres por una felicidad angosta que no decía su nombre para seguir existiendo. El arte de cuidarse unos a otros hasta el final). Apenas inquieto, ahora yo podía aceptar que la misma fatalidad que los impulsaba entonces restituyera los contornos individuales de la situación, anticipando así el destino que seguiría cada uno por separado.

Digo esto porque la muerte de Lara alumbró el mito que sus versos anunciaban; Bobe por su parte abandonó el periodismo después de acompañar a Daniela a su refugio madrileño, y yo dejé París para siempre y me vine a escribir la historia de ellos tres a estos desiertos de nadie, queriendo recuperar acaso el inverosímil pero veraz momento que primero los juntó y luego los dispersó como un crimen.

La costa de Carrizal es magnífica y solitaria. Me había olvidado de que Chile era una geografía, en verdad. Por las tardes corre un viento que desordena las palabras que por la noche iré colocando en el papel, ajustándolas casi artesanalmente bajo la ampolleta de veinte watts que compré en el almacén. Queda la dificultad de mi nombre y su aspiración ridícula para saber si merezco la apropiada imaginación literaria que no traicione a ninguno de los tres. De los hechos de noticias que mal o bien llegaron a conocer, puedo estar seguro de que ocuparon un rol incidental y aleatorio a la responsabilidad que el detalle de lo publicado hace suponer. Ni el caso Moyle ni el de Huber, ni tampoco el de Croacia, podrían alegar la misma inocencia en sus causas para siempre impunes en el derrotero judicial. Lo constato y ya no me importa que alguien mande a tapar la última novedad con otra mentira. No se trata de un conocimiento místico de la realidad, pero aquí en Carrizal he vuelto a poner los pies en la tierra y a hundirme en la arena sin miedo a desaparecer. Pero la gracia no durará: estas playas son sólo del mar inmenso que ocupa la costa sin piedad. Bordeando hacia Punta de Lobos, la gente de las caletas parece saberlo y estar acostumbrada a los visitantes que la recorren con apuro, porque saludan con una distancia ceremoniosa cuando me ven pasar. A veces quiero pensar que algunos todavía esconden secretos de armas, leyendas de cuando Divina Day no era más que una adolescente de dieciséis o diecisiete llamada Daniela, colaboradora de los boteros que llegaban de madrugada a dejar los fusiles y los cohetes en cajas que luego enterrarían con piedras blancas para indicar el arsenal. De

ese arrojito ciego con los hombres había nacido su hija Tamara, y sospecho que con la misma estoica vitalidad dejó a la niña encargada y partió a la ciudad. Había decidido emplearse como bailarina cuando la existencia de los arsenales llegó a oídos de la guarnición militar. Luego quizás esas mismas armas alimentaron el negocio hacia Croacia o Irak.

Pero son hipótesis, y un periodista hábil o un escritor mediocre podrían echar mano sobre ellas para recrear el misterio de *La casa verde* en Carrizal. Yo no soy escritor ni periodista, ya no fui nada, y por eso limito mi afán a esta crónica de ficción que me justifica por la sencilla razón de que al escribirla incorporo un principio de realidad a la impostura. Ese principio me basta para enfrentar las incoherencias y los hechos no resueltos fuera de los límites de mi historia con Lara. Uno de los más evidentes —y tentadores— es pensar que ella llegara a conocer a Daniela antes de viajar a reunirse conmigo a México, durante los meses de relegación que pasó en el norte el 82. Por entonces, la futura estrella del Emmanuelle no tendría más de trece años, y quizás el ejemplo de la universitaria que habían traído castigada al pueblo la envalentonara a seguir sus pasos. Cualquiera quisiera tener a Lara como maestra, y se propuso aprender rápido el beneficio de fisgonear con la pierna levantada. Ya crecida y con edad de hacer rondas amorosas por la playa, fue invitada a matricularse como voluntaria de los boteros. Puede ser que se distrajera descubriendo recovecos mientras se dejaba besar, igual que Lara en el edificio de Filosofía, pero luego tuvo sobrados motivos para huir de Carrizal. Su gente la pasaba mal: en la caleta cuentan la historia de un pescador al que le clavaban anzuelos en la lengua mientras lo interrogaban y él se negaba a hablar. La desconfianza hacia los forasteros me ha impedido confirmar el episodio. Como tampoco la noticia de que ella fuera un contacto frío de los espías que abortaron el contrabando a Croacia a través de sus redes de chivato y escándalo, aunque los datos apoyen su candidatura como informante bien remunerada. Estaba en posición de serlo, y si Daniela sirvió como correo pago desde sus comienzos en la noche, o fue enrolada después, al calor de su clientela, no tiene mayor importancia: cuando se presentó al concurso de Rancagua ya sus empleadores la habían dejado botada a su suerte en el Emmanuelle, igual como años antes hicieran los cubanos en Carrizal. La razón fue más clara esta vez: dos hombres de apoyo podían colgar a Moyle del clóset y otros hacerlo aparecer como suicidio durante un tiempo prudente para el repliegue, pero a cambio ella no podría seguir contando con el respaldo de la agencia. La información del periodista inglés era valiosa para el equipo, pero el éxtasis no formaba parte de la solicitud de Israel.

Es peligroso afirmar esto: hay un hombre muerto entre las palabras, y lo oye todo. Yo he podido verlo: acaba de telefonar a Londres dos veces y reposa en su cuarto mientras la madrugada ataca por la ventana del hotel con una persistencia siniestra. La comida le pesa en el estómago. Se siente blando y decaído, embotado por las altas dosis de Diazepam con que ha combatido durante esos días los guisos de salmonella que han mellado su fortaleza física. Ahora es un pálido reflejo del piloto autosuficiente que volaba máquinas de guerra, y sólo quería bajar los párpados y ojalar

despertar en una ciudad menos hostil al encargo recibido en Inglaterra. Más aún después de la noche de fiesta y despedida que ha tenido con dos colegas españoles a los que acompañó al club donde baila su niña, la ocasional confidente que durante toda esa semana ha calmado sus retorcijones a cambio de una que otra debilidad por aliviarse con una mano amiga. Después de confesarle su malestar, ella le ha prometido algo especial que de seguro lo reanimará. Trata de recordar: dejan el club y salen los cinco en un auto que ella conduce a su lado mientras los españoles y las dos chicas se cuecen en el asiento de atrás. Van al centro de la ciudad, se detienen frente al hotel y bajan mientras ella va a estacionar en una callecita lateral. Tarda un poco y deciden subir. Él se siente algo indispuerto. Una luz cadavérica los aprieta en el ascensor como al interior de un sarcófago. Las puertas se abren y los españoles bajan en un piso intermedio que no es el suyo, lo sabe bien porque su número sigue encendido en los indicadores cuando ellos salen en busca de licor y gasolina blanca para rodar. Quedan de reunirse en su cuarto. Moyle escolta a las chicas o ellas a él hasta el 1406, no lo sabe con certeza, pero se encierran dejando la cadena de la puerta sin abrochar para que los españoles puedan ingresar. Los tres esperan de pie bebiendo de las botellitas del frigobar, apaciguados por la luz lateral, cercana al sofá. Un leve mareo le hace olvidar su malestar. En un momento los tres se abrazaban apoyados como postes desvanecidos por la fatiga. Quisiera quedar aparte pero la posición de los cuerpos lo reconforta. Así que tú eres Nicole, se oye decir en un castellano granuloso, mal parido. Yo soy la Ángela, responde la chica, ella es la Nicole. Las dos sonrían casi encima suyo. El vaivén los arrastra. Nicole le pasa la mano por el pelo intentando calmar su impaciencia con una larga caricia. Las frentes se pegan y dan vueltas con las bocas tomadas como una hélice de tres lenguas. El descenso es suave. No hacen más que bailar en silencio, quietos, hasta que él se aparta hacia el sofá. Se deja caer y cierra los ojos. Ignora cuánto tiempo ha transcurrido, pero cuando los vuelve a abrir, Ángela y Nicole ya no están allí. Escucha risas en el pasillo y siente un balanceo en la boca del estómago. Se incorpora, va al baño a mojarse la cara y sacude su aturdimiento. Debe haberse dormido cuando los españoles entraron a recoger a las chicas. Mira la hora, calcula y decide llamar de inmediato a Londres. Uno de esos repiqueteos nocturnos que sacuden los océanos y devuelven la serenidad a quien los realiza, pero inquietan al que los recibe. Intenta aclarar su garganta. Moyle se despide de los suyos. Luego cuelga y se tiende sobre la cama. Los dolores en la boca del estómago se hacen más molestos mientras la luz de vela se intensifica y subraya el perfil de las cortinas con un cierto espanto. Está por rendirse a un sueño sobresaltado que no le permite reposar como quisiera cuando la niña llega por el acceso de servicio que utiliza por las noches gracias a los buenos oficios del cocinero. Ella ni siquiera se disculpa por demorar más de lo previsto. Qué extraño es el tiempo del que está fuera de casa: los sucesos ocurren en un reloj interno que condensa extensos movimientos en unos cuantos segundos que pueden abarcar años, atrapados por la fuerza transitoria de lo que no volverá a repetirse. Cuando la ve entrar, piensa que sólo ha transcurrido un instante de agobio pasajero. Ella se desnuda mientras él admira desde

la cama ese cuerpo lustroso y salvaje, de muchachita escapada que suele imaginar con un piercing en el ombligo cada vez que divisa a una de ellas al sesgo, en el Trocadero o en algún local de Picadilly. Ahora ella está montada encima y puede hablarle. Te traje una sorpresa, le dice. Valían la pena tantas contrariedades juntas. El periodista hace el amor como quien renuncia a su empleo. Se deja ir y exige que lo lleven. Ella obedece. Toma las riendas y ambos se internan por un pasadizo oscuro donde deben pasar de a uno, como en fila india por un estrechísimo túnel de piedra, lento y sin mirarse. Caen de a gotas y se detienen. Vuelven a empezar y el tubo se estrecha un poco más cada vez. Ella apenas sostiene la prenda y tira despacio reteniendo el goce mortal. Es un ejercicio dulce y continuo: arquea las espaldas, sube el torso y evade la hinchazón de la vena mientras él la persigue y se retrae entre sus piernas como invitándola de nuevo al redil. Ella recomienza para desistir. De pronto la luz nevada de la madrugada golpea como un tajo sobre su frente y la obliga a volver en sí, violentamente. Está del otro lado, ha logrado salir, pero el orificio de la glotis le juega una mala pasada a los ruegos de su compañero. Intenta atraerlo y desclava su sexo, pero es inútil: el pasadizo se cierra con el periodista dentro, todavía respirando agradecido. El horror retrocede, inventa explicaciones. Es normal: la memoria rehúye aquello que la niega, la desborda y destierra al sótano de la casa. En su desesperación ella sólo tiene un número a quien acudir. No comete el error de utilizar el teléfono de la habitación y en vez de eso pide ayuda utilizando un anexo interior. Su apoyo tarda una eternidad.

¿Son ellos quienes la socorren realmente? Es extraño: no conoce a ninguno, pero al fin la sacan de allí. De paso, inyectan una dosis letal en el cuerpo que yace inerte sobre la cama. Enseguida cogen los documentos y planos que Moyle guardaba en su maletín, limpian el cuarto y luego atan y cuelgan del clóset al periodista inglés. Ella los ve hacer, espantada mientras considera como a través de una neblina el torcido mundo que le ha tocado vivir. Ellos parecen decididos a sacar un beneficio impensado del fatal incidente, eliminando a Moyle por segunda vez. No alcanza a imaginar la intención. Es posible que se preparen a cargar de culpas a los negocios de sus competidores en la guerra territorial. Quien sabe si más tarde ellos mismos destapen el caso para elevar los precios del contrabando. O quizás es al revés: el involuntario aleteo de una mariposa en Tokio derrumba una millonaria operación y siembra una venganza que estallará años más tarde en el corazón de la comunidad judía de Buenos Aires, en calle Pasteur 633, en el mismo sitio donde muchos años atrás funcionaba un teatro de revistas musicales que ponía en cartelera historias prostibularias de la Zwi Migdal. En el atentado murieron 85 personas. No, no eran personas; para los victimarios eran judíos, y eso la tribu de Bobe no lo va a perdonar. Pero puede que tampoco sean las siglas del amor las que traicionan a Moyle; quizás ella ni siquiera logra llegar hasta la habitación y en cambio queda retenida en el acceso posterior del hotel, luego de que los españoles bajaran en el piso intermedio para avisar lo que se debía hacer para recuperar los documentos y planos guardados en el maletín. Alguien dudará incluso si es Daniela la que se encierra con Moyle en la 1406, pero yo prefiero que las cosas ocurran como las cuento aquí, que

sea ella quien se esconda y ninguna otra. Ahora ya no hay nadie más. Es horrible preguntar. En cualquier caso, tiene suerte: la echan a la calle con un grito de amenaza que confirman una semana después, cuando el cocinero del hotel muere asesinado en una riña homosexual.

Bobbe la recogió, aunque ella le hiciera creer lo contrario. A cambio del engaño, Divina Day lo nutrió no sólo de compañía privilegiada sino también de lucimiento y prestigio profesional. Ahora todas las infidencias de alcoba iban a parar a los cuadernos de Bobbe celosamente guardados en la covacha. Pero nada es para siempre, me decía Lara en sus cartas, nada es para siempre, Pablo, amor mío, mi amor de de siempre, y él fue cayendo entre tumbos sobre el queso que guardaba en la despensa. Al cabo, supo que tenía en la piel al criminal que buscaba. Pero fue leal, infinitamente leal, al punto de terminar solo y sin nada, tan desprovisto de heroísmo como de una recta subsistencia en el bar. Hoy me admira pensar que, entre su primera visita a París y la última, transcurrieran años de silencio como siete plagas acordadas para proteger el testimonio de Daniela, hasta la definitiva mudanza a Madrid donde entregaría su prenda sana y salva. No se puede acusar de asesinato a una corbata, y en todo ese tiempo Bobbe prefirió quedarse en el lado equivocado antes que transformarse en un charlatán con buena paga. Al sostenerse en esa conducta, al menos desde mi perspectiva, él había dejado definitivamente atrás su juventud malgastada, los errores cometidos y las explicaciones que me debía, aunque yo se las negara púdicamente cuando aterrizó por segunda vez en París.

Sólo la muerte de Lara, ocurrida después de aquella furtiva visita, cortó su inspiración.

—Se hizo pedazos —me dijo María Julia, sentada en la mesa del local donde habíamos quedado de encontrarnos. Sus manos temblaban ligeramente mientras sostenía el cigarrillo humeando entre los dedos. Una cierta furia contenida la hacía ver más joven de lo que en realidad era—. Yo creo que ella andaba buscando una oportunidad —agregó.

Semanas antes, unos primos me habían invitado a pasar la fiesta del Año Nuevo en una casa emplazada en los cerros de Valparaíso. Era un lugar privilegiado desde el cual presenciar el espectáculo de los fuegos artificiales, pero a un precio tan elevado que la voz corrió masivamente a cambio de una pequeña cuota que ayudara a cancelar el importe de la noche. Yo no tenía nada que perder; estaba recién llegado de París, conocía a poca gente y ansiaba visitar el puerto como una manera de apropiarme del paisaje. Con el dato y la dirección en el bolsillo, dediqué el día a caminar por los cerros y mirar aprensivamente las tramposas escaleras que surgían a mitad de cuadra. Luego bajé al plan, monté en un bote y recorrí los enormes perfiles de los buques anclados en la bahía, mientras atendía las explicaciones del capitán sin galones que hablaba sobre la obra muerta bajo la superficie, aquellos cascos grises sumergidos en picada y que los astilleros y constructores navales llamaban de ese modo para diferenciarla de la forma viva y visible que subía en una pronunciada diagonal hacia la cubierta que soportaba los mástiles.

—¿Le dicen así?

—Como lo oye —dijo el hombre, fantaseando con la cara al viento—. Es la parte que sostiene

el buque, la más importante. Tiene que quedar completamente sumergida bajo el agua, por eso la llaman obra muerta.

Era un buen título para regresar a Chile, con el crimen de Moyle flotando sobre la superficie que mecía mi barca. La luz comenzaba a decaer cuando atracamos de vuelta al muelle, y un par de horas más tarde me hallaba junto a una pequeña muchedumbre completamente desconocida, apiñada y eufórica en una destartalada terraza del Cerro Alegre para recibir la llegada del nuevo año. Comenzaron las bocinas, los gritos, el ulular de las sirenas en el océano, pero no se veía nada: arrinconado entre empujones que bregaban por la mejor ubicación posible en un espacio no más ancho que el altillo de la Rue Moscou, detrás de muchas cabezas irregularmente alineadas de cara a la bahía, una densa cortina de humo se interponía entre mi modesta contribución y el carnaval que estallaba en la oscuridad del mar.

Decidí renunciar a la lucha y me volví para observar la fiesta que se destapaba en las calles y sobre los cerros contiguos. La tierra se encendía entre abrazos y cantos. Admirado, seguí con la vista la interminable escalera que corría como un riachuelo por el costado de la casa, pegada al muro. Una mujer voceaba allá abajo tratando de hacerse oír en medio del alboroto. Era imposible que en la terraza alguien la escuchara siquiera, pero ella insistía. Le hice un gesto de pregunta y ella contestó con otro, indicando hacia la puerta de la casa. Se veía algo alterada. Pedí calma con las dos manos abiertas para indicarle que esperara. Me abrí paso hacia la mampara y salí embutido en dirección a la sala con mi champaña chorreando en la mano. Por todos lados corrían niños, se oía el llanto de algunas guaguas, el piso estaba cubierto por sacos de dormir y frazadas. Alguien acababa de colocar un disco de Sabina. Aquello parecía una confraternidad de rock and roll trasladada desde los años setenta. Llegué hasta la entrada y abrí.

—Hola —me dijo ella, sonriente y agradecida, pasando rápido al interior como si en la calle arreciara una tormenta—. No sé quién eres, pero gracias de todos modos. Se me cerró la puerta y hace media hora que estoy tratando de entrar.

Me presenté sin soltar la manilla y ella quedó de piedra, sorprendida, olvidando un momento la batalla en el feudo de la terraza, estudiándome con un interés no exento de simpatía.

—¿Qué pasa? ¿Dije algo malo? —pregunté al ver que seguía tiesa.

—María Julia —se presentó ella, y me tendió la mano—. Así que tú eres el fantasma que vive en París —agregó con una gracia burlona.

Tuve el instinto de asociarla de inmediato. Al rato ya evocábamos las muchas veces que habíamos oído hablar el uno del otro como de seres no completamente reales. En un momento apuntó su teléfono en un papel y me lo tendió imperativa. Después podíamos juntarnos todo lo que quisiéramos, pero no ahora. Ella no se iba a perder la fiesta por una aparición, advirtió. Había venido en caravana con su hijo que andaba por ahí, en medio del campamento. Llamó a Iván con un vozarrón sonoro y un chico de aspecto reservado, astuto, se acercó a saludar.

—Un amigo de tu padre —dijo ella.

—Hola —completé tendiéndole la mano.

Él torció la boca. Era la mueca de un compinche. A su lado corrieron otros niños llamándolo y enseguida desapareció. Decidí regresar esa misma noche a la ciudad. Había demasiados extraños reunidos para sentirme parte de la banda. A la vuelta de los festejos, la llamé y quedamos en Il Succeso, un local cerca de Plaza Italia que yo retenía porque en otra época había sido lugar de pobreza y gloriosas payasadas. María Julia llegó cuando ya empezaba mi segunda jarra de cerveza. Saludó, se sentó, intercambiamos un par de formalidades y luego ella apoyó sus puños bien cerrados sobre la mesa de baquelita.

—Bueno —dijo—, ¿ya te topaste con él?

—No —repliqué—: tú eres mi primer contacto serio desde que estoy aquí.

—Pero se vieron antes en París, ¿no?

—Hace un tiempo, sí; pero casi no hablamos esa vez. Hizo una escala técnica y chao.

—Ah, claro —dijo ella—. Igual tienes que haberlo notado cambiado.

—A la defensiva, sobre todo.

—Después del accidente quedó tocado, sin entusiasmo por nada —tomó el primer cigarrillo de la tarde que se iba, desfalleciente y tumultuosa en la avenida, y agitó el fósforo por delante mientras un soplo de humo se infiltraba en sus ojos. Se limpió el lagrimal con los nudillos y aspiró de nuevo, como mirando el cielo—. Dejó de lado hasta su trabajo —agregó, reflexiva, y luego se explayó diciendo que el accidente había desmoronado a Bobe. No pudo asimilar el golpe, se volvió más arisco que nunca y la rabia lo consumió.

—¿Puedes entenderlo? Lo sintió como una traición —concluyó—: No soportaba la idea de que Lara se hubiese ido sola en el auto. Su culpa fue no haberla acompañado. Feliz se habría estrellado con ella en el Chevette. Yo no lo vi, pero el auto quedó hecho trizas. Primero se incrustó contra las barreras de la curva y después saltó de vuelta a la pista. Ahí lo agarró un recolector de basura, uno de esos camiones enormes que andan sopladados en la noche para cortar la hediondez que llevan dentro. Son unas bestias, pero también sólo a Lara se le ocurre manejar bailando el cha-cha-chá a ciento veinte por hora en un camino costero que corre al lado del mar. Y además, dime tú qué mierda andaba haciendo sola en Concón a la una de la mañana, por favor. En fin: el caso es que el Mercedes de la basura la agarró tan fuerte cuando rebotó hacia la pista que el auto salió disparado por arriba de la barrera. Fue espantoso: cayó en picada, y como era de noche no se veía nada. El camión partió en busca de socorro, pero el chofer ahora manejaba despacito, como si fueran a sacarle un parte, el muy huevón. Se demoró casi media hora en volver con ayuda y ambulancias, mientras los curiosos se juntaban en la curva del accidente. Vinieron bomberos, gente de las casas, patrullas de rescate: parecía que un helicóptero hubiera caído al mar. En fin, un desastre. Lara quedó atrapada entre los fierros mientras el Chevette caía de punta. Pobrecita. Cuando sacaron el auto fue espantoso. No manejes nunca de noche, Fantasma.

—¿Segura de que no iba nadie más con ella?

—Claro, es lo que dijeron en las noticias —aseguró María Julia, entristecida—. Además, si alguien la acompañaba, ¿por qué iba a esconderse después?

—Tienes razón. Olvídalo.

—Creo que a partir de ese momento él aceleró los trámites para que la niña ésa pudiera irse a España.

—Daniela —dije yo.

—Sí, la loca que les comía el seso a los dos —María Julia aspiró fuerte como si el cigarrillo estuviese roto.

Sonreí sin ganas. Pregunté qué hacía, a qué se dedicaba. Sólo para desviar la conversación. María Julia jugueteó con el vaso.

—Me las bato sola, soy medio bruja —dijo sin elocuencia—. Vivo arriba de una escoba.

Atisbé algo del arduo trabajo de Bobe por sobrevivir a esa mujer. Cuando preguntó, le conté mentiras de París y de mis planes de viajar al norte y poner orden en la decisión de permanecer en Chile. Era tarde, noche cerrada ya, y entre escapadas al baño y más cervezas fuimos repasando los años y llenando las lagunas que servían de excusa para seguir sentados hablando de gente y oportunidades que no se topaban. Nos despedimos cuando el local bajaba las cortinas, y en un momento tuve la triste seguridad de que ella le debía ese encuentro a alguien que no era yo, a Bobe quizá, pero él ya no estaba disponible para ningún tipo de actualización. Había logrado apartar a María Julia de su vida a un precio inconcebible, alimentando un desapego sin fisuras hacia el mundo exterior. Para su desgracia, el empeño terminó la misma noche que Lara volcó en el Chevette. Estaba escrito que ella fuera su último cable a tierra, el lazo que lo mantenía sujeto y le impedía olvidar. Una vez que el hilo se cortó, volar solo fue tan raro que se desconoció. De otra forma no se explicaba la premura que había puesto en deshacer los nudos legales para el traslado de su tesoro a Madrid.

A unos cientos de metros de la cabaña que alquilé hay un pequeño caserío donde viven los padres de Daniela. Se trata de seres humildes, con bocas desdentadas y caras rasgadas por la sal. No saben quién soy ni lo que hago aquí. Probablemente no me creerían si les cuento que hace cerca de un año estuve con su hija y su nieta en París. Para ellos el mundo sigue siendo ancho y amenazador, aunque se haya vuelto minúsculo y conocido para mí. ¿Usted tiene hijos?, me dijo la señora la otra tarde cuando fui a preguntarles por la llegada del correo. No, le dije, ¿y ustedes? La mujer miró al marido sentado a la mesa con unas lianas que trataba de remendar. Sí, pero está fuera de Chile, confesó enseguida con ojos nublados. Le escribiré cada tanto, supuse, observando con fingida distracción una foto familiar colgada en la pared. Pude adivinar que el hombre levantaba la cabeza a mis espaldas y señalaba algo a su mujer. Muy poco, ya sabe cómo son los jóvenes, replicó ella y se calló. Si no tiene hijos, para qué necesita al correo, observó el hombre, que se había quedado pensando en mi descendencia. Es por los amigos que dejé, advertí; estamos siempre en contacto. Ah, dijo él, cauteloso. Me despedí y salí pensando en aquella remota

posibilidad. Los amigos, ¿dónde habían quedado? ¿Qué eran sino pruebas tangibles del Fantasma que era yo? Mi carne que se hizo aire: Jacobo, Bobe, y sobre todo Lara, ¿qué había pasado con todos ellos tras ese salto que nos hizo viejos sin caer en ningún lugar? ¿A quién podía reportar el incendio que arrasó las naves? ¿Valía la pena? No; nadie nunca nos daría crédito en el mercado de la voz. Llevábamos para siempre un letrero en la frente y la sospecha brutal de no ser de la partida, todo sobre un fondo amarillo ruinoso mimetizado con una cierta coloración otoñal. Tras la muerte de Lara, además, comprendí que no cabía golpear puertas como quien viene a cambiar la batería de los afectos reseco, y que todos habíamos alcanzado una edad más bien pálida en que la amistad consistía precisamente en confiarse a las viejas camaraderías y dejarlas quietas, tanto más cerca del olvido como lejos de donde queríamos estar. El tiempo ya trabajaba sin nosotros como para forzarlo a una vindicación ingenua.

Tampoco en la autoría literaria abrigaba esperanzas. Lo que la gente suele entender por literatura no tiene ninguna importancia para mí. Suficiente que la disciplina se reproduzca a montones sin que nadie la lea, como hijos bastardos de una demografía disparatada, para restarme de su grasosa abundancia. Sólo en el duelo a cuchillo con el viscoso episodio que terminó con Moyle guardaba una ilusión, la remota posibilidad de fijar el desvío por donde Lara se había hurtado de nuestro último abrazo para ser imaginada. Porque era esa imaginación de la muerte quien la soñaba; era allí donde proliferaban sus camaleónicas formas de santa y de bribona, abundante y excesiva cada vez que su recuerdo tocaba mi puerta para que yo también callara. Mi muerta, mi hembra, mi dulce guerrera escondida en un exilio de ficción. Imaginar a Lara ha sido mi verdadera coartada. No importa lo que escriba ni cómo lo haga, si por lo demás ya no soy su Fantasma sino alguien que recién comienzo a conocer viniendo a estas playas. Mientras el plan se tenga estará en paz con ella.

Caminé hacia el mar y me paré a mirar la losa de agua que cubría en toda su extensión el cementerio de mi poeta malpensado. La expectativa era abrumadora. Luego volví a la cabaña subiendo un caminito de barro. Tendría que seguir siempre así, pensé, sin nada que mirar atrás y con la maleta abierta de par en par en una pieza que no es mía.

La idea me recibió cuando entré, adherida al último momento que tuve aquella noche en París para ir en busca de mi chilena. Daniela debió creer que me había vuelto loco. El sueño trabajoso de la banlieu me animaba. El interior de la casa estaba a oscuras y en la sala encendí la luz de las escaleras mientras subía al segundo piso. Elizabeth dormía en el dormitorio principal, al fondo. El cuarto que ocupaban los niños tenía la puerta bien cerrada. En medio del corredor estaba el baño, junto a la pieza de alojados. Me paré y pensé en lo que estaba por hacer. Ya se me ocurriría cómo explicarlo. Entré dejando pasar una pestaña de luz que venía de las escaleras y me guiaba hacia el extremo donde estaba la cama. Eché un vistazo rápido. Había un bolso de viaje con ropas tiradas encima. Me deslicé hacia el costado donde yacía el bulto más pequeño. Bobe roncaba vuelto de lado, dando las espaldas. Me arrodillé junto a ella. Tenía la melena revuelta sobre la cara. Así

debió verla también Lara la primera vez, cuando se descubrieron y sorprendieron como viejas conocidas en una ceremonia lejana, anterior a Bobe y al Emmanuelle. Entonces debían llevar apodos, nombres falsos, chapas de sirena, y tuve el impulso de llamarla a la suerte de un vuelo de moscas, despacio y sin más que un susurro: Andrea, Cecilia, Daniela..., imitando el acertijo que Lara había colocado al azar sobre la celosa curva de su cintura recortada de espaldas en el departamento del parque, pero me contuve por temor a asustarla. Sus labios entreabiertos despedían un leve aroma a tierra húmeda, como vegetales recién depositados sobre las sábanas. La remecí de un hombro y sus párpados temblaron. De su aliento escapaba un vapor cálido. Llevé una mano hacia sus narices y apreté las aletas para obligarla a reaccionar. De inmediato se sobresaltó. Abrió y cerró los ojos intentando enfocar, y me aparté un poco para evitar que se confundiera. Confiaba en que aceptaría mi irrupción. Ella misma había visado mi entrada antes de acostarse y despedirnos. Pasó algo, preguntó, saliendo del sueño. Afirmó un codo sobre la almohada y miró alrededor. Luego se volvió, desorientada. Hice silencio con un dedo levantado. Acompáñame, pedí, queriendo sonar imperativo. Arrugó el gesto pero entendió enseguida, porque destapó la colcha y me siguió hacia la puerta. Al pasar, se enfundó la falda negra con el cierre al costado y observé en la penumbra un destello de piel que corría a ocultarse llamando la atención. Salimos al corredor. Mi ansiedad era manifiesta, pero ella la recogió de inmediato porque cerró la puerta sin preguntar y salió hacia las escaleras caminando por delante, como si quisiera alejarme lo más pronto posible del dormitorio instalado en el segundo piso. Antes de alcanzar la baranda se revolvió la cabeza con las manos hundidas en un oleaje greñudo, turbio. Ladeó la cara para ver si la seguía. No soporté más. Daniela me devolvió los labios abiertos cuando la tomé por detrás incluso antes de que se girara por completo. Hundí la cara en su cuello, repasándolo por detrás y empujando el cuerpo contra la baranda que daba sobre el hueco de las escaleras. Una mano subió rápido y buscó entre mis piernas mientras yo levantaba su falda y la hacía girar sobre los muslos. Estaban tibios. Su piel era toda la memoria que me quedaba, el ansia atrapada en la certeza de unas horas insalvables. Iba a decir su nombre pero ella me cubrió la boca con una palma abierta y cautelosa. La luz de las escaleras llegaba de lado. Era como estar en una cueva dentro del agua, sumergido en una danza espesa que obligaba a movimientos mínimos y reconcentrados. Fuimos cayendo en ralenti para no hacer ruido, mientras el corredor se inflaba como un globo sobre la superficie. En un momento creí escuchar a Elizabeth llamar desde el dormitorio. Ella nunca lo entendería. Es difícil explicar los motivos que hacen de una noche la providencia de todas las noches que no volverán, y esta era mi noche favorita, la que me llevaba a tocar la doble estrella de Lara en esas formas preciosas que habían sido suyas. Bajé a besar el pubis y los dedos de Daniela me cruzaron por delante como surcos abiertos en el tiempo, y creo que dibujé de golpe los momentos en que una fue otra, inalcanzables las dos, porque se habían sustituido y protegido en algo que se me ocurría lo más parecido a un disfraz hecho para el amor, a sus deberes de silencio y leyes de satisfacción, devotas como borrachos chilenos estacionados en

un muelle, o alcatraces en alta mar, ninfas que cantaban en la profundidad de las islas, abandonadas sobre las piedras mientras Bobe se amarraba a su timón y el cuerpo de Elizabeth bostezaba entre las sábanas. Ah, invoqué, recorriendo como una criatura la laboriosa hendidura de su carne, subiendo su falda con la cara llena por el gemido, y esta vez Daniela no me hizo callar. Apoyó la frente contra mí y azotó la melena, incontenible, dejando que su recuerdo empapara el mío con una exhalación de lágrimas atoradas, insonoras. Éramos sombras, querida mía. Sombras de tu nombre en París. Y el calor volvía.

PALABRAS AL CIERRE

(Epílogo)

Ya fue dicho antes, pero vale la pena repetirlo en las palabras al cierre: todos los hechos, situaciones y personajes que aparecen en este relato son imaginarios, incluidos los que no lo son. Y habría que agregar: en especial aquellos que no lo son. Es una advertencia necesaria cuando la ficción invade los hechos de la realidad, o pretende hacerlo, invirtiendo la norma realista que condena la novela a ser un espejo de la realidad. Pero con mucha mayor razón conviene repetir la indicación cuando estos tránsitos son de doble vía; es decir cuando la trama, al mismo tiempo que busca invadir la realidad y modificar su percepción, es penetrada por la comparecencia quemante de unos hechos que transforman la ficción en instrumento tenaz de ese ocultamiento que llamamos realidad. El resultado es un contagio mutuo, viral. Corrijamos entonces, o mejor dicho agreguemos: todos los personajes y eventos imaginarios de este relato son verdaderos, incluso aquellos que *también* lo son.

Algo así creo que sucede con *El arte de callar*. Una novela anti-utópica, en el fondo. Su relectura para esta nueva edición me devolvió unos cuantos asombros. El más inmediato es la constatación de que la novela publicada hace quince años es otra distinta a la misma que se reedita hoy, así como el sello editorial bajo el cual aparece es otro distinto al mismo de ayer. No estoy haciendo juegos de mano ni barajando mañosamente los naipes, sino poniendo en evidencia algunos espejos interiores de la novela y los asombros que mencioné al comienzo.

De todos ellos —y son muchos, pero me reservo su publicidad— acaso el único que valga la pena elaborar aquí sea esta relación de contagio mutuo que proponen los espacios de lo público y lo privado. Desde su publicación en 2004, en efecto, la novela no ha dejado de escribirse en la trama que convoca a sus personajes ni al modo zigzagueante con que fue concebida y escrita. Dos suicidios reportados por la Policía de Investigaciones en los años 90, el del periodista británico Jonathan Moyle en el Hotel Carrera y el del coronel del Ejército Gerardo Huber en el Cajón del Maipo, sumado a un tercer suicidio, pero este de carácter puramente imaginario, se convirtieron en crímenes verdaderos en la trama de la novela, que proyectó así una verdad posible a las incertidumbres y paranoias regadas por estos casos en la mente de sus protagonistas.

Menciono estos antecedentes porque, más allá de cualquier logro o insuficiencia, *El arte de callar* es también un homenaje al periodismo que practiqué y conocí durante más de una década, hasta fines de los años 90. En este mismo período, mi personaje llegó a la conclusión de que la verdad sería derrotada una y otra vez mientras no tomara la estructura de una ficción para narrarla.

Imaginar el crimen era una forma de anticipar sus resultados y, si cabía, corregirlos en un futuro improbable. Parte de lo anterior se verifica en esta edición y en la serie de televisión que la acompaña, o viceversa.

Discutí esto mismo hace unas semanas con un amigo periodista en su casa del barrio de University Park en Washington DC. Incrédulo de las fabulaciones literarias sobre casos policiales irresueltos, para John Dinges, autor de importantes libros de investigación sobre los asesinatos de Orlando Letelier y Ronnie Moffitt, así como de la Operación Cóndor en América Latina durante los años 70, lo que importa son los hechos y las evidencias. El resto es literatura y no debiera ocupar el lugar de la verdad ni pretenderlo, incluso cuando ésta es negada o escamoteada o deja de existir, como en la actual era de las *fake news*. Para Dinges, un asesinato requiere pruebas, testigos, huellas irrefutables de un asesino con nombre y apellido. Mientras estas no aparezcan y se logre conformar una realidad acorde con esos hechos, y no con las opiniones que tenemos de ellos, la verdad seguirá siendo un fantasma. Y no sólo la verdad, también la realidad, que es el mar océano donde navegamos hoy en día.

En principio, estoy casi de acuerdo con Dinges, y por eso discutimos; para afinar el punto y no inmovilizarnos en el fantasma. Porque, ¿cómo decirlo?, es a ese horizonte de desrealización colectiva hacia donde mira la ficción novelística. A diferencia de lo que ocurre en el periodismo, en la sociología o en el derecho, el fantasma de la verdad tiene voz y voto en la ficción, otorgándole ciudadanía y espacio propio a la subjetividad. La ficción recorre los tiempos sin respetar el calendario, y busca llegar hasta allí donde la realidad no podría desmentirla. Su verdad es una voz, frágil e incandescente; voz soterrada que se sustrae de las acusaciones directas tanto como de las abstracciones demasiado rebuscadas: se afirma en las creencias de sus personajes y purga de sus páginas las palabras que dicen el crimen para olvidarlo al día siguiente, la eficacia de señalar quién lo comete, los medios utilizados, la forma en que ocurrió y sigue ocurriendo desde entonces. La novela calla lo que sabe, y es objeto de crítica y crecientemente desautorizada por este mismo motivo. Pero en un mundo rotundo de verdades instantáneas su silencio vale oro, porque no acepta la muerte. Esa es su política: darle la palabra al fantasma. No se me ocurre otra vigencia de la ficción que este combate con la posverdad, que siempre ha estado allí y hoy pretende suplantar a la vez la realidad de los hechos y la imaginación verbal con una puerta cerrada a cal y canto desde el interior, y que esta novela quiso abrir de lado y lado.

Washington DC

Palisades, junio 2019.

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Roberto Brodsky

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

"Penguin Random House /Portada Piedad Rivadeneira/ Diagramación Lilian Ferrada/ "

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566045137

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl



**EL ARTE
DE CALLAR
ROBERTO
BRODSKY**

